

Los Seis Seños De la Luz

EL ÁRBOL DE PLATA



SUSAN COOPER

Lectulandia

La luz y la tiniebla están a punto de enfrentarse en un decisivo combate... Mientras, el último de los Vetustos, Will Santon, tiene que cumplir una difícil misión: arrebatarse la plata del Árbol de la Vida para rescatarla finalmente de la oscuridad. No está solo: lo ayudarán el mago Merriman y miles de amigos; pero el camino está lleno de obstáculos y el peligro siempre al acecho.

Lectulandia

Susan Cooper

El árbol de plata

Los seis signos de la luz - 5

ePub r1.0

OZN 23.05.14

Título original: *Silver on the Tree*
Susan Cooper, 1977
Traducción: Nieves Nuño Cobas
Ilustraciones: Julie Dillon
Diseño de cubierta: OZN

Editor digital: OZN
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

*En el día de los muertos, cuando también el año muere,
Deberá el más joven abrir las más antiguas montañas
A través de la puerta de las aves, donde cae el viento,
Allí el juego volará del muchacho cuervo
Y de los ojos de plata que ven el viento,
Y la Luz tendrá el arpa de oro. Junto al lago alegre yacen los Durmientes,
En la Vía de Cadfan donde el cernícalo llama;
Aunque tristes sombras del Rey Gris caerán,
Sin cesar de cantar el arpa de oro guiará
A despertarlos del sueño exhortándolos a cabalgar.
Cuando regrese la Luz de la Tierra Perdida,
Los seis Durmientes cabalgarán, los seis Signos arderán,
Y donde el árbol de pleno estío crezca alto
Por la espada del Pendragón caerá la Tiniebla.
Y maent yr my nyddoedd yu canu,
Ac y mae'r arglwyddes yu dod.*

PRIMERA PARTE

EL DESPERTAR DE LA TINIEBLA

La víspera de San Juan

—Le gustaba el glasto —anunció Will, volviendo la página—. Escuchad: «La decocción de glasto resulta eficaz contra las heridas en cuerpos de robusta constitución, como los de los campesinos y los de quienes están habituados a realizar grandes esfuerzos y tomar alimento modesto y poco refinado».

—Como yo y los demás miembros de la Marina de Su Majestad —replicó Stephen. Con gran precisión, sacó de su vaina una larga brizna de hierba de cabezuela pesada y se tumbó en el campo a mordisquearla.

—El glasto —dijo James— es aquello azul que los antiguos bretones usaban para pintarse.

—Aquí dice que las flores de glasto son amarillas —precisó Will.

—Yo he estudiado un curso de historia más que tú y sé que lo utilizaban como color azul —respondió James, en tono un poco presuntuoso—. Las nueces verdes te tiñen los dedos de negro.

—Como tú quieras —concluyó Will.

Una abeja cargada de polen le aterrizó en el libro y empezó a caminar por la página. Will la sopló delicadamente hasta depositarla en una hoja, apartando el mechón liso y castaño que le caía sobre los ojos. Un movimiento en el río, más allá del prado donde estaban tumbados, llamó su atención.

—¡Mirad! ¡Los cisnes!

Indolentes como un caluroso día de verano, un par de cisnes nadaban tranquilos y silenciosos. Su pequeña estela lamía la orilla del río.

—¿Dónde? —preguntó James, evidentemente sin la menor intención de mirar.

—Dicen que este tramo del río está siempre tranquilo. Las grandes embarcaciones permanecen en el brazo principal, incluso en domingo.

—¿Quién viene a pescar? —preguntó Stephen. Pero permaneció inmóvil, tumbado de espaldas, con una larga pierna doblada sobre la otra. La fina brizna de hierba le oscilaba entre los dientes.

—Dentro de un rato. —James se desperezó, bostezando—. He comido demasiado bizcocho.

—Las cestas de comida de mamá nunca fallan. —Stephen se volvió sobre el vientre, mirando el río de color gris verdoso—. Cuando tenía vuestra edad, en esta parte del Támesis no se pescaba nada. Estaba demasiado contaminada. Algunas cosas mejoran.

—Muy pocas, por desgracia —opinó la voz sepulcral de Will, desde la espesura de la hierba.

Stephen sonrió. Recogió un tallo verde y delgado con una florecilla roja. Lo levantó solemnemente.

—La pamplina. «Sol si está abierto, lluvia si está cerrado. Ten la certeza de que ha nadie ha engañado». Me lo enseñó el abuelo. Lástima que vosotros no lo conocieseis. ¿Qué dice tu libro al respecto, Will?

—¿Hum? —Will, tumbado de lado, miraba a la cansada abeja plegar las alas.

—Tu libro —explicó James—. ¿Qué dice de la pamplina?

—Aquí está. Sólo cosas buenas: «El jugo purifica la cabeza mediante gargarismos o enjuagues de la garganta; cura el dolor de muelas si se inhala por las ventanas de la nariz, especialmente por la opuesta a la muela que duele».

—La opuesta, sobre todo —observó gravemente Stephen.

—También dice que resulta eficaz contra la picadura de las víboras y de otros animales venenosos.

—Muy estúpido —declaró James.

—No, nada de eso —replicó suavemente Will—. Sólo tiene trescientos años.

Stephen se colocó la pamplina en el primer ojal de la camisa.

—Ánimo. Vamos a pescar.

—Voy enseguida. Id vosotros dos. —Will permaneció tumbado mirándoles, mientras montaban los sedales, atando anzuelos y flotadores.

Los saltamontes chirriaban invisibles en la hierba, superponiendo su canto al apagado zumbido de los insectos veraniegos. El resultado era un sonido agradable, que inducía al sueño. Will suspiró de felicidad. El sol, la canícula y, lo que era menos frecuente, el regreso de su hermano mayor del Caribe, donde prestaba servicio en la Marina de Su Majestad Británica. El mundo le sonreía: todo iba bien. Sintió que sus párpados se abatían. Los abrió de golpe. De nuevo se cerraron, relajadamente satisfechos, y otra vez se forzó a abrirlos. Durante una fracción de segundo, se preguntó por qué no se permitía ceder a un sueño inocente.

Y entonces lo comprendió.

Los cisnes continuaban en el río, siluetas blancas que remontaban lentamente la corriente. Sobre la cabeza de Will, los árboles crujían en la brisa, como olas de océanos lejanos. Las flores del arce cubrían la hierba cercana de motas de color amarillo verdoso. Mientras pasaba una de ellas entre sus dedos, Will miró a Stephen, que, de pie a pocos metros de él, ataba el sedal a la caña. En el río, uno de los cisnes se desplazaba lentamente delante de su compañero.

Cuando llegó a la altura de Stephen, no desapareció de la vista; Will vio claramente su silueta blanca a través del perfil del cuerpo de su hermano.

A través de la silueta del cisne vio un declive sin árboles que antes no estaba.

Will tragó saliva.

—¿Steve? —llamó.

Su hermano mayor estaba cerca, colocando el sedal, pero no lo oyó. Y sin embargo él había hablado en voz alta. Llegó James, sosteniendo la caña

horizontalmente. Will percibió de nuevo, detrás de él, las siluetas de los cisnes, como en una niebla tenue. Se sentó, estirando la mano hacia la caña mientras James pasaba, y sus dedos la atravesaron como si no existiese.

Will comprendió, con una mezcla de temor y placer, que una parte de su vida había despertado plenamente del sueño.

Sus hermanos se alejaron hacia el río, recorriendo el campo en diagonal. A través de sus formas fantasmales, Will vio la única tierra que, en aquel evasivo lapso de tiempo, era para él concreta y real: la pendiente herbosa, cuyos bordes se diluían en la neblina. Y sobre ella divisó unas figuras que corrían, se apresuraban, empujadas por una urgencia misteriosa. Si las observaba con demasiada atención, desaparecían, pero si las miraba con ojos soñolientos, sin enfocar bien, las veía agitadas y salpicadas de sol.

Eran pequeñas, con el cabello oscuro. Pertenecían a un tiempo muy lejano. Llevaban túnicas azules, verdes o negras; una mujer iba vestida de blanco, con un hilo de perlas celestes y brillantes en torno al cuello. Recogían haces de lanzas, flechas, herramientas, bastones; envolvían ollas en pieles de animales; reunían rollos de carne —o eso parecía— en tiras secas y arrugadas. Con ellos había unos perros de pelo tupido y hocico corto y agudo. Había niños que corrían y llamaban, y un perro levantó la cabeza para ladrar, pero no salió sonido alguno. Para los oídos de Will sólo existía el chirrido de los saltamontes, sobre el profundo zumbido de los demás insectos.

Al margen de los perros, no vio otros animales. Aquellos eran viajeros: no pertenecían a aquel lugar, solamente pasaban por él. Ni siquiera era seguro que la tierra en la que se hallaban, en su tiempo, estuviese en el punto del valle del Támesis en que estaba él; podía encontrarse en un lugar muy distinto. Pero de repente supo algo con absoluta certeza: todos estaban muy asustados.

A menudo levantaban la cabeza, presa del miedo, y miraban hacia el este. Hablaban poco entre sí, pero se afanaban apresuradamente. Algo, o alguien, les amenazaba, empujándoles hacia delante. Estaban huyendo. Will se encontró compartiendo la sensación de apremio y les incitó mentalmente a darse prisa. También él miró hacia el este. Pero era difícil decir qué veía realmente. Un extraño y doble paisaje se presentaba ante sus ojos: una pendiente nítida y arqueada se vislumbraba más allá de las líneas vagas y brumosas de los campos y setos de su tiempo y los tenues resplandores del Támesis. Los cisnes seguían allí, y al mismo tiempo no estaban. Uno de ellos bajó el cuello airoso sobre la superficie del agua...

... y de improviso el cisne se hizo real, y Will dejó de mirar en un tiempo más allá del suyo. Los viajeros habían desaparecido, tragados por aquel verano de milenios antes. Will cerró los ojos, tratando desesperadamente de retener algunas imágenes de ellos antes de que todo se desvaneciese de su mente.

Se levantó en la hierba alta, con el libro en la mano; sentía que le temblaban las piernas. Se dirigió al río con paso inseguro. James lo llamó.

—¡Will! ¡Ven aquí! ¡Mira!

Se dirigió mecánicamente hacia la voz. James alzó triunfalmente un grupo de tres pequeñas percas, atadas por las branquias.

—¡Caramba! —exclamó Will—. ¡Has sido rápido como un rayo!

James arqueó una ceja.

—No especialmente. ¿Has dormido? Vamos, toma tu caña.

—No —respondió Will, tanto a la pregunta como a la orden.

Stephen se volvió a echarle un vistazo y soltó de golpe el sedal.

—¿Will? ¿Te encuentras bien? Pareces... —vaciló frunciendo el ceño.

—En realidad, me siento un poco raro —admitió Will.

—Apuesto a que es culpa del sol. Te daba en la nuca mientras estabas allí sentado leyendo ese libro.

—Es probable.

—También aquí, en Inglaterra, cuando quiere, quema. Junio no perdona. Además, hoy es víspera de San Juan... Ve a tumbarte a la sombra un rato, y acábate la limonada.

—¿Toda? —replicó James, indignado—. ¿Y nosotros?

—Atrapa diez percas más, y de regreso a casa te daré de beber —contestó Stephen, con una patada imaginaria—. Vamos, Will, ve debajo de los árboles.

—De acuerdo —consintió Will.

Will volvió a cruzar el campo y se sentó en la hierba fresca bajo los arces. Mientras tomaba a pequeños sorbos la limonada, miró con inquietud hacia el río, pero todo era normal. Los cisnes se habían marchado. Los mosquitos revoloteaban en el aire, el calor velaba el mundo de neblina. Le dolía la cabeza. Se tumbó de espaldas en la hierba, alzando la mirada. Las hojas danzaban encima de él, las ramas susurraban y oscilaban adelante y atrás, adelante y atrás, adornando el cielo azul con verdes y cambiantes filigranas. Will se apretó los ojos con las palmas de las manos, recordando las siluetas pálidas y apresuradas que habían llegado hasta él como un relámpago desde el pasado, recordando el miedo...

No pudo establecer jamás si se había dormido. El susurro de la brisa pareció hacerse más decidido y de improviso vio encima de él árboles distintos, hayas, cuyas hojas se agitaban en un revoloteo más violento que el de las encinas y los arces. Y ya no formaban un seto que se extendía sin interrupción hasta el río, sino un bosquecillo. El río, su rumor y su olor habían desaparecido, y por ambos lados Will divisaba el cielo abierto. Se incorporó.

Estaba en una pendiente herbosa que dominaba el valle boscoso del Támesis. El bosque de hayas cubría la cima de la montaña, como un sombrero. De los campos

había desaparecido el grave zumbido de los insectos. A cambio, por encima de él, en medio del sonido del viento, surgió el gorjeo de una alondra.

Y luego, desde algún lugar, Will oyó unas voces. Volvió la cabeza. Una fila de personas ascendía deprisa por la montaña, pasando como flechas de un árbol o un matorral a otro, evitando los puntos descubiertos. Las primeras habían alcanzado ya un extraño hoyo en la pendiente, cubierto por matorrales tan espesos que Will ni siquiera lo habría visto si los fugitivos no hubiesen estado allí para mover las ramas. Iban cargados con bultos envueltos tan precipitadamente que el contenido sobresalía hacia fuera. Will parpadeó: había copas, platos y cálices de oro, una gran cruz, también de oro, incrustada de joyas, altos candelabros de oro y plata, ropas y telas de seda brillante entretejida de oro y gemas. La serie de tesoros parecía infinita. Las figuras ataron los bultos con la cuerda, y una tras otra se introdujeron en el hoyo. Will vio a un hombre, vestido de monje, que parecía vigilarles: daba órdenes y explicaciones mientras observaba ansiosamente el terreno circundante.

Hacia la cima de la montaña se dirigió un trío de niños, siguiendo la dirección indicada por el brazo extendido del monje. Will se levantó lentamente, pero los niños pasaron corriendo junto a él sin dedicarle una mirada. Entonces comprendió que él era, en aquel tiempo pasado, sólo un observador, invisible y más allá de cualquier percepción.

Los niños se detuvieron en los márgenes del bosquecillo, observando el valle con atención; evidentemente, les habían enviado a montar guardia desde allí. Mientras les miraba, Will se concentró en el deseo de oírles, y un instante después las voces resonaron en su mente.

—Por este lado no viene nadie.

—Todavía no.

—Dentro de dos horas, quizá, ha dicho el correo. Le he oído hablar con mi padre: son centenares, horribles, y avanzan con furia por la Vieja Vía. Ha dicho que han quemado Londres: se veía el humo negro subir en grandes nubes...

—Si te atrapan, te cortan las orejas. Eso a los niños. A los hombres los parten por la mitad, y a las mujeres y las niñas les hacen cosas aún peores...

—Mi padre sabía que vendrían. Ha dicho que el mes pasado, al este, cayó sangre en lugar de lluvia, y algunos vieron dragones volar por el cielo.

—Siempre surgen señales así, antes de que lleguen los diablos paganos.

—¿De qué sirve enterrar los tesoros? Al fin y al cabo, nunca vuelve nadie a recogerlos. Nunca vuelve nadie que haya sido expulsado por los diablos.

—Quizás esta vez...

—¿Adonde nos dirigimos?

—¿Quién sabe? Al oeste...

Unas voces excitadas llamaron a los niños, que huyeron. Habían terminado de

ocultar los bultos en el hoyo, y algunas figuras ya se apresuraban montaña abajo. Will observó fascinado mientras los últimos hombres izaban sobre el hoyo una enorme roca plana de sílice, la más grande que jamás había visto. La encajaron en la abertura, como una especie de tapa, y luego colocaron encima tierra cubierta de hierba, sobre la que echaron las ramas de los matorrales circundantes. En un instante no quedó el menor rastro del escondrijo. Con un grito de alarma, uno de los hombres señaló la parte opuesta del valle: más allá de la montaña contigua se elevaba una densa columna de humo. De inmediato, presa del pánico, todo el grupo huyó, entre resbalones y saltos, hacia abajo por la cuesta herbosa. El monje corría tanto como los demás.

Will se sintió invadido por una oleada de miedo tan intensa que le dio náuseas. Una amenaza terrible se cernía sobre esas personas, como sobre las otras que había visto poco antes en un pasado distinto y lejano. Allí abajo, al este, la amenaza resurgía, con su potente bramido.

—Ya llega —proclamó Will en voz alta, mirando fijamente la columna de humo y tratando de no pensar en lo que podría suceder cuando sus responsables hubiesen superado la cima de la montaña—. Ya llega...

—No es cierto, no se mueve en absoluto. ¿Estás despierto? ¡Mira! —exclamó James, lleno de entusiasmo y curiosidad.

—¡Es extraordinario! —observó Stephen.

Sus palabras resonaban sobre la cabeza de Will, que yacía boca arriba entre la hierba fresca.

Tardó un momento en recuperar el control y dejar de temblar. Incorporándose sobre los codos, vio a Stephen y James a pocos pasos, con las manos llenas de pescado, cañas y cubos de cebos. Miraban algo, con aspecto prudente y fascinado al mismo tiempo.

Will estiró el cuello hacia el prado para ver el objeto de su interés. Y jadeó, con la mente medio desgarrada por una oleada del mismo terror ciego que lo había dominado un momento antes. Un terror que distaba una eternidad del presente, diez siglos y, al mismo tiempo, no más de un sople.

A unos diez metros, en la hierba, había un animalillo negro que lo miraba, inmóvil: esbelto, ondulado, de unos cincuenta centímetros de longitud, con una larga cola y la espalda suave y arqueada. Parecía un armiño o una comadreja, pero no era ni el uno ni la otra. Su pelo brillante era negro del hocico a la cola; sus ojos oscuros y fijos estaban inequívocamente clavados en Will. Y él sintió llegar un ímpetu vibrante de crueldad y maldad tan violento que dudó que el animal existiese realmente.

De súbito, James lanzó un rápido silbido.

La negra criatura no se movió. Seguía mirando a Will. Will devolvió la mirada,

pasmado por el instintivo grito de terror que le resonaba en el cerebro. De reojo, vio la alta silueta de Stephen a su lado, inmóvil como una estatua.

—Sé de qué se trata —murmuró James—. Es un visón. Acaban de aparecer por esta zona... lo leí en el periódico. Decía que se parecen a las comadreja, pero que son peores. Mira esos ojos...

Rompiendo impulsivamente la tensión, lanzó un aullido contra el animal, y azotó la hierba con la caña de pescar. Rápidamente, pero sin pánico, el visón negro se dio la vuelta y se deslizó por el campo hacia el río, con el largo lomo oscilando en un movimiento extraño y desagradable, similar a una gran serpiente. James saltó tras él, con la caña bien aferrada.

—¡Ten cuidado! —gritó Stephen.

—Ni siquiera lo tocaré —respondió James—. Tengo mi caña...

Desapareció junto a la orilla del río, tras un grupo de sauces bajos y gruesos.

—Este asunto no me gusta —dijo Stephen.

—A mí tampoco —convino Will. Se estremeció, mirando el punto desde el que el animal lo había mirado con sus ojos oscuros y penetrantes—. Me pone la piel de gallina.

—No me refiero sólo al visón, suponiendo que lo fuese de verdad.

La voz de Stephen tenía un tono desacostumbrado, que indujo a Will a volver la cabeza de golpe. Quiso ponerse en pie, pero su hermano se agachó a su lado, apoyando los brazos en las rodillas.

—Will —comenzó, con voz extraña y tensa—, tengo que hablar contigo. Ahora, mientras James está persiguiendo aquello. Desde que he vuelto a casa trato de quedarme a solas contigo, y esperaba que hoy... pero Jamie quería pescar...

Vaciló, enredándose con las palabras de una forma que llenó a Will de estupor y alarma. Su hermano mayor, tranquilo y controlado, había sido siempre su modelo de cómo debe ser una persona adulta. Luego Stephen levantó la cabeza, clavándole una mirada casi belicosa. Will lo miró a su vez, nerviosamente.

—Cuando el barco estaba en Jamaica, el año pasado —contó Stephen—, te envié una gran máscara de carnaval de las Indias Occidentales, como regalo de Navidad y de cumpleaños al mismo tiempo.

—Es cierto —replicó Will—. Es una máscara fantástica. Ayer mismo, la estábamos admirando todos.

—La recibí de un viejo jamaicano que un día surgió de la nada en la calle y me agarró, en pleno carnaval —prosiguió Stephen, ignorándolo—. Me dijo cómo me llamaba, y añadió que debía darte la máscara a ti. Y cuando le pregunté cómo demonios me conocía respondió: «Nosotros, los Vetustos, tenemos un aspecto determinado, y también nuestros familiares llevan sus huellas».

—Ya lo sabía —contestó vivamente Will, tragándose el presentimiento que le

atenazaba la garganta—. Me enviaste una carta, junto con la máscara. ¿No te acuerdas?

—Recuerdo que, dicha por un desconocido, era una frase condenadamente extraña —objetó Stephen—. Nosotros, los Vetustos, nosotros los Vetustos, con mayúscula. Se percibía bien.

—Oh, no exageres. Al fin y al cabo... bueno, has dicho que se trataba de un viejo.

—Will —prosiguió Stephen, mirándolo fríamente con sus ojos azules—, el día que zarpamos de Kingston, el viejo acudió al barco. No sé cómo logró convencerles, pero enviaron a alguien a llamarme. Estaba allí, en el muelle, con la cara sombría y ausente, el pelo muy blanco, y observaba tranquilo al marinero que me acompañaba. Cuando el muchacho se fue, sólo dijo una cosa: «Dile a tu hermano que los Vetustos de las Islas Oceánicas están listos», y luego se marchó.

Will permaneció en silencio. Sabía que había algo más. Observó las manos de su hermano: estaban apretadas, y un pulgar se movía mecánicamente adelante y atrás, sobre el puño.

—Y luego —concluyó Stephen, con voz algo temblorosa—, al regresar a casa hicimos escala en Gibraltar. Desembarqué y permanecí en tierra la mitad del día, y un desconocido me habló por la calle. Esperábamos en un semáforo, y él estaba a mi lado. Era muy alto y delgado, árabe, creo. ¿Sabes qué dijo? «Haz saber a Will Stanton que los Vetustos del Sur están listos». Luego desapareció entre la multitud.

—Oh —murmuró Will.

Stephen detuvo bruscamente el pulgar sobre la mano. Se levantó de un salto, como un resorte liberado de repente. También Will se puso en pie fatigosamente y parpadeó, incapaz de leer el rostro bronceado contra el cielo vivaz.

—O yo me estoy volviendo loco —comentó Stephen— o tú, Will, estás metido en una historia muy rara. En ambos casos, creo que podrías decirme algo más que un simple «oh». Te lo repito, este asunto no me gusta nada en absoluto.

—Verás, el problema es —replicó Will, lentamente— que si tratase de explicártelo no me creerías.

—Ponme a prueba —lo desafió su hermano.

Will suspiró. De los nueve hermanos Stanton, él era el menor y Stephen el mayor. Les separaban quince años, y hasta que Stephen se marchó de casa para alistarse en la Marina, Will lo había seguido a todas partes como una sombra, con muda devoción. Ahora sabía que llegaba el final de algo que había esperado que no terminase nunca.

—¿Estás seguro? —insistió—. ¿No te reirás de mí, no me... juzgarás?

—Desde luego que no —prometió Stephen.

Will respiró hondo.

—Pues bien, así son las cosas... El mundo en que vivimos es un mundo de hombres, hombres normales, y aunque en él están presentes la Antigua Magia de la

tierra y la Magia Instintiva de las criaturas vivientes, son los hombres quienes deciden cómo debe ser —no miraba a Stephen, por miedo a ver el cambio de expresión que forzosamente se produciría—. Sin embargo, además del mundo existe el universo, vinculado por la ley de la Gran Magia, tal como debe ser. Y la Gran Magia se desarrolla en dos... polos opuestos, que denominamos la Tiniebla y la Luz. No están sujetos a ningún otro poder. La Tiniebla, por su oscura naturaleza, trata de influir en los hombres a fin de lograr, a través de ellos, dominar la Tierra. La Luz tiene la función de impedir que eso suceda. De vez en cuando, la Tiniebla ha levantado la cabeza y ha sido rechazada, pero dentro de muy poco surgirá por última vez, la más peligrosa. Ha reunido las fuerzas para este objetivo, y ahora casi está lista. Por eso, por última vez, hasta el final de los Tiempos, nosotros debemos rechazarla, para que el mundo de los hombres pueda ser libre.

—¿Nosotros? —repitió Stephen, en tono apagado.

—Nosotros somos los Vetustos —explicó Will, con fuerza y seguridad nuevas—. Formamos un gran Círculo, en todo el mundo y más allá, desde todos los puntos y rincones del Tiempo. Yo nací el último, y cuando, el día en que cumplí once años, adquirí mi pleno poder de Vetusto, el Círculo se completó. Hasta entonces no sabía nada de todo esto. Pero ahora se aproxima la hora, y por eso te han dado para mí las confirmaciones —o los avisos, en cierto modo— dos de los tres miembros más viejos del Círculo, o eso creo.

—El segundo no parecía muy viejo —replicó Stephen, con la misma voz monocorde.

—Tampoco yo lo parezco —respondió Will con sencillez.

—Vamos, hombre —respondió rápidamente Stephen, irritado—, tú eres mi hermano pequeño, tienes doce años, y yo recuerdo tu nacimiento.

—Sólo en cierto sentido —corrigió Will.

Stephen miró exasperado la figura que tenía ante sí: el muchacho bajo y robusto, con los vaqueros, la camisa desgastada y el pelo castaño y liso que le caía desordenadamente sobre un ojo.

—Will, eres demasiado mayor para estos estúpidos jueguitos. Parece como si tú creyeras todas esas cosas.

—Entonces, Steve, ¿quiénes eran esos dos mensajeros? —preguntó Will, con calma—. ¿Crees que me dedico al contrabando de diamantes, o que pertenezco a una red de vendedores de droga?

Stephen gimió.

—No lo sé. Quizá los he soñado..., quizá realmente me estoy volviendo loco.

Su voz era forzosamente alegre, pero contenía una tensión inequívoca.

—No —replicó Will—, no los has soñado. Ya he recibido otros... avisos.

Por un momento, permaneció en silencio, pensando en las siluetas inquietas y

apresuradas que habían surgido de las tinieblas de tres mil años atrás, y luego en los niños sajones que espiaban aterrorizados la llegada de los daneses y de sus saqueos vandálicos.

Miró a Stephen con tristeza.

—Es demasiado para ti —reconoció—. Deberían haberlo sabido, y creo que lo sabían. Pero los mensajes tenían que comunicarse de viva voz, es el único medio que no está al alcance de la Tiniebla. Después de lo cual, me corresponde a mí..., —agarró rápidamente el brazo de su hermano, señalando con el dedo, mientras la incompreensión en el rostro de Stephen se transformaba en una alarma intolerable—. Mira... ahí viene James.

Mecánicamente, Stephen se volvió de lado para mirar. El movimiento le hizo rozar con las piernas una maraña de zarzas. Y desde el matorral se elevó de improviso una nube temblorosa de delicadas mariposas blancas.

Leves, impalpables, conformaban un espectáculo asombroso. Cientos y cientos, ascendían por el aire en un río inagotable, fluctuando en torno a la cabeza y los hombros de Stephen como un suave remolino de nieve. Él, aturdido, sacudió los brazos para ahuyentarlas.

—No te muevas —murmuró Will—. No les hagas daño. No te muevas.

Stephen se quedó quieto, con un brazo alzado temerosamente delante de la cara.

Sobre él y a su alrededor las mariposas revoloteaban, giraban en círculo, llevadas por la brisa, sin posarse nunca ni descender. Parecían pájaros infinitamente pequeños, hechos de nieve: silenciosas, espectrales, cada minúscula ala una filigrana de cinco finísimas plumas, todas blancas.

Stephen permaneció inmóvil, como alelado, protegiéndose el rostro con la mano.

—¡Qué maravilla! Pero son muchas... ¿qué son?

—Falenas plumadas —respondió Will, mirándolo con un extraño y afectuoso pesar, similar a un adiós—. Se llevan los recuerdos, según un viejo proverbio.

En un último torbellino vaporoso, los insectos giraron en torno a la cabeza vacilante de Stephen, y luego la nube se rompió y dispersó como humo, y las mariposas se sumergieron en el seto y desaparecieron.

James llegó detrás de ellos con pasos pesados.

—Chicos, ¡qué caza! Era un visón... por fuerza.

—¿Un visón? —preguntó Stephen. Sacudió bruscamente la cabeza.

James lo miró fijamente.

—El animalillo negro de antes.

—Sí, claro —se apresuró a responder Stephen, aún atontado—. Entonces, ¿era un visón?

James respiraba una sensación de triunfo.

—Estoy seguro. ¡Qué suerte! Desde que leí ese artículo en el *Observer* mantengo

los ojos abiertos para descubrir uno. Decía que había que actuar así, porque son una verdadera plaga. Devoran los pollos y aves de todo tipo. Alguien los trajo de América, hace años, para criarlos por la piel, pero algunos han huido y crecido en estado salvaje.

—¿Dónde ha ido? —indagó Will.

—Se ha echado al río. No sabía que supiesen nadar.

Stephen recogió la cesta de la comida.

—Es hora de llevar a casa el pescado. Pásame esa botella de limonada, Will.

—Has dicho que de regreso a casa me ofrecerías un refresco —le recordó James, rápidamente.

—Si atrapabas diez peces más, he dicho.

—Con siete, poco falta.

—Demasiado.

—Qué tacaños, los marinos —protestó James.

—Ten —concluyó Will, dándole un golpecito con la botella—. Ni siquiera me he bebido toda la limonada.

—Adelante, avaricioso, acábatela —lo exhortó Stephen.

Un ángulo de la cesta se estaba deshaciendo; trató de volver a atar los extremos de mimbre sueltos, mientras James tragaba ávidamente la limonada.

—Este cesto se cae a pedazos —observó Will—. Parece como si perteneciese a los Vetustos.

—¿A quién? —quiso saber Stephen.

—Los Vetustos. Hablabas de ellos en la carta que me enviaste el año pasado desde Jamaica, junto con aquella gran máscara de carnaval. Los había mencionado el viejo que te la dio. ¿Es que no te acuerdas?

—Santo cielo, no —negó cortésmente Stephen—. Ha pasado demasiado tiempo —rió con suavidad—. De todos modos era un regalo muy absurdo, ¿no?

—Cierto —convino Will.

Se marcharon a casa tranquilamente, entre la hierba alta y ligera y las sombras de los árboles, cada vez más alargadas.

El visón negro

Estaban sentados a la mesa, para cenar. Sólo faltaba el señor Stanton, que trabajaba hasta tarde en su taller de joyería. La señora Stanton estaba clavando un gran cuchillo en la torta de melaza, cuando de súbito levantó la cabeza.

—¿Qué es eso?

Todos habían oído el débil sonido, en el exterior, que ahora se repitió, más fuerte. Se alzaron chillidos lejanos del corral de los pollos, en el patio situado detrás de la casa; no las voces acostumbradas, sino un gran clamor de alarma.

Los chicos se precipitaron afuera. Will salió el primero... y luego se detuvo bruscamente, por lo que Stephen y James tropezaron y a punto estuvieron de caer. Salieron corriendo. Pero Will se sintió rodeado de una sensación de maldad y odio tan intensa que se estremeció. Luchando contra aquella percepción como contra un huracán, corrió detrás de los demás. «Ya he vivido esta sensación», pensó, pero no había tiempo para recordar.

Oyó unos gritos procedentes del patio y un rumor de pies, entre el estrépito de los pollos alborotados. En la penumbra del anochecer brumoso, divisó a Stephen y James que avanzaban y retrocedían, como persiguiendo algo. Al aproximarse, le pareció ver un cuerpo pequeño, oscuro, ondulante, que se deslizaba rápidamente entre ellos. Stephen agarró un palo y se lanzó sobre la silueta, pero falló. El palo golpeó el suelo y se partió en astillas. Una horca de jardinería estaba apoyada en el recinto del gallinero; Will la aferró, sin dejar de acercarse. El animal saltó más allá de sus pies, sin ruido.

—¡Atrápalo, Will!

—¡Dale!

Se oía un gran estruendo de pisadas. Los pollos alborotaban. El patio estaba lleno de cuerpos que chocaban, formas grises en la luz débil. Por un instante, Will vio la luna llena, un enorme arco amarillo que iniciaba su ascenso sobre los árboles. Luego James volvió a tropezar con él.

—¡Por este lado! ¡Atrápalo!

—¡Es otro visón! —comprendió Will, en un destello.

—¡Claro! ¡Por este lado!

Culebreando en su penosa búsqueda de una salida, el visón quedó acorralado entre Will y la valla. Los blancos dientes destellaron. Estaba rígido, con los ojos fijos, y de repente lanzó un chillido alto y rabioso que traspasó la mente de Will, permitiendo la irrupción de la terrible conciencia del mal que había advertido al cruzar la puerta. El corazón le dio un vuelco.

—¡Ahora, Will, ahora! ¡Dale fuerte! —le gritaban ambos.

Will levantó la horca. El visón lo miró fijamente y gritó de nuevo. Will lo

observó. «La Tiniebla está surgiendo. Matar a una de sus criaturas no detendrá su ascenso». Dejó caer la horca.

James lanzó un fuerte gemido. Stephen saltó junto a Will. El visón, mostrando los dientes, corrió en línea recta hacia Stephen, con intención de atacarle, pero en el último momento la bestia giró, pasando entre sus piernas como una exhalación. Pero entonces no buscó de inmediato la libertad: se arrojó contra un grupo asustado de pollos, atrapó a uno por el cuello y lo mordió debajo de la cabeza, matándolo de forma instantánea. Luego lo soltó y huyó en la noche.

—¡Los perros! ¿Dónde están los perros? —exclamó James pateando, presa de una frustración rabiosa.

Un haz de luz tembló desde la puerta de la cocina.

—Barbara los ha llevado al peluquero, a Eton. Y lleva retraso, porque pasa a recoger a vuestro padre.

—¡Oh, maldición!

—Estoy de acuerdo —aprobó la madre, con dulzura—, pero así son las cosas. Echemos un vistazo a los daños —añadió.

Los daños eran considerables. Cuando los muchachos separaron las gallinas histéricas y ruidosas de sus compañeras muertas, se encontraron con seis gruesos cadáveres tendidos en fila. Cada ave había muerto de un feroz mordisco bajo la cabeza.

—¿Tantas? ¿Por qué tantas? Ni siquiera ha tratado de llevarse una —dijo Mary, asustada.

La señora Stanton sacudió la cabeza, perpleja.

—Los zorros matan a una gallina y luego huyen deprisa, cosa que me parece más lógica. ¿Habéis dicho que eso era un visón?

—Estoy seguro —declaró James—. Había un artículo en el periódico. Y además, hemos visto uno esta tarde, cerca del río.

—Parece que se haya divertido matando nuestros pollos —observó Stephen, en tono sarcástico.

Will permanecía a cierta distancia, apoyado en el muro del granero.

—Matan por el gusto de hacerlo —dijo.

James chasqueó los dedos.

—También lo leí en el periódico. Por eso son una plaga. El visón es el único animal, además del turón, que mata por diversión, y no solamente por hambre.

La señora Stanton recogió un par de pollos muertos.

—Bien —proclamó, con brusca resignación—, llevémoslos dentro. Sólo nos queda poner al mal tiempo buena cara y confiar en que ese desgraciado animal no haya escogido las mejores ponedoras. Y si trata de regresar... Steve, ¿puedes poner a buen recaudo las que quedan?

—Claro —respondió Stephen.

—Te echaré una mano —se ofreció James—. Uf... has tenido suerte, Steve. Creía que te iba a morder. ¿Por qué se habrá detenido?

—Tengo mal sabor. —Stephen levantó los ojos hacia el cielo—. Mira qué luna: casi no se necesita linterna... Adelante. Madera, clavos y martillo. Haremos ese gallinero a prueba de visones, para siempre.

—Ya no volverá —anunció Will, mirando la flor de pampina que colgaba, marchita y olvidada, del ojal de Stephen—. «Eficaz contra los animales venenosos». No volverá.

—Pareces extraño. ¿Te encuentras bien? —inquirió James, escrutándolo.

—Pues claro —replicó Will, luchando contra el tumulto de su mente—. Pues claro. Pues...

La cabeza le daba vueltas. Parecía un ataque de vértigo, pero capaz de destruir incluso su sentido del tiempo, de todo aquello que sucedía en ese momento, y antes o después. ¿El visón se había marchado, o todavía le estaban dando caza? ¿Había venido realmente? ¿Les atacarían en breve, y las gallinas iniciarían su terrible y angustiado clamor? ¿O acaso él, Will, estaba... en otro lugar muy distinto?

—Papá ha trasladado la caja de herramientas al granero —dijo sacudiendo bruscamente la cabeza.

—Vamos, pues.

Entraron en el cobertizo de madera que llamaban granero. Antiguamente, su casa había sido una rectoría, pero ahora los pollos y conejos criados por la madre bastaban para cambiar su atmósfera.

Encendieron la luz eléctrica y luego recogieron un martillo, tenazas, clavos robustos, una red metálica y varias tablas de madera, de poco más de un centímetro de espesor.

—Justo lo que hace falta —comentó Stephen.

—La semana pasada papá construyó una nueva conejera. Estas sobraron.

—Deja la luz encendida. Iluminará también el exterior.

Una franja brillante surgió en la noche desde la ventana polvorienta. Empezaron a cortar la red metálica y a encajar las tablas en el lado más distante del gallinero, por el que se había introducido el visón.

—Will, mira si ahí dentro hay otra tabla, un palmo más larga que ésta.

—De acuerdo.

Will cruzó el patio iluminado por la luna, dirigiéndose hacia el haz de luz amarilla que venía del granero. A sus espaldas, el martilleo de Stephen resonaba rítmicamente sobre el murmullo aún agitado de las gallinas.

Y luego el torbellino volvió a atrapar su mente, confundiéndole los sentidos, y notó una ráfaga de viento en la cara. *Tap-taptap... tap-tap-tap...* El martilleo pareció

transformarse en un sonido sordo y metálico, como de hierro que golpea contra hierro. Tambaleándose, Will se apoyó en el muro del granero. La franja de luz había desaparecido, al igual que la luna. La modificación se produjo sin ningún aviso: un deslizamiento temporal tan completo, que en un instante no vio ni rastro de Stephen o James, ni tampoco ningún objeto, animal o árbol familiares.

La noche era más oscura que antes. Se oía un chirrido que no lograba identificar. Descubrió que seguía de pie contra un muro, pero de composición distinta: sus dedos, que antes tocaban la madera, hallaron ahora grandes bloques de piedra, unidos con argamasa. El aire seguía siendo cálido, como en el tiempo del que venía. Del otro lado del muro venían unas voces. Las voces de dos hombres. Y Will conocía ambas tan bien, que se le erizó el vello en la nuca y se sintió invadir el pecho de una alegría dolorosa.

—A Badon, entonces —dijo una voz ronca, neutra.

—No hay más remedio.

—¿Crees que podrás rechazarlos?

—No lo sé. ¿Y tú? —La segunda voz era casi igual de ronca, pero aligerada por un sentimiento caluroso, como una alegría de fondo.

—Sí. Tú los rechazarás, mi señor. Pero no será para siempre. A éstos se les puede expulsar, pero la fuerza de la naturaleza que ellos representan jamás ha sido rechazada durante mucho tiempo.

—Tienes razón —suspiró la voz cálida—. Esta isla está condenada, a menos que... sé que tienes razón, león. Lo sé desde que era niño, desde el día en que... —se interrumpió y permaneció largo rato en silencio.

—No pienses en ello —dijo el primer hombre, suavemente.

—Entonces, ¿lo sabes? Nunca he hablado de ello con nadie. Bueno, claro que lo sabes —se oyó una risa sosegada, más cargada de afecto que de diversión—. ¿Tú estabas allí, Vetusto? Probablemente sí que lo estabas.

—Sí que estaba allí.

—Los mejores hombres de Britania asesinados. Todos ellos. Trescientos jefes reunidos. ¡Trescientos! Apuñalados, estrangulados, apaleados, a una señal... Incluso vi dar la señal, ¿sabes? Yo, un niño de siete años... Todos muertos. Y entre ellos estaba mi padre. La sangre corría, la hierba estaba roja, y la Tiniebla comenzaba a surgir en Britania... —el segundo hombre se sofocó con sus propias palabras.

—Este ascenso no durará eternamente —replicó, fría y resuelta, la voz profunda.

—¡No, en nombre del cielo, no! —el interlocutor se había calmado—. Y, dentro de pocos días, Badon lo demostrará. *Mons Badonicus, mons felix*. Tenemos motivo para la esperanza.

—Ha empezado la reunión, y los hombres llegan desde todos los rincones de tu fiel Britania —proclamó el primer hombre—. Y esta noche se convocará el Círculo

de los Vetustos, para afrontar esta gran dificultad.

Will se enderezó, como si alguien hubiese pronunciado su nombre. Pero ahora estaba tan inmerso en aquel tiempo, que no necesitaba ser llamado. Ni siquiera tenía pensamientos, sólo conciencia. Se volvió y percibió la luz brillando en torno a la puerta en el muro de piedra. Se encaminó hacia allí, y de golpe surgieron ante su vista dos figuras armadas con espada y lanza a ambos lados. Pero ni una ni otra se movieron. Permanecieron rígidas, alerta, con la mirada fija hacia delante.

Will tendió la mano hacia el pesado cortinaje, densamente tejido, que colgaba sobre la entrada, y lo apartó. Una luz vivida centelleó en sus ojos. Alzó la mano para protegerlos, parpadeando.

—Ah, Will —dijo la voz más profunda—. Entra, entra.

Will dio un paso hacia delante, abriendo los ojos de par en par. Luego sonrió a la figura alta, envuelta en sus ropas amplias, con la nariz orgullosa y decidida y la cabellera blanca y suave. Hacía mucho que no se encontraban.

—¡Merriman! —exclamó.

Se acercaron y se abrazaron.

—¿Cómo estás, Vetusto? —preguntó el hombre alto.

—Bien, gracias.

—De Vetusto a Vetusto —murmuró el otro—. El primero y más viejo, y el último y más joven. Y también yo te doy la bienvenida.

Will miró los ojos azules y límpidos en el rostro marcado por la intemperie, la barba corta y gris, el cabello aún castaño, pero estriado de ceniza. Se arrodilló e inclinó la cabeza.

—Mi señor.

El otro se inclinó desde la butaca de piel chirriante y le tocó brevemente el hombro, en señal de saludo.

—Me alegro de verte. Pero ahora levántate y únete a tu señor. Esta parte del Tiempo os afecta sólo a vosotros dos, y hay mucho que hacer.

Se puso en pie, echándose sobre el hombro una corta capa, y se dirigió hacia la puerta a grandes pasos. Sus botas surcaban en silencio el pavimento de mosaico. Aunque era una cabeza más bajo en relación con la gran estatura de Merriman, poseía una autoridad que le hacía elevarse sobre cualquiera.

—Iré a oír el último recuento de hombres —concluyó, volviéndose delante de la puerta, mientras los guardias presentaban armas—. Una noche y un día. Sé rápido, león.

Luego desapareció, como arrastrado por el movimiento de la capa.

—Los guardias no me han detenido —observó Will.

—Tenían aviso de tu llegada —explicó Merriman.

Miró a Will, con una sonrisa irónica pintada en el rostro sombrío y huesudo.

Luego, de improviso, echó la cabeza hacia atrás, con una rápida inspiración y un suspiro.

—Bueno, Will, ¿cómo te las arreglas en el segundo gran ascenso? Porque aquí, en el primero, las cosas no van demasiado bien.

—Perdona, pero no te comprendo —replicó Will.

—¿De verdad, Vetusto? Después de todas mis enseñanzas y el estudio del *Libro de Magia*, hace tiempo, ¿aún no comprendes cómo el Tiempo escapa a la conciencia de los hombres? Tal vez estás aún demasiado cerca de ellos... Bien.

De repente, se sentó en un largo diván de brazos curvados. En la habitación alta y cuadrada había pocos muebles, en las paredes encaladas brillaban vividas representaciones del verano en la campiña: sol, campos y mieses doradas.

—En el tiempo de los hombres, Will —prosiguió—, la Tiniebla realiza dos grandes ascensos. Uno se produce en la época de tu nacimiento humano, el otro sucede aquí y ahora, quince siglos atrás, cuando mi señor Arturo debe obtener una victoria que dure lo suficiente para separar a los devastadores que nos invaden de la Tiniebla que los impulsa. Tú y yo tenemos que desempeñar una función en la defensa contra cada uno de estos dos ascensos. Es más, la misma función.

—Pero... —murmuró Will.

Merriman lo miró de soslayo.

—Si tú, precisamente tú, osas preguntarme cómo puede alguien que pertenece al futuro tomar parte en algo que, para decirlo neciamente, ya ha sucedido...

—Oh, no —lo tranquilizó Will—. No lo haré. Recuerdo lo que me revelaste una vez, hace mucho tiempo... —Contrajo el rostro, hurgando en la memoria en busca de las palabras exactas—. «Porque todos los tiempos coexisten —dijiste— y a veces el futuro influye en el pasado, si bien el pasado es una vía que lleva al futuro».

En el reservado rostro de Merriman brilló por un instante una leve sonrisa de aprobación.

—Y por ello, ahora, el Círculo de la Luz debe ser convocado por Will Stanton, el Buscador de los Signos, aquel que una vez logró unir en círculo los Seis Signos de la Luz. Debe ser convocado, para que en virtud de la misma llamada pueda ayudar a los hombres de este mundo, tanto en el tiempo de Arturo, como en aquél del que tú vienes.

—Y así —respondió Will—, debo recuperar los Signos de su refugio, mediante el complicado hechizo al que los sometimos después de reunirlos. Sólo espero hallar la forma.

—También yo lo espero —dijo Merriman, en tono siniestro—. Porque, si no lo logras, la Gran Magia que los custodia los llevará fuera del Tiempo, y la única ventaja que la Luz posee en esta crucial lucha se perderá para siempre.

Will tragó saliva.

—Sin embargo, debo hacerlo desde mi siglo —precisó—. Desde allí fueron unidos y ocultados.

—Por supuesto —asintió Merriman—. Por ello mi señor Arturo nos ha rogado que fuésemos rápidos. Ve, Will, y haz lo que debes. Una noche y un día: es todo el tiempo que tenemos, según la medida terrestre.

Se levantó, atravesó el pavimento en un solo movimiento veloz y apretó los brazos de Will en el antiguo saludo romano. Sus ojos oscuros centelleaban en el rostro extraño y áspero, marcado por arrugas profundas.

—Yo estaré contigo, aunque sin poderes. Ten cuidado —le recomendó.

—Sí.

Will se volvió, fue hasta la puerta y apartó el cortinaje. Fuera, en la noche, resonaba aún débilmente el martilleo metálico del hierro que golpea contra el hierro.

—Wayland, el herrero, trabaja hasta tarde hoy —murmuró Merriman, a sus espaldas—. Y no en las herraduras, porque en esta época todavía no se usan. Fabrica espadas, hachas y puñales.

Will se estremeció y salió a la obscuridad sin una palabra. La cabeza le dio vueltas, un viento le sopló en la cara... y de nuevo la luna fluctuaba en el cielo ante él como una gran naranja pálida; en sus manos había una tabla de madera y el ruido era el de los clavos que penetran en la madera.

—¡Ah! —exclamó Stephen, alzando la mirada—. Es perfecta. Gracias.

Will avanzó, tendiéndole la tabla.

La llamada

En su habitación de la buhardilla, el aire era cálido e inmóvil. Tendido de espaldas, Will escuchaba los murmullos y la agitación tardía de los últimos Staton aún despiertos —su padre y Stephen—, que se preparaban para acostarse.

La última puerta se cerró, el último tenue resplandor de luz se apagó.

Will miró el reloj. Había pasado la medianoche; el día de San Juan había comenzado hacía pocos minutos. Una espera de media hora debía bastar. Por la claraboya no se veían estrellas, sino sólo el cielo inundado por la luna, cuya claridad se filtraba amortiguada dentro de la habitación.

La casa estaba inmersa en el sueño cuando, por fin, bajó las escaleras en pijama, atento a apoyar los pies sólo en los ángulos de los escalones que, sabía, no crujirían. Delante de la habitación de sus padres se quedó inmóvil de golpe; su padre, que roncaba suavemente, se despertó a medias, emitió un gruñido, se dio la vuelta con un murmullo y volvió a dormirse, respirando de forma apenas audible.

Will sonrió en la obscuridad.

No habría sido difícil, para un Vetusto, aislar la casa en una pausa del Tiempo, sacarla de la realidad en un sueño imposible de romper. Pero no quería hacerlo; aquella noche ya tendría bastantes ocasiones para jugar con el Tiempo.

Recorrió el último tramo, hasta llegar a la entrada. El cuadro que buscaba estaba colgado en la pared junto a la puerta de entrada, sobre el paragüero. Will llevaba consigo una pequeña linterna, pero descubrió que no la necesitaba: la luz lunar que se filtraba por las ventanas le mostraba con perfecta claridad todas las figuras familiares contenidas en el cuadro.

Se había sentido fascinado por él desde que era pequeño, tan pequeño que debía trepar al paragüero para mirar. Se trataba de una estampa victoriana, y su gran atractivo consistía en la rica pero clara exquisitez de los detalles. Se titulaba *Los romanos en Caerleon* y representaba la construcción de un edificio complejo. Por todas partes, grupos de figuras tiraban de cuerdas, conducían bueyes que se afanaban bajo robustos yugos de madera, y colocaban grandes placas de roca. Un pavimento central embaldosado se mostraba completo, liso y elíptico, flanqueado por arcos con columnas; detrás se elevaba lo que sería un muro, o una escalinata. Soldados romanos, con espléndidos uniformes, vigilaban a las cuadrillas de hombres que descargaban y disponían las piedras cuidadosamente talladas.

Will buscó a un soldado en particular, un centurión apoyado en un pilar, en primer plano en el extremo del ángulo derecho. Era la única figura inmóvil en todo el panorama de la laboriosa construcción. Su rostro, trazado en sus más nítidos detalles, era grave y bastante melancólico. Miraba un punto lejano, fuera del cuadro.

Ésta era la razón por la que Will, desde pequeño, siempre había sentido mayor

curiosidad por este extraño personaje que por todos los demás atareados trabajadores. Y era también la razón por la que Merriman lo había escogido para ocultar los Signos.

Merriman. Will se sentó en un escalón, apoyando su barbilla entre las manos. Debía reflexionar, reflexionar intensamente. Era bastante fácil recordar cómo habían ocultado Merriman y él el Círculo de los Seis Signos, el arma más poderosa de la Luz, y también la más vulnerable. Habían regresado a la época de este romano y allí, entre las piedras cuya imagen tenía ahora delante, él, Will, había deslizado los Signos en un lugar en que pudiesen permanecer invisibles y seguros, sepultados por el Tiempo. Pero recordar era una cosa, y deshacer otra...

Pensó: «No tengo más remedio que revivirlo todo. Debo volver, repetir todos los movimientos que efectuamos al ocultar los Signos... y luego, en lugar de detenerme, deberé hallar la forma de sacarlos».

Comenzaba a sentirse agitado. «Merriman me acompañará, pero me corresponderá a mí hacerlo. “Estaré contigo —dijo—, pero sin poderes”. Así, no podrá mostrarme el momento en que deberé decir o hacer algo, sea lo que sea. Quizá ni siquiera sepa cuándo llegará. Sólo yo puedo escoger el momento por la Luz. Y si fracaso, ya no daremos un solo paso hacia adelante...».

La agitación menguó, bajo el peso espantoso y cruel de tanta responsabilidad. Existía una sola vía de acceso al hechizo que liberaría los Signos, y sólo él podía hallarla. Pero ¿dónde, cuándo, cómo?

«¿Dónde, cuándo, cómo?».

Se puso en pie.

Sólo entrando en el hechizo lograría hallar la clave para salir de él. Así, primero debía repetir su ejecución, invertir el Tiempo para revivir otra vez las horas en que, hacía más de un año, con él a su lado, Merriman había...

¿Qué había hecho Merriman?

La suya debía ser una reproducción perfecta. Apoyó la linterna en el suelo y se situó delante del cuadro, evocando los recuerdos. Tendió una mano hasta tocar el marco. Luego permaneció inmóvil, mirando con absoluta concentración a un grupo de hombres en segundo plano, que arrastraban con una cuerda una gran placa de roca. Vacío la mente de todo pensamiento, los sentidos de cualquier otra visión, cualquier otro sonido. Miró intensamente, sin cansarse.

Y, poco a poco, el crujido de la cuerda, los gritos acompasados y el roce de la roca contra la roca crecieron en sus oídos. Percibió el olor a polvo, a sudor... y las figuras del cuadro comenzaron a moverse.

Su mano ya no estaba en el marco de madera, sino en el borde lateral de un carro tirado por bueyes, cargado de piedras. Avanzó por el mundo de los romanos en Caerleon, como un muchacho de la época, envuelto en una fresca túnica de lino

blanco en aquel caluroso día de verano, con sandalias en los pies.

—Uno-dos-va... Uno-dos-va...

La piedra se deslizó hacia delante, sobre los cilindros. Con ritmos diversos, los mismos gritos resonaban en el aire, lanzados por los demás grupos. Soldados y peones trabajaban juntos, con su piel aceitunada o tostada, y el cabello negro y rizado, o rubio y liso. La piedra chocaba y chirriaba contra la piedra, hombres y animales gruñían por el esfuerzo.

—Tienes que estar preparado para soltar el anillo, cuando llegue el momento —susurró Merriman, a espaldas de Will.

Bajando la mirada, Will vio los Seis Signos de la Luz, unidos por anillos de oro, sujetos en torno a la cintura de su túnica como un cinturón. Yacían vividos e intensos entre los anillos relucientes, cada uno con la misma forma, un círculo dividido en cuartos por una cruz, pero de material distinto: bronce mate, hierro oscuro, madera ennegrecida, oro brillante, sílex resplandeciente y el último, que jamás olvidaría y que veía, en ocasiones, incluso en sueños, el Signo del Agua, de cristal transparente, con símbolos y delicados motivos grabados, similares a una guirnalda de copos de nieve aprisionados en el hielo.

—Ven —lo exhortó Merriman.

Alto, envuelto en una capa azul oscura que le llegaba casi hasta los pies, adelantó a Will deprisa, aproximándose al pilar detrás de los bueyes jadeantes, donde un centurión observaba a una cuadrilla de obreros atar cuerdas y correas en torno a la placa de granito más alta de todas las que había en el carro.

—El trabajo va bien —comentó Merriman.

El romano volvió la cabeza, y Will vio que se trataba de la misma figura solemne ante la cual había pasado casi todos los días de su vida.

—Ah —exclamó el hombre, mirando a Merriman—. El druida.

Merriman inclinó la cabeza en un saludo formal.

—Soy muchas cosas, para muchos hombres —dijo, con el esbozo de una sonrisa.

El centurión lo miró absorto.

—Extraña tierra, ésta. Bárbaros y magos, suciedad y poesía... —declaró, y súbitamente se dirigió a los hombres del carro—: ¡Atención, ahí arriba! Tú, Sesto, coloca la cuerda en aquel extremo...

Los hombres acudieron a equilibrar la placa, que se había inclinado peligrosamente hacia un lado, y bajó sin daños. Otro carro pasó con estruendo, cargado de largas vigas de madera.

Merriman contempló la estructura que crecía ante ellos. Se trataba de un anfiteatro a medio construir, con las paredes de piedra y filas de asientos revestidos de madera que se elevaban formando una gran curva desde la arena central.

—Roma tiene muchos talentos —observó—. Nosotros, aquí, poseemos cierta

habilidad con la piedra, y nadie puede igualar nuestros grandes círculos de piedra, con su homenaje a la Luz. Pero la maestría de los romanos en la vida cotidiana y en los lugares de culto... vuestras villas, viaductos, acueductos, carreteras y termas... estáis transformando nuestras ciudades, amigo, como nuestras vidas...

—El Imperio no deja de crecer —respondió el centurión encogiéndose de hombros. Lanzó una ojeada a Will y añadió—: ¿Y tu muchacho?

—Aprende algo de lo que sé —respondió Merriman, fríamente—. Me acompaña desde hace un año. Ya veremos. Lleva en las venas la vieja sangre, la sangre de una época anterior a aquella en la que vinieron vuestros padres a esta tierra.

—Los míos no —replicó el centurión—. Yo no nací en el Imperio. Vine de Roma hace siete años, como comandante de la Segunda Legión. Ha pasado mucho tiempo. Roma es el Imperio, el Imperio es Roma, y sin embargo, sin embargo... —dirigió una sonrisa a Will, una sonrisa amable, que iluminaba su rostro severo—. ¿Trabajas de firme para tu patrón, muchacho?

—Lo intento, señor —respondió Will.

—La construcción te interesa.

—Mucho. Es maravillosa la forma en que cada pedazo de piedra es tallado de modo que se una a la perfección con la pieza contigua, o que sostenga una viga de madera. Y la forma en que los colocan, tan atenta, tan precisa... Saben exactamente lo que hacen...

—Todo está programado, como en cualquier otro lugar del Imperio. Este mismo anfiteatro se ha construido en veinte ciudades legionarias fortificadas como ésta, de Esparta a Bríndisi. Ven a ver.

Con una mirada de invitación a Merriman, tomó a Will por el hombro y lo condujo por el espacio arenoso en el centro del anfiteatro hasta un arco abovedado casi acabado, una de las ocho entradas entre las filas de asientos que se iban levantando.

—Cuando mi tercera cuadrilla traiga la próxima placa, irá aquí, y se encajará así...

Una columna de bloques de piedra comenzaba a elevarse junto al arco. Will escrutó el siguiente, que se aproximaba sobre los cilindros, tirado por cuatro soldados empapados en sudor. Una cuadrilla fatigada y refunfuñona lo izó a su lugar sobre el arco que crecía. Era mucho más grande que los otros; irregular, con una amplia depresión en la parte superior, pero con la anterior vasta y extrañamente plana. Will vio las letras grabadas: COH. X. C. FLAV. JULIAN.

—Construido por la décima cohorte, centuria de Flavio Juliano —leyó Merriman—. Excelente.

Y, silenciosamente, en la comunicación telepática de los Vetustos, le dijo a Will: «Allí dentro. Ahora». En aquel momento tropezó, chocando torpemente contra el

codo del centurión, y el romano se volvió cortésmente a sostenerlo.

—¿Ocurre algo?

A toda prisa, Will se soltó el cinturón de los Signos de la cintura, lo introdujo en la cavidad situada en el lado superior de la placa, sobre la que se colocaría la siguiente piedra, y luego lo cubrió rápidamente con piedras y tierra, para ocultar los metales relucientes.

—Lo siento —murmuraba Merriman—. Qué tonto... mi sandalia...

El centurión se volvió de nuevo. La cuadrilla llegó tirando. Will se apartó con gran agilidad y la placa ocupó su lugar entre chirridos. El Círculo de los Signos quedó encerrado en un féretro de piedra, y allí permanecería oculto mientras sobreviviese aquella obra del Imperio Romano.

La parte destacada de la mente de Will, que veía en cada cosa un eco inducido por magia de lo que él y Merriman habían hecho anteriormente, se apoderó de improviso de su conciencia. «¡Ya está! —dijo—. ¿Y ahora?». Porque allí terminaban sus primeras acciones. A partir de aquel punto, el día de la ocultación de los Signos, él había vuelto a encontrarse muy pronto en su siglo, lanzado hacia delante en el Tiempo, con el círculo precioso escondido y seguro detrás de sí. Por ello, el secreto que debía hallar con urgencia, la clave crucial de su recuperación, debía encontrar en algún lugar en los momentos sucesivos de la época romana. ¿De qué podía tratarse?

Miró desesperadamente a Merriman, pero los ojos oscuros que se alzaban sobre la nariz alta y ganchuda carecían de expresión. Aquella tarea no le correspondía a Merriman, sino a él; tenía que realizarla solo.

No obstante, debía existir una razón para la presencia de Merriman en la primera parte del hechizo, como en la otra. Quizá, aunque involuntariamente, tenía una función que cumplir. En tal caso, Will debía descubrirla y aprovechar cualquier pretexto que se le presentase.

«¿Dónde, cuándo, cómo?».

El centurión gritó unas órdenes, y la cuadrilla de obreros más cercana se volvió para recoger la siguiente piedra. Al mirarlos, el romano se estremeció de súbito y se arrebujó en la capa.

—Todos nacieron en Britania —dijo a Merriman, en tono amargo—. Como tú, no encuentran áspero este clima.

Merriman emitió un murmullo inarticulado de simpatía, y sin ningún motivo plausible Will sintió que el vello se le erizaba en la nuca, como una advertencia por parte de los sentidos, que no tenían otro lenguaje. Se puso alerta, a la espera.

—Estas islas —prosiguió el romano— son verdes. No es de extrañar; siempre nubes, niebla, humedad y lluvia. Ah, me duelen los huesos...

—Y no sólo los huesos... —dijo Merriman, suavemente—. Debe de ser duro para quien ha nacido bajo el sol.

El centurión posó una mirada ausente en los asientos de madera y las columnas de piedra. Sacudió la cabeza, impotente.

—¿Cómo es tu casa? —preguntó Will.

—¿Roma? Es una gran ciudad. Pero mi casa está fuera de la ciudad, en el campo... una vida tranquila, hermosa... —lanzó una ojeada a Will—. Tengo un hijo que debe de ser ya tan alto como tú. La última vez que lo vi lo lanzaba al aire y lo recogía entre los brazos. Ahora mi mujer me dice que ha aprendido a cabalgar como un centauro y nada como un pez. Quería que creciese allí, como hice yo. Con el sol ardiendo sobre la piel, el aire lleno del canto de las cigarras y una fila de cipreses oscura contra el cielo... las montañas teñidas de plata por los olivos y con terrazas para las vides, con los racimos de uva que se hinchan, ahora...

La nostalgia de su hogar era un sufrimiento punzante, como el dolor físico. Y, de repente, Will comprendió que la respuesta estaba allí, en el aire, en ese instante de simple y descubierto deseo, en el que las emociones más sencillas y profundas del hombre aparecían indefensas y expuestas a los ojos y los oídos de los desconocidos.

Aquél era el camino que lo conduciría.

«¡Aquí, ahora, por este lado!».

Dejó caer la mente en el deseo, en el tormento del otro, como si se zambullese en el mar, y como agua que se cerraba sobre su cabeza, la emoción se lo tragó. El mundo dio vueltas a su alrededor. Las piedras, el cielo gris y los campos verdes revoloteaban, cambiaban y volvían a componerse de otra forma. La voz ansiosa y nostálgica le resonaba dulce en el oído, pero también ella había cambiado.

La voz era distinta, y también la lengua: un inglés de acento suave y vocales largas y arrastradas. Era de noche, con un cielo negro brillante, inundado de luna, y sombras alrededor, que no se distinguían de las formas reales.

Pero, en la nueva voz, la congoja de la añoranza era exactamente la misma.

—... es toda sol, arena y mar, aquella zona de Florida. Mi zona. Flores por todas partes. Adelfas, hibiscos y poinsetias en grandes arbustos rojos y lozanos, no encerradas en pequeños y apretados tiestos de Navidad. Y abajo, en la playa, el viento sopla entre los cocoteros, y las hojas forman un leve tintineo, parecido a una lluvia fina. Cuando tenía tu edad, me columpiaba sobre aquellas hojas, como sobre una cuerda. Si ahora estuviese allí, saldría de pesca con mi padre; tiene una barca de doce metros, una preciosidad. Se llama *Betsy Girl*, en honor de mi madre. La víspera de irme de casa, atrapé un pez de treinta kilos. Ginny, mi novia, incluso le hizo una fotografía.

Will veía su perfil contra el sol, unas veces vivido y otras obscuro, cuando unas nubes cada vez más espesas cubrían la luna: era un hombre joven y delgado, con el cabello largo recogido en una hirsuta cola de caballo.

—No veo a Ginny desde hace ocho meses —siguió recordando la voz suave—.

¡Cuánto tiempo, caramba! Ya he programado nuestro primer día, cuando vuelva a casa. No dejo de pensar en ello. Una larga jornada de no hacer nada, tomando el sol: un poco de playa, un poco de natación, quizás un poco de surf... Y cerveza y hamburguesas en el bar de Pete. Sus hamburguesas son las mejores, grandes y jugosas sobre panecillos caseros, con unos encurtidos especiales... A Ginny le gustan mucho... Es tan bonita... Tiene el pelo rubio y largo, y una figura estupenda. Me escribe todas las semanas, ¿saben? No ha venido aquí porque su viejo tiene el corazón débil y ella pensaba... ah, es un tesoro de chica —el hombre se interrumpió, sacudiendo lentamente la cabeza—. Eh, discúlpenme. Me he dejado llevar. Probablemente, ni siquiera yo sabía cuánto echaba de menos a... la gente. Aquí, en las excavaciones, me he divertido, pero me alegraré mucho de volver a casa cuando termine mi trabajo.

Detrás de él, una pendiente herbosa y arqueada hacía las veces de horizonte, y por extraño que fuese, Will tenía la convicción de hallarse en el mismo lugar que antes. Quizás era sólo aquella emoción común, la añoranza en la voz del norteamericano, y sin embargo...

—Parece que haya pulsado una tecla, al preguntarle por su casa —exclamó alegremente la voz de Merriman en la noche oscura, rompiendo la atmósfera—. ¿Lleva mucho tiempo aquí?

—Cuando haya terminado, hará un año. Supongo que tampoco es tanto, después de todo —el joven hizo un esfuerzo por animarse—. Así pues, venga, se lo enseñaré. Quisiera que usted se quedase más tiempo, profesor... hay muchas cosas que podría ver mejor por la mañana.

—Oh, bueno, tengo unos compromisos —respondió Merriman con vaguedad—. ¿Ha dicho por aquí?

—Sólo un instante. Tomaré un farol, es mejor que una linterna eléctrica...

El norteamericano desapareció en un pequeño cobertizo de madera y regresó con un silbante farol a prueba de viento, sostenido inesperadamente alto, que lanzaba alrededor una claridad resplandeciente. Will vio palos, cuerdas y banderines de señalización plegados que sobresalían de una excavación realizada en el montículo herboso que él había creído una pendiente natural, como si un trozo gigante hubiese sido cortado de un pastel de tierra. Dentro de la excavación, en la parte donde penetraba más profundamente en el montículo, divisó unas piedras. Vio un pavimento embaldosado, como una extensión de guijarros cuadrados; los bloques diseminados de un arco caído; las filas concéntricas de asientos de piedra donde una vez hubo asientos de madera...

El vendaval de las emociones ajenas abandonó la mente de Will. En su lugar, la invadió una oleada de alivio, placer y asombro, y supo, al mirar la piedra, que había atrapado precisamente en el momento justo el secreto que liberaba los Signos de su

hechizo.

—Usted, naturalmente, conoce la historia, profesor Lyon —dijo el joven norteamericano—. El montículo se ha conocido siempre como la Mesa Redonda del Rey Arturo, sin ninguna justificación, evidentemente. Y nadie lograba obtener ni el permiso de excavar ni los fondos, hasta este acuerdo con la Fundación Ford. Y ahora que por fin entramos, ¿qué encontramos en la llamada Mesa Redonda? Un anfiteatro romano.

—No me extrañaría que, antes del final de las obras, encontrasen también un santuario del dios Mitra —comentó Merriman, con una extraña voz, decidida y profesional, que Will nunca había oído—. Al fin y al cabo, Caerleon era una importante ciudad fortificada, construida para retener a los bárbaros britanos entre sus brumas y sus nieblas.

—Las brumas y nieblas no me molestan —rió el norteamericano—, pero la lluvia sí... y todo el fango que viene después. Desde luego, sabían trabajar con la piedra los antiguos constructores del Imperio. Mire, el bloque con la inscripción de que le hablaba: «Obra del centurión Flavio Juliano y de sus soldados».

Los condujo a una columna de grandes bloques de piedra que llegaba hasta la altura de su hombro. Will vio el más grande con la inscripción ya estropeada por el tiempo. Lo acababan de sacar a la luz.

Merriman sacó de su bolsillo una pequeña linterna y la dirigió, inútilmente, pensó Will, hacia el bloque grabado.

—Buen trabajo —dijo, en tono ceremonioso—. Un trabajo excelente. Will, hijo mío, ven a echar un vistazo —añadió, tendiéndole la linterna.

—Creemos que había ocho entradas —explicó el norteamericano—, todas abovedadas, con la piedra trabajada de esta forma. Ésta debía de ser una de las principales... no hemos empezado a desenterrarla hasta esta tarde.

—Excelente —declaró Merriman—. Ahora, ¿le importaría mostrarme la otra inscripción de que me ha hablado?

Se desplazaron a un lado de la excavación, similar a una caverna. Will permaneció inmóvil. Encendió la linterna durante un breve instante, a fin de estar seguro de sus movimientos, y luego la apagó. Tendió la mano en la oscuridad de lo que ahora sabía que era su tiempo —el día de San Juan a pocos segundos de cuando él lo había dejado— y removi6 a tientas la tierra que desde hacía unos dieciséis siglos, desde la época de la decadencia del Imperio Romano, yacía en la cavidad de la gran piedra del arco roto. Sus dedos encontraron un círculo de metal dividido en cuartos por una cruz.

Dejó la linterna en el suelo para escarbar con ambas manos y extrajo el Círculo de los Seis Signos unidos.

Con sumo cuidado sacudió la tierra adherida, con los círculos y los anillos de oro

bien extendidos para evitar que tintinease el metal.

Alzó la mirada. Merriman y el joven arqueólogo apenas se vislumbraban, unos metros más allá, al otro lado de la excavación. Will se ató en la cintura el cinturón de los Signos, bajándose el jersey para cubrirlos. Avanzó hacia el farol.

—Ah, bien —lo acogió Merriman, con indiferencia—. Me temo que es hora de marcharnos.

—Es muy interesante —afirmó Will, entusiasta.

—Me ha alegrado su visita —el joven norteamericano los llevó a un automóvil aparcado detrás de una valla—. Ha sido un honor conocerle, profesor Lyon, aunque me habría gustado que hubiesen estado también los demás... Sir Mortimer se disgustará mucho...

Tras un intercambio de saludos los hizo subir, estrechando la mano de Merriman con calurosa deferencia.

—Nos ha dado una preciosa descripción de Florida. Espero que vuelva a verla pronto —observó Will.

Pero la arqueología había desplazado completamente las demás emociones de la mente del joven norteamericano. Con una sonrisa ausente, asintió y desapareció.

—¿Los tienes? —preguntó Merriman en tono completamente distinto, mientras conducía lentamente por la carretera.

—Los tengo, y en lugar seguro —respondió Will.

Una mano fuerte le apretó brevemente el hombro y lo soltó en seguida.

Ya no eran amo y «servidor», ni volverían a serlo. Eran sólo Vetustos, reunidos fuera del Tiempo para una función a la que estaban llamados desde siempre.

—Debe suceder esta noche, y de prisa —declaró Will—. ¿Qué opinas? ¿Aquí? ¿Ahora?

—Creo que sí. Los tiempos son vinculados por nuestra presencia y por el lugar. Y, sobre todo, por tu excelente trabajo.

Merriman se detuvo un momento, dio la vuelta con el coche y regresó hacia la excavación. Salieron y permanecieron en silencio un instante.

Luego, juntos, se adentraron en la obscuridad; bordeando el arco y las paredes desenterradas, subieron a la cima del montículo herboso. Allí permanecieron, bajo un cielo oscuro de nubes que corrían, ocultando la luna.

Will desprendió de su cintura el cinturón de los círculos con la cruz, que era el símbolo del Círculo de la Luz, y lo alzó con ambas manos. Y el tiempo y el espacio se fundieron, mientras el siglo XX y el IV se convertían en las dos mitades de un único instante de pleno estío.

—¡Vetustos! —exclamó Will con voz dulce y clara, en la noche—. Ha llegado la hora. Ahora y para siempre, por segunda y última vez, que el Círculo se una. ¡Vetustos, ha llegado la hora! ¡Porque la Tiniebla ha iniciado su despertar!

Su voz resonó con fuerza. Sostuvo en alto los Signos, y un rayo de luz estelar centelleó en el círculo de cristal como fuego blanco. Y de repente dejaron de estar solos en el montículo silencioso, cubierto de hierba. Desde todo el mundo, desde cada punto del Tiempo, las siluetas difuminadas de hombres y mujeres de todas las razas y generaciones se reunieron allí en la noche. Apareció una gran multitud resplandeciente: los Vetustos de la tierra se reunían por primera vez desde que, seis estaciones antes, los Signos habían sido solemnemente unidos en su presencia. La oscuridad crujió. Se elevó un murmullo confuso, una comunicación sin palabras.

Merriman y Will permanecieron en la montaña, en la noche llena de formas vivientes, y esperaron al último Vetusto, cuya presencia haría de esa gran reunión un instrumento de poder, una fuerza capaz de derrotar a la Tiniebla.

Esperaron y la noche se iluminó de claridad estelar, pero ella no vino.

—Justo lo que me temía —dijo Merriman, en voz baja y ronca.

—La Señora —replicó Will, desalentado—. ¿Dónde está la Señora?

—¡La Señora! —vago como el viento, un largo susurro corrió en la noche—. ¿Dónde está la Señora?

—Vino a finales del penúltimo año, para la Conjunción. ¿Por qué ahora no llega? —preguntó Will a Merriman, lentamente.

—Creo que no tiene fuerzas —respondió éste—. Su poder está desgastado por la resistencia contra la Tiniebla... tú y yo sabemos bien que, en el pasado, se entregó por completo. Aunque hizo un último esfuerzo para la Conjunción de los Signos, recuerda que ni siquiera tenía energías para despedirse.

—Sí —confirmó Will, recordando una pequeña figura vieja y frágil, sumamente delicada, que de pie, a su lado, dominaba a una gran muchedumbre de Vetustos, como Merriman en aquel momento—. Simplemente... palideció. Y luego desapareció.

—Y, al parecer, continúa desaparecida. Fuera de nuestro alcance. Desaparecida hasta que una magia propicia venga de la suma de los siglos de esta isla encantada para restituirla a nuestras necesidades. Por primera y única vez, la ayuda de las criaturas comunes es necesaria a la Señora.

Merriman se irguió en toda su estatura: una figura alta, encapuchada y espectral, oscura como un pilar contra el cielo. Habló sin esfuerzo, sin énfasis, pero su voz llenó la noche, y pareció resonar adelante y atrás sobre las cabezas invisibles de aquella multitud.

—¿Quién lo sabe? —preguntó—. ¿Quién puede responder? Oh, Círculo de los Vetustos, ¿quién puede responder?

Y una voz salió de la oscuridad, profunda, armoniosa, intensa y suave como el terciopelo, que hablaba con el ritmo cadencioso del canto: «Las montañas cantan, y la Señora viene».

La muchedumbre aérea fue surcada por un estremecimiento, y antes incluso de

darse cuenta Will lanzó un grito de alegría al reconocer aquellas palabras.

—¡La poesía! ¡Por supuesto! La antigua poesía del mar —de repente, se calmó—. Pero ¿qué significa? Todos conocemos ese verso, Merriman... pero ¿qué significa?

La pregunta resonó en muchas voces, que murmuraban y susurraban como el mar movido por una ligera brisa.

—Cuando las montañas canten, la Señora vendrá —añadió, pensativa, la ronca voz galesa—. Y recordad una cosa: no en la Vieja Lengua, la de todos nosotros, nos han sido transmitidas esas palabras, sino en una lengua más joven... que sin embargo es una de las más antiguas usadas por los hombres.

—Gracias, Dafydd, amigo mío —murmuró Merriman.

—Gales —afirmó Will—. Gales.

Mirando fijamente un punto del cielo oscuro, donde las nubes flotaban aún sobre la luna, se afanó, vacilante, en busca de la idea y las palabras adecuadas.

—Tengo que ir a Gales. A aquella zona donde ya estuve una vez. Y allí debo encontrar el momento y el sistema... En algún lugar, entre las montañas... De alguna forma... Y entonces la Señora vendrá.

—Entonces estaremos completos y ligados uno a uno —replicó Merriman—. Y comenzará el final de toda esta búsqueda.

—Buena suerte, Will Stanton —proclamó suavemente en la oscuridad la intensa voz galesa—. Buena suerte... —y se debilitó hasta apagarse en el manso gemido del viento.

Y también la multitud que los rodeaba palideció y desapareció, dejándolos solos en la noche que se obscurecía, el día de San Juan del tiempo en que Will había nacido.

—Pero para la primera urgencia a la que he sido llamado, el Despertar de la Tiniebla en el tiempo de Arturo, sólo tenemos una noche y un día para llevar ayuda allí —observó Will—. Ya no puedo respetar ese límite. Entonces, ¿qué será del gran rey y de la batalla que debe librarse en Badon? ¿Qué...? —se interrumpió, evitando pronunciar palabras que no eran propias de los Vetustos, sino de los hombres.

—¿Qué ocurrirá en ese lugar? —preguntó Merriman, completando sus palabras—. ¿Qué ha ocurrido, qué está ocurriendo? Una batalla, ganada por el momento. Una tregua alcanzada, pero no durante mucho tiempo. Tú lo ves, Will: las cosas son así, y así serán. En el tiempo de Arturo, contamos con la ayuda del Círculo, porque los Vetustos se han reunido, y por ello mucho puede realizarse. Pero sin las palabras de la Señora no podemos alcanzar la última cumbre del poder, y así la paz de Arturo, conquistada en Badon, muy pronto se perderá, y durante algún tiempo el mundo parecerá debilitarse bajo la sombra de la Tiniebla. Emergerá, se hundirá y de nuevo emergerá, como ha hecho durante todo aquello que los hombres llaman «su historia».

—Hasta que venga la Señora —concluyó Will—. Hasta que venga la Señora —

repitió Merriman—. Y ella te ayudará a recuperar la espada del Pendragón, la espada de cristal con la que cumplir la magia final de la Luz y poner a la Tiniebla en fuga para siempre. Y serán cinco quienes te ayudarán —le instruyó—, porque desde el comienzo se sabe que seis seres juntos, y sólo seis, deben llevar a cabo esta larga empresa. Seis criaturas, más o menos pertenecientes a esta tierra, con el apoyo de los seis Signos.

—«Cuando la Tiniebla surja, por seis será rechazada» —citó Will, de memoria.

—Sí, seis, mediante un terrible esfuerzo —confirmó Merriman, con voz súbitamente cansada.

Obedeciendo a un impulso, Will citó una estrofa completa de la antigua profecía en verso que le había sido revelada poco a poco —parecía haber transcurrido una eternidad—, a medida que adquiría su poder de Vetusto:

*Cuando la Tiniebla surja, por seis será rechazada,
Tres del camino, tres del Círculo en reunión;
Agua, piedra, fuego; bronce, hierro, madera;
Cinco volverán, y uno solo marchará.*

Pronunció el último verso más despacio, como si lo oyese por primera vez.

—Merriman, ¿qué significa la última parte? Siempre me lo he preguntado. «Cinco volverán, y uno solo marchará». ¿Quién?

Merriman se erguía en la noche serena, con el rostro oculto por la sombra. También su voz era serena, sin estridencias, y carente de expresión.

—Nada es seguro, Vetusto, ni siquiera en las profecías. Pueden significar una cosa, o bien otra. Después de todo, los hombres poseen una mente autónoma, y pueden decidir sus acciones, para bien o para mal, para avanzar o para retroceder... No puedo decir de qué se trata. Nadie lo sabrá, hasta el último momento. Hasta que... uno... solo... marchará... —se sobresaltó, irguiendo los hombros, como para arrancar a ambos de un sueño—. Antes de que ello suceda, hay un largo camino por recorrer, largo y difícil, si al final debemos triunfar. Ahora volveré junto a mi señor Arturo con los seis Signos y el poder del Círculo que sólo ellos pueden evocar.

Tendió la mano y Will le dio el cinturón de los Círculos con la cruz.

El oro, el cristal y la piedra centelleaban entre la madera oscura, el bronce y el hierro.

—Cuídate, Merriman —murmuró.

—Cuídate, Will Stanton —respondió Merriman, con voz cargada de tensión—. Pronto volveré a estar contigo.

Alzó un brazo y desapareció.

Las estrellas y la noche dibujaron un torbellino en torno a Will, que se encontró

de nuevo iluminado por la luna en la entrada de su casa, con la mano apoyada en el marco de una estampa victoriana que representaba la construcción de un anfiteatro romano en Caerleon.

SEGUNDA PARTE

LAS MONTAÑAS QUE CANTAN

Cinco

—¿Hemos estado ya aquí? —preguntó Barney—. Tengo la sensación constante de que...

—No —respondió Simon.

—¿Ni siquiera cuando tú eras pequeño, y yo más pequeño aún? Quizá lo has olvidado.

—¿Olvidar esto?

Con énfasis, Simon extendió un brazo rodeando el panorama que se abría en torno al punto donde estaban sentados, sobre la hierba a media montaña. Por todo el lado derecho de su visión, se extendía el mar azul de Cardigan Bay, con las largas playas que se perdían en lontananza en la neblina. Justo debajo de ellos, yacían las verdes ondulaciones del campo de golf de Aberdyfi. A la izquierda, las playas terminaban en el amplio estuario del río Dyfi, que la marea alta inundaba de agua azul. Y más allá de la llana extensión del pantano, al otro lado de la desembocadura, el macizo montañoso de Gales central bordeaba el horizonte.

—No —asintió Jane—. Nunca hemos estado en Gales, Barney. Pero la abuela de papá nació aquí. Precisamente en Aberdyfi. Quizá los recuerdos vaguen por la sangre, o algo parecido.

—¡Por la sangre! —replicó Simon, burlón.

Recientemente, había anunciado que, en lugar de alistarse en la Marina, pretendía llegar a ser médico, como su padre, y los efectos secundarios de aquella solemne decisión ponían a prueba la paciencia de Jane y Barney.

—No quería decir en ese sentido —dijo suspirando y hurgando en el bolsillo de su camisa—. Aquí está. Tentempié de mitad del camino. Comed un poco de chocolate, antes de que se deshaga.

Durante un rato, mordisquearon satisfechos chocolate con fruta y nueces, contemplando el estuario.

—Estoy seguro de que ya hemos estado aquí —repitió Barney.

—No vuelvas a empezar —lo acalló Jane—. Habrás visto unas fotos.

—Hablo en serio.

—Si ya has estado aquí —respondió Simon, con tolerancia infinita—, puedes decirnos qué veremos cuando lleguemos a la cima de la colina.

Apartándose el mechón rubio de los ojos, Barney alzó la mirada por la montaña, sobre los helechos y la pendiente herbosa. Pero no dijo nada.

—Otra colina —proclamó alegremente Jane—. Y, desde allí, surgirá otra más.

—¿Qué veremos, Barney? —insistió Simon—. ¿Cader Idris? ¿Snowdon? ¿Irlanda?

Barney lo miró durante un momento largo y vacío, con los ojos carentes de

expresión.

—A alguien —respondió, por último.

—A alguien. ¿Y a quién?

—No lo sé —se puso en pie repentinamente—. Pero si nos pasamos todo el día aquí sentados no lo descubriremos nunca, ¿no? ¡Hagamos una carrera!

Saltó pendiente arriba, y un instante después Simon corría tras él. Jane los miró, con una amplia sonrisa.

Los muchachos desaparecieron por encima de ella. De improviso Jane se estremeció, asaltada por una sensación de soledad total.

—¡Simon! —gritó—. ¡Barney!

No hubo respuesta. Los pájaros trinaban. El sol brillaba en un cielo azul, velado por la neblina. Nada se movía, en ningún lugar. Luego, Jane oyó débilmente una extraña y larga nota musical. Era clara y aguda, como la llamada de un cuerno de caza, pero menos áspera, menos imperiosa. Se repitió, más cercana. Jane se descubrió sonriendo: era un tono dulce, cautivador, que la llenó de la viva curiosidad de descubrir de dónde venía, y qué instrumento podía emitir un sonido tan hermoso. Aceleró el paso pendiente arriba, hasta que superó rápidamente una última cresta rocosa y vio los primeros metros de la colina. La nota dulce y prolongada llegó de nuevo, y en la punta de granito más alta, en contacto con el cielo, Jane divisó a un muchacho que apartaba de los labios el pequeño cuerno curvado del que acababa de lanzar una llamada en la nada de aquellas montañas. Tenía el rostro vuelto hacia el otro lado, y ella vio sólo el cabello liso y bastante largo. Pero luego, cuando él alzó mecánicamente la mano para apartárselo de la frente, supo, con absoluta certeza, que ya había visto ese gesto, y comprendió de quién se trataba.

Avanzó por el último tramo de la pendiente hasta la roca. Él la vio y se quedó esperándola.

—¡Will Stanton! —saludó Jane.

—Hola, Jane Drew —respondió él.

—¡Oh! —exclamó Jane alegremente, y luego lo escrutó en silencio—. No sé por qué no estoy más sorprendida. La última vez que te vi fue cuando te dejamos en el andén número cuatro, en la estación de Paddington. Hace un año, o puede que más. ¿Qué haces en la cima de una montaña de Gales?

—Llamaba —respondió Will.

Jane lo miró durante un largo instante, cargado de recuerdos, pensando en una oscura aventura en un pueblo sitiado de Cornualles, cuando el tío Merriman los había juntado a ella, Simon y Barney con un muchacho de Buckinghamshire de cabello liso y rostro redondo... que al final le había parecido al mismo tiempo inquietante y tranquilizador, como el propio Merriman.

—En su momento, me pareciste... distinto —dijo.

—Tampoco vosotros tres sois «normales» del todo —replicó Will amablemente.

—A veces no —concedió Jane. Le lanzó una sonrisa, levantando las manos para ajustarse la cinta de la cola de caballo—. Pero casi siempre sí. Bueno, ¿he dicho que esperaba que volviésemos a verte algún día, o me equivoco?

Will correspondió con una sonrisa.

—Y yo he dicho que estaba seguro de que sucedería.

Dio unos pasos roca abajo, luego se detuvo y volvió a llevarse el cuerno a los labios. Inclinandolo contra el cielo, emitió una serie de breves notas intermitentes, y luego una nota larga. El sonido se propagó en el aire estival dibujando una especie de trayectoria, y luego volvió a descender, como una flecha que cae al final de su recorrido.

—Esto les hará venir —anunció Will.

—Es un sonido muy hermoso... es como una música —la muchacha agitó la mano, incapaz de expresarse con palabras.

Will alzó el pequeño cuerno curvado y lo miró con la cabeza inclinada hacia un lado. A pesar de estar viejo y maltrecho, brillaba como el oro a la luz del sol.

—Ah —murmuró—. Habrá dos ocasiones para usarlo, sólo sé eso. Desconozco la segunda, pero la primera es ésta, la llamada de los Seis.

—¿Los Seis? —preguntó Jane, perpleja.

—Nosotros somos dos —respondió Will. Ella lo miró fijamente.

—¿Jane? Jane! —la voz de Simon, fuerte y perentoria, resonó al otro lado de la colina. Ella volvió la cabeza.

—¿Jane?... ¡Oh, estás aquí! —Barney trepó a la roca, a unos metros de distancia, y se volvió a llamar—. ¡Por este lado!

—Y ahora somos cuatro —prosiguió Will, en su tono tranquilo.

Los muchachos volvieron la cabeza de repente, en el mismo momento.

—¡Will! —la voz de Barney parecía un chillido.

—Pero mira... que me caiga un... —exclamó Simon.

—A alguien —dijo Barney—. Os lo había dicho, ¿no? A alguien. Eras tú quien tocaba el cuerno, Will. Enséñamelo, por favor —alargó la mano, dando saltitos fascinado.

Will se lo tendió.

—No me digas que es una coincidencia —observó Simon, lentamente.

—No —asintió Will.

Barney estaba inmóvil sobre la roca, con el pequeño cuerno maltrecho en la mano, y miraba cómo brillaba el sol. Luego dirigió los ojos hacia Will.

—Está ocurriendo algo, ¿verdad? —preguntó suavemente.

—Sí —confirmó Will.

—¿Puedes decirnos de qué se trata? —indagó Jane.

—Todavía no, pronto. Es lo último, y lo más duro de todo. Y... se os necesita.

—Debería haberlo imaginado. —Simon miró a Jane con una sonrisita irónica—. Esta mañana, mientras tú no estabas, papá ha desembuchado quién nos ha sugerido que nos alojásemos en ese hotel, equipado para el golf.

—¿Y bien?

—El tío Merry —reveló Simon.

—Pronto estará aquí —intervino Will.

—El asunto es realmente serio —murmuró Barney.

—Desde luego, ya os lo he dicho. Es el último, y el más difícil.

—Espero que realmente sea el último. Después de estas vacaciones entraré en la universidad —declaró Simon pomposamente.

Will lo miró, frunciendo ligeramente la comisura de los labios. Simon bajó los ojos, rozando la hierba con un pie.

—Es decir, en realidad... —vaciló—. Quería decir que mis vacaciones serán aún más distintas que las de los demás, por lo que es posible que no siempre vayamos... a los mismos lugares. ¿Verdad, Jane? —se volvió, en una tática llamada a su hermana—. ¿Jane?

Jane miraba a sus espaldas, con los ojos fijos y abiertos de par en par. Veía, por el momento, sólo una figura sobre la montaña, una figura que los observaba, nítida contra la luz resplandeciente del sol de verano. Era alta y delgada, y su pelo parecía una llama de plata. Jane percibió de forma súbita un noble rango, un alto nivel natural, como si se hallase en presencia de un rey. Por un instante, hubo de resistirse a un intenso e irracional impulso de inclinarse.

—¿Will? —preguntó en voz baja, sin volver la cabeza—. ¿Ahora somos cinco, Will?

La voz de Will llegó fuerte, desenvuelta y completamente natural, rompiendo la tensión.

—¡Eh, Bran! ¡Por este lado, Bran!

Pronunció el nombre con la vocal abierta y larga. Jane nunca había oído un nombre semejante, ni había visto jamás a un tipo así.

El muchacho del horizonte se acercó poco a poco. Jane lo escrutó, respirando a duras penas. Ahora lo veía claramente. Llevaba un jersey blanco, vaqueros negros y gafas oscuras en los ojos, y en él no había rastro de color. Su piel poseía una extraña y pálida luminosidad y su cabello era blanco, al igual que las cejas. El muchacho parecía casi mutilado por su falta de color, que impactaba a la mirada con la misma dureza que un brazo o una pierna ausentes. Al acercarse a ellos, se quitó las gafas, y Jane vio que, después de todo, aquella falta no era total: los ojos, sumamente extraños, eran de color amarillo y beige, jaspeados de oro como los de un búho, y lanzaban llamas hacia ella.

—Hola —dijo tendiendo la mano.

—Él es Bran Davies —anunció de inmediato Will, con decisión—. Bran, ella es Jane Drew. El gordo es Simon y el otro es Barney.

El muchacho del cabello blanco estrechó cohibido la mano de Jane, y saludó a Barney y Simon con un gesto de la cabeza.

—Encantado de conoceros —tenía un fuerte acento gales.

—Bran vive en una de las casas que hay en la finca de mi tío —explicó Will.

—¿Tú tienes un tío en esta zona? —la voz de Barney sonó estridente por el asombro.

—En realidad, no es mi tío —respondió alegremente Will—. Es un tío adoptivo. Se casó con la mejor amiga de mi madre. Pero ¿qué más da? Es como vosotros con Merriman. ¿O es que él es vuestro tío de verdad?

—Nunca lo he sabido con certeza —admitió Simon.

—Probablemente no lo es —observó Jane—, si lo piensas.

—¿Si piensas en qué? —replicó Barney.

—Lo sabes perfectamente. —La presencia de Bran, en tácita escucha, la cohibía.

—Sí —convino Barney, y devolvió a Will el pequeño cuerno brillante.

Los ojos fríos y dorados de Bran cayeron sobre él al instante, y luego fulminaron a Barney, duros y acusadores.

—¿Eras tú quien tocaba el cuerno?

—No, claro que no —se apresuró a explicar Will—. Era yo. Llamaba, como he dicho. Te llamaba a ti y a ellos.

En la mente de Jane se produjo un resplandor: advertía, en la voz de Will, una especie de respeto que el muchacho no mostraba ni siquiera al hablar con Merriman. O no tanto respeto como más bien... conciencia de... de algo. Le lanzó una ojeada nerviosa, fugaz, y luego apartó la mirada.

—¿Conoces a Will desde hace mucho? —preguntó Simon.

—Lo conocí el año pasado, en Calan Gaeaf-explicó Bran tranquilo, y luego cambió súbitamente de tema. —Nosotros tendremos que trabajar juntos, Simon Drew, por eso creo que deberíamos llevarnos bien.

—Has dicho: «Tendremos que trabajar juntos.» —comenzó Barney con cierta vacilación, mirando a Bran—. ¿Eres uno de los seis... como el tío Merry y Will?

—En cierto modo, supongo que sí —reveló Bran lentamente—. No puedo explicároslo, ya lo veréis solos. Pero no soy un Vetusto, no pertenezco al Círculo de la Luz, como ellos... —dirigió a Will una amplia sonrisa—. No soy un mago como éste, con todos sus trucos.

Will sacudió la cabeza redonda, sólo con media sonrisa.

—Esta última vez, necesitaremos algo más que unos trucos. Hay algo que debemos encontrar, todos juntos, y ni siquiera sé de qué se trata. Sólo tenemos el

último verso de una vieja poesía, que vosotros tres oísteis, hace tiempo, cuando la desciframos por primera vez: «Las montañas cantan, y la Señora viene».

—¿La Señora? —preguntó Jane—. ¿Quién es la Señora?

—La Señora es... la Señora. Es una de las grandes figuras de la Luz. —Por un reflejo inconsciente, la voz de Will pareció ensombrecerse y adoptar una secreta resonancia. Jane sintió un hormigueo espalda abajo—. Es la más grande de todas, la esencial. Pero cuando, recientemente, hemos convocado el Círculo de la Luz, a todos los Vetustos de la tierra desde todos los rincones del Tiempo, para el inicio del final de esta larga batalla, la Señora no ha acudido. Hay algún problema. Algo la retiene. Y sin ella no podemos progresar. Por eso, lo primero que yo y todos nosotros debemos hacer es encontrarla. Y para ayudarnos tenemos sólo cuatro palabras, que para mí significan bien poco: «Las montañas cantan» —se interrumpió de súbito, abarcándolos a todos con la mirada.

—Necesitamos al tío Merry —comentó Barney sombrío.

—Pues no lo tenemos. Todavía no, al menos.

Jane se sentó en la roca más cercana, jugando con un tallo de la hiedra que crecía a su alrededor.

—¿No hay ningún topónimo gales que pueda ayudarnos? —propuso—. ¿Nada que signifique Montaña que Canta, o algo similar?

Bran caminaba adelante y atrás, con las manos en los bolsillos y los ojos pálidos de nuevo cubiertos por las lentes oscuras.

—No, no —respondió con impaciencia—. Lo he pensado una y otra vez, pero no hay absolutamente nada parecido. Nada.

—Bueno —replicó Simon—, ¿y los lugares muy viejos... pero verdaderamente viejos, como Stonehenge? ¿Y las ruinas, o similares?

—He pensado en eso y tampoco he encontrado nada —explicó Bran—. Por ejemplo, hay una lápida en la iglesia de St. Cadfan, en Tywyn, que contiene la más antigua frase escrita en lengua galesa... pero sólo dice dónde está enterrado St. Cadfan. También está Castell y Bere, un castillo en ruinas muy romántico, cerca de Cader. Pero no fue construido hasta el siglo XIII, cuando el príncipe Llewellyn quería crear un cuartel general para gobernar toda la Gales que quedaba libre de los ingleses.

—Ningún rencor, ¿eh? —observó maliciosamente Barney.

Las gafas oscuras enviaron destellos contra él, y luego Bran sonrió.

—Muchacho, yo cuento la historia sin añadir comentarios personales. El viejo Llewellyn sí que sentía rencor... y muy intenso, como Owain Glyndwr después de él... —la sonrisa desapareció—. Pero tampoco esto nos lleva a ninguna parte.

—¿No hay nada que tenga que ver con el rey Arturo? —preguntó Barney.

El, Jane e incluso Simon advirtieron el repentino peso del silencio, que les envolvió como una manta. Ni Will ni Bran se movieron, limitándose a mirarlo. Y el

desierto de la montaña, allá arriba, en la cima del mundo, fue de súbito tan angustioso que cada pequeño sonido pareció adquirir un enorme significado: el rumor de los brezos, causado por el arrastre de los pies de Barney; la llamada grave y lejana de una oveja; el constante y monótono trino de un pájaro invisible.

—¿Por qué? —preguntó Will por último, con indiferencia.

—Barney tiene una fijación con el rey Arturo, eso es todo —replicó Simon.

Durante un instante, Will permaneció inmóvil; luego sonrió, y el extraño peso desapareció, como si nunca hubiese existido.

—Bueno —dijo—, está la montaña más grande de todas, cerca de Snowdon... Cader Idris. Su nombre en inglés significa «el sillón de Arturo».

—¿Puede servirnos? —aventuró Barney, esperanzado.

—No —decretó Will, echando una ojeada a Bran, y sin dar ninguna explicación acerca de su tono absolutamente definitivo.

Jane se descubrió luchando contra la sensación de exclusión que la invadía.

—Habría otro lugar —prosiguió Bran lentamente—. No lo había pensado. Carn March Arthur.

—¿Qué significa?

—Significa «el casco del caballo de Arturo». No es un gran espectáculo, sólo una marca en una piedra, detrás de Aberdyfi, en la montaña que domina Cwm Maethlon. Se dice que Arturo sacó un *afane*, un monstruo, de un lago que está allí arriba, y que aquella es la huella dejada por su caballo mientras se alejaba al galope. —Bran frunció el ceño—. Naturalmente, todo son tonterías, por eso no se me había ocurrido. Pero... el nombre existe.

Todos miraron a Will, que abrió los brazos.

—Al fin y al cabo, por algún sitio tenemos que empezar. ¿Por qué no?

—¿Hoy? —preguntó Barney, de nuevo esperanzado.

Will sacudió la cabeza.

—Mañana. Nosotros, aquí, estamos ya bastante lejos de casa.

—Ir a Carn March Arthur será una buena caminata —observó Barn—. El camino más rápido, por este lado, es el sendero que pasa junto a la ermita y sube por la montaña. En verano no resulta muy agradable, por culpa de los coches de los turistas. Sin embargo, si por la mañana os encontráis en la plaza, quizás estemos allí también nosotros; si conseguimos de nuevo que nos traigan, ¿eh, Will?

Will consultó el reloj.

—Dentro de unos veinte minutos lo veremos. Vamos a preguntárselo.

Jane ya no fue capaz de recordar, más tarde, la forma exacta de la pregunta, a pesar de todos sus esfuerzos. Mientras bajaban corriendo por la abrupta pendiente, hubo poco tiempo para hablar, y de todos modos se dio cuenta de que, por mucha resistencia que mostrase, Will no facilitaría muchas más explicaciones sobre John

Rowlands.

—Trabaja como pastor en la finca de mi tío, entre otras cosas. Es un tipo especial. Y esta semana acude a un gran mercado anual en Machynlleth, en el valle del Dyfi. Tenéis que haber pasado por allí al venir a Aberdyfi.

—Tejados de pizarra y roca gris —recordó Jane—. Gris, todo gris.

—Exacto. Durante los tres días del mercado, John acude en coche, pasando por Tywyn y Aberdyfi. Así hemos llegado hoy aquí. Nos ha dejado por la mañana, y ahora nos recoge. Por eso, quizá podamos convencerlo para que haga lo mismo mañana.

Will redujo la velocidad en una cuesta más suave, cuando encontraron unos escalones. Se echó a un lado para dejar que Jane subiese la primera.

—¿Crees que aceptará? —preguntó ella—. ¿Qué clase de persona es?

—Ya lo verás —respondió Will.

Pero todo lo que Jane vio cuando salieron a la calle principal, junto a la estación del pueblo, fue un Land-Rover esperando con un rostro malhumorado en la ventanilla. Era un rostro delgado y moreno, surcado de arrugas y con los ojos oscuros, al que las cejas unidas y la boca tensa, seria, daban un aspecto severo.

Bran dijo una frase en gales, en tono de disculpa.

—No es suficiente —replicó John Rowlands—. Estamos sentados aquí desde hace diez minutos. Os he dicho a las cinco, y Will lleva reloj.

—Lo siento —intervino Will—. Ha sido culpa mía. En la montaña hemos encontrado a unos viejos amigos míos, que han venido de visita desde Londres. Éstos son Jane, Simon y Barnabas Drew.

—Mucho gusto —saludó con brusquedad John Rowlands. Los ojos oscuros los abarcaron con una rápida mirada.

—Mucho gusto, señor Rowlands. Siento que lleguen tarde. Ha sido por nuestra causa, porque no tenemos costumbre de caminar por la montaña —le dijo Jane con una sonrisa animosa antes de que sus hermanos pudiesen hablar.

—Uhm —murmuró John Rowlands mirándola con más atención.

Bran se aclaró la garganta.

—Sé que no es el mejor momento para hacerlo, pero nos preguntábamos si podría volver a llevarnos mañana. Siempre que el señor Evans nos deje ir, naturalmente.

—Y yo no estoy nada seguro —replicó John Rowlands.

—Oh, vamos, John —inesperadamente, una voz suave y musical salió del interior del coche—. Claro que David Evans les dejará ir. En estos últimos días han trabajado duro, y ya no queda mucho que hacer en la granja.

—Uhm —repitió John Rowlands—. ¿Dónde pensáis ir?

—Sobre Cwm Maethlon —explicó Bran—. Para enseñarles la Travesía Panorámica y todo lo demás.

—Vamos, John —lo animó la voz dulce.

—Y luego llegaréis puntuales, ¿eh? —las arrugas en el rostro oscuro e intenso iban desapareciendo, como si el ceño primitivo hubiese sido fruto de un gran esfuerzo.

—Claro —confirmó Will—. Garantizado.

—Si no estáis, me marcharé sin vosotros.

—De acuerdo.

—Entonces os dejaré aquí a las nueve y os recogeré a las cuatro. Naturalmente, si el tío de Will está de acuerdo.

Will se puso de puntillas para mirar dentro del coche.

—¡Gracias, señora Rowlands!

La señora Rowlands se asomó, sonriendo. Jane sintió por ella una inmediata simpatía: su rostro, como la voz, era dulce, cordial y hermoso al mismo tiempo, con un aura de amabilidad.

—¿Os gusta estar aquí? —preguntó a los muchachos.

—Mucho, gracias.

—Y mañana, entonces, ¿veréis el Valle Feliz y el Lago Barbudo?

—Sí, exacto. Cosa de turistas, en realidad. Pero nunca he estado ni siquiera yo —respondió Will con entusiasmo, después de vacilar durante una fracción de segundo.

—Son lugares bonitos —observó la señora Rowlands calurosamente, sonriendo a Jane—. Tened en cuenta que os espera una buena caminata. Llevaos el almuerzo. Y también botas muy robustas y chaquetas, por si lloviese.

—Oh, no lloverá —declaró seguro Simon, alzando los ojos al cielo azul, velado por la neblina.

—Estás en Snowdon, muchacho —replicó Bran con viveza—. Pluviosidad media anual: tres metros ochenta centímetros, allí arriba. Es el único lugar que no murió de sequía en mil novecientos sesenta y seis. Llévate el impermeable. Nos vemos mañana.

Él y Will subieron al asiento posterior del coche, y el Land-Rover se alejó con un rugido.

—¿Tres metros ochenta centímetros? —farfulló Simon—. Pero es imposible.

Barney saltó alegremente en círculo y comenzó a darle patadas a una piedra.

—¡Aventura a la vista! —gritó, e hizo una pausa—. No sé si Will ha hecho bien en revelar adonde íbamos.

—No te preocupes —lo tranquilizó Jane—. Ha dicho que John Rowlands era un tipo especial.

—De todos modos, parece un lugar muy turístico —concluyó Simon—. No creo que nos vaya a servir de ayuda.

El Lago Barbudo

Al principio no hubo lluvia, aunque las nubes navegaban por el cielo azul como oleadas de humo. En silencio, a causa del esfuerzo, caminaron a toda prisa por el sendero ascendente que llevaba desde el pueblo de Aberdyfi a las montañas. El camino trepaba abrupto, entre dos altos setos de vegetación espontánea.

—¡Atención! —gritó Will desde atrás—. ¡Coche!

Se aplastaron contra el muro de hierba, evitando el abrazo espinoso de las zarzas, mientras un coche rojo y brillante pasaba como una flecha con gran estruendo.

—¡Mirad allí! ¡Madre mía! —Barney agarró a Jane por un brazo, señalando—. ¿Qué son?

Inmóviles en mitad del camino, a pocos metros de ellos, había dos extraños animales alargados, del tamaño de los gatos, pero de cuerpo esbelto. Tenían el pelo leonado, como el de un zorro rojo, y colas de gato, apenas levantadas del suelo. Sus cabezas estaban vueltas, y sus ojos brillantes miraban fijamente a los muchachos. Entonces, el primer animal y luego el segundo, sin prisa, se volvieron y cruzaron el camino con un movimiento ondulante, sinuoso, y al parecer desaparecieron dentro del margen herboso.

—¡Armiños! —exclamó Simon.

—¿No eran un poco grandes? —dijo Barney con expresión dudosa.

—Demasiado grandes —asintió Bran—. Y además tenían blanco sólo en el hocico. Los armiños tienen el vientre y el pecho blancos.

—Y entonces ¿qué eran?

—Turones. Pero nunca había visto ninguno de color rojo vivo. —Bran fue a atisbar con cautela entre la vegetación.

—Qué raro que no les asusten los coches —comentó Barney—. Ni tampoco las personas.

—Son crueles y no tienen miedo de nada —dijo Bran—. Matan incluso por diversión.

—Como los visones —intervino Will, con voz ronca.

—¿Los visones? —dijo Bran—. En Gales no tenemos.

—Se parecen a esos animales. Pero son negros. O marrones, creo. También a ellos... les gusta matar. —Will tenía aún la voz tensa.

—Hay una granja aquí cerca. Tal vez por eso vayan por ahí de día. —Bran prosiguió a grandes pasos—. Ánimo... el camino aún es largo.

Más allá de la granja, el sendero se ensanchaba un poco y ascendía con mayor suavidad. Jane caminaba tratando de captar las emociones evasivas que le entraban y salían de la mente a toda velocidad.

¿Qué estaba ocurriendo? ¿Por qué Will estaba tan nervioso, y por qué Bran, en

cambio, parecía insensible a todo? ¿Y quién era este Bran? Advirtió un vago y confuso resentimiento por la complicación que introducía su presencia, de una u otra forma, en su relación y en la de sus hermanos con Will. «Ya no estamos solos —pensó—, como la última vez». Y sobre todo comenzaba a sentir una profunda aprensión por todo lo que les esperaba, fuese lo que fuese...

Avanzando a ciegas, chocó contra Barney y halló a todos los demás sumergidos en un silencio repentino. Luego alzó los ojos y entendió por qué.

Estaban al borde de un magnífico valle. A sus pies, la pendiente se degradaba en una extensión de helechos verdes y ondulantes, y algunas ovejas mordisqueaban la hierba rala. Muchísimo más abajo, entre los campos dorados y verdes del fondo del valle, un camino serpenteaba parecido a un hilo, más allá de una ermita y una minúscula granja. Y al otro lado del valle se elevaban, cadena a cadena, las antiguas montañas de Gales.

—¡Oh! —murmuró Jane.

—Cwm Maethlon —anunció Bran.

—El Valle Feliz —tradujo Will.

—Ahora comprenderéis por qué llaman a este camino la Travesía Panorámica —explicó Bran—. Y por qué es tan frecuentado por los turistas.

—Despierta, Jane —la provocó Will.

Jane miraba fijamente el valle, paralizada y con los ojos abiertos de par en par. Volviendo despacio la cabeza, miró a Will, pero no sonrió.

—Es... es... no puedo explicarme. Pintoresco. Magnífico. Pero también espantoso, en cierto modo.

—Es culpa del vértigo —decretó Simon con seguridad—. Dentro de un momento te sentirás mejor. No mires hacia abajo desde el borde.

—Vamos —dijo Will en tono neutro, recordándole de repente a Merriman.

Se volvió y prosiguió por el sendero que bordeaba el Valle Feliz. Simon lo siguió.

—Nada de vértigo —replicó Jane.

—Y nada de «espantoso» tampoco —añadió Barney—. Si empiezas a dejarte llevar por emociones tontas aquí arriba, ya no acabarás. Will ya tiene bastante de qué preocuparse.

Jane lo miró turbada, pero él ya había reanudado la marcha.

—¿Quién se cree que es? —protestó enfurecida—. Mis emociones están en mi cabeza, no en la suya.

—Ahora tal vez entiendas qué pretendía decir ayer —dijo Barney, volviéndose hacia atrás.

Jane levantó las cejas.

—En la montaña, sobre el mar —explicó Barney—. Ese lugar asustaba un poco también. Estaba seguro de haber estado ya allí, y vosotros dos dijisteis que todo eran

tonterías. Pero he pensado en ello... en realidad, es más como vivir dentro de algo que ya ha sucedido, sin que haya sucedido en absoluto.

Se situaron detrás de los demás en silencio.

Empezó a llover: una lluvia delicada, insistente, procedente de las nubes bajas y grises que habían ido creciendo y ahora comenzaban a cubrir todo el cielo.

Detrás de una última curva, la carretera asfaltada terminaba junto a una valla de hierro, dando paso a un camino de tierra, bien alisado, que superaba una granja blanca y solitaria, para adentrarse en la montaña.

Jane permanecía silenciosa, sombría, con la mirada perdida en el vacío.

—¿Aún te sientes rara, Jane? —Simon la escrutó.

—Miradlos —replicó ella, con una voz extraña, tensa y baja, señalando a Will y Bran, que se afanaban camino arriba, entre la hierba—. ¡Miradlos! ¡Es una locura! ¿Quiénes son, dónde van, por qué hacemos lo que quieren ellos? ¿Cómo podemos saber qué ocurrirá?

—No lo sabemos —concedió Barney—. Pero, por lo demás, nunca lo hemos sabido, ¿no?

—No deberíamos estar aquí —insistió Jane—. Todo es demasiado... vago. Hay algo que no cuadra. Y... —las últimas palabras salieron en tono de desafío— tengo miedo.

—Pero Jane, todo va bien, seguro —la tranquilizó Barney—. Cualquier cosa que tenga que ver con el tío Merry...

—Pero él no está aquí.

—No —convino Simon—. Pero está Will, y es casi lo mismo.

El asombro resonó en la mente de Jane, que miró fijamente a su hermano.

—Pero Will nunca te ha sido demasiado simpático. Ya sé que jamás has dicho nada, pero había siempre...

Se interrumpió. El sólido terreno parecía temblar súbitamente bajo sus pies.

—Escucha —prosiguió Simon—. No fingiré haber entendido todo lo que nos ha ocurrido con el tío Merry y con Will. Pero además es inútil intentarlo, ¿no te parece? En el fondo todo es muy sencillo, es una cuestión de... bueno, hay un lado bueno y uno malo, y esos dos representan sin la menor duda el lado bueno.

—Sí, claro —respondió Jane en tono enojado.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—No hay problemas. Es ese Bran. Es sólo... oh, diablos, tú no lo entenderías.

—Nos esperan —anunció Barney.

En el camino, a una buena distancia de la granja, junto a otra valla, las dos pequeñas figuras oscuras se habían vuelto a mirar hacia atrás.

—Ánimo, Jane —la exhortó Simon, dándole un golpecito vacilante en el hombro.

—Si realmente tienes miedo, no es propio de ti —prorrumpió Barney,

repentinamente iluminado—. Deberías pensar si por casualidad eres... —agitó confusamente una mano— atacada.

—¿Atacada? —preguntó Jane.

—La Tiniebla —explicó Barney—. Recuerda cómo te insinúa algo en la mente, algo que dice: «No te quiero, márchate...». Te hace sentir que está a punto de suceder un desastre.

—Sí —murmuró Jane—. Oh, sí, recuerdo.

Barney dio saltitos delante de ella.

—Bueno, si la combates, no puede arraigar. Recházala, escapa... —la agarró por la manga—. ¡Vamos! ¡Hagamos una carrera montaña arriba!

Jane se esforzó por sonreír.

—¡De acuerdo!

Corrieron a toda velocidad camino arriba, hacia las figuras que los esperaban. Simon los siguió más despacio. Había escuchado sólo a medias las palabras de Barney porque le habían llamado la atención dos animales rojos y sinuosos que se deslizaban desde los helechos, con los ojos brillantes —si no se los había imaginado— clavados en ellos. Pero parecía el peor momento para hablar de ello con Jane.

—¿De qué crees que hablaban? —preguntó Bran mientras él y Will miraban correr a Barney y Jane.

—Quizá se preguntaban simplemente si era hora de comer —respondió Will.

Bran se bajó las gafas sobre la nariz, y los ojos dorados lo miraron fijamente durante un instante, entre la gorra y las lentes oscuras.

—Vetusto —murmuró Bran—. Tú sabes más que eso —luego volvió a colocarse las gafas, con una sonrisa burlona—. Y, de todas formas, es demasiado pronto.

Pero Will miró gravemente las figuras que se acercaban.

—La Luz necesita a esos tres. Siempre ha sido así, a lo largo de toda esta misión. Por eso, ahora la Tiniebla los persigue con mucha dureza. Tenemos que apoyarles, Bran. Y especialmente a Barney, creo.

—¿Cuándo comemos? —preguntó Barney, que llegaba jadeando en ese momento.

—Carn March Arthur está justo detrás de la próxima pendiente —respondió Bran echándose a reír.

—¿Qué aspecto tiene? —Barney se marchó sin esperar la respuesta, corriendo camino arriba.

Bran se volvió para seguirlo, pero Jane se detuvo ante él. Respiraba irregularmente y les escrutaba con frialdad a él y a Will, de una forma que a este último le costó reconocer.

—Esto no me gusta, ¿de acuerdo? —saltó—. Estamos aquí caminando, como si todo fuese normal, pero no podemos seguir fingiendo los unos con los otros.

Will la miró, dividido entre su paciencia y su prisa. Por un instante dejó caer la

cabeza sobre el pecho y luego suspiró.

—Está bien. ¿Qué quieres que te digamos?

—Sólo dos palabras sobre lo que podemos encontrar allá arriba —replicó Jane, exasperada— y lo que estamos haciendo aquí.

Antes de que Will pudiese abrir la boca, Bran se lanzó sobre sus palabras, como un perro sobre un hueso.

—¿Hacer? Pues nada, niña... probablemente, no tendrás otra cosa que hacer que mirar un valle y un lago, y decir: «¡Oh, qué bonito!». ¿Por qué te agitas tanto? Si no te gusta la lluvia, tápate bien y vuelve a casa. ¡Vamos!

—¡Bran! —exclamó Will.

Jane permanecía inmóvil, con los ojos muy abiertos.

—¡Ya está bien! —gritó Bran, rabioso—. Quien ha visto el despertar del miedo, la muerte del amor y la Tiniebla que se introduce en todas las cosas, no hace preguntas estúpidas. Hace lo que debe hacer, sin tonterías. Y ésta es nuestra obligación ahora: ir donde quizá descubramos cuál es el próximo movimiento.

—¡Y nada de tonterías! —añadió secamente Jane.

—¡Exacto! —replicó Bran con brusquedad.

Mirando a Jane, Will tuvo de repente la impresión de ver a una perfecta extraña. El rostro, distorsionado por la emoción y la furia, parecía pertenecer a otra.

—¡Tú! —Jane agredió a Bran, metiéndose violentamente las manos en los bolsillos—. Tú te crees tan especial, con tu pelo blanco, tu aspecto original y los ojos que permanecen tras esas estúpidas lentes. ¡El diferente! Hasta puedes decirnos qué deberíamos hacer, si te crees aún más especial que Will. Pero, a fin de cuentas, ¿quién eres? Te vimos ayer por primera vez, y por qué deberíamos meternos ahora en problemas sólo porque tú... —la voz se le apagó, con un temblor, y se alejó de prisa hacia la pequeña figura de Barney, que se desvanecía pendiente arriba.

Simon hizo ademán de seguirla, pero luego se detuvo, indeciso.

—Especial, ¿eh? —murmuró Bran como para sí—. Especial. Muy bien. Tras años de ver a la gente sonreír malignamente ante ese chico con la piel sin color. Especial... Fantástico. ¿Y qué es ese rollo de los ojos?

—Lo sabes —cortó Will—. También son especiales.

Bran vaciló. Se quitó las gafas y se las metió en el bolsillo.

—No tiene nada que ver, ella no sabe nada. Y no se refería a eso.

—No —confirmó Will—. Pero tú y yo no podemos olvidarlo ni por un instante. Y no puedes... dejarte llevar así.

—Lo sé y lo siento —admitió Bran mirando deliberadamente a Simon, para incluirlo en la disculpa.

—No sé cuál era el problema, pero no te sientas turbado porque Jane pierda los estribos. No significa nada —dijo Simon, cohibido.

—No es propio de ella —comentó Will.

—Bueno... últimamente sucede, de vez en cuando. Como unas explosiones. Pero —aseguró Simon, confiado— debe de ser una fase pasajera.

—Tal vez —convino Will, mirando a Bran—. ¿O acaso deberíamos vigilar sobre todo a Jane?

—Vamos —concluyó Bran, sacudiendo las gotas de lluvia del borde de la gorra—. Carn March nos espera.

Prosiguieron hacia la línea en que la pendiente verde y herbosa se encontraba con el cielo gris. Al otro lado, Jane y Barney permanecían agachados junto a un pequeño punzón de piedra, idéntico a cualquier otra cicatriz rocosa de la montaña, pero destacado por una sobria placa de pizarra, semejante a una lápida. Will bajó por el camino lentamente, con los sentidos abiertos y vigilantes como las orejas de un perro de caza, pero no oyó nada.

—Aquí hay una especie de círculo hundido, que debería ser el punto pisado por el casco del caballo de Arturo... mirad, incluso está marcado. —Barney midió con la mano la cavidad en la roca—. Y otro aquí —levantó la cabeza, nada impresionado—. ¡Qué caballo tan pequeño!

—Sin embargo, tienen forma de cascos —observó Jane, con la voz ligeramente ronca—. Quién sabe qué los creó, en realidad.

—La erosión —respondió Simon—. Los remolinos de agua.

—Junto al roce de la tierra suelta —explicó Bran.

—Y el hielo, que dividió la roca —añadió Jane, vacilando.

—O el casco de un caballo, golpeando fuerte —exclamó Barney, y alzó la mirada hacia Will—. Pero no fue así, ¿verdad?

—No lo creo —replicó Will con una sonrisa—. Si Arturo hubiese dejado todas las cavidades denominadas «Huella del caballo del rey Arturo» o se hubiese sentado en cada roca llamada «Sillón de Arturo», ese pobrecillo se habría pasado toda la vida viajando ininterrumpidamente por Britania.

—Y lo mismo vale para los caballeros —comentó alegremente Barney— si se hubiesen sentado en torno a cada montaña llamada «Mesa Redonda del rey Arturo».

—Sí —confirmó Will, recogiendo una piedrecilla de cuarzo y haciéndola rodar sobre la palma de su mano, repetidamente—. Exacto. Algunos nombres significan... otras cosas.

Barney se puso en pie de un salto.

—¿Dónde está el lago, ése del que se dice que sacó al monstruo?

—Llyn Barfog —recordó Bran—. El Lago Barbudo. Por allí.

Los guió por el camino que descendía hacia una hondonada, rodeando la pendiente. Se puso a llover con fuerza, y el viento soplaba violentamente a través de la garganta.

—Qué nombre tan raro, el Lago Barbudo —observó Jane, dirigiendo las palabras a Bran, aunque caminaba sin mirarlo. Will sintió compasión por su tácita y torpe disculpa—. Barbudo. Muy poco romántico.

—Dentro de un momento te enseñaré el motivo —anunció Bran sin rencor—. Vigila dónde ponéis los pies, hay tramos pantanosos.

Los precedió a todos, evitando grupos de cañas palustres, indicio de terreno encharcado.

Will levantó la vista, y delante, además de la lluvia intensa, divisó de nuevo la ladera opuesta del Valle Feliz, gris y cubierta de neblina. Pero esta vez en el escarpado borde de su lado yacía un lago.

Era un extraño lago, bordeado de cañas y poco mayor que un estanque, cuya oscura extensión estaba cubierta en su práctica totalidad por las hojas y las flores blancas de los nenúfares. Y por un ruido sordo en los oídos, como de olas que se alzan de improviso, comprendió además que en alguna parte, allá arriba, estaba el lugar donde debían ir. Algo los esperaba, en aquella cumbre ondulada y cubierta de rocas, entre el Valle Feliz y el estuario del río Dyfi.

A través de un velo, producido en el aire no por la lluvia, sino por su ofuscación mental, vio con un vago y remoto asombro que Bran no tenía su misma sensación. El muchacho del cabello blanco permanecía en el camino con Simon y Jane, con una mano levantada protegiendo sus ojos de las gotas y el viento, y la otra estirada señalando.

—El Lago Barbudo recibe ese nombre debido a las plantas que hay en sus aguas —explicó—. Algunos años, cuando no llueve mucho, se hace mucho más pequeño, y las plantas quedan a su alrededor, como una barba.

El lago yacía oscuro y silencioso bajo el cielo gris. Sentían cómo el viento gemía sobre las montañas y se introducía en sus ropas con un crujido. Resonó un grito amortiguado.

—¿Qué es eso? —preguntó Barney, volviendo la cabeza.

Bran miró a través del lago hacia la pendiente que parecía la parte más alta de la montaña en la que se hallaban.

—Turistas —respondió suspirando—. Gritan por el eco. Venid a verlo.

Will se quedó atrás mientras, uno tras otro, procuraban no perder el equilibrio en el camino fangoso, cubierto de piedras, que rodeaba el lago. Deslizó la mirada hasta la orilla opuesta, donde el terreno caía en un precipicio hasta el valle. La lluvia le entraba en los ojos, la niebla revoloteaba sobre las montañas, pero nada le penetró en la conciencia, nada le habló. Sólo tenía la violenta sensación de hallarse con los demás en presencia de la Gran Magia, de alguna forma incomprensible para él.

Siguió a sus compañeros, más allá de la alta pendiente que se extendía ante él. Los encontró de pie sobre un peñasco, asomados a una hondonada entre las

montañas. Un hombre y una mujer envueltos en chaquetas de color naranja chillón se encontraban en un punto más bajo del declive, con tres niños que vagabundeaban alrededor lanzando gritos en el hoyo verde y plano. Al otro lado, un pico escarpado y rocoso devolvía un eco.

Al poco tiempo, Jane se aburría, y a medida que se alejaba, las voces de los demás se fueron debilitando. Se metió las manos en los bolsillos, levantando los hombros como para sacudirse algo de la espalda. «El perro negro encima», pensó con ironía: así llamaban en familia a un acceso de melancolía, como los que últimamente la asaltaban con frecuencia. Pero esta vez, pensó Jane, algo más que un simple mal humor le invadía la mente. La suya era una extrañeza que no podía definir y nunca antes había sentido. Una inquietud, la expectativa medio temerosa de algo que parecía entender sólo con una parte de sí misma... Suspiró. Era como estar dividida en dos personas: vivir con una sin tener la menor idea de lo que la otra haría, o sentiría.

Un resplandor anaranjado atrajo su mirada, a través de un paso en el horizonte de las montañas: la familia ruidosa se estaba marchando, y la madre arrastraba por el brazo, irritada, a un niño rebelde. Desaparecieron tras la pendiente. Pero Jane no volvió con los demás. Vagó sin rumbo por su cuenta, entre los brezos y la hierba mojada, hasta que, de repente, advirtió de nuevo el viento frío en la cara y volvió a encontrarse en el Lago Barbudo. Se quedó mirando tristemente el agua oscura. El viento le silbaba en los oídos.

En una pausa súbita del viento, oyó la débil voz de Simon a sus espaldas, un fragmento fugaz de sonido: —... ¡tú, tierra! ¡Habla!...

Y luego, quizás en su imaginación, percibió también un suave eco:

—... Habla... habla...

Luego llegó otra frase en otra voz, clara y particular: comprendió que era Bran, que hablaba en gales. Y de nuevo el tenue eco regresó, devolviéndole las palabras, familiares a pesar de no tener sentido.

El viento soplaba en ráfagas, la niebla se deslizaba en un manto desgarrado sobre el lado opuesto del lago, ocultando el Valle Feliz. Y sobre el eco de la llamada de Bran, como siguiendo unas instrucciones, llegó una tercera voz que cantaba, de forma tan límpida, suave y sobrenatural que Jane quedó petrificada, sin respiración, completamente embelesada. Sabía que era Will, pero no recordaba si lo había oído cantar alguna vez: ni siquiera podía pensar, o hacer otra cosa que no fuese escuchar. La voz se elevó sobre la onda del viento, desde detrás de la montaña, lejana pero nítida, en una extraña y armoniosa melodía. Y sobre su estela llegó el débil contrapunto del eco, una segunda voz espectral que se mezclaba con la primera.

Era como si las montañas cantasen.

Y mientras Jane miraba, sin verlas, las nubes que volaban bajas sobre el lago,

llegó alguien.

En un punto del gris turbulento comenzó a brillar débilmente una mancha de color: rojo, rosa y celeste se mezclaban demasiado deprisa para que el ojo pudiese seguirlos. La claridad suave y cálida en la montaña gélida hipnotizó como una llama la mirada de Jane.

Luego, poco a poco, comenzó a enfocarse, y Jane parpadeó, incrédula, mientras se daba cuenta de que una silueta tomaba forma en su interior.

La luz se hizo más intensa, hasta que, de pronto, se concentró toda en una piedra rosada, reluciente, engarzada en un anillo. Y el anillo se hallaba en el dedo de una figura esbelta situada delante de Jane, un poco inclinada hacia delante, como si se apoyase en un bastón.

Al principio, la figura apareció rodeada de un resplandor tal que Jane no pudo mirarla directamente, sino que se vio obligada a bajar los ojos hacia el suelo, sólo para darse cuenta, con sumo estupor, de que éste no existía.

La figura fluctuaba delante de ella. Pudo ver por fin que se trataba de la silueta delicada de una anciana, envuelta en un largo vestido de color claro.

El rostro, de rasgos delicados, era benévolo pero decidido, con ojos azules y límpidos, extrañamente jóvenes entre las telarañas que marcaban la vieja piel.

Jane había olvidado a los demás, la montaña y la lluvia, todo salvo el rostro que la miraba y ahora, amablemente, sonreía. Pero la mujer seguía sin hablar.

—Usted es la Señora —dijo Jane con voz ronca—. La Señora de Will.

La Señora inclinó la cabeza en una lenta y graciosa señal de asentimiento.

—Y dado que eres consciente de ello, puedo hablarte, Jane Drew. Estaba previsto, desde el principio, que fueses tú quien llevase el último mensaje.

—¿Mensaje? —susurró Jane.

—Tienes que explicarles que deben ir a la Tierra Perdida, cuando ésta se muestre entre la tierra firme y el mar. Un hueso blanco les cortará el paso, y un espino volante los salvará. Y sólo el cuerno podrá detener la rueda. Y en la torre de vidrio hallarán entre los siete árboles la espada de cristal de la Luz.

La voz tembló, terminando en un suspiro ahogado, como para aferrar un último atisbo de fuerza.

—En la torre de vidrio, entre los siete árboles... un hueso blanco les cortará el paso, y un espino volante los salvará. Y sólo allí... el cuerno detendrá la rueda —repitió Jane, tratando de retener las palabras y la imagen de la Señora.

—Recuerda —insistió la Señora, mientras la silueta blanca comenzaba a desvanecerse y la claridad del anillo se apagaba. La voz se hizo cada vez más tenue—. Recuerda, hija mía. Y valor, Jane. Valor..., valor...

El sonido se apagó, el viento formó remolinos. Jane miró desesperadamente la niebla gris, buscando los ojos azules y límpidos en el rostro viejo y rugoso, como si

sólo ellos pudiesen fijarle las palabras en la memoria. Pero estaba sola entre el lago y las montañas oscuras, con las nubes que corrían y en los oídos nada más que el viento y el último e imaginario residuo de una voz moribunda.

Y ahora, como si desde el primer instante nunca hubiese abandonado su conciencia, llegó la clara y aguda melodía de Will, entrelazada con el eco, de donde había recibido la impresión de que las montañas cantaban.

Pero, de pronto, el canto cesó.

—¡Jane! —la voz de Will irrumpió en el aire con un grito ronco, ansioso.

El eco repitió la llamada como una advertencia. Movida por el instinto, Jane se volvió de repente hacia la voz, pero sólo vio la verde ladera de la montaña.

Luego volvió a mirar el lago y descubrió que, en el instante en que se había vuelto, había aflorado ante ella un horror tal, que el pánico la sumergió como agua helada.

Trató de gritar, pero de su garganta sólo brotó un largo lamento ahogado.

Del agua oscura surgió un cuello inmenso, que oscilaba ante ella, goteando, dominado por una pequeña cabeza en punta, con la boca abierta y los dientes negros. Dos antenas se movían perezosamente hacia delante y hacia atrás, como los cuernos de un caracol, y entre ellas comenzaban unas crines que recorrían todo el cuello. El cuello se elevó cada vez más alto, enorme, interminable.

Mirándolo, paralizada por el horror, Jane vio que era de color verde oscuro, jaspeado por una extraña y opaca irisación, salvo en la parte inferior, situada delante de ella, que era blanco plata. La criatura se elevaba sobre su cabeza, oscilante y amenazadora. El aire estaba cargado del hedor de algas, gas de pantano y podredumbre.

Las piernas y brazos de Jane se negaban a moverse. Permaneció allí, mirando la gran criatura que avanzaba a ciegas, buscándola. Tenía la boca muy abierta, y el cieno goteaba de sus mandíbulas negras. Se arrojó cerca de ella, como si advirtiese su presencia: su cabeza se echó hacia atrás para atacar. Jane gritó y cerró los ojos.

El afanc

Cuando Will comenzó a cantar, pareció como si cualquier otro sonido muriese. El viento ruidoso amainó, y Simon, Bran y Barney se quedaron escuchando, inmóviles y estupefactos. La música caía en el aire como luz solar: una melodía extraña, cautivadora, sin igual. La aguda y límpida voz de Will pronunciaba palabras en una lengua desconocida para todos ellos. Sabían que aquélla era la música de los Vetustos, invadida de un encanto particular. La voz se elevaba entre las montañas, entrelazándose con sus ecos, y ellos escuchaban embelesados, fuera del tiempo.

De pronto, el canto cesó en medio de una nota, y Will se tambaleó hacia atrás, como si le hubiesen golpeado en el rostro, desfigurado por el horror.

—¡Jane! —gritó, como una terrible advertencia.

Y el eco les devolvió:

—¡Jane... Jane!

Pero antes de que llegase el primer eco Bran ya se había movido. Adelantó corriendo a Simon y Barney, como empujado por el mismo impulso acuciante que se había adueñado de Will, en busca de algo que los demás no podían ver.

La cabeza monstruosa superó como una flecha el rostro de Jane, una, dos, tres veces: no tan cerca como para tocarla, pero diseminando sobre ella cada vez una vaharada de podredumbre nauseabunda. Jane abrió los ojos muy poco, atisbando a través de las manos temblorosas que mantenía sobre su rostro, convencida de estar viva sólo porque la sacudían potentes arcadas. Era imposible que existiese algo tan repugnante, y sin embargo la bestia estaba allí. Su mente vaciló en busca de apoyo, temblando bajo la terrible conciencia del mal. Aquella criatura del lago era su encarnación: malvada, cruel, llena del áspero rencor incubado en los siglos de un sueño terrible, poblado de pesadillas. Jane sentía su voluntad tantear en busca de la suya, tal como la cabeza ciega tanteaba en el aire ante ella. Y luego, irrumpiendo en su cabeza como un grito, pero sin sonidos que los oídos pudiesen oír, llegó la voz.

—¡Dime!

Jane cerró los ojos con fuerza.

—¡Dime! —La orden la golpeó en la cabeza—. ¡Yo soy el *afana*! ¡Dime las instrucciones que vienen sólo a través de ti! ¡Dime!

—¡No! —desesperadamente, Jane trató de aislar su mente y su memoria.

—¡Dime! ¡Dime!

Buscó imágenes que utilizar como defensa contra las preguntas apremiantes. Pensó en el rostro redondo y simpático de Will, con el cabello castaño y recto que le caía de lado. Pensó en los ojos ardientes de Merriman bajo las cejas blancas e hirsutas, en un grial dorado y en su hallazgo. Situándose más cerca en el tiempo, pensó en el rostro moreno y delgado de John Rowlands y en la sonrisa cortés y

afectuosa de su mujer.

Pero apenas había alcanzado un equilibrio se derrumbó de inmediato y la voz alta y estridente le invadió de nuevo la mente y la apremió hasta hacerle sentir que enloquecería. Gimió, tambaleándose, con ambas manos apretadas contra la cabeza.

—Todo va bien, Jane, todo va bien... —sonó de improviso otra voz, amable y tranquilizadora, amortiguando misericordiosamente el grito agudo, y un cálido alivio le inundó la mente, seguido de la obscuridad absoluta.

La vieron agacharse y caer como un bulto en la hierba mojada, mientras llegaban tropezando desde el peñasco del eco. Simon y Barney se lanzaron hacia delante, pero Will los sujetó a ambos con formidable fuerza. Jadearon a la vista del *afanc*, que ahora se debatía convulsamente en el lago, doblando hacia delante y hacia atrás el cuello enorme. Y luego vieron a Bran, que erguido en toda su estatura sobre una alta roca, lo desafiaba rabioso.

La criatura aulló furibunda, provocando en el lago penachos de espuma, hasta transformar todo el paisaje en un remolino de niebla gris.

—¡Atrás! —le gritaba Bran—. ¡Ve donde deberías estar!

De la cabeza cornuda inmersa en la neblina llegó una voz aguda y fina, fría como la muerte, que les hizo estremecer.

—¡Yo soy el *afanc* de Llyn Barfog! —chilló—. ¡Y este lugar me pertenece!

—Mi padre te expulsó, a Lyn Cau —respondió Bran sin moverse—. ¿Qué derecho tenías a regresar?

En la pendiente, Will sintió la mano de Barney apretarle frenéticamente la manga. El niño lo miraba, sumamente pálido.

—¿Su padre, Will?

Will encontró su mirada, pero no dijo nada. El agua parecía hervir.

—La Tiniebla sobrevivió a aquel señor, y me ha traído a casa —respondió con voz rabiosa y obstinada—. La Tiniebla es mi amo. ¡Tengo que saber qué tiene que decir la muchacha!

—Eres una criatura estúpida —replicó Bran, en tono nítido y despreciativo.

El *afanc* aulló, rugió, se agitó. El ruido era horripilante. Pero, poco a poco, empezaron a entender que no había nada más. A pesar de su pavorosa mole, la criatura sólo tenía poder para proferir amenazas. Era una pesadilla, pero nada más.

—Y también tus amos han sido estúpidos —prosiguió Bran— al creer que la pura fuerza del terror podría vencer a uno de los Seis. Esta muchacha ha visto más escenas espantosas que tú, y ha superado la prueba —la voz se le endureció y adquirió un timbre más profundo, más adulto—. ¡Márchate, *afanc*, márchate al agua oscura que es tu morada! ¡Regresa a la Tiniebla y no vuelvas a salir! —ordenó, irguiendo los hombros y señalando con el dedo.

Y de improviso cayó sobre el lago el silencio absoluto, salvo por el silbido del

viento y el repiqueteo de la lluvia sobre sus ropas. El cuello verde y enorme bajó, la cabeza se sumergió en el agua y, lentamente, la criatura desapareció. Algunas burbujas grandes y perezosas despuntaron en la superficie oscura del lago, y sus círculos se perdieron entre las hojas de los nenúfares. Y luego no quedó nada.

Will lanzó un grito de exuberante alivio y bajó con Simon y Barney, entre mil resbalones, por la pendiente verde. Jane, con la tez pálida, estaba sentada en la hierba junto a las cañas que bordeaban el lago.

—¿Va todo bien? —preguntó Simon agachándose a su lado.

—Lo estaba mirando —respondió Jane, sin lógica.

—Pero ¿no te has hecho daño cuando te has caído?

—¿Caído? —preguntó Jane.

—Dentro de un momento estará bien —intervino Will suavemente.

—¿Will? —preguntó Jane con voz temblorosa, mirando al otro lado del lago, hacia la roca en la que Bran permanecía inmóvil—. ¿Quién... o qué... es Bran?

—Él es el Pendragón —explicó Will, simplemente—. El hijo de Arturo y heredero de la misma responsabilidad, en una época distinta... Cuando nació, su madre Ginebra lo llevó adelante en el Tiempo, con la ayuda de Merriman, porque una vez había traicionado a su señor y temía que Arturo no creyese que Bran era realmente hijo suyo. Lo dejó aquí, de forma que creció en nuestra época, en Gales, con un nuevo padre que lo adoptó. Pertenece a nuestra era tanto como nosotros, y al mismo tiempo no pertenece a ella en absoluto... A veces pienso que siempre es exactamente consciente de esa circunstancia, y otras que una parte de su vida es para él sólo un sueño... —su voz apresuró el ritmo, se hizo más concreta—. Por ahora, no puedo decir más. Vamos.

Fueron todos, vacilantes, al encuentro de Bran, bajo la lluvia que volvía a intensificarse. Él sonrió alegremente, sin la menor tensión.

—¡Qué malvado! —exclamó.

—Gracias, Bran —empezó Jane.

—No hay de qué —replicó él.

—¿No volverá nunca más? —indagó Barney, mirando el lago, como hipnotizado.

—Nunca más —confirmó Bran.

—De ahora en adelante, ya no me burlaré de las historias del Monstruo del Lago Ness —dijo Simon tras respirar hondo.

—Pero ésta era una criatura de la Tiniebla —precisó Will—. Hecha de la materia de las pesadillas, para doblegar a Jane. Porque las potencias de la Tiniebla querían algo que estaba en su poder —la miró—. ¿Qué ha ocurrido?

—Ha sido cuando cantabas —respondió ella—. Y el eco cantaba contigo. Parecía... parecía...

—«Las montañas cantan —citó Bran lentamente—. Y la Señora viene».

—Y ha venido —confirmó Jane.

Cayó el silencio.

Will no dijo una palabra. Se quedó mirando a Jane, con el rostro surcado por una extraña mezcla de emociones.

—No lo sabía —murmuró al final.

—Esta... Señora... —vaciló Simon, y no dijo nada más.

—¿Sí? —preguntó Jane.

—Bueno... ¿de dónde ha venido? ¿Y dónde está ahora?

—No lo sé. Ni una cosa ni la otra. Simplemente... ha aparecido. Y ha dicho... — Jane se interrumpió. Una sensación de calor la invadió mientras recordaba las cosas que la Señora había dicho para ella sola—. Ha dicho: «Explícales que deben ir a la Tierra Perdida, cuando se muestre entre la orilla y el mar. Un hueso blanco les cortará el paso, y un... un espinoso volante los salvará. Y.» —cerró los ojos, tratando desesperadamente de recordar las palabras exactas—. «Y sólo el cuerno detendrá la rueda», ha dicho. «Y hallarán la espada de cristal de la Luz en la torre de vidrio entre los siete árboles».

Suspirando, abrió los ojos.

—No será muy exacto, pero ése era el fondo. Y luego... se ha marchado. Parecía tremendamente cansada, fue como si palidiese en el aire.

—Está muy cansada —confirmó Will gravemente, y tocó a Jane en el hombro, por un instante—. Te has portado de maravilla. Tan pronto como han advertido que te había hablado, las potencias de la Tiniebla se han puesto manos a la obra, enviando el *afane* para obligarte con el terror a confesar lo que había dicho. Era la única forma... no habrían podido averiguarlo directamente, porque a veces los Seis están envueltos por una protección a través de la cual la Tiniebla no puede oír ni ver.

—Pero nosotros sólo somos cinco —replicó Barney.

—Éste es tan agudo que se cortará solo. —Bran rió entre dientes.

—Perdonad —se apresuró a añadir Barney—. Lo sé. Es cierto que las cosas funcionan de la misma manera, seamos cinco o seis. Pero, por cierto, ¿dónde está el tío Merry?

—No lo sé —reconoció Bran—. Ya vendrá, Barney. Vendrá cuando le sea posible.

De pronto Simon estornudó con fuerza.

—¿Dónde está la Tierra Perdida? —indagó Barney.

—La encontraremos —afirmó Will—. Cuando sea el momento. No hay duda. Vamos, regresemos antes de coger todos una pulmonía.

Recorrieron en fila india el camino que bordeaba el lago, saltando sobre los charcos y evitando las zonas de fango, y luego bajaron por la hierba alta y mojada hacia el pequeño punzón gris de Carn March Arthur y el camino que dominaba la

cresta. Jane se volvió a echar un último vistazo al lago, pero estaba oculto por la pendiente.

—Will —comenzó—, dime una cosa. Un instante antes de ver esa... esa cosa, te he oído gritar: «¡Jane!». Como un aviso.

—Sí, es verdad. Tenía un aspecto terrible... como si estuviese viendo ya al monstruo —recordó Barney rápidamente, y dándose cuenta de lo que había dicho, miró a Will, pensativo.

—¿Lo verías realmente? —preguntó Jane.

Will rozó con la mano la parte superior del cartel que indicaba Carn March Arthur, que Bran, precediéndoles, no se había dignado mirar. Prosiguieron en silencio.

—Cuando la Tiniebla llega, por cualquier lado, nosotros podemos sentirlo. Es como, no sé, un animal que huele la presencia del hombre —respondió por último—. Por eso sabía... que estabas en peligro, y tuve que gritar —volvió la cabeza para mirar a Jane, con una media sonrisa tímida—. «Grita tu nombre a las montañas resonantes» —citó.

—¿Eh? —murmuró Simon junto a ella.

—No eres el único que sabe un poco de Shakespeare —explicó Will.

—¿Qué es eso?

—Oh... sólo un fragmento que nos hicieron aprender el pasado trimestre.

—Las montañas resonantes —repitió Jane, y se volvió a mirar la montaña que ahora se levantaba a sus espaldas, cubriendo el peñasco del eco. Luego frunció el ceño—. Will... si podías sentir la Tiniebla, ¿por qué no también la Luz?

—¿La Señora? —Will sacudió la cabeza—. No lo sé. Fue ella quien lo quiso. Creo... que quizás haya una prueba para cada uno de nosotros, antes de que acabe esta historia. Cada vez distinta, y cada vez imprevista. Y tal vez el Lago Barbudo ha sido tu prueba, Jane, y sólo tuya.

—Espero que la mía no sea así —declaró alegremente Barney, y señaló con el dedo—. Mirad... las nubes se están aclarando.

Unos haces de azul emergían en el cielo a occidente, entre las nubes que corrían, muy recortadas. La lluvia se había reducido a una llovizna y estaba a punto de acabar del todo. Bajaron por la cuesta, más allá de la granja blanca, y de nuevo apareció el Valle Feliz más abajo. El sol surgía de vez en cuando entre las nubes y la atmósfera iba calentándose. El camino dibujó una curva en torno a la montaña, y de pronto vieron ante ellos el mar y el amplio estuario del Dyfi, con el hilo plateado del río que serpenteaba sobre tramos relucientes de arena dorada, dejada al descubierto por la marea baja.

Se detuvieron a mirar.

—Tengo hambre —anunció Barney.

—Buena idea —convino Simon—. ¿Comemos?

—Necesitamos unas rocas para sentarnos... probemos allá arriba —sugirió Bran.

Escalaron la pendiente junto al camino y superaron la cima de una pequeña cresta. Abajo, se ensanchaban el mar y el estuario. Encaramados sobre puntas rocosas de pizarra, se lanzaron sobre los bocadillos.

—Al otro lado del río hay una enorme extensión de tierra —comentó Jane mientras miraba el estuario, masticando—. Kilómetros, kilómetros y kilómetros antes de que vuelvan a empezar las montañas.

—Cors Fochno —respondió Bran, mientras sus extraños cabellos blancos se secaban vaporosos al sol—. Pantanos, en su mayoría... ¿veis los desagües, todos rectos? Hay plantas interesantes en aquella zona, para quien se interesa por la botánica. Y se han encontrado algunos vestigios antiguos: un cinturón de oro, un collar de oro y treinta y dos monedas de oro que ahora están en el National Museum. Y hay troncos de árboles sumergidos, allí abajo, sobre las arenas, cerca de las dunas. Algunos incluso a este lado del río, sobre las arenas entre Aberdyfi y Tywyn.

—¿Árboles sumergidos? —repitió Simon.

—Desde luego —confirmó Bran, y rió entre dientes—. Los de la Centena Sumergida, probablemente.

—¿Y qué es eso? —preguntó Barney.

—¿Nunca habéis oído la vieja historia? —Bran se puso en pie, señalando la desembocadura del estuario, ahora totalmente inundada de sol bajo unas manchas de azul más amplias—. Se dice que aquélla era la tierra bella y fértil del rey Gwyddno Garanhir, hace siglos. El único problema era que era tan plana que el mar debía mantenerse alejado por medio de diques. Y una noche hubo una tempestad terrible, el dique marítimo cedió y el agua irrumpió dentro. Y la tierra quedó completamente sumergida.

Will se levantó y se situó a su lado, con la mirada dirigida al estuario. Trató de contener la excitación que asomaba en su voz.

—Sumergida... —repitió—, perdida...

—Santo Dios —murmuró Barn sin volverse.

Los demás se pusieron en pie de un salto.

—¿La Tierra Perdida? —preguntó Simon.

—Conozco desde siempre esa vieja historia —explicó Barney despacio—, y sin embargo nunca he pensado...

—¿Es posible? —prosiguió Simon—. Pero...

—¡Tiene que ser así! —exclamó Barney—. ¡No podría ser de otro modo! ¿No es cierto, Will?

—Creo que sí —convino él.

Trataba de impedir que su cara prorrumpiese en una amplia y estúpida sonrisa. La

seguridad lo invadía como el calor del sol.

Advertía de nuevo, a su alrededor, la sensación de la Gran Magia, que crecía rápidamente hasta alcanzar la intensidad de antes. Era una especie de embriaguez, la expectación de cosas maravillosas: la emoción de la Nochebuena, o del nuevo verdor sobre los árboles al comienzo de la primavera, o de la visión del mar durante las primeras vacaciones estivales. Llevado por un impulso, levantó los brazos hacia arriba, como para atrapar una nube.

—Algo... —exclamó, hablando de forma espontánea, sin pensar en lo que decía—. Hay algo...

Giró sobre sí mismo, mirando la montaña. Se sentía feliz, y a duras penas era consciente de la presencia de los demás. A excepción de uno.

—¿Bran? —llamó—. ¿Bran? Lo sientes... lo...

Agitó una mano con impaciencia, descubriendo que no encontraba palabras. Pero luego levantó la mirada y entendió que no las necesitaba, a juzgar por el asombro estático que mostraba la tez pálida de Bran. También el muchacho gales se volvió a contemplar las montañas, el cielo, como en busca de algo, o de una llamada sonora. Will rió con fuerza, al ver el reflejo de la misma indefinible alegría que le invadía la mente.

Jane, que los observaba desde atrás, advirtió la intensidad de su emoción y sintió miedo. Inconscientemente, se acercó a Simon, estirando un brazo para atraer a Barney a su lado. Congelado por el mismo instinto, Barney no opuso resistencia, sino que retrocedió lentamente, lejos de Will y Bran. Los Drew permanecieron allí, mirando, juntos.

Y a más de un kilómetro de la montaña, en el mosaico azul y oro del estuario, llegó una agitación en el aire, como el temblequeo que domina una carretera asfaltada en pleno verano. Al mismo tiempo, una música fluctuó hasta sus oídos, muy lejana y débil como un susurro, pero tan dulce que se esforzaron por oírla mejor. Sin embargo, por desgracia no lograron captar más que un esbozo de aquella delicada y evasiva melodía. El aire vibrante se hizo cada vez más vivido, como si el sol lo iluminase desde dentro. Los chicos tenían los ojos deslumbrados, pero a través del fulgor les pareció ver una transformación en el estuario, un movimiento del agua.

Aunque la marea estaba ya baja, parecía que hubiese más arena dorada brillando más allá de la señal extrema del reflujo. Las olas se habían detenido y el agua había empezado a retirarse. El borde blanco del mar azul retrocedía cada vez más, haciendo emerger la costa: primero arena, luego el verde brillante de las algas. Pero no eran algas, observó Jane incrédula, era hierba. Y tras ella, mientras el mar no dejaba de retroceder, surgieron árboles, y flores, y muros, y edificios de piedra gris, pizarra azul, y oro llameante. Una ciudad entera surgía gradualmente del mar: una ciudad viva, con finos penachos de humo que se elevaban aquí y allá de fuegos invisibles en

el aire inmóvil del verano. Torres y pináculos centelleantes se cernían como guardianes sobre la tierra plana y fértil con manchas verdes y oro que se extendía junto a las montañas. Y en la lontananza, en el confín de la nueva región, donde el azul del mar desaparecido finalmente volvía a empezar, divisaron una pincelada vertical de luz, una torre que relucía como fuego blanco.

Recortados contra el cielo azul, en la cresta más alta de la pendiente, Will y Bran miraban juntos la Tierra Perdida y la ciudad. Jane tuvo la impresión de que estaban allí esperando. Vio a Will levantar la cabeza de improviso y mirar hacia el mar. Y luego el resplandor que invadía el aire comenzó a crecer, se hizo cegador, hasta el punto de que dejaba percibir sólo un vago perfil de aquella extraña tierra. Y le pareció a Jane, mientras retrocedía protegiéndose los ojos, que el aire luminoso se concentraba en una ancha cinta reluciente, parecida a una carretera, que partiendo de sus pies llegaba lejos, lejos, sobre el valle y hacia abajo, más allá de la desembocadura del río Dyfi.

Volvió a oír la música, bella e inasible, y vio a Will y Bran subir juntos a la resplandeciente carretera de luz y avanzar por el aire, a través de la neblina, hacia la Tierra Perdida.

Estrechó el brazo en torno al hombro de Barney. Al otro lado, sintió la mano de Simon tocar la suya. Permanecieron inmóviles y mudos.

Luego la música se difuminó en el grito lejano de las gaviotas y la carretera radiante palideció, y con ella las figuras que habían caminado sobre ella. Y mientras el esplendor abandonaba el aire, los tres hermanos, volviendo la mirada hacia el estuario, no vieron ninguna ciudad sobresaliente, ningún campo verde, ningún hilo de humo, sino sólo el mar, el río y la costa dejada al descubierto por la marea baja, tal y como habían sido al principio.

Simon, Jane y Barney se volvieron, en silencio. Recogieron las mochilas y se dirigieron hacia el camino de regreso.

Tres del camino

Caminaron en fila india, por el camino sobre las montañas. Ahora, la hierba mojada brillaba al sol, y las gotas de agua relucían suspendidas en los helechos, los brezos y las manchas amarillas de los tojos.

—¿Qué diremos? —preguntó Barney.

—No lo sé —respondió Jane.

—Tendremos que encontrarnos con John Rowlands en la plaza donde ellos tenían cita —intervino Simon— y decir... y decir...

—Es mejor que no —exclamó Jane, brusca—. Así pensará simplemente que se han retrasado y se marchará sin ellos. Les advirtió que lo haría, ¿os acordáis?

Prosiguieron en silencio. En la curva en que el camino volvía atrás, hacia Aberdyfi, Jane se detuvo, abarcando con la mirada los campos y la siguiente cresta del alto páramo, donde habían encontrado a Will y Bran por primera vez.

—¿No podríamos pasar por las montañas y bajar hasta el hotel desde la colina? —propuso.

—No hay ningún camino —replicó Simon.

—Pero se avanza mucho más deprisa que bajando al pueblo —observó Barney—. Y además, es mejor que no veamos al señor Rowlands.

—Después de este campo, debe de haber al menos una cañada —dijo Jane.

—A mí no me importa. Vamos, si queréis —dijo Simon sacudiendo los hombros.

Parecía alejado, ausente, como si su mente estuviese aún medio paralizada. Cuando Jane abrió de par en par la valla de acceso al primer campo que los conduciría lejos del sendero, la siguió con indiferencia.

Barney correteó a sus espaldas, tomando la valla de manos de Jane, pero antes de que Jane pudiese cerrarla, delante de él, profirió un grito terrible, agudo y ahogado. Pareció saltar en el aire, y chocó lateralmente contra Simon. También Simon gritó, y luego él y Jane se lanzaron hacia Barney, empujándolo dentro de la valla. A sus espaldas, en un fugaz y espantoso destello, Barney vio dirigirse hacia ellos tres, desde todos los puntos del campo, las siluetas rojas y ondulantes de decenas de turones, como los que ya habían visto a la ida.

Simon cerró frenéticamente la valla, en un desesperado intento de defensa. Pero de pronto las bestias los atacaron irrumpiendo entre las tablas, demasiado separadas para animales de menor tamaño que las ovejas. Los muchachos la emprendieron a patadas, pero las pequeñas criaturas rojas se apartaron y en un instante volvieron a situarse a sus talones, con los dientes blancos y los ojos negros y chispeantes. No mordían nunca, pero insistían, acosaban, atormentaban. «Nos guían —pensó Barney de improviso—. Nos guían como si nosotros fuésemos ovejas y ellos perros pastores». Alzó la mirada y vio que los pequeños cuerpos que se lanzaban contra sus

tobillos lo empujaban hacia la valla abierta de la granja que habían superado anteriormente, aquel día. Deliberadamente, cambió de dirección, y de inmediato las bestias le cayeron encima, con silbidos, crujidos de dientes y pequeños chillidos horribles, haciéndole dar la vuelta. Muy a su pesar, Barney regresó junto a Simon y Jane, y los tres corrieron a refugiarse en el patio de la granja.

—¡Despacio, despacio, no tengáis prisa! —dijo una voz cálida, divertida.

Mientras se deslizaba convulsamente hacia el patio, Jane divisó delante de ella la figura de una mujer, que estiraba un brazo para aferrarla. El rostro sonriente parecía, de alguna forma, familiar... Jane no llegó a pensar nada más, sino que se aflojó, aliviada y exhausta, ante el consuelo del brazo tendido. Tras ella, Barney volvió la cabeza con ansiedad, pero vio que todos los turones habían desaparecido.

—¡Caramba! —exclamó la mujer con suavidad—. Os romperéis la cabeza, irrumpiendo aquí dentro como si os persiguiese el diablo. ¿Qué ocurre, cuál es el problema? —observó a Jane con mayor atención—. Pero... yo os conozco: sois los que estaban con Bran y Will Stanton, ayer.

—Exacto —la voz de Blodwen Rowlands se hizo áspera—. ¿Qué ocurre, les ha sucedido algo a los muchachos?

La miraron, incapaces por un instante de reunir energías suficientes para responder.

—No, no —se afanó por último Jane—. No... están bien. Han... bajado. Han dicho que les encontrarían en la Plaza.

—Eso es —el rostro redondo de la señora Rowlands se serenó de nuevo—. Hemos venido hasta aquí arriba sólo para ver Llew Owen, y ya bajábamos. Precisamente nos preguntábamos si los veríamos por el camino —miró a Jane con preocupación—. Tenéis el pelo completamente mojado, os debe de haber sorprendido la lluvia... ¿Por qué estabais tan asustados?

—No exactamente asustados —explicó torpemente Simon. Ahora que no quedaba rastro de los turones, empezaba a avergonzarse de su pánico—. Era sólo...

—Había turones —intervino Jane, demasiado fatigada para fingir—. Hemos visto dos esta mañana, aquí cerca. Y hace poco, en el camino, se nos han echado encima en masa, surgiendo de la nada... y... y... eran horribles. Sus dientes... —tragó saliva.

—Oh, santo cielo —respondió la señora Rowlands en tono tranquilizador, como si hablase con un niño pequeño—. No pienses más en ello, todo ha terminado, se han marchado...

Ciñó con su brazo los hombros de Jane, conduciéndola hacia la granja. Simon miró a Barney con una expresión que significaba: «No nos cree». Barney se encogió de hombros, y juntos las siguieron.

Antes de llegar a la casa, John Rowlands asomó por la puerta. Vieron que el Land-Rover estaba aparcado en las proximidades. Los reconoció de inmediato. El

asombro le crispó el rostro moreno y delgado.

—Bueno, bueno —empezó—. Tres de cinco... ¿y dónde están los dos míos?

—Han bajado —anunció Barney—. Pensábamos atravesar la cima y luego bajar hasta el hotel desde aquel lado. Pero, al parecer, no había ningún camino.

—Ahora es difícil de encontrar —explicó John Rowlands—, porque ha sido cubierto por todas aquellas casas nuevas de la pendiente. Ha desaparecido el viejo camino que utilizábamos cuando yo era niño.

—Venid con nosotros —invitó la señora Rowlands, abriendo el portón trasero del Land-Rover—. Os llevaremos.

—Sí, por supuesto —confirmó John Rowlands.

—Muchas gracias.

Subieron. Jane escrutó atentamente el seto de matorrales y el campo, mientras el coche giraba en el sendero, y vio que también Barney miraba, pero ninguno de ellos observó nada en particular.

Simon, sentado junto a ella, percibió la tensión en su rostro, y le rozó delicadamente el brazo con el puño cerrado.

—Pero estaban realmente allí —susurró en voz muy baja.

El Land-Rover superó lentamente la última curva cerrada del sendero empinado y salió a Chapel Square.

—Quiero acercarme un momento al Royal House, John —dijo Blodwen Rowlands—. ¿Vienes tú también?

—No —respondió John, sacándose la pipa del bolsillo y mirando dentro del hornillo—. Creo que estaremos en el muelle. Es el mejor lugar para buscar a Bran y Will. Pero no hay prisa, Blod; no hace falta que te apresures.

Llevó a los muchachos al otro lado de la calle, entre un enorme pabellón negro con una placa que decía: «Escuela Marítima. Proyecto Naturaleza» y un grupo de mástiles, cuyas jarcias cantaban dulcemente al soplo de la brisa. Allí, las embarcaciones del Aberdyfi Yacht Club yacían alineadas en la playa, y la arena rebosaba sobre la acera. Recorrieron el muelle y fueron a parar al corto embarcadero en forma de ángulo agudo. John Rowlands se detuvo, y llenó la pipa de un viejo saquito de piel negra.

—Cuando era niño, teníamos un embarcadero distinto —contó distraídamente—. Todo de madera, con grandes vigas oscuras impregnadas de creosota... Durante la marea baja, trepábamos encima, nos deslizábamos hacia abajo donde había algas y buscábamos cangrejos.

—¿Vivía usted aquí? —indagó Barney.

—¿Ves allí?

Siguiendo el dedo del hombre, miraron hacia atrás, hacia la larga hilera de casas alineadas de tres pisos, estrechas, imponentes, que daban a la calle y a la playa, hacia

el río Dyfi y el mar.

—Aquella del centro, pintada de verde —explicó John Rowlands—. Allí nací yo, y mi padre antes que yo. Era marino, al igual que su padre. Mi abuelo, el capitán Evan Rowlands de la goleta *Ellen Davies*, construyó aquella casa. Todas las casas de esa calle fueron construidas por los viejos capitanes, en la época en que Aberdyfi era aún un puerto de embarque.

—¿No quiso ser marino también usted? —preguntó Jane, curiosa.

John Rowlands encendió la pipa y le sonrió entre volutas de humo azul, con los ojos oscuros empuñados por las arrugas del rostro moreno.

—Podría decir que hubo un tiempo en que sí. Pero mi padre se ahogó cuando tenía seis años, y entonces mi madre se nos llevó a mí y a mi hermano de Aberdyfi a la granja de sus padres, cerca de Abergynolwyn. En las montañas cercanas a Cader Idris... detrás del valle en el que estabais vosotros hoy. Así, entre una cosa y otra, he vivido entre las ovejas, y no en el mar.

—Qué lástima —comentó Simon.

—Oh, no exactamente. La época de las expediciones marítimas terminó hace mucho, y también la de la pesca. Ya languidecían en tiempos de mi padre.

John Rowlands sopló una voluta de humo, absorto. Luego se volvió lentamente hacia la calle, escrutándola con atención.

—No veo ni rastro de Bran y Will. Cuando vosotros habéis salido, ¿cuánto hacía que habían bajado?

Jane vaciló. Vio a Simon abrir la boca y luego volver a cerrarla, confuso. Barney se limitó a encogerse de hombros.

—Más o menos... más o menos media hora, supongo —respondió ella por último.

—¿Y si han tomado un autobús? —sugirió Barney, solícito.

John Rowland permaneció inmóvil unos instantes, con la pipa entre los dientes y el rostro sin expresión.

—¿Hace mucho que conocéis a Will Stanton? —preguntó.

—Una vez pasamos las vacaciones juntos —reveló Jane—. Hace unos dos años, en Cornualles.

—Durante esas vacaciones, ¿no sucedió... nada... raro? —el gales hablaba aún con voz desenvuelta, pero de pronto se había puesto a mirar fijamente a Simon. Sus ojos oscuros aparecían brillantes y atentos.

—Bueno, sí, creo que sí —respondió Simon parpadeando, tomado por sorpresa.

—¿Por ejemplo?

—Bueno, sólo... cosas.

Simon se había ruborizado, se le trabó la lengua, dividido entre la sinceridad y la confusión.

Jane vio el rostro de Barney crisparse en un gesto resentido.

—¿A qué se refiere exactamente, señor Rowlands? —replicó, asombrada de su propia seguridad.

—¿Cuánto sabéis vosotros tres de Will? —cortó John Rowlands.

Su cara era indescifrable, su tono expedito.

—Bastante —declaró Jane, y su boca se cerró de golpe, como una puerta.

Miró a su interlocutor de hito en hito. Advirtió que también Simon y Barney se habían puesto rígidos en su misma actitud de desafío. Los tres se coaligaban contra las preguntas que ninguna persona ajena a sus relaciones con Merriman y Will debería preocuparse por hacer.

Ahora, Rowlands le dirigía una extraña mirada, incierta e inquisidora.

—Vosotros no sois como él —observó—. Vosotros tres no sois distintos de mí, no sois... de esa raza.

—No —confirmó Jane.

Algo pareció derrumbarse tras los ojos de John Rowlands. El rostro se le contrajo por la desesperación. Jane se sintió sacudida por la angustia, al ver que sus ojos le dirigían una clara llamada.

—Por favor —exclamó él, tenso e infeliz—, dejad de desconfiar de mí. Acerca de la naturaleza de esos dos, no podéis haber visto más de lo que he visto yo en este último año. Digo «esos dos» porque de Bran, probablemente, no sabéis nada de nada. Y ahora el miedo me corroe. Miedo por lo que puede haberles ocurrido, por quién puede haberlos capturado, en un momento en que se hallan quizás en el peligro más grande que nunca han afrontado.

—Está hablando en serio, Jane. Y Will confiaba en él —exclamó de improviso Barney, a sus espaldas.

—Es cierto —asintió Simon.

—¿A qué se refiere, señor Rowlands —preguntó Jane lentamente—, con «las cosas que ha visto en el último año»?

—No un año entero —precisó John Rowlands—. Sucedió el pasado verano, cuando Will vino a ver a su tío. Tan pronto como llegó al valle, comenzaron a suceder... ciertas cosas. Se despertaron fuerzas que dormían desde hacía tiempo, algunas personas crecieron y cambiaron, y el Rey Gris de Cader Idris asumió su poder, y luego cayó de nuevo... era un conflicto entre la Luz y la Tiniebla, y yo no entendía de qué se trataba, ni quería entenderlo —los miró, grave y atento, con la pipa olvidada en la mano—. Siempre se lo he dicho a Will —prosiguió—. Sé que forma parte de la potencia llamada Luz, y que Bran Davies está implicado quizá más a fondo en la cuestión. Pero eso es suficiente para mí. Ayudaré a Will Stanton cuando me necesite, y también a Bran, porque le tengo tanto cariño como si fuese mi hijo, pero no quiero saber qué es lo que están haciendo.

—¿Por qué no? —indagó Barney, curioso.

—No es conveniente, porque no formo parte de su raza. Y tampoco vosotros, por lo demás —replicó bruscamente John Rowlands.

Por un instante, pareció severo y muy seguro de sí mismo.

—Sé lo que quiere decir —dijo Simon inesperadamente—. Siempre he pensado como usted. Y de todas formas, tampoco nosotros lo sabemos en realidad —miró a Jane—. ¿Verdad?

Ella había abierto la boca para objetar, pero vaciló.

—Bueno... sí. El tío Merry nunca nos ha dicho gran cosa. Sólo que la Tiniebla está ascendiendo, o trata de hacerlo, y hay que detenerla. Todo lo que hacíamos parecía un peldaño hacia otra cosa, pero nunca hemos sabido verdaderamente qué.

—Mejor para vosotros que fuese así —sentenció el hombre.

—Y también para ellos, ¿no? —observó Simon.

John Rowlands sacudió la cabeza en un pequeño gesto irónico, como si se encogiese de hombros, y luego sonrió y se puso de nuevo a encender la pipa.

—Señor Rowlands, no creo que veamos a Will y Bran en este lugar. Se han marchado a alguna parte. Están seguros, pero... muy lejos —dijo Jane, volviendo la mirada hacia el estuario, donde algunas velas blancas dibujaban zig-zags sobre el agua azul—. No sé durante cuánto tiempo. Una hora, un día... Simplemente se han marchado.

—Pues bien —concluyó John Rowlands—, sólo nos queda esperar y ver qué ocurre. Y tengo que inventarme algo que decirle a Blodwen, porque aún no sé si tiene la menor idea de lo que hay en esos dos muchachos. Creo que no, sinceramente. Tiene el corazón tierno y la mente sensata, y se conforma con quererlos por lo que parecen.

Una lancha pasó silbando a toda velocidad a sus espaldas, sofocando casi su voz. Desde algún lugar, el sonido insistente de la música rock zumbaba en el aire. Creció y luego mermó, cuando un grupo de personas con una radio portátil pasó por el muelle. Mirando la calle, John vio a Blodwen Rowlands salir de la tienda de ropa y detenerse en la acera llena de gente. Luego desapareció, mientras un gran autocar circulaba con dificultad por la calle.

John Rowlands suspiró.

—Mirad qué desastre —murmuró—. Cómo ha cambiado Aberdyfi. Es cierto que debía suceder, pero recuerdo... recuerdo... en los viejos tiempos, todos los pescadores ancianos permanecían en fila allá abajo, apoyados en aquella barandilla delante del Dovey Hotel, inclinados sobre el agua. Y cuando era un chico más o menos de la edad de Barney, uno de mis pasatiempos preferidos era estar cerca de ellos y escucharlos, cuando me daban permiso. Era bonito. Retrocedían tanto con la memoria... a un siglo atrás, o incluso más, visto desde ahora. A los días en que casi

todos los hombres de Aberdyfi eran marinos, cuando aquí a lo largo del muelle había una selva de mástiles y los barcos cargaban la pizarra de las canteras. Y junto al río había siete astilleros...

Los muchachos escucharon en silencio, fascinados, hasta que los sonidos del presente parecieron retraerse. Casi pudieron imaginar que veían las altas naves entrando en el río, más allá de la lengua de arena, y montones de placas de pizarra apiladas en torno a ellos en un muelle distinto, hecho de madera oscura y no de cemento.

Una gaviota se elevó despacio en el aire desde la punta del embarcadero, emitiendo un grito lento, áspero y doliente. Jane volvió la cabeza para seguir el batir de las alas desde la punta negra. La brisa parecía golpearle la mejilla con más fuerza que antes. La gaviota pasó rápidamente junto a ellos, sin dejar de gritar...

... y cuando dejó de mirarla, al bajar de nuevo la vista, Jane vio las oscuras vigas de madera del embarcadero bajo sus pies, cubiertas de hileras e hileras de pizarra de color gris azulado, y más allá, en el río, un alto barco que venía hacia tierra, mientras los hombres amainaban las velas.

Jane se quedó paralizada, observando la escena. Oyó risas y voces agudas: a su alrededor, apareció un torbellino de niños, que saltaban, empujaban y se apartaban unos a otros con peligrosa vivacidad, junto al borde del embarcadero.

—Primero yo... primero yo... ¡apártate de mí, Freddie Evans!... ¡cuidado! ¡No te me echés encima!...

Uno de ellos, con la cabeza rubia, que chocaba y reía con los demás, era su hermano Barney.

De forma absurda, el único pensamiento de Jane fue: «Pero en aquellos tiempos, debían de hablar gales...».

Más allá, en el embarcadero, vio a Simon que hablaba seriamente con dos o tres muchachos de su misma edad. Se volvieron a mirar el barco que se iba acercando poco a poco. La tela de la vela maestra se aflojó de golpe, para ser recogida. Se trataba de un bergantín, con velas cuadradas en el palo de trinquete y velas de corte en el árbol maestro, pero en aquel momento sólo dos pequeñas velas de estay se inflaban al viento, para conducirlo a tierra. El mascarón de proa relucía bajo el bauprés prominente: una muchacha de tamaño natural, con el cabello rubio y suelto. Jane podía ya leer su nombre en la proa: *Frances Amelia*.

—Transporta madera —afirmó a su lado la voz profunda de John Rowlands—. ¿Ves un poco de ella, colocada en el puente? La mayoría está destinada a John Jones, el armador. Una carga de pino, del Labrador. La estaba esperando.

Jane le lanzó una ojeada: tenía el rostro plácido, la pipa aún sujeta entre los dientes. Pero ahora, la mano que la sostenía tenía un tatuaje entre los nudillos, una pequeña estrella azul que antes no había visto, y la garganta del hombre surgía del

cuello doblado y la chaqueta levantada, típicos del siglo XVIII. Se había convertido en otra persona, perteneciente a esa otra época, y al mismo tiempo, de alguna forma, había seguido siendo él mismo. Jane se estremeció y cerró los ojos por un instante. No se atrevió a bajar la mirada para comprobar cómo iba vestida.

Luego llegaron una agitación y un grito repentino del borde del embarcadero, donde se había reunido cada vez más gente. Atisbando en vano por encima de las cabezas, Jane sólo pudo ver que el bergantín había empezado a atracar. Desde el extremo del muelle, donde habían corrido los niños, un grupo de mujeres estalló en una estruendosa reprimenda, y de inmediato Barney y un compañero suyo, ambos sumamente pálidos, fueron arrastrados hacia Jane por una mujer enérgica, angustiada, con chal y cofia. Se podía reconocer en ella a Blodwen Rowlands, pero a una Blodwen Rowlands que no parecía conocer a Jane como tal.

—¡Siempre ocurre lo mismo! —exclamó en tono de reproche, aunque lleno de afectuosa preocupación, hablando a quien quisiera escucharla—. Ese estúpido juego de quién toca el primero el barco que llega, y todos allí estorbando a los hombres... Un día u otro, uno se matará. Hoy, estos dos se han librado por un pelo, ¿los has visto? Estaban justo en el borde y perdían el equilibrio, y el costado del barco podía aplastarlos contra el embarcadero si alguien no los hubiese sacado de allí... ¡ahhh! —dio a cada muchacho una pequeña sacudida exasperada—. ¿Os habéis olvidado de la semana pasada, cuando se cayó Ellis Williams?

—Y la semana anterior le tocó a Freddie Evans —recordó el compañero de Barney—. Y fue mucho peor, porque, cuando salió, Evans el barbero lo esperaba con una correa y le pegó hasta casa.

—Llámalo señor Evans, monito —replicó la señora Rowlands, tratando de sofocar una sonrisa.

Se encogió de hombros divertida, mirando a Jane, soltó a los muchachos agitando su dedo a modo de advertencia y volvió a unirse al grupo de mujeres que recibían a los marineros.

—Me gusta —declaró alegremente Barney—. Probablemente me ha salvado la vida, ¿sabes?

Sonrió a Jane de oreja a oreja, se marchó corriendo con su compañero y desapareció por la calle, detrás de los grandes montones de pizarra.

Jane se volvió a llamarlo, pero de la boca no le salió ningún sonido.

—¡Iestyn! ¡Iestyn Davies! —gritaba junto a ella John Rowlands a uno de los hombres que estaba a bordo del *Frances Amelia*.

—¡Evan, muchacho! —replicó aquél, con un destello de sus blancos dientes.

Y aunque le sorprendió aquel nombre, Jane volvió a pensar en lo extraño que resultaba que no se oyese una palabra de gales. Y luego comprendió, de improviso, que todas las frases pronunciadas a su alrededor estaban precisamente en esa lengua,

incluidas las suyas, sin el menor rastro de inglés.

—Al fin y al cabo —dijo dirigiéndose a Simon, que sabía instintivamente que se encontraba a su lado—, entender una lengua que no conoces no es más extraño que ser trasladado a una época anterior a tu nacimiento.

—No —confirmó Simon, con una voz tan evidentemente suya que Jane se sintió aliviada—. No, no lo es en absoluto.

—¿Qué noticias hay del *Sarah Ellen*? —preguntó John Rowlands junto a ellos.

—¿No has oído nada? —preguntó el hombre mirándole fijamente.

—El último contacto fue una carta enviada desde Dublin. Llegó ayer.

El marinero del *Frances Amelia* vaciló, dejó en el suelo el cabo que estaba enrollando, gritó algo a algún compañero de a bordo y saltó al muelle por encima del parapeto. Llegó junto a John Rowlands, con rostro preocupado.

—Tengo malas noticias, Evan Rowlands, muy malas. Lo siento. El *Sarah Ellen* se hundió frente a las costas de Skye hace dos días, con toda la tripulación. Lo supimos ayer.

—Oh, Dios mío —murmuró John Rowlands.

Agitando una mano, aferró por un instante el brazo del hombre y luego se volvió y se marchó; con paso inseguro, como si hubiese envejecido de golpe. Jane quería seguirlo, pero no logró moverse. ¿Cómo era posible consolar un dolor que invadía un rostro viviente, y sin embargo estaba muerto y olvidado desde hacía un siglo? ¿Qué era más real: su turbación o el sufrimiento de Evan Rowlands que afloraba en los ojos de su descendiente?

—Y a bordo iba su hermano —murmuró el hombre llamado Iestyn, siguiendo a John Rowlands con los ojos. Luego miró a su alrededor, hacia los otros dos o tres que habían quedado en las proximidades, con semblantes graves—. Hay algo que no funciona. Es el cuarto barco construido por John Jones Aberdyfi que se hunde en tres meses, y eran todos nuevos. Y dicen que no fue una tempestad violenta la que jugó con el *Sarah Ellen*, sino sólo mar gruesa en popa.

—Siempre ocurre lo mismo —comentó uno de los hombres—. Se hunden demasiado en proa. Ahora, lo hacen todos sus barcos. Luego hacen aguas y al final se hunden.

—No todos —replicó otro—. John Jones también ha construido excelentes barcos. Aunque es cierto que los malos...

—He oído decir —intervino el llamado Iestyn— que el defecto no radica en el proyecto, sino en la construcción. Que, en definitiva, no es culpa de John Jones, sino de uno de sus aserradores. Y todos los trabajos que dirige...

Se interrumpió, súbitamente consciente de la mirada ansiosa de Jane, y se imprimió en la cara una amplia sonrisa.

—¿Tú también estás esperando, como hacen siempre los otros niños, pero tienes

demasiada educación para pedir? —introdujo la mano en un amplio bolsillo de la chaqueta y sacó un paquete cuadrado—. Ten... me he metido unas cuantas en el bolsillo para el primero de vosotros que viniese a sonreír e implorar. Y por no haber pedido ni siquiera, serás tú quien herede, pequeña.

—Gracias —dijo Jane, y por segunda vez aquel día se sintió asombrada por su leve y rápida inclinación.

Entre las manos, el hombre había puesto cuatro enormes galletas de marineros, duras como la pared, y envueltas en papel.

—Ahora vete —la despidió cariñosamente—. Colócalas en una bandeja en el horno, cubiertas de leche, eh, con una nuez de mantequilla encima. Verás qué bueno. Es un regalo del cielo que a alguien le encanten las galletas como a vosotros. En medio del Atlántico ya no son tan sabrosas, créeme. Entonces, las cambiarías todas por una buena rodaja caliente de *bara brith*.

Los demás rieron, y repentinamente fue como si las dos últimas palabras hubiesen cerrado una puerta. Porque ahora los hombres hablaban incomprensiblemente en gales, y Jane se dio cuenta de que ya no lo entendía. Lo había entendido durante un breve y mágico momento. Ahora ya no era capaz. Aferró la manga de Simon y tiró de él.

—¿Qué sucede?

—Ya me gustaría saberlo. No hay lógica, todo está embrollado.

—¿Dónde estamos? ¿Y cuándo? ¿Y por qué?

—El porqué es la pregunta más importante.

—Tenemos que ir a buscar a Barney.

—Lo sé. De acuerdo.

Mientras caminaban hacia la calle, sobre las tablas separadas, Jane lo miró de soslayo. Simon, ya alto de por sí, por una razón o por otra, con aquel tosco traje a la antigua parecía aún más alto, y más controlado. ¿Había cambiado también él? «No —pensó—. Es sólo que habitualmente no me preocupo en absoluto de cómo es...».

Avanzaban por la calle, más allá de las casitas adornadas con rosas y bocas de dragón; más allá de una lustrosa posada para viajeros, de cuyo tejado colgaba una enseña recién pintada: *Las armas de Penhelig*. Dos hombres que los precedían saludaron a una figura tosca y bronceada, de pie en el hueco de la puerta.

—Buenos días, capitán Edwards.

«Hemos vuelto al gales», se dijo Jane.

—Buenos días.

—¿Ha oído lo del *Sarah Ellen*?

—Sí —respondió el capitán Edwards—. He recordado nuestra discusión y estaba pensando en hacerle una visita a John Jones —hizo una pausa—. Y a uno de sus hombres, quizá.

—Podríamos ir con usted —sugirió uno de los dos.

Mientras se volvía, Jane vio, estupefacta, que se trataba una vez más de John Rowlands. No lo había reconocido: no sólo su ropa era distinta, sino también la forma de caminar.

Desde un punto situado calle abajo, cerca del mar, llegaron un martilleo y un chirrido rítmico y agudo que Jane no logró identificar. Ella y Simon siguieron a los tres hombres manteniéndose a una distancia de seguridad hasta el final de la calle, asomada sobre un descampado, justo encima de la señal de la marea alta.

Los astilleros resultaban sorprendentemente simples: un par de pabellones con una curiosa construcción a su lado, parecida a una caja, de la que salía humo. Medía unos sesenta centímetros de alto y ancho, pero era muchísimo más larga, varios metros, y estaba unida por medio de un tubo a una gran caldera de metal. En las proximidades, el tosco esqueleto de un barco yacía en su cuna de madera: una larga quilla con las desnudas cuadernas de roble, a la que estaban unidas aún sólo unas pocas tablas. Enormes troncos, del color blanco amarillento del pino, permanecían amontonados en el suelo, y junto a ellos se abrían fosos largos y profundos, más profundos que la altura de un hombre, donde los aserradores cortaban la madera en tablas. Jane contempló la escena, fascinada. En un foso estaba tumbado a lo largo un tronco, sostenido transversalmente por palos. Encima había un hombre y debajo otro, y juntos empujaban arriba y abajo una larga sierra, la que provocaba el rítmico chirrido audible desde lejos. Otros dos aserradores trabajaban en un foso similar, allí cerca. Y otros movían la madera, apilaban las tablas y vigilaban la caldera humeante, bajo la cual ardía un fuego tan intenso que casi resultaba invisible en el caluroso aire veraniego.

Un muchacho vio a los tres marineros y esbozó un saludo militar, y luego corrió junto al aserrador que trabajaba sobre uno de los fosos, gritando para dominar el chirrido de la sierra.

—Ahí arriba están el capitán Humphrey Edwards, el capitán Ieuan Morgan y el capitán Evan Rowlands.

El aserrador hizo una señal a su compañero y detuvo la larga hoja. Levantó la cabeza. Jane, atisbando por encima del borde de la calle áspera, flanqueada de piedras, vio un rostro pequeño y regordete, dominado por una cabellera de un rojo extraordinariamente brillante. El hombre mostraba un desdeñoso ceño, sin dar signos de amistad o bienvenida.

—John Jones ha ido al muelle para ver una carga de pino que acaba de llegar —anunció, y se inclinó de nuevo, como para despedirlos.

—Caradog Lewis —llamó el tosco capitán venido de la posada. No había gritado, pero incluso a una altura normal la suya era una voz habituada a hacerse oír en una borrasca marina.

El pelirrojo se irguió molesto, con las manos en las caderas.

—Aquí tenemos trabajo, Humphrey Edwards, si a usted no le molesta.

—Ya —replicó John Rowlands—. Justo de su trabajo queremos hablar.

Saltó el pequeño muro de piedras y bajó por un tramo de toscos peldaños hasta los fosos de los aserradores. Los demás lo imitaron. Y lo mismo hicieron, aunque algo más tarde, cuando nadie les prestaba atención, Simon y Jane.

—¿En qué barco están ustedes trabajando en este momento, Caradog Lewis? —preguntó el capitán Edwards, observando pensativo la estructura curva, toda quilla y cuadernas, esquelética pero armoniosa, que yacía sobre los soportes.

Lewis le lanzó una mirada disgustada: parecía a punto de rezongar, pero cambió de idea.

—Es la goleta *Courage*, para Elias Lewis. Me extraña que no lo sepan. Mide veintitrés metros de eslora, y tendría que estar terminada hace ya un mes. Y allí —indicó con la cabeza un casco semiacabado, ya varado en el malecón— está *el Jane Kate* para el capitán Farr. Mañana, sus mástiles navegarán desde Ynyslas: ya era hora.

—Y usted ha participado en ambas embarcaciones —comentó John Rowlands.

—Por supuesto, amigo —saltó Lewis, irritado—. Soy el jefe de aserradores de John Jones, ¿no?

—Y, sin duda, responsable de muchas cosas —replicó el capitán Edwards, acariciándose las patillas—, dado que John Jones tiene muchos barcos en los astilleros.

—¿Y qué?

—¿También *el Integrity* fue obra suya? —inquirió John Rowlands—. ¿Y *el Mary Rees*? ¿Y *el Eliza Davies*? —cada vez, Lewis asintió con impaciencia. Rowlands prosiguió, mordiéndose las palabras como un niño que muerde una galleta—. ¿Y *el Charity*? ¿Y *el Sarah Ellen*?

Lewis frunció el ceño.

—Ha escogido usted los barcos de unos hombres desventurados.

—Así es.

Los demás trabajadores de los astilleros habían depositado sus herramientas en el suelo y se fueron acercando al aserrador poco a poco, para escuchar lo que se decía. Se reunieron en un grupo inquieto, observando a los capitanes con resentimiento.

—Acabo de saber lo del *Sarah Ellen* —Lewis se encogió de hombros, con pesar superficial—. Lo siento por su hermano. Pero no es una novedad en este pueblo.

—No es una novedad en los barcos en los que trabaja usted —replicó Humphrey Edwards.

La tez pálida de Lewis enrojeció de rabia. Jane vio cómo sus puños se cerraban.

—Escuchen... —comenzó.

—No, ahora nos escuchará usted a nosotros —le respondió el tercer hombre, que no había dicho ni palabra desde su entrada en los astilleros. Tenía la tez aceitunada, rodeada de una barba gris—. Estudié dos de aquellos barcos en el mar, acompañándolos en la travesía por el Labrador, y ambos tenían el mismo defecto. Y John Jones, si lo conozco bien, no tiene nada que ver. Es distraído y quizá demasiado ávido de trabajo, así que no tiene tiempo de supervisar como los armadores que trabajan en una sola quilla cada vez. Pero no es culpa suya si un barco se sumerge en proa y se hunde con el mar de popa. Es culpa de alguien que, cada vez, hace la proa más larga de lo que debería ser, y varias veces ha dejado pasar tablas que se habían secado demasiado deprisa y empezaban a agrietarse.

Un murmullo airado surgió de entre los trabajadores.

El hombre pelirrojo babeaba, apenas podía hablar.

—¡Pruébalo, Ieuan Morgan! —silbó—. ¡Demuestra aunque sólo sea una pequeña parte de lo que has dicho! ¿Crees poder demostrar que he enviado deliberadamente a unos hombres a la muerte?

—Debe de haber una forma de hacerlo —añadió John Rowlands, con voz sombría y lóbrega— porque es verdad, sin sombra de duda. Usted oculta más de lo que parece. Nosotros tres nos preguntamos qué ocurre desde hace bastante tiempo, y ahora la pérdida del *Sarah Ellen* es la gota que colma el vaso. Ya estamos seguros.

—¿Seguros de qué?

—De que usted... es distinto, Caradog Lewis. Cultiva lealtades distintas de las de los demás hombres, y de alguna horrible forma, sirve a una causa que es totalmente ajena al mundo humano.

Las palabras estaban imbuidas de tanta sosegada convicción que, sin darse cuenta, los trabajadores que rodeaban a Lewis se apartaron ligeramente de él. Lewis se apercibió de ello y arremetió contra ellos con una furia repentina que les obligó a saltar hacia el trabajo más cercano. Pero no había furia en la mirada que Caradog Lewis dirigió luego a John Rowlands; en su lugar, había un odio gélido e insolente que hizo estremecer a Jane, porque lo había visto ya, una vez, en un hombre dedicado a ejecutar la voluntad de la Tiniebla. Lewis, con su tez pálida y su cabello de color rojo vivo, no parecía totalmente una criatura de la Tiniebla, pero precisamente por ello era aún más espantoso. Semejante maldad introducida sin motivo aparente en un hombre común era algo que Jane apenas era capaz de mirar. Sintió que la rabia crecía en él como el vapor en una tetera a punto de hervir.

Lewis se aproximó lentamente al trío, apartándose de su foso.

—Yo soy un hombre igual que usted, Evan Rowlands —dijo con voz tensa—, y se lo demostraré.

En una especie de explosión, se arrojó contra el capitán, con el rostro horriblemente contraído por una cólera rabiosa. Tomado por sorpresa, Rowlands

perdió el equilibrio y cayó hacia atrás en una lluvia ruidosa de pizarra gris. Lewis se lanzó sobre él como un perro y lo vapuleó. Los otros dos capitanes corrieron a separarlos, pero los trabajadores habían dejado de nuevo las herramientas para situarse en medio, y en los astilleros estalló de pronto un gran caos. El robusto capitán Edwards tiró al suelo a un hombre: cuando sus nudillos le golpearon la cabeza, resonó un espeluznante entrecostar de dientes; luego el marino desapareció detrás de otros tres trabajadores, y a su lado Ieuan Morgan, gritando y luchando, se los llevó a rastras. Caradog Lewis, que peleaba con Rowlands, se puso en pie, con un resoplido cruel, y buscó el equilibrio para patear con la dura bota. Jane chilló, Simon la adelantó en un torbellino de brazos y piernas y aferró a Lewis. Lanzó un grito cuando la punta de una pesada bota le dio en la tibia.

Simon nunca supo con certeza qué ocurrió después. Mientras se esforzaba por arrancar a Caradog Lewis de la silueta inerte de John Rowlands, se encontró súbitamente lanzado hacia el mar por el abrazo de Lewis, al que no podía resistirse. Chapotearon juntos, siempre de pie, siempre luchando, y luego Simon se sintió despedido hacia afuera, y caer, caer.

El mar se cerró gélidamente sobre él, sin que pudiese notar el fondo. Rozó la arena con un pie, y luego el agua lo envolvió en un remolino: una corriente lo capturó, tirando de él, cada vez más abajo, solo. Pateando desesperadamente, sacó la cabeza en busca de aire, respiró, fue atrapado de nuevo por un torbellino, se batió en el esfuerzo convulsivo de nadar, con los brazos y las piernas entorpecidos por la ropa a la antigua. Los oídos le zumbaban, y tenía los ojos ofuscados. El agua lo estrechaba en su abrazo vertiginoso.

Simon luchó por contener el pánico. El agua le inspiraba un miedo secreto y terrible, aunque sabía nadar bien. Tres años antes, en una competición náutica en el Támesis, se había caído de una embarcación que había volcado y había emergido bajo la vela maestra flotante y aplastada por el aire como un tapón en un frasco sellado. Entonces se había dejado llevar por el pánico, agitándose como un loco. Sólo por pura casualidad había alcanzado el borde de la vela y luego la orilla del río.

Ahora sentía que el mismo pánico le subía a la garganta y a la mente. Le subía como las olas que le hacían dar vueltas, dejándole sólo unas bocanadas de aire. Le subía a ofuscarle el cerebro, a sumergir todos sus pensamientos...

Alguien lo agarró por detrás, en un abrazo potente: dos manos fuertes sobre los hombros tiraron de él, hacia arriba al aire radiante. La luz le hirió los ojos, el agua le mordió el fondo de la garganta. Le parecía que se ahogaba. Jadeó, sacudido por arcadas. A cada respiración afanosa, el agua le silbaba en los pulmones. Simon oyó una serie de estertores pavorosos, convulsivos, gorgoteantes.

Entonces sus pies tocaron la arena compacta. El nadador lo dejó. Simon se dejó caer hasta colocarse a gatas. Unas manos robustas lo tendieron en la arena, le

volvieron la cabeza hacia un lado y ejercieron presión en su espalda. El agua le salió en oleadas por la nariz y la boca. Tosió, frenéticamente. Las manos lo ayudaron delicadamente a incorporarse. Permaneció con la cabeza sobre las rodillas, respirando por fin con más calma, sin esfuerzo, sin oír aquel espeluznante gorgoteo. Se apartó el cabello mojado de los ojos y levantó la mirada.

Primero vio a Jane, agachada, con los ojos muy abiertos y el rostro blanco como una sábana. Junto a ella, un hombre estaba arrodillado, pero incluso en esa posición resultaba evidente su gran estatura. Sus ropas oscuras goteaban. La cara que observaba la de Simon con preocupación era huesuda y rugosa, con los ojos oscuros hundidos en las órbitas profundas y las cejas blancas e hirsutas goteando a los lados de la nariz ganchuda. El cabello, espeso y blanco, gris por el agua, estaba diseminado por la cabeza en un enredo de rizos y puntas.

—Oh, querido Merry —dijo Simon, con una voz débil y ronca que no era la suya.

Se detuvo, sintiendo que los ojos le escocían. Hacía mucho tiempo que no lo saludaba con tanto afecto.

—Has sido valiente —declaró Merriman.

Le apretó un hombro con la mano y lanzó una ojeada a Jane, para invitarla a aproximarse. Luego se levantó. Jane abrazó tímidamente a Simon, para ayudarlo mientras se volvía a mirar.

John Rowlands estaba de pie en la playa, cerca de ellos, con la cabeza y las ropas chorreando.

—Se ha zambullido en el mar, tratando de alcanzarte, cuando... —susurró Jane al oído de Simon, con voz áspera— cuando el tío Merry ha surgido... de la nada.

Merriman dominaba sobre ellos, alto como un árbol, con la figura angulosa por el agua. Ante él estaba el grupo inmóvil de los trabajadores, con los dos capitanes de las patillas grises a su lado, mudos y rabiosos. Caradog Lewis estaba entre los carpinteros, con la cabellera roja reluciente. Miraba a Merriman paralizado.

Y la rabia expresada por la mirada de Merriman, dirigida al hombre del cabello rojo, tenía tal intensidad que tanto Simon como Jane se apartaron instintivamente. Caradog Lewis se encogió y retrocedió despacio, en busca de una salida. Luego Merriman alargó un brazo, con el índice estirado, y el hombre se petrificó de nuevo, forzado a la inmovilidad.

—Márchate —intimó suavemente Merriman, en su voz profunda, semejante a terciopelo negro—. Tú que te has vendido a la Tiniebla, márchate de la luminosa Aberdyfi del río y vuelve a la región de Dinas Mawddwy de donde viniste. Vuelve al cubil de la Tiniebla, entre las montañas en torno a Cader Idris, en el reino del Rey Gris, donde otros esperan, con tus mismas negras esperanzas. Pero recuerda que, puesto que has fracasado en tu intento aquí, ahora tus amos ya no querrán saber de ti. Y presta atención, en los años futuros, a mantener a tus hijos y a tus hijas, y a los

hijos de tus hijas, lejos de la Tiniebla. Porque la Tiniebla, en su ansia de venganza, destruirá sin duda a cualquiera de ellos al que logre someter bajo su poder.

Sin una palabra, Caradog Lewis dio la vuelta y se alejó, hasta desaparecer de la vista. Merriman miró a Simon y Jane, y luego se volvió hacia el mar, abriendo los brazos en un gesto extraño pero armonioso, como de alguien que se despereza al despertar, y alzó los ojos al cielo.

De la nada, una gaviota pasó como una flecha volando bajo sobre el agua, con un grito estridente. Sus ojos la siguieron... siguieron...

... y cuando se desvaneció de nuevo en el cielo se encontraron de súbito vestidos otra vez con los téjanos y las camisas de su época, en pie sobre una estrecha playa de pizarra, más o menos un metro por debajo del nivel de la acera desde la barandilla de hierro, solos con John Rowlands y Merriman. Simon tenía en la mano un guijarro plano de pizarra y lo apretaba con el pulgar, como para lanzarlo. Lo miró, se encogió de hombros, se inclinó y lo arrojó a ras del mar. Rebotó en una larga e impresionante serie de saltos.

—¡Ocho! —exclamó Simon.

—Siempre ganas —añadió Jane.

Sus ropas estaban secas; sólo el cabello de Jane estaba aún húmedo, por las lluvias de la mañana. No había ningún indicio de que Simon, Merriman y John Rowlands hubiesen estado en el mar. Jane miró de reojo a John Rowlands, que parpadeaba confuso, y comprendió que no recordaba nada: miraba a su alrededor, aturdido. Luego descubrió a Merriman y quedó paralizado. Lo miró durante un largo momento.

—Cáspita —murmuró por fin, con voz ronca—. ¿Cómo es posible? ¡Usted! Nunca lo he olvidado, desde que era niño. ¿Se acuerda?

Jane y Simon los escuchaban, perplejos.

—Entonces, tenía la edad de Will —declaró Merriman, mirándolo con una sonrisa—. Estaba en su montaña, y me vio... a caballo.

—A caballo del viento —precisó lentamente John Rowlands.

—A caballo del viento. Después del episodio, me pregunté si lo recordaría. No hubiese tenido nada de malo. Al fin y al cabo, ¿quién lo creería? Pero, para dejarlo tranquilo, le imprimí en la mente la convicción de haber soñado.

—Y verdaderamente creí haber soñado, hasta este momento, en que vuelvo a ver el mismo rostro, idéntico después de tanto tiempo. Y me pregunto el motivo de su presencia. —John Rowlands volvió la cabeza para mirar a Simon y Jane—. Éste es el jefe de Will, ¿no? Y también vosotros lo conocéis.

—Es el tío Merry —replicó Simon, mecánicamente.

—¿Vuestro tío? —alzó la voz John Rowlands, incrédulo.

—Es sólo un nombre —intervino Merriman. Sus ojos se ensombrecieron; los

dirigió al estuario, hacia el mar—. Tengo que irme. Will me necesita. La Tiniebla lo sabía, Simon, cuando te puso en peligro en una época de la que sólo yo podía liberarte, dejando el lugar en que me hallaba.

—¿Están sanos y salvos? —indagó Simon.

—Lo estarán, si todo va bien.

—¿Qué podemos hacer nosotros? —preguntó ansiosamente Jane.

—Encontraos al amanecer en la playa. Vuestra playa —explicó Merriman, y la miró con una extraña sonrisa forzada, señalando hacia la calle—. Y llevad a vuestro hermano pequeño a casa.

Al volverse, vieron la silueta del cabello rubio de Barney saltar hacia ellos, con Blodwen Rowlands pisándole los talones. Y cuando de nuevo se volvieron hacia la playa y el mar, Merriman había desaparecido.

TERCERA PARTE

LA TIERRA PERDIDA

La Ciudad

El extraño camino, curvo como un arco iris, los condujo al centro de la neblina luminosa. Will y Bran descubrieron que sólo tenían que permanecer inmóviles: tan pronto como pusieron el pie en él, el camino los llevó, a través del espacio y el tiempo, con un movimiento que, más tarde, no fueron capaces de describir. Luego, al salir de aquel resplandor, se encontraron abajo, en la Tierra Perdida: el camino había desaparecido y todo lo demás se desvaneció de su mente, mientras miraban a su alrededor.

Se hallaban sobre un tejado alto y dorado, tras una baja reja de oro batido que formaba una especie de valla. Detrás de ellos, y a sus lados, se extendían los tejados resplandecientes de una gran ciudad. Agujas, campanarios y torrecillas cubrían el cielo, algunas de ellas doradas, como su punto de observación, otras oscuras como el sílex negro. La ciudad estaba muy tranquila. Parecía una mañana fría y serena. Ante ellos, una bruma blanca y luminosa cubría hasta donde alcanzaba la vista las amplias copas de los árboles de un parque, brillantes de rocío. Más allá del parque, el sol surgía tras unas nubes.

Will observó los árboles. No estaban agrupados al azar, como en los terrenos incultos, sino bien distanciados, cada uno ancho, poblado y orgulloso; se elevaban de la neblina como islas verdes y brillantes en un mar gris blanquecino. Vio encinas, hayas, castaños y olmos. Sus siluetas le eran tan familiares como extraños le parecían los edificios a su alrededor.

—¡Mira! —murmuró Bran, junto a él.

Indicaba un punto detrás de su espalda. Al volverse, Will vio, entre los picos y las crestas de los tejados, una gran cúpula de oro, dominada por una flecha que apuntaba en dirección oeste, hacia el azul horizonte del mar.

Bran miró, doblando las manos en torno a las gafas oscuras.

—¿Es una iglesia?

—Es posible.

—O uno de esos edificios árabes... una mezquita.

Instintivamente, hablaban en susurros. El sosiego era absoluto. No había nada que rompiera el silencio de la ciudad, salvo una vez, durante pocos instantes, el grito quejumbroso y lejano de una gaviota, entre las copas de los árboles.

Will alargó una mano hacia la reja; la barra superior no se movía. La reja tenía una altura más o menos igual a la mitad de su estatura, por lo que pensó en saltarla, pero cambió de opinión a la vista del salto perpendicular de seis metros que los separaba del tejado más próximo.

También Bran agarró la reja que tenía delante, pero de pronto se quedó sin aliento. Al tocarla, un fragmento entero se movió: girando en torno a una barra más

baja, se abrió y luego se le cayó de las manos a lo largo del borde del tejado, desenrollándose en segmentos atados por pernios, como una escalera plegable que se extiende.

—¡Clang!... ¡Clang!... ¡Clang!... ¡Clang!

El ruido metálico resonó sobre los tejados, rompiendo el silencio, y terminó en un gran estruendo cuando la última parte de la estructura dorada golpeó el tejado situado debajo. Los ecos se elevaron como pájaros en toda la ciudad.

Will y Bran abrieron mucho los ojos, en espera de algún movimiento, de los despertares que semejante estrépito debía provocar por fuerza. Pero nada sucedió.

—Duermen a pierna suelta ¿eh? —comentó Bran.

Un ligero temblor en su voz mitigaba el chiste. Mientras Will lo seguía de cerca, saltó por encima del borde y bajó por la escalera de oro.

Se encontraron en un amplio tejado inferior, que descendía con mayor suavidad, surcado por tiras en relieve de un metal oscuro, que les servían de pasarelas por las que caminar. Al llegar al final, donde esperaban una pared perpendicular, hallaron en cambio una escalinata amplia y circular, de brillante granito, que se alargaba desde el borde del tejado hasta abajo, hasta la neblina y los árboles.

Corrieron juntos hacia abajo, uno junto a otro, y mientras tanto la niebla que había debajo fue retrocediendo poco a poco y dejó que los árboles destacasen nítidos sobre una extensión de hierba verde. Y, al final de los peldaños de piedra, vieron dos caballos, provistos de silla y bridas, desatados, con las riendas sueltas sobre el cuello, que parecían esperarlos. Eran animales espléndidos y brillantes, de color arena. Sus largas crines y sus colas eran blancas y contrastaban con el pelo dorado. Los bocados y los estribos eran de plata, las riendas de seda roja trenzada. Will llegó junto al primero y le apoyó una mano vacilante en el cuello. El caballo resopló suavemente por la nariz e inclinó el hocico, como para invitarle a montar.

—¿Sabes montar, Will? —preguntó Bran, mirando perplejo a los animales.

—No exactamente —respondió Will—, pero no creo que tenga importancia.

Puso un pie en el estribo, y sin ruido ni esfuerzo se encontró en la silla. Sonrió a su compañero, recogiendo las riendas. El segundo caballo piafó, tocando delicadamente con el morro el hombro de Bran.

—Animo, Bran —lo incitó Will—. Nos están esperando.

Bran sacudió la cabeza asombrado y alargó la mano hacia la silla. Estuvo montado antes de tener tiempo para pensarlo. El caballo agitó el morro, y Bran agarró las riendas que le caían encima.

—Está bien —murmuró Will a su caballo, acariciándole las blancas crines—. Por favor, llévanos donde deberíamos ir.

Los dos animales se movieron juntos, seguros, sin prisa, recorriendo el camino adoquinado situado en la base de la larga escalinata.

Por un lado tenían sobre sus cabezas, sombreando el camino, los árboles del amplio parque verde, frescos, lozanos, cubiertos de rocío. Sobre la hierba entre uno y otro, el sol lanzaba manchas brillantes, pero no había ruidos. Sólo el *clopclop* de los caballos dorados resonaba en la ciudad silenciosa, que se transformó en un sonido más sombrío y sordo cuando éstos se alejaron bruscamente del parque, para girar por un estrecho pasaje. Paredes vastas y grises se cernían por ambos lados, enormes extensiones de piedra uniforme, en las que no se abría ni una ventana.

El camino se hizo cada vez más estrecho, más oscuro. Sin alterar su marcha constante, los caballos prosiguieron entre los muros amenazadores, mientras Will y Bran sujetaban las riendas flojas, mirando nerviosamente a su alrededor.

Volvieron una esquina. Las altas y monótonas paredes seguían estrechándoles en un callejón. El cielo era sólo una banda azul sobre sus cabezas. Pero, esta vez, vieron una puertecilla de madera encajada en el muro a su izquierda, y cuando estuvieron ante ella los animales se detuvieron y comenzaron a piafar, sacudiendo el hocico. El caballo de Will agitó la cabeza a derecha e izquierda, de forma que los arreos de plata vibraron armoniosamente y las largas crines se encrespaban en pliegues fluidos, como seda de color blanco dorado.

—Está bien —consintió Will.

Desmontó, imitado por Bran. Tan pronto como los jinetes estuvieron en tierra, los dos caballos se dieron la vuelta, con calma, y juntos trotaron por el callejón, volviendo sobre sus pasos.

Will, de pie ante la puerta, examinaba la sobria superficie de madera. Era oscura y parecía agujereada por el tiempo. Distraídamente, se puso los pulgares en el cinturón de piel y encontró la curva del pequeño cuerno de bronce que había tocado en la montaña, en otra vida y en otro mundo. Se lo tendió a Bran.

—Debemos mantenernos juntos, pase lo que pase. Tú toma un extremo, y yo tomaré el otro. Nos será útil.

Bran asintió e introdujo los dedos de la mano izquierda en el orificio del cuerno. Will volvió a mirar la puerta. No había ni tirador, ni timbre, ni cerradura: ningún medio visible para poderla abrir.

Alzó una mano y llamó, firmemente.

La puerta se abrió de par en par. Al otro lado, no había nadie. Miraron dentro, pero sólo vieron la oscuridad. Agarrados ambos al pequeño cuerno de caza, como a un salvavidas, cruzaron el umbral, y la puerta se cerró a sus espaldas.

Un destello de luz, desde un punto indefinible, les mostró que se hallaban en un estrecho corredor de techo bajo, que terminaba pocos metros más adelante, donde una escalera se elevaba y desaparecía de la vista.

—Creo que tendremos que subir hasta allí arriba —proclamó Will, en voz baja.

—Pero ¿resultará seguro? —la voz de Bran sonaba ronca por la incertidumbre.

—Bueno, no tenemos alternativa, ¿no? Y, en cierto sentido, nada me dice que no debamos hacerlo. ¿Me entiendes?

—Es cierto. No siento malas vibraciones. Entendámonos, tampoco las siento demasiado buenas.

—Aquí será así en todas partes —respondió Will riendo suavemente—. La Tiniebla no tiene poder en esta tierra, creo... pero tampoco la Luz.

—Entonces, ¿quién manda?

—Ya lo descubriremos. —Will apretó el cuerno—. Sujétate con fuerza, aunque será incómodo trepar aquí arriba.

Subieron por la escalera de anchos peldaños, juntos, siempre unidos por su talismán, y salieron a un área tan imprevista, que durante unos instantes, permanecieron inmóviles, mirando a su alrededor.

Habían emergido por una trampilla abierta en un extremo de una larga galería. El pavimento se extendía ante ellos en extrañas secciones, articuladas en varios niveles, de forma que una podía ser más alta que la anterior, y la sucesiva más baja que ambas. El lugar parecía una especie de biblioteca. Contenía sillas y macizas mesas cuadradas, separadas por estanterías bajas; la pared de su izquierda estaba completamente cubierta de libros. El techo estaba revestido de madera y la pared de la derecha no existía.

Will abrió mucho los ojos, sin entender. A su derecha, en aquella sala alargada, una especie de balaustrada de madera tallada corría por todo el pavimento. Pero más allá no había muros, ni nada visible: sólo la obscuridad. La negrura absoluta. No había sensación de falta, o de vacío peligroso: simplemente la nada.

Luego advirtió un movimiento en la sala. Las primeras personas que veían en aquella tierra aparecían por una entrada en el extremo opuesto de la galería: individualmente, en grupos pequeños, hombres y mujeres de todas las edades, vestidos con un surtido de prendas sobrias que no eran típicas de ninguna época en particular. No eran muchos: uno a uno, se colocaron en silencio, sentándose a una mesa con una pila de libros tomada de las estanterías, o permaneciendo en pie hojeando un solo volumen. Nadie prestó la menor atención a Will o Bran. Un hombre llegó junto a ellos y miró con atención las estanterías que tapizaban la pared a sus espaldas.

—¿No encuentra lo que busca? —le preguntó Will, con gran audacia.

Sin embargo, el hombre no parpadeó. De pronto se le iluminó el rostro, alargó la mano, tomó un libro y volvió a sentarse a una mesa cercana. Mientras pasaba, Will pudo ver el título, pero estaba escrito en una lengua que no entendía. Cuando el hombre abrió el volumen, observó que las páginas eran absolutamente blancas.

—No pueden vernos —observó Bran lentamente.

—No. Ni tampoco oírnos. Ánimo, vamos.

Recorrieron circunspectos la larga galería, evitando las figuras absortas ante las mesas, procurando no golpearlas con los pies o los codos. A su paso, no hubo ni siquiera un atisbo de reacción. Cada vez que bajaban la mirada sobre el libro leído por un hombre o una mujer, descubrían que las páginas parecían completamente carentes de texto.

En el extremo opuesto de la galería no había una auténtica puerta, sino más bien una abertura en la pared, de la que salía un extraño corredor. También éste se hallaba completamente revestido de madera y se parecía más a un túnel cuadrado, que bajaba bruscamente, girando en zigzag, hacia delante y hacia atrás. Bran siguió a Will sin hacer preguntas.

—Este lugar no tiene ningún sentido —exclamó sólo una vez, llevado por el desconcierto.

—Lo tendrá, cuando lleguemos —respondió Will.

—¿Cuándo lleguemos a qué?

—¡Pues al sentido! A la espada de cristal...

—¡Mira! ¿Qué es aquello?

Bran se había detenido, receloso, con la cabeza hacia arriba. Mientras volvían una esquina, se les mostró la última sección del declive sinuoso: blanca, cegadora, invadida de una luz vivida, emitida por lo que había más allá. Por un instante, Will tuvo la terrible sensación de que estaban bajando por un gran pozo de fuego. Sin embargo, aquélla era una luz fría, intensa, pero no resplandeciente. Volvió la última esquina y entró plenamente en ella.

—¡Bienvenidos! —saludó una voz fuerte y sonora, desde el resplandor.

Un pavimento vasto y vacío se ensanchaba ante ellos, con las paredes perdidas en la sombra y el techo demasiado alto para ser visto. En medio de aquella extensión había una silueta, sola, totalmente vestida de negro. Se trataba de un hombrecillo poco más alto que ellos, con el rostro de rasgos pronunciados, arrugado por el sentido del humor en los ojos y la boca, aunque ahora no mostraba rastro alguno de sonrisa. Tenía el cabello gris, con rizos espesos, y una barba también gris, ensortijada pero ordenada, surcada por una curiosa tira oscura en su parte central. Abrió los brazos volviéndose un poco, como para ofrecerles el espacio que lo rodeaba.

—Bienvenidos —repitió—. Bienvenidos a la Ciudad.

Bran dio un paso adelante, dejando el cuerno.

—¿Sólo está la Ciudad, en esta tierra perdida? —preguntó.

—No —explicó él—. Están la Ciudad, el Campo y el Castillo. Vosotros los veréis todos, pero antes debéis decirnos por qué habéis venido —la voz era cálida y resonante, pero prudente, y el hombre seguía sin sonreír, escrutando a Will—. ¿Por qué habéis venido? —insistió—. Decídnoslo.

Al hablar, movió ligeramente una mano abierta hacia el espacio que había ante él.

Will miró, y se quedó sin aliento. La cabeza le zumbó por la impresión y lo invadió una sensación de frío intenso.

Allá fuera, en un amplio espacio que un instante antes estaba sumergido en la obscuridad, había sentada una inmensa muchedumbre de caras vacías, dirigidas hacia arriba: una platea infinita de miles de personas que lo miraban fijamente, fila tras fila. Su presencia lo aplastaba, como un peso intolerable, paralizándole la mente. Era como tener delante al mundo entero.

Will apretó los puños y sintió contra los dedos el metal frío del cuerno de caza.

—Hemos venido a recoger la espada de cristal —declaró lentamente, con voz alta y nítida, tras respirar hondo.

Y aquellos rieron.

No era una risa comprensiva, ni amistosa, sino horrible. Un sombrío bramido se elevó del gran público, hinchándose como un largo trueno, rompiéndose contra él en una oleada de escarnio, irónica, burlona. Veía a cada individuo señalándolo, con la boca abierta por una despreciativa hilaridad. Devorado por el océano de su escarnio estruendoso, tembló, y se sintió insignificante, cada vez más pequeño...

—¡Hemos venido a por Eirias! —gritó furiosamente Bran a su lado, en aquel alboroto.

Todos los ruidos se desvanecieron de repente, como si alguien hubiese pulsado un interruptor. En un solo instante, todas las caras burlonas desaparecieron.

Will se relajó de golpe, sintiendo que la respiración retenida a la fuerza le salía en un pequeño y débil resuello.

—Hemos venido a por... Eirias —se repitió Bran a sí mismo, como si saborease el nombre.

—Así es —murmuró el hombre de la barba gris.

Dio un paso adelante, con los brazos abiertos. Tomando a ambos por un hombro, les obligó a afrontar el espacio oscuro, que había contenido las filas infinitas de caras.

—No hay nadie —les reveló—. Nadie ni nada. Únicamente el vacío. Era todo... simple apariencia. Pero mirad hacia arriba, a vuestras espaldas. Y allí veréis...

Mecánicamente, se volvieron. Y abrieron los ojos de par en par. Sobre sus cabezas, como una terraza suspendida en el aire, estaba la galería luminosa que habían recorrido entre la gente que leía, sin ser consciente de su presencia. Allí estaba todo: los libros, las estanterías, las mesas pesadas. Los lectores se movían aún perezosamente hacia delante y hacia atrás, o escrutaban las estanterías. Y el espacio a través del cual ellos observaban la sala era la cuarta pared, que les había parecido inexistente.

—Este lugar es un teatro que imita la vida —observó Will.

—Toda la vida es teatro —decretó el hombre, acariciándose la punta de la barba y

empujándola hacia delante con un dedo—. Todos somos actores, vosotros y yo, en una comedia que nadie ha escrito y nadie verá. No tenemos público, salvo nosotros mismos... —rió suavemente—. Algunos actores dirían que se trata del mejor teatro posible.

Bran respondió con una sonrisa leve y melancólica. Pero Will aún estaba escuchando una sola palabra, que le resonaba en la mente.

—¿Qué es Eirias? —preguntó a Bran.

—No lo sabía —reconoció éste—. Se me ha ocurrido, y basta. Es una palabra galesa, que significa gran fuego, llamarada.

—Y la espada de cristal arde de verdad —intervino el hombre—. O eso dicen, porque pocos seres vivos la han visto jamás, según recuerdan quienes están aquí.

—Pero nosotros tenemos que encontrarla —replicó Will.

—Sí —convino aquél—. Sé por qué estáis aquí. Cuando en esta tierra se os plantean preguntas, no es porque nosotros no conozcamos las respuestas. Yo os conozco, Will Stanton y Bran Davies. Quizás aún mejor —por un instante, miró fijamente a Bran— de lo que os conocéis vosotros mismos. En cuanto a mí, me conoceréis pronto. Podéis llamarme Gwion. Y os mostraré la Ciudad.

—La Tierra Perdida —dijo Bran, como para sí.

—Sí —confirmó el hombre llamado Gwion. Su figura era esbelta y armoniosa en las ropas negras, su barba brillaba en la brillante luz que procedía de arriba—. La Tierra Perdida. Y, como os he dicho, en ella se encuentran la Ciudad, el Campo y el Castillo. El Castillo es vuestra meta final, pero sólo podéis llegar a él atravesando el resto. Así, comenzaréis aquí, dentro de la Ciudad, mi Ciudad a la que tanto amo. Debéis observarla bien, porque es una de las maravillas del mundo que no volverán a repetirse.

Les sonrió. Era una sonrisa súbita, radiante, que le iluminó el rostro de afecto y calor: bastaba mirarlo para animarse.

—¡Mirad! —exclamó, girando sobre sí mismo y abriendo los brazos hacia la parte posterior del espacio que parecía un escenario.

La galería resplandeciente desapareció, la luz se amortiguó, difundiéndose alrededor, y de improviso se encontraron en la gran plaza abierta de una ciudad. Estaba bordeada de edificios de color blanco grisáceo sostenidos por pilares, que brillaban al sol, y llena de personas, de música, de los gritos de los comerciantes desde los puestos de colores vivos, de los destellos y el estruendo del agua lanzada hacia arriba por las fuentes.

El sol relucía cálido en sus rostros. Will se sintió invadido por la alegría, como si la sangre le danzase en las venas. Al mirar a Bran, lo vio iluminado por su misma felicidad.

Con una risa de complicidad, Gwion los condujo a través de la plaza, la multitud,

la gente de la Tierra Perdida.

El jardín de las rosas

Un montón de caras se deslizaban a su alrededor como las imágenes de un caleidoscopio. Un niño hizo girar ante sus ojos un puñado de vivaces estrellas fugaces. Unas palomas de cuello verde los rozaron en un alegre torbellino. Superaron a un grupo de personas que bailaba y un hombre alto cargado de cintas rojas tocaba con la flauta una melodía alegre y cautivadora. Casi tropezaron, en el adoquinado liso y gris, con un anciano frágil y curvado, que dibujaba en el suelo con unas tizas. Con súbito asombro, Will divisó el tema: un árbol verde y grande sobre una redonda montaña, con una luz vivida que brillaba desde las ramas, justo antes de que el flautista arrastrase en una ráfaga de música a los danzarines, que lo devoraron.

El rostro barbudo de Gwion seguía allí en la multitud y se movía a su lado.

—¡Permaneced junto a mí! —exclamó.

Pero Will observó que, a parte de él, nadie más en aquel gentío cruzaba nunca los ojos con los suyos. Las personas que los rodeaban parecían capaces de verlo, ahora, y le lanzaban ojeadas. No obstante, nadie les miraba realmente ni a él ni a Bran, por lo que podía entender. Luego la multitud se agitó y las caras se volvieron. Will fue aplastado hacia atrás por los cuerpos. Oyó un ruido de cascos, un tintineo de arcos, un chirrido y un estruendo de ruedas. Por encima de la selva de cabezas, divisó a unos jinetes que pasaban bailoteando, con la cabeza descubierta, vestidos de azul. El estruendo creció. Y entonces vio una carroza con el techo azul oscuro y espléndidas volutas de oro, precedida de altos caballos negros como la noche, en cuya frente flotaban plumas, también azules.

El ruido disminuyó, las ruedas chirriaron sobre la calle de piedra y la carroza se detuvo, oscilando suavemente. Gwion se aproximó a Will y a Bran, empujándolos hacia delante. La multitud se separó rápido y respetuosamente; todos se apartaron de inmediato a la vista de la cabeza gris y erguida de Gwion. Y, de pronto, la carroza apareció ante ellos, enorme, parecida a un reluciente barco azul que oscilaba sobre fuertes correas de cuero, colgadas de una estructura curva, desde las altas ruedas. Sobre la cabeza de Will, la puerta brillante llevaba grabado un escudo de oro. Los caballos negros patalearon, resoplando. No había cocheros a la vista.

Gwion abrió la portezuela y, alargando dentro el brazo, bajó un peldaño para subir.

—Adelante, Will —incitó.

Will levantó los ojos, inseguro. El interior de la carroza estaba oculto por la sombra.

—Ningún peligro —decretó Gwion—. Confía en tu instinto, Vetusto.

Will dirigió una mirada intensa, curiosa, a los ojos arrugados por la sonrisa en un rostro curtido.

—¿Vienes también tú? —preguntó.

—Todavía no —respondió Gwion—. Tú y Bran, antes.

Los ayudó a subir y cerró la portezuela. Will se sentó, mirando hacia fuera. En torno a Gwion, la multitud volvió a sus asuntos, hablando, agitándose, en un mosaico vivido al sol. En el interior, la carroza estaba fresca y débilmente iluminada, con amplios asientos acolchados que olían a cuero. Un caballo relinchó: los cascos pisotearon el suelo y el coche se movió.

Will se apoyó en el respaldo, mirando a Bran. El muchacho del cabello blanco se quitó las gafas y le sonrió.

—Primero los caballos, luego un tiro de cuatro. ¿Qué nos ofrecerán la próxima vez? ¿Un Rolls-Royce?

Pero no se daba tregua, parpadeó ante los edificios que pasaban al otro lado de las ventanillas y volvió a colocarse sobre la nariz las lentes oscuras.

—Un gran pájaro —susurró Will, en respuesta—. O un grifo, o quizás un basilisco.

También él miró de nuevo la claridad, que se movía con los saltos y oscilaciones de la carroza. Había muy poca gente por el camino. Recorrían una amplia calle, bordeada de hileras de casas que le parecían de una belleza asombrosa, con sus líneas límpidas, las puertas de arco, las ventanas armoniosas y bien distanciadas, las paredes de piedra cálida y dorada. Nunca antes había pensado en los edificios como algo bello.

—Es un lugar... tan perfecto —observó Bran vacilante, expresando el mismo pensamiento.

—Todo tiene la forma adecuada —convino Will.

—Exacto. ¡Mira allí!

Bran se inclinó hacia delante, señalando. Encajada entre las casas estaba la entrada alta y curvada de un majestuoso patio con columnas, pero la carroza pasó antes de que pudiesen mirar hacia el interior.

El mundo pareció ensombrecerse. Will vio que el sol había desaparecido. Permanecían sentados oscilando dentro de la carroza, con los oídos llenos del ruido de los cascos de los caballos. Y la luz menguaba cada vez más.

—¿Está obscureciendo? —preguntó Will frunciendo el entrecejo.

—Será culpa de las nubes. —Bran se levantó, entre un asiento y otro, y miró hacia fuera, agarrándose a la portezuela—. Sí, veo grandes nubes grises, arriba, en el cielo. Parece que se prepara una verdadera tormenta de verano. Will... había jinetes vestidos de azul delante de nosotros, ¿verdad?

—Exacto, como un cortejo.

—Ahora no hay nadie. Delante no tenemos nada, pero algo... nos sigue.

La tensión de su voz obligó a Will a ponerse en pie de un salto; escrutó por

encima de la cabeza blanca. La amplia calle se había vuelto tan oscura que era difícil ver con claridad. Un grupo de siluetas oscuras parecía avanzar a su misma velocidad; en realidad, se acercaba cada vez más. Le pareció oír, detrás, otra confusión de cascos. Luego, instintivamente, apretó con la mano el marco de la ventanilla: llegaba algo, a sus espaldas, que debía temer.

—¿Qué ocurre? —preguntó Bran, y una sacudida lo arrojó sobre el asiento.

Will se tambaleó hacia atrás y cayó a su lado. La carroza se balanceaba y oscilaba como un barco en un mar tormentoso.

—¡Vamos demasiado deprisa! —gritó Bran.

—¡Los caballos están asustados!

—Pero ¿de qué?

—De... de... lo que hay ahí atrás.

Las palabras no le salían: Will tenía la garganta seca. La cara blanca de Bran bailaba ante él. En la oscuridad, el muchacho gales había vuelto a quitarse las gafas, y sus extraños ojos dorados estaban llenos de miedo.

Fuera, un torbellino de siluetas tenebrosas se situó a su lado, a uno y otro lado. Los caballos galopaban con furia, sus crines y colas volaban al viento, las capas sombrías flotaban tras los jinetes encapuchados. Aquí y allá una figura blanca destacaba en la masa oscura. Dentro de las capuchas no vieron rostros, sólo sombra. No había forma de decir si los había, en realidad.

Una figura, más alta que las demás, llegó al galope hasta la ventanilla de la carroza que oscilaba en la penumbra grisácea. La cabeza se volvió hacia ellos. Will oyó la respiración ahogada de Bran.

La cabeza se echó hacia un lado, desplazando la capucha fluctuante. Y apareció un rostro: un rostro que Will reconoció con terror. Lo miraba fijamente, lleno de odio y maldad, y los vividos ojos azules traspasaban los suyos con relámpagos de fuego.

Will oyó un graznido ronco: era su voz.

—¡Caballero!

Unos dientes blancos centellearon en una sonrisa terrible, sin alegría, y luego la capucha cayó de nuevo hacia atrás. La figura envuelta en la capa espoleó a su montura y se desvaneció en la oscura masa de las sombras a caballo. El ruido de los cascos que invadía el aire y zumbaba en los oídos empezó a atenuarse.

El mundo pareció hacerse algo menos oscuro y el balanceo frenético de la carroza se fue calmando poco a poco.

—¿Quién era ése? —preguntó Bran mirando fijamente a Will, rígido como una estatua.

—El Caballero, el Caballero Negro, uno de los grandes Señores de la Tiniebla... —respondió Will, y de pronto se incorporó, con los ojos ardientes—. No debemos dejarlo marchar, ahora que nos ha visto. ¡Debemos seguirlo! ¡Síguelo! ¡Síguelo! —

ordenaba a la carroza, como si fuese un objeto animado.

La carroza volvió a acelerar de golpe, el rumor se acentuó, los caballos se lanzaron hacia delante. Bran buscó convulsivamente un apoyo.

—¡Will, estás loco! ¿Qué haces? ¿Seguir... a aquél? —el espanto hizo salir sus palabras en un grito.

Will se agachó en un rincón oscilante, con decisión.

—Debemos... debemos descubrir... Calma. Calma. Es él quien provoca el terror, con su carrera. Si lo seguimos el terror disminuye. Sujétate. Espera y verás...

Ahora se movían veloces, pero sin el ímpetu del pánico; los caballos mantenían un galope intenso y regular. La luz fue creciendo cada vez más y pronto el sol se filtró de nuevo a través de las ventanillas abiertas.

Los edificios de piedra, con arcos, seguían bordeando un lado de la amplia calle, y al otro lado los árboles altos y la hierba suave se ensanchaban en una verde extensión; caminos y senderos de grava surcaban los prados aquí y allá.

—Debe de ser... aquel parque —la voz de Bran salía en sollozos entre un bote y otro—. El que hemos visto... al principio... desde el tejado.

—Tal vez. ¡Mira!

Will señaló con el dedo: dos jinetes habían dejado la calle y avanzaban al trote, sin prisa aparente, por una de las avenidas del parque. Formaban una extraña pareja, dos figuras rituales, similares a piezas de ajedrez: un caballero con capucha y capa negras sobre un caballo negro como el carbón, y otro con capucha y capa blancas sobre un caballo blanco como la nieve.

—¡Síguelos! —gritó Will.

Bran miró la calle larga y desierta, de la que se apartaban.

—Pero eran tantos... como un nubarrón oscuro. ¿Dónde han ido?

—Donde van las hojas en otoño —respondió Will.

Bran lo miró y pareció relajarse súbitamente.

—Qué frase tan poética —dijo sonriendo.

—Sin embargo, es cierto. Aunque el problema de las hojas es que vuelven a crecer... —respondió Will tras estallar en una carcajada.

Pero su atención se centraba en las dos altas figuras a caballo, que destacaban con gran nitidez contra el suave verde del parque. En pocos minutos, el Caballero Blanco, como sentía que debía llamarlo, se alejó a un trote tranquilo. La carroza avanzó, siguiendo la forma erguida y negra de su compañero.

—¿Por qué algunos de los Caballeros de la Tiniebla van vestidos de blanco y los demás de negro? —indagó Bran.

—Sin color... —observó Will, pensativo—. No sabría decirlo. Quizá porque la Tiniebla puede alcanzar sólo a quienes se hallan en los extremos... cegados por sus ideas brillantes, o encerrados en las tinieblas de sus cabezas.

Las ruedas crujieron en el camino. Comenzaron a ver parterres de forma bien definida a ambos lados, intercalados con bancos de piedra blanca, y aquí y allá personas sentadas o paseando, y niños que jugaban. Ninguno de ellos concedió más de una mirada fugaz de tibio interés al Caballero Negro que *avanzaba* solemne sobre su caballo oscuro, o a los sementales engalanados con penachos que tiraban de la carroza oscilante con su portezuela de escudo dorado.

Bran vio a un anciano alzar los ojos, mirar la carroza y volver de inmediato a su libro.

—Ahora nos ven. Pero parece que... no les importemos.

—Tal vez cambien las cosas más tarde —replicó Will.

La carroza se detuvo. Él abrió la portezuela y bajó el peldaño con el pie. Saltaron a la grava crujiente del camino y luego, mirando a su alrededor, permanecieron inmóviles durante un instante, como hipnotizados por el placer.

El aire estaba saturado de perfume y por todas partes había rosas. Cuadrados, triángulos y círculos de flores vivaces cubrían la hierba: rojas, amarillas, blancas, y de todos los matices intermedios. Ante ellos, se abría la entrada de un jardín circular: un arco imponente en un alto seto de colgantes rosas rojas. Lo cruzaron. Su fragancia casi daba vértigo. En el gran círculo del jardín, balaustradas y bancos de blanco mármol estaban dispuestos armoniosamente en torno a una fuente reluciente, en la que había tres delfines blancos esculpidos en el acto de saltar sin descanso, lanzando un alto y triple chorro de gotas hermosas, con un tenue arco iris empapado de sol. Y, como para equilibrar las frías líneas del mármol, enormes matas de rosas crecían por todas partes, imponentes y lozanas como árboles.

Ante una de las matas más grandes, se recortaba como una marca negra la figura del Caballero sobre su alto caballo oscuro.

Will y Bran llegaron junto a la fuente y se detuvieron a cierta distancia del hombre y el caballo. Este último se situó de lado, piafando inquieto, y el Caballero tiró bruscamente de las riendas. Empujó un poco hacia atrás la capucha. Will vio el rostro bello e intenso que ya había conocido, y el resplandor del cabello castaño rojizo.

—Bueno, Will Stanton —comenzó el Caballero en tono suave—. Es largo el camino, del valle del Támesis a la Tierra Perdida.

—Y también es largo desde los confines del mundo, donde la Cacería Salvaje rechazó a la Tiniebla —replicó Will.

Algo semejante a una mueca de dolor surgió en el rostro del Caballero, que volvió ligeramente la cabeza para cubrirla bajo la capucha, pero no con la rapidez suficiente para ocultar una cicatriz terrible en la mejilla. Pero fue sólo un instante: enseguida irguió la espalda, orgulloso.

—Aquella fue una victoria de la Luz, pero sólo una —replicó con frialdad—. No

habrá otras. Estamos en la última fase, Vetusto. Ha llegado nuestro momento. No tenéis forma de detenernos.

—Existe una forma —dijo Will—. Sólo una.

—La espada no tiene el poder del Pendragón mientras no se halle en sus manos, y el Pendragón no existe en sí mientras no tenga la espada —declaró solemnemente el Caballero, como en un canto litúrgico, mirando ahora a Bran con sus ojos azules y brillantes; a continuación volvió a dirigirse a Will, pero sus ojos permanecieron fríos como el hielo, a pesar de su sonrisa—. Estamos ante ti, Will Stanton. Estamos aquí desde que esta tierra se perdió, y puedes hacer todos los esfuerzos que quieras para tomar la espada Eirias de la mano que la sostiene ahora, pero no tendrás éxito. Porque esa mano nos pertenece a nosotros.

Will notó que Bran se volvía hacia él con un tácito desconcierto, pero no lo miró: estaba estudiando al Caballero. Su rostro y su porte dejaban traslucir una seguridad inmensa, un concentrado de arrogancia, y sin embargo el instinto le decía a Will que ésta no era completa. En algún lado había un punto vulnerable, una pequeña grieta en la certeza que tenía la Tiniebla acerca de su propio triunfo. Y en esa grieta residía la única esperanza que le quedaba a la Luz, ya, para detener su descenso.

Will no dijo nada, pero miró al Caballero largo rato, sosteniendo su mirada, y por fin los ojos azules se apartaron. Entonces Will supo que tenía razón.

—Haríais mejor en abandonar la estupidez de perseguir fines imposibles mientras estáis aquí, y en disfrutar en cambio las maravillas de la Tierra Perdida —exclamó el Caballero en tono ligero, para ocultar la derrota—. Aquí no hay nadie que ayude a la Tiniebla, como no hay nadie que os ayude a vosotros. Pero hay mucho con lo que disfrutar.

El caballo negro se movió inquieto y él tiró de las riendas, haciéndole girar unos pasos hacia una mata de rosas trepadoras amarillas. Con un gesto arrogante, casi afectado, el Caballero se inclinó a arrancar una y la olió.

—¡Qué flores! Rosas de todos los siglos. Ésta, la *Maréchal Niel*, de perfume inigualable, o aquella extraña rosa alta detrás de vosotros, con las pequeñas corolas rojas, la *Moyesii*: a veces brota más lozana que ninguna otra, y luego, no vuelve a florecer durante años.

—Las rosas son imprevisibles, mi señor. Y lo mismo ocurre con las gentes de la Tierra Perdida —añadió una voz sarcástica.

De pronto apareció Gwion, una figura oscura y nítida junto a la fuente. No vieron de dónde había venido. Era como si hubiese salido del arco iris que fluctuaba sobre las gotas brillantes.

El caballo volvió a agitarse, y al Caballero le costó calmarlo.

—Tendrás un duro destino, juglar, si prestas ayuda a la Luz —le dijo, gélido, el Caballero.

—Mi destino me pertenece —replicó Gwion.

Mirando hacia atrás, hacia el arco brillante de rosas por el que habían entrado, Will vio allí fuera, cegadora al sol, la silueta inmóvil del caballero vestido de blanco sobre su pálida cabalgadura.

Gwion siguió su mirada.

—Oh, oh —murmuró.

—No estoy solo en esta tierra —observó el Caballero.

—Tienes razón-convino Gwion. —Se decía que los principales señores de la Tiniebla se habían reunido en este Reino, y compruebo que es cierto. Tenéis aquí toda vuestra fuerza... y la necesitaréis— habló ligeramente, sin énfasis, pero pronunció las últimas palabras con deliberada lentitud.

El Caballero se irritó. Con un gesto brusco se echó la capucha sobre la cara, y sólo su voz emergió, silbando, desde la sombra.

—¡Ponte a salvo, Taliesin^[1], o perecerás junto a las vanas esperanzas de la Luz!
¡Perecerás!

La capa negra flotó en el aire mientras obligaba al caballo a dar la vuelta, y alcanzó al Caballero Blanco, que se volvió a saludarlo. De improviso, creció un trueno en la lontananza, y los caballeros de la Tiniebla que antes habían adelantado a Will y Bran cruzaron como una flecha el parque, estropeando el hermoso día como una gran nube. Se dirigieron a los Señores de la Tiniebla, que aguardaban con sus animales, los rodearon y se los llevaron. La nube oscura desapareció por la calle y el trueno cesó. Will, Bran y Gwion quedaron solos entre las rosas, en la Ciudad, en el jardín oloroso de la Tierra Perdida.

El palacio vacío

—¿Taliesin? —indagó Will.

—Es un nombre, un nombre como otro —respondió Gwion—. Entonces ¿os gusta lo que veis de mi Ciudad? —añadió tendiendo la mano para acariciar una ramita de rosas blancas que había a su lado.

Will no correspondió del todo a su rápida sonrisa. Había un pensamiento que lo acosaba.

—¿Sabías que veríamos al Caballero, cuando nos has embarcado en la carroza?

Gwion se puso serio, tocándose la barba.

—No, Vetusto, no lo sabía. La carroza sólo servía para conducirnos hasta aquí. Sin embargo, tal vez lo sabía él. Hay muy poco que la Tiniebla no sepa en la Tierra Perdida, pero también hay poco que pueda hacer —respondió, y se volvió bruscamente hacia la fuente—. Venid.

Lo siguieron hasta un punto situado ante el centro de la fuente, donde el agua se elevaba en una espiral reluciente desde los blancos delfines entrelazados. Muy cerca, trepaba el más imponente de todos los rosales, una alta mata de blancas y delicadas rosas de té, ancha como una casa. Desde la fuente, una salpicadura fina cubrió sus cabellos de resplandores, humedeciendo sus caras. Will vio las gotas brillantes aprisionadas incluso en la barba gris de Gwion.

—Debéis buscar el arco de la Luz —proclamó Gwion.

Will miró el agua danzante, los delfines resplandecientes, las rosas de cuatro pétalos. Todo se mezclaba y se confundía.

—¿Te refieres al arco iris?

De pronto reapareció: un arco de color tenue, nacido del sol, con la sombra etérea de otro arco por encima de él.

—Buscad bien. Buscad durante mucho tiempo —murmuró Gwion, a sus espaldas.

Dóciles, atentos, miraron el arco iris, hasta que sus ojos quedaron deslumbrados a causa de la luz reflejada por el mármol y el agua que resbalaba.

—¡Mirad! —gritó Bran de improviso.

Al mismo tiempo Will saltó hacia delante, apretando los puños. Divisaron, dibujada débilmente detrás del arco iris, la figura de un hombre que parecía flotar en el aire: un hombre con traje blanco y capa verde, con la cabeza gacha y todos los miembros invadidos por la melancolía; en la mano sostenía una espada relumbrante.

Will se esforzó por ver con mayor claridad. Apenas osaba respirar. La figura levantó la cabeza a medias, como si advirtiese su mirada y tratase de corresponderle, pero después la indolencia pareció dominarle, y su cabeza cayó de nuevo, junto a su mano...

... hasta que quedó sólo el arco iris, dibujado entre las salpicaduras brillantes de la fuente.

—Eirias. Ésa era la espada —anunció Bran, en tono sombrío—. ¿Quién era el hombre?

—¿Qué triste estaba! —exclamó Will.

Gwion exhaló un largo suspiro, desfogando su tensión.

—¿Habéis visto? ¿Habéis visto bien? —su voz contenía una llamada ansiosa.

—¿Y tú no? —preguntó Will mirándolo con curiosidad.

—Ésta es la fuente de la Luz —explicó Gwion, mirando intensamente a Will y Bran—, el único pequeño toque de su mano permitido en la Tierra Perdida. Sólo quienes pertenecen a la Luz pueden ver lo que ésta ofrece. Y yo... no pertenezco del todo a la Luz. ¿Reconoceríais ese rostro? ¿El rostro triste y la espada?

—En cualquier parte —proclamó Will.

—Siempre —confirmó Bran—. Era...

Se detuvo, indeciso, y miró a Will.

—Lo sé —convino éste—. No hay forma de describirlo. Pero lo reconoceremos. ¿Quién es?

—Ése es el rey. Gwyddno, el Rey Perdido de la Tierra Perdida —respondió Gwion suspirando.

—Y tiene la espada —observó Bran—. ¿Dónde se encuentra?

Will observó que un extraño fervor parecía adueñarse de Bran cada vez que se nombraba la espada de cristal.

—La tiene, y tal vez os la dé si os oye cuando le habléis. Hace mucho tiempo que ya no oye a nadie. No porque tenga los oídos enfermos, sino porque se ha encerrado en su propia mente.

—¿Dónde se encuentra? —volvió a preguntar Bran.

—En su torre —respondió Gwion—. Su torre en Caer Wydyr.

—Caer Wydyr —repitió Bran, y miró a Will, reflexionando—. Significa «el castillo de vidrio».

—Una torre de vidrio —murmuró Will—. Que se ve en un arco iris —se volvió a observar los chorros de la fuente que caían en una lluvia de diamante sobre el lomo brillante de los delfines, y luego se detuvo a escrutar con más atención—. Mira, Bran. No me había dado cuenta: hay una inscripción en la fuente, justo aquí debajo.

Se inclinaron ambos a mirar, protegiéndose con la mano la cara de las salpicaduras. Había una inscripción esculpida en el mármol, semioculta por la hierba. Las letras estaban manchadas de musgo verde.

—YO SOY LA MATRIZ DE TODO AMPARO —leyó Will tras apartar la hierba.

—La matriz de todo amparo. El amparo es como un... refugio, ¿verdad? Pero ¿y la matriz? ¿Qué es la matriz? —preguntó Bran frunciendo el entrecejo.

—El origen —explicó en voz baja Gwion.

Bran se bajó las gafas oscuras y examinó las palabras grabadas.

—¿El origen de todo refugio? ¿Y qué diablos significa?

—No puedo decíroslo, pero creo que deberíais recordarlo —respondió Gwion, y señaló la carroza azul, que esperaba detrás del arco—. ¿Venís?

—¿Qué es ese escudo dorado que hay sobre la portezuela, con el pez saltando y las rosas? —preguntó Will, mientras subían el peldaño plegable para entrar en la carroza.

—Ese pez es un salmón del Dyfi. Más tarde, en heráldica se le llamará Azur, Salmón que nada en campo dorado entre tres Rosas de sépalos y botones de Plata —explicó Gwion, y se elevó sobre sus cabezas para hacer de cochero, recogiendo las riendas. Sus últimas palabras llegaron débiles hasta ellos—. Ése es el escudo del rey Gwyddno.

Luego tiró de las riendas. Los caballos negros sacudieron las cabezas plumadas y partieron, oscilando y piafando por los prados del amplio parque verde y las calles de piedra de la Ciudad. Aquí y allá, varias personas caminaban en grupos o en parejas. Ante la carroza tintineante levantaron la cabeza y la siguieron con mirada sorprendida, y a veces incluso curiosa. Nadie aventuró un saludo, pero a diferencia de antes, nadie ignoró ya su paso: esta vez, todas las cabezas se volvieron.

La carroza aminoró la marcha. Mirando hacia fuera, Will y Bran vieron que estaban superando el arco de entrada de un patio. A cada lado se elevaban altas paredes con columnas, que presentaban grandes ventanas de nueve tableros; fantásticas torrecillas agudas se erguían sobre la línea balaustrada del tejado. Todas las ventanas estaban vacías; no vieron sombra alguna de rostro humano.

La carroza se detuvo. Bajaron. Ante ellos una escalinata de piedra subía estrechándose hasta una entrada cuadrada, bordeada de columnas y adornada con figuras y volutas grabadas en la piedra. Y, sobre todo ello, dominaba una réplica del escudo con el pez saltando reproducido en la portezuela de la carroza. Will y Bran intercambiaron una mirada, y luego miraron hacia delante. La puerta estaba abierta: más allá, sólo se veía la oscuridad.

—Este es el palacio de Gwyddno Garanhir —anunció Gwion, a sus espaldas—. Se le ha llamado el Palacio Vacío desde el día en que el rey se retiró a su castillo junto al mar, sin volver a salir de él. Entrad, vosotros dos, y yo me reuniré allí con vosotros, si encontráis el camino.

Will miró hacia atrás. La espléndida carroza y los caballos negros como la noche habían desaparecido. El gran patio estaba desierto. Gwion se hallaba al final de los peldaños, oscuro y nítido, con el rostro barbudo hacia arriba y surcado por súbitas e inequívocas arrugas de ansiedad. Esperaba, presa de la tensión.

Will asintió. Se volvió de nuevo hacia la entrada del palacio, abierto, inmenso.

Bran miraba la obscuridad: no se había movido desde que Gwion había hablado.

—Vamos pues —dijo, sin volver la cabeza.

Entraron juntos. Con un largo chirrido y un choque que resonó como un profundo eco, el portón enorme se cerró tras ellos. De inmediato, la obscuridad estalló en un resplandor de luz blanca. Will tuvo el espacio de un segundo para ver a Bran retroceder, protegiéndose los ojos, antes de que el impacto de lo que estaba ante ellos lo alcanzase plenamente, arrancándole un jadeo ahogado.

A su alrededor, en un centelleo violento, había innumerables imágenes repetidas de él y Bran. Se volvió bruscamente, mirando cómo se volvían todos los demás Will, una larga procesión que retrocedía en el espacio. Gritó, esperando instintivamente que un eco infinito rebotase hacia delante y hacia atrás, tal como las figuras reflejadas se sucedían en sus ojos. Pero aquel único sonido retumbó a su alrededor y se apagó.

Fue precisamente el sonido lo que le dio a Will, de un modo u otro, el sentido del espacio en el que se hallaban: era de forma estrecha y larga.

—¿Estamos en un corredor? —preguntó perplejo.

—¡Espejos! —Bran miraba convulsamente aquí y allá, con los ojos entornados incluso detrás de las lentes oscuras—. Espejos por todas partes. Este lugar está hecho de espejos.

Will salió de su turbado desconcierto y comenzó a razonar sobre lo que veía.

—Espejos, sí. Salvo en el suelo —bajó los ojos a la obscuridad brillante—. Y éste es de vidrio negro. Mira, arriba y abajo. Es un corredor, un largo corredor curvo todo hecho de espejos.

—Veo demasiados «yo» —replicó Bran con una risa incómoda.

Hubo un brillo blanco en cada rostro, mientras la serie completa de los Bran se echaba a reír simultáneamente... y luego se calmó, con la mirada atenta.

Will avanzó con algunos pasos inseguros, sobresaltándose cuando la fila de sus copias lo acompañó. La curva del corredor se le abrió ligeramente delante, sin reflejar nada salvo su propia brillantez, como la página reluciente y vacía de un libro enorme. Alargó la mano, tirando de la manga de Bran.

—¡Eh! Camina junto a mí. Si tienes a alguien más a quien mirar, aunque sea de reojo, todos esos reflejos no te dan demasiado vértigo.

Bran lo alcanzó.

—Tienes razón —respondió con voz tensa, vacilante, pero a los pocos momentos se detuvo de golpe: tenía el rostro demacrado y doliente—. Pero es terrible. El vidrio, el resplandor, todo aplastándote. Parece que estemos dentro de una caja espantosa.

—Valor —reaccionó Will, tratando de parecer seguro—. Quizá detrás de esa curva se abra el corredor. No puede durar siempre. Pero, superada la curva, llegaron sólo a un par de ángulos muy netos, que descompusieron los reflejos en líneas repetidas de forma aún más incontrolada: otro corredor de espejos se cruzaba con el

primero, de modo que podían escoger entre tres posibles direcciones.

—¿Hacia dónde? —preguntó Bran, sombrío.

Will se metió una mano en el bolsillo y sacó una moneda.

—Cara vamos por la derecha o por el centro, cruz vamos por la izquierda.

Lanzó al aire la moneda, la atrapó y estiró el brazo.

—Es cruz —anunció Bran—. A la izquierda, entonces.

Will dejó caer la moneda. La oyeron girar y rodar.

—¡Vaya! ¿Dónde ha ido a parar? Qué raro... este vidrio no parece tener juntas — la tensión en el rostro de Bran lo turbó—. Valor... salgamos de aquí.

Prosiguieron por la izquierda. Pero el corredor de vidrio, idéntico al anterior, parecía infinito. Por último, llegaron a otra encrucijada de corredores.

Bran miró a su alrededor, desalentado.

—Parece el mismo de antes.

Un relampagueo distinto del brillo del vidrio atrajo hacia el suelo los ojos de Will. Inclinandose, vio su moneda. Se irguió, tragando saliva profundamente para atenuar la repentina sensación de vacío en la garganta. Tendió la mano hacia Bran. —Es el mismo. Mira.

—Cáspita, hemos caminado en círculo. —Bran lo miró sombrío—. ¿Sabes una cosa? Creo que nos encontramos en un laberinto.

—Un laberinto...

—Un laberinto de espejos... podríamos pasarnos aquí toda la vida.

—Y Gwion lo sabía, ¿verdad? —Will volvió a pensar en el rostro de barba gris que lo miraba inquieto—. Gwion ha dicho: «Me reuniré allí con vosotros, si encontráis el camino...».

—¿Sabes algo de laberintos?

—Una vez estuve en uno, en Hampton Court, hecho de setos. Al entrar, tenías que girar siempre a la derecha, y al salir siempre a la izquierda. Pero aquél tenía un centro. Éste, en cambio...

—Esas curvas —ahora que tenía algo sobre lo que reflexionar, Bran parecía menos alterado—. Pensemos. Pensemos bien. Al principio hemos ido hacia la derecha, y luego ha habido una curva...

—Una curva a la izquierda.

—Y luego hemos llegado al cruce, y hemos tomado el corredor más a la izquierda, que giraba de nuevo a la izquierda y nos ha devuelto al cruce, yendo en círculo.

Will cerró los ojos, tratando de visualizar la estructura.

—Así, girar hacia la izquierda debe de ser un error. ¿Debemos girar a la derecha, entonces?

—Sí, mira —respondió Bran, con su rostro pálido iluminado por una idea.

Abriendo la boca, exhaló una respiración profunda sobre la pared de espejos del corredor, y en la mancha de vapor trazó con el dedo un esquema en espiral, hecho de una serie vertical de anillos que ascendían sin tocarse. Los extremos curvos de los anillos se dirigían hacia la izquierda. Parecía el dibujo de un muelle muy flojo puesto en pie—. Debe de tener este aspecto. ¿Ves el primer anillo? Ésa es la parte que hemos recorrido hasta ahora. Y los laberintos se repiten siempre, ¿no?

—Se avanza en anillos, es una espiral —concluyó Will, mirando cómo se desvanecía la imagen en el vapor—. Y no necesitamos seguir completamente cada anillo, nos bastaría subir por el lado de la derecha, en que cada uno vuelve a unirse con él mismo.

—Girando a la derecha cada vez. ¡Vamos! —lo incitó Bran saltando triunfante hacia el corredor de la derecha.

—Espera un instante. —Will respiró sobre el muro y dibujó de nuevo la espiral—. Miremos hacia el lado incorrecto. ¿Ves? Hemos recorrido todo el primer anillo, por lo que nos dirigimos hacia atrás, hacia la dirección de la que hemos venido. Y si ahora girásemos a la derecha, en realidad giraríamos a la izquierda.

—Y reharíamos de nuevo el anillo. Tienes razón, disculpa. Tengo demasiada prisa. —Bran giró los brazos de lado y se volvió en la dirección opuesta con un ágil salto. Miró con aversión las infinitas imágenes reflejadas que acompañaban su movimiento—. Ánimo. Odio estos espejos.

Will lo observó pensativo mientras seguían el corredor de la derecha, que dibujaba una curva.

—Hablas en serio, ¿verdad? Desde luego, tampoco a mí me gustan, son siniestros. Pero tú...

—Es culpa del resplandor. —Bran miró a su alrededor con ansiedad y apretó el paso—. Y hay algo más. Todos esos reflejos hacen un efecto... es como si te chupasen el alma. ¡Ah! Sacudió la cabeza, falto de palabras.

—Aquí llega el cruce sucesivo. Esta vez, hemos avanzado mucho más deprisa.

—Y es lógico, si realmente hemos encontrado la solución. Vamos de nuevo hacia la derecha.

Cuatro veces giraron a la derecha, junto a la larguísima fila de sus copias, que mantenían regularmente su paso.

Y de improviso, al girar después de la cuarta curva, se encontraban de nuevo cara a cara consigo mismos: dos figuras estupefactas los miraban desde una monótona pared de espejos.

—¡No! —exclamó Will con rabia, y oyó cómo su propia voz temblaba, mientras veía a Bran inclinar la cabeza y los hombros por la desesperación.

—Callejón sin salida —murmuró Bran—. Pero ¿cómo podemos habernos equivocado? —El cielo lo sabrá, pero eso es lo que ha ocurrido. Supongo que

debemos volver atrás y... volver a empezar desde el principio.

Bran se dejó caer de rodillas sobre el suelo de vidrio negro.

Will lo miró en el espejo.

—No lo creo.

—Pero es verdad.

—Quiero decir que no creo que debamos volver a empezar.

—Pues así es. —Bran miró tristemente sus imágenes reflejadas: el jersey azul y los téjanos de la silueta en pie, la cabeza blanca y las gafas oscuras de la arrodillada—. Una vez, hace mucho, ya nos sucedió algo parecido... ser detenidos por un muro liso. Entonces tu magia de Vetusto podía ayudarnos, pero aquí no es posible, ¿verdad?

—No —confirmó Will—. No en la Tierra Perdida.

—Entonces, resignémonos.

—No —replicó Will con obstinación. Se mordió una uña, mirando las ciegas paredes de espejos que sólo podían devolver reflejos y, no obstante, de algún modo parecían contener todo un mundo propio—. No. Hay algo... por fuerza hay algo que deberíamos recordar —bajó la mirada hacia Bran, sin verlo verdaderamente—. Piensa. ¿Qué ha dicho Gwion, desde que lo hemos visto, que pudiese parecer un mensaje? ¿Qué nos ha recomendado que hiciéramos?

—¿Gwion? Nos ha dicho que subiésemos a la carroza... —Bran se puso en pie de un salto, arrugando la frente pálida, mientras volvía a recorrer el pasado mentalmente—. Ha dicho que se reuniría con nosotros, sí encontrábamos el camino... pero eso ha sido lo último. Antes de eso... había algo que nos ha recomendado, tienes razón. ¿Qué era? «Recordad...», ha dicho. «Recordad...».

—«Recordad... el rostro del hombre en el arco iris» —dijo Will con el cuerpo rígido—, y luego otra cosa, la inscripción en la fuente. «Creo que, quizá, deberíais recordarlo...».

Irguió perfectamente la espalda, con ambos brazos hacia delante y dirigiendo los diez dedos hacia el vidrio de espejo que les cerraba el camino.

—«Yo soy la matriz de todo amparo» —pronunció, de forma lenta y clara, repitiendo las palabras que habían leído en la piedra recubierta de musgo de la fuente del parque.

Y poco a poco, débilmente, en el vidrio que había sobre sus cabezas comenzó a brillar otra frase, que se hizo cada vez más vivida, hasta que su brillantez ofuscó cualquier otra luz alrededor.

Apenas tuvieron tiempo de mirar las palabras y comprenderlas: «Yo soy la llama sobre toda montaña».

Por un instante, el fulgor fue tan violento que les hizo retroceder; luego, con un sonido extraño, suave, como una explosión amortiguada por muchas millas de

distancia, todas las paredes de vidrio que los rodeaban se rompieron y cayeron en una delicada armonía.

Y fueron libres, con las palabras resplandecientes suspendidas en la oscuridad ante ellos y el laberinto de espejos desaparecido como si jamás hubiese existido.

El viaje

Las palabras llameantes desaparecieron del aire, pero durante unos instantes su imagen flotó ante los ojos de Will. Bran, a su lado, emitió un largo y lento suspiro de alivio.

—Así pues, habéis encontrado el camino —observó con calor la voz de Gwion, desde la sombra.

Parpadeando, Will lo vio en pie ante ellos, en una alta sala abovedada, cuyas paredes blancas estaban cubiertas con ricos tapices y cuadros vivaces. Miró hacia atrás. Al fondo de la habitación, estaba el gran portón tallado que se había cerrado a sus espaldas cuando se habían encontrado en el laberinto. Del propio laberinto, no quedaba ni rastro.

—¿Era todo real? —preguntó Bran con voz aún insegura, y luego brotó de sus labios una risa temblorosa—. Pero qué pregunta tan estúpida.

Gwion fue a su encuentro, con una sonrisa.

—«Real» es una palabra difícil —dijo—. Casi tanto como «verdadero» o «ahora»... Venid. Ahora que os habéis puesto a prueba rompiendo la barrera de la Ciudad, puedo llevaros al camino del Castillo.

Apartó un tapiz de la pared, descubriendo el acceso a una estrecha escalera de caracol. Los llamó con un gesto y subieron en fila india. La escalera parecía elevarse hasta el infinito. Prosiguieron en una subida tan larga que Gwion comenzó a jadear y los muchachos tuvieron la impresión de hallarse a un centenar de metros del suelo.

—Esperad un momento —dijo Gwion, y se detuvo.

Se sacó algo del bolsillo. Era una gran llave de hierro. En la tenue luz que se filtraba por una de las estrechas ventanas opacas empotradas en la pared de la escalera, Will vio que la empuñadura estaba trabajada con un motivo ornamental: un círculo, dividido en cuartos por una cruz. Lo miró, inmóvil. A continuación, levantando la cabeza, vio que los ojos de Gwion lo miraban con un brillo enigmático.

—Ah, Vetusto —murmuró Gwion—. La Tierra Perdida está llena de signos del pasado lejano, pero pocos de sus habitantes recuerdan ya su significado.

Abrió la pequeña puerta que les cerraba el paso, y la luz del sol los alcanzó al instante, barriendo los últimos y oprimentes recuerdos del laberinto de espejos.

Al salir, se hallaron detrás de una balaustrada de oro batido, asomados sobre los tejados dorados y brillantes de la Ciudad y la extensión verde y abombada del parque, tal como al principio... pero esta vez estaban más arriba. A los pocos instantes, vieron que su terraza era el borde inferior de un amplio tejado curvo, blanco y dorado, y comprendieron que era aquél el palacio del Rey Gwyddno, el Palacio Vacío de la Tierra Perdida, cubierto por la maravillosa cúpula, jaspeada de oro y cristal, que habían visto relucir en la claridad del alba.

Gwion se situó a sus espaldas, señalando hacia occidente. Will observó en su anular un anillo con una piedra oscura tallada en forma de pez saltando.

Siguiendo la línea de su brazo, vieron cómo acababan los tejados de la Ciudad, dando paso a un mosaico verde y oro de campos que se extendían en la bruma del bochorno. Muy, muy lejos, entre la neblina, a Will le pareció divisar unos árboles oscuros, con la cadena púrpura de las montañas y el largo destello del mar detrás, pero no podía estar seguro. Sólo una cosa, allí abajo, parecía nítida: una torre deslumbrante de luz que se elevaba desde la mancha verde y confusa en la que la Tierra Perdida parecía encontrarse con el mar.

—Mirad allá —exclamó Bran de pronto—. Allá, allá... ¿La veis?, la hemos visto desde la montaña, ¿te acuerdas, Will? Sobre Cwm Maethlon —lanzó a Will una mirada afligida—. Es otro mundo, ¿verdad? Los había olvidado completamente, ¿sabes? ¿Crees que estarán bien?

—Creo que sí —respondió Will lentamente. Miraba el horizonte nebuloso, pero sin verlo, perdido en una preocupación que le bailaba en la mente desde que habían llegado a la Tierra Perdida—. Me encantaría saberlo. Y también quisiera saber dónde está Merriman. No puedo... alcanzarlo, Bran. No puedo alcanzarlo, no puedo sentirlo. Aunque creo que quisiera estar aquí, con nosotros.

—Así es, Vetusto —intervino Gwion, inesperadamente—. Pero el hechizo de la Tierra Perdida lo mantiene lejos, si ha dejado escapar el único momento propicio para romperlo.

Will se volvió de repente a mirarlo, agitado por un instinto profundo.

—Tú lo conoces, ¿verdad? Una vez, hace mucho tiempo, estabas muy próximo a Merriman.

—Muy próximo —confirmó Gwion, con una punzada aguda de afecto en la voz—. Y puedo decirte algo, ahora que me has hablado de él. Debería haberse unido a vosotros en este palacio. Pero empiezo a temer que, de un modo u otro, la Tiniebla lo ha retenido en ese mundo vuestro. Y si ha perdido el momento adecuado para entrar en la Tierra Perdida ya no puede venir.

—¿Nunca jamás? —preguntó Will.

—No —confirmó Gwion.

De repente, Will se dio cuenta de cuánto había confiado en que Merriman llegase allí, pronto, a apoyarlos. Miró a Bran.

—Entonces sólo nos queda lo que ha dicho la Señora. Que encontraremos la espada de cristal en la torre de vidrio, entre los siete árboles, donde el... el cuerno detendrá la rueda.

—Y un hueso blanco nos cortará el paso, y un espino volante nos salvará. Cualquiera que sea el significado.

—La torre de vidrio —repitió Will, y sus ojos se volvieron hacia la construcción

que relucía en el horizonte.

—La que estáis mirando es Caer Wydyr —explicó Gwion, con voz sombría y triste—. El Castillo de la Tierra Perdida, con su torre de vidrio. Allí reside mi señor, envuelto en una melancolía mortal que nadie puede disipar.

—¿Podemos saber más? —preguntó Will, vacilante.

—Oh, sí —respondió Gwion con expresión grave—. Hay cosas que debo deciros, de la Tierra y de la espada. Debo deciros todo lo que pueda. La Tierra Perdida no pertenece ni a la Tiniebla ni a la Luz, y siempre ha sido así. Y, no obstante, a nuestros artesanos, los mejores que han vivido jamás en el Tiempo, o fuera de él, no... les interesaba trabajar para la Tiniebla. Realizaron sus obras más valiosas para la Luz. Tejieron tapices, esculpieron tronos y cofres, forjaron candelabros de oro y plata. Trabajaron cuatro de los seis grandes Signos de la Luz.

Will levantó rápidamente la mirada.

—Ah, Buscador de los Signos —murmuró Gwion suavemente, sonriéndole—. En la Tierra Perdida, en un tiempo muy antiguo, olvidado ya por toda su gente, se produjo el inicio de esa cadena tuya con los anillos de oro, con el hierro, el bronce, el agua y el fuego... Además, un artesano de esta tierra creó la gran espada Eirias para la Luz.

—¿Quién la hizo? —preguntó Bran con ansiedad.

—Fue creada por alguien que se hallaba cerca de la Luz —respondió Gwion—, pero no era ni un Señor de la Luz, ni un Vetusto... en esta tierra, no existen personajes así... Era el único en poseer la maestría para realizar semejante maravilla, incluso aquí, donde muchos son hábiles. Un artesano exquisito, inigualable —ante aquel recuerdo, hablaba lentamente, en tono reverente, sacudiendo la cabeza por el asombro—. Pero los Caballeros de la Tiniebla podían moverse libremente por la tierra, ya que nosotros no teníamos ni deseo ni motivo para excluir a ninguna criatura, y cuando oyeron que la Luz había encargado la espada pidieron que no fuese creada. Sabían, naturalmente, que palabras escritas mucho tiempo atrás profetizaban el uso de Eirias, una vez forjada, para la derrota de la Tiniebla.

—¿Y qué hizo el artesano? —indagó Will.

—Reunió a todos los creadores de esta tierra —refirió Gwion, levantando un poco la cabeza—. A todos aquellos que escribían o daban vida a las palabras o a la música ajenas, o fabricaban cosas bellas. Y les dijo: «Tengo esta obra dentro de mí, que, lo sé, será la cima de todo lo que jamás podré hacer, y la Tiniebla está tratando de impedirme que la lleve a cabo. Si me niego a obedecer, tal vez suframos todos, y por ello no puedo tener yo solo la responsabilidad de decidir. Decidme, decidme cómo actuar».

—¿Y qué respondieron? —preguntó Bran mirándolo fijamente.

—Respondieron: «Debes hacerla». —Gwion sonrió, orgulloso—. Sin

excepciones. «Fabrica la espada», dijeron. Así, él se retiró a un lugar propio y creó a Eirias: en una tierra de maravillas, era lo más maravilloso y potente jamás creado. Y la furia de la Tiniebla fue violenta, pero ineficaz, porque sus Señores sabían que no podían destruir una obra construida para la Luz, ni robarla, ni hacerle ningún... mal a su creador.

Enmudeció, mirando el horizonte nebuloso.

—Continúa —lo incitó Bran—. Continúa.

—Así, la Tiniebla hizo algo muy sencillo —prosiguió con un suspiro—. Le mostró al creador de la espada su inseguridad y su miedo. Miedo de haber actuado mal... miedo de que, tras realizar esa gran obra, ya no fuese capaz de efectuar nada de gran valor... miedo de la edad, de la insuficiencia, de las promesas insatisfechas. Todos esos miedos infinitos que son la ruina de quienes tienen el don de la creación y yacen siempre, en alguna parte, en su mente. Y poco a poco el artesano cayó en la desesperación. El miedo creció en su interior, y él se refugió en la apatía. Su esperanza murió, dando paso a una melancolía terrible, paralizante. Aún la sufre, esclavo de su propia mente. Y la espada Eirias, creada por él, comparte su destino. La desesperación lo mantiene prisionero: la desesperación, lo más terrible jamás inventado. Porque, en los grandes hombres, la mente puede producir fantasmas gigantes, de enorme potencia. Y el Rey Gwyddno es un gran hombre.

—¡El Rey! —exclamó Will lentamente—. ¿El Rey de la Tierra Perdida fabricó la espada?

—Sí —reveló Gwion—. Hace mucho, mucho tiempo el rey se marchó solo a su castillo, a la torre de vidrio de Caer Wydyr. Fabricó la espada Eirias, y desde entonces él y la espada han permanecido allí, solos, encerrados en una trampa creada por el propio rey. Y sólo vosotros, quizá, podréis abrirla.

Parecía hablarles a ambos, pero miraba a Bran.

—¿Solo? —repitió Bran, con la cara tensa por el horror—. ¿Solo desde entonces? ¿Nadie lo ha visto jamás?

—Yo lo he visto —replicó Gwion, pero su voz estaba cargada de tanto dolor que nadie le preguntó nada más.

Repentinamente, Will tuvo la ilusión de la presencia de Merriman, acompañada de una sensación de gran urgencia. Merriman no estaba, ni siquiera como voz mental: lo sabía, y sin embargo la urgencia permaneció, como el eco de algo que ocurría en otro lugar, muy lejos. Mirando el rostro de Gwion, vio en él la misma conciencia. Sus ojos se encontraron.

—Sí —prosiguió Gwion—. Ha llegado la hora. Debéis emprender el viaje hacia el Castillo, a través del País que os separa de él, y yo os he ayudado todo lo posible. Pero no puedo deciros qué podréis encontrar por el camino, ni protegeros de ello. Recordad, estáis en la Tierra Perdida, y aquí domina su hechizo —miró ansiosamente

la torre fulgurante en el horizonte—. Observad bien vuestra meta y concentrad en ella la atención. Y ahora, venid.

Miraron una vez más la torre de luz, lejos en la neblina, y luego siguieron a Gwion escaleras abajo, en el Palacio Vacío en el que ya no vivía ningún rey. Pero aunque el rey había desaparecido, se dieron cuenta ahora de que el lugar albergaba a otros además de Gwion... y descubrieron que ya habían estado en él.

Cuando se encontraban a la mitad de la escalera de caracol, Gwion abrió una puerta en el muro que Will no había visto antes. Los condujo hacia abajo por una escalera distinta, recta y menos profunda, hacia el centro del palacio. Y, de improviso, oyeron un débil murmullo ante ellos y se encontraron en una larga sala revestida de vidrio, llena de libros, estanterías y mesas pesadas.

Era la larga galería, la estancia similar a una biblioteca. Will miró hacia un lado y vio que seguía allí la obscuridad, el espacio vacío sin luces ni sombras visibles: el gran teatro en el que se podía representar toda la vida. Sin embargo, otras cosas habían cambiado. Ahora la sala estaba repleta de gente, que la llenaba con un rumor de voces, y quien lanzaba una ojeada hacia ellos tres, de pie en el umbral, sonreía, o alzaba la mano en señal de saludo.

La atravesaron, subiendo y bajando por los extraños y diversos niveles del pavimento. En el extremo opuesto, un hombre que había permanecido inclinado sobre un gran libro en una mesa se irguió y se volvió a su llegada, estirando una mano para detenerlos. Will creyó recordar su rostro, como el del hombre al que había hablado la primera vez que se habían encontrado en la sala: el que entonces parecía no verlo ni oírlo y leía un libro de páginas blancas.

—Antes de emprender el viaje, observad —los incitó—. Hay una parte de este libro que debéis ver y recordar.

—Recordar... —repitió en voz baja Gwion mirándolos, y el eco despertó en sus mentes.

El libro yacía abierto ante ellos sobre la pesada mesa de roble. En una de sus páginas de pergamino podía verse un dibujo, y una sola frase en la página siguiente.

Will miraba el dibujo: representaba a una mujer joven de cabello rubio, vestida de azul, de pie en un jardín lleno de rosas como aquel en el que habían estado. El rostro, de rasgos finos, tenía una belleza delicada, y su expresión era seria, ni triste ni sonriente.

—¡Es la Señora! —exclamó Will.

—Pero habías dicho que era muy vieja —observó Bran sorprendido, y reflexionó por un instante—. Claro que depende, ¿verdad?

—Es la Señora —repitió Will lentamente—. Incluso lleva ese gran anillo rosa en el dedo. Nunca la he visto sin él. Y mira... en el dibujo, detrás de ella, ésa no es...

—¡La fuente! —Bran se acercó y miró sobre sus gafas—. Es la misma fuente, la

del parque... por lo que ése debe ser el mismo jardín de las rosas. Pero cómo...

Will mantenía el dedo sobre la línea de caracteres manuscritos, negros, gruesos, en la página siguiente. Leyó en voz alta: «Yo soy la reina de toda colmena».

—Recordad —intimó el hombre, y cerró el libro—. Recordad —reiteró Gwion—. Y ahora marchaos —apoyó rápidamente una mano en sus hombros, mirándolos atentamente a los ojos—. ¿Conocéis este lugar, la galería donde nos hallamos? Entonces, recordaréis el camino por el que habéis entrado, el mismo que debéis seguir. Yo permaneceré aquí, durante algún tiempo. En este lugar hay hombres y mujeres de cierta habilidad, y me dirán lo que puedan sobre Merriman. Me reuniré con vosotros, pero ahora debéis partir, de inmediato.

Will bajó la mirada y encontró la trampilla cuadrada, abierta en el suelo, y la escalera que conducía hacia abajo.

—¿Por ahí?

—Por ahí —confirmó Gwion—. Coged lo que encontréis, y lo que encontréis os situará en el buen camino —su rostro intenso, enmarcado por la barba gris, se distendió en una sonrisa cálida y luminosa—. Buen viaje, amigos míos.

Will y Bran se introdujeron en la sombra, bajando de nuevo por la escalera, y llegaron a la pequeña puerta de madera. Will palpó su superficie agujereada con la palma de la mano.

—Tampoco en este lado hay tiradores.

—Se abría hacia fuera, ¿no? Quizá sólo haya que empujar.

Y, en efecto, a la primera presión la puerta giró sobre sus goznes abriéndose directamente a la calle. Tan pronto como salieron, volvió a cerrarse a sus espaldas con un estruendo que indicó que no volvería a abrirse con tanta facilidad. Y allí, esperándolos, estaban los dos caballos dorados de blancas crines que habían montado en un pasado cercano y lejano al mismo tiempo.

Los caballos sacudieron la cabeza, como para saludar, y sus guarniciones de plata tintinearón como cascabeles. Sin una palabra, Will y Bran montaron, con la misma inexplicable facilidad de antes, y los caballos trotaron por la estrecha calle, entre las paredes altas y grises dominadas por la franja vivida y delgada del cielo azul.

Emergieron en un lugar más amplio, lleno de personas que parecieron reconocerlos al instante, agitando los brazos y lanzando gritos de saludo. Los caballos atravesaron la multitud con prudencia; los gritos se convirtieron en aclamaciones frenéticas; unos niños corrieron a su lado, chillando y riendo. Bran y Will se sonrieron, agradablemente abrumados. Prosiguieron hasta llegar a una torre imponente, con una gran puerta por la que pasaba la ancha calle adoquinada. A través del arco, vieron un paisaje de campos verdes y árboles lejanos.

La multitud se había reunido ante el arco, pero los caballos dorados avanzaron al paso, sin detenerse, abriéndose camino con delicadeza.

- ¡Que la fortuna os asista!
- ¡Que os evite los peligros!
- ¡Buen viaje!

A su alrededor, la gente de la Ciudad gritaba y agitaba los brazos.

Luego, de improviso, se hallaron al otro lado de la enorme puerta de la ciudad. Toda la multitud había desaparecido. Ante ellos, yacían amplios campos verdes y un camino abrupto, de arena dorada, que se prolongaba en la lejanía, en dirección a un bosque. Las voces de la ciudad se apagaron.

Sin hablar, Bran le señaló a Will, en la lontananza, a lo largo de los campos verdes, una mancha de blanco y negro que se movía deprisa en una dirección paralela a la suya. Sabía que sólo podía tratarse de los Caballeros de la Tiniebla, que se dirigían, como ellos, al Castillo de la Tierra Perdida.

La Mari Llwyd

El caballo de Will agitó la cabeza súbitamente, husmeando el aire, y aceleró el paso.

Bran se situó a su lado.

—Van a toda velocidad. ¿Tratan de llegar al Castillo antes que nosotros?

—Supongo que sí.

—¿Debemos correr?

—No estoy seguro.

Will dirigió la mirada hacia su animal, que se mostraba inquieto, dio un golpecito a las riendas y el caballo partió con un salto. Los caballos corrían con soltura y seguridad. En la lontananza, los Caballeros de la Tiniebla seguían galopando paralelos a ellos, y luego, al poco rato, desaparecieron detrás del bosque que surgía en el centro del País, entre la Ciudad y el Castillo de la Tierra Perdida.

Will había pensado que también su camino rodeaba el bosque. Pero cuando levantó la cabeza descubrió que él y Bran galopaban en línea recta hacia él y que se alzaba ante ellos mucho más oscuro y espeso de lo que había parecido a primera vista. Los caballos aminoraron la marcha.

—¡Adelante! —Bran tiró de las riendas con impaciencia.

—Saben lo que hacen —replicó Will—. Ese bosque no me gusta.

—Sin embargo, no se detienen —dijo Bran—. ¿Por qué no lo rodean?

—Creo que deben seguir el camino.

Al principio, la vegetación era escasa y el camino, reducido a un sendero, discurría entre los árboles claramente, pero poco a poco se hizo menos nítido, manchado de hierba e invadido por los brazos de las plantas trepadoras. Como se espesaba cada vez más, los caballos avanzaban en fila india. Los cantos de los pájaros eran escasos y el bosque parecía no terminar nunca.

Will trató de ignorar la sensación que se introducía en su mente, mientras la luz menguaba y los árboles se hacían imponentes: pero debía admitir que tenía miedo.

Ya no se oía ningún sonido, salvo el suave rumor de los cascos. En algún lugar, un pájaro levantó el vuelo bruscamente y los caballos se detuvieron nerviosos.

—Tienen tanto miedo como yo —observó Will, en tono forzosamente alegre.

Una rama crujió allí cerca, provocándole un sobresalto.

Bran miró a su alrededor en la penumbra.

—¿Debemos volver atrás? —preguntó, inquieto. Pero, como en respuesta, los caballos comenzaron a avanzar de nuevo a paso regular—. Tal vez se trata sólo de una... barrera —dijo—. Como el laberinto. Tal vez ellos saben que no hay nada que temer verdaderamente.

Una criatura invisible se elevó en el sotobosque junto al sendero, saltando entre los árboles inmóviles y los helechos que los rodeaban. Will y Bran jadearon, pero esta

vez los caballos prosiguieron como si tal cosa. Luego, de forma casi imperceptible, aumentaron la velocidad, la luz comenzó a filtrarse entre las ramas y el sendero apareció nítido.

—¡Ya salimos! —observó Bran, suspirando de alivio—. Tenías razón, los caballos sabían que sólo era una falsa alarma.

Los caballos partieron al trote, con un ágil balanceo, y agitaron la cabeza como por una sensación de liberación. Will sintió que el martilleo de su corazón se aplacaba, irguió la espalda, avergonzado de su miedo, y alzó los ojos hacia los árboles que se aclaraban.

—Mira, ha vuelto el cielo azul. ¡Qué diferencia!

Ambos estaban relajados en la silla, con las riendas sueltas y mirando a su alrededor, cuando de improviso uno de los caballos relinchó aterrorizado, y ambos animales se encabritaron, mientras una «cosa» grande y ruidosa salía como una flecha desde los árboles hacia ellos. Antes incluso de darse cuenta, Will y Bran rebotaron hacia atrás y rodaron por el suelo, impotentes. Los caballos, presa del pánico, saltaron por el prado que se extendía desde el bosque.

Will tuvo una rápida visión de la cosa que los perseguía.

—¡No! —aulló, horrorizado e incrédulo.

Bran emitió un callado graznido, y juntos huyeron precipitadamente por los campos. En el calor del sol estival, Will tenía frío. La cabeza le zumbaba.

El esqueleto de un caballo gigantesco los miraba con las órbitas ciegas de una calavera, corriendo, saltando y encabritándose sobre sus patas huesudas guiadas por músculos espectrales, consumidos mucho tiempo atrás. Galopaba más veloz que cualquier caballo viviente, y sin ningún ruido. Los alcanzó casi de inmediato y los adelantó en silencio, con la cabeza hacia atrás y la boca abierta en una mueca burlona. Los blancos huesos de la gran caja torácica relucían al sol. Unas cintas rojas le colgaban y oscilaban desde la mandíbula como largos estandartes.

La criatura jugaba con ellos, empujándolos aquí y allá, como un gatito con una cucaracha. Saltaba a uno y otro lado, y se detenía de golpe, resbalando con los cascos en el suelo arenoso. Luego, con la cabeza sarcástica echada hacia delante, y las mandíbulas abiertas de par en par, se lanzaba sobre ellos en un terrible silencio. En un instante, los adelantaba y volvía a esperarlos.

Dando vueltas convulsamente alrededor, Bran tropezó y cayó. Se sentó en el suelo, con los ojos de oro muy abiertos: sus gafas habían desaparecido.

—¡La *Mari Llwyd*! —murmuró mirando a la criatura como embrujado—. ¡La *Mari Llwyd*!

—¡Levántate, rápido!

Will había divisado un refugio en las proximidades. Llevado por el pánico, tiró de Bran hasta ponerlo en pie. El espectro comenzó a dar vueltas a su alrededor, lenta y

silenciosamente.

—¡Por aquí! ¡Adelante!

Se trataba de una construcción sumamente rara: una casa pequeña y baja, hecha de ladrillos de piedra gris, con un tejado que algún día fue de paja y ahora se hallaba cubierto de turba, de hierbas y de las ramas, cargadas de flores blancas, de un espino que crecía desde el tejado antiguo.

Bran estaba paralizado, con los ojos fijos en el esqueleto.

—¡La *Mari Llwyd*! —murmuró de nuevo.

—¡Cierra los ojos! —ordenó Will con vehemencia. Le puso la mano delante del rostro para impedirle ver, y al mismo momento se le ocurrieron las palabras adecuadas—. Piensa, rápido, ¿qué dijo la Señora?

—¿La Señora? —repitió Bran en tono ausente.

—¿Qué le dijo la Señora a Jane? ¡Piensa!

—A Jane... —el rostro de Bran empezó a animarse—. Que nos dijese... «un hueso blanco os cortará el paso... y un espino volante...».

—Os salvará. ¡Míralo! ¡Míralo!

Will lo obligó a girar hacia la casa de piedra con la planta de flores blancas que crecía desde el tejado. La cosa que los perseguía se acercó cada vez más. Con una especie de sollozo, Bran se lanzó hacia delante. Will lo empujó más allá de la puerta y la volvió a cerrar de golpe a sus espaldas. Luego se apoyó en ella, jadeando. Fuera, había un silencio que ponía la piel de gallina.

Will atravesó la habitación, hasta un ventanuco sin cristales que dejaba entrar una luz tenue.

—¿Puedes venir a ver? —preguntó Will.

Bran se unió a él. Y, al mirar por la ventana, aferró el brazo de Will tan fuerte que le dejó la señal.

El gran esqueleto blanco del caballo cornudo, muerto y vivo al mismo tiempo, daba vueltas frente a la casita, hacia delante y hacia atrás, hacia delante y hacia atrás. Sus patas huesudas bailaban bajo las costillas blanquísimas y desnudas de su caja torácica. La larga calavera, adornada con cintas, saltaba arriba y abajo en un terrible y siniestro frenesí, cada vez más rápido. Cuando miraba hacia la casita, la criatura bajaba el testuz como un toro que carga, y se detenía un instante antes de volverse inquieta, reanudando su movimiento circular.

—Está a punto de atacarnos. Se lanzará contra la puerta. ¿Qué podemos hacer? —susurró Will.

—¿Bloquear la puerta? ¿Lograremos detenerlo?

—No hay esperanza.

—¿Hay algo que tú puedas hacer?

—Estamos en la Tierra Perdida...

Y la cosa monstruosa, allá afuera, al sol, dibujó una última y amplia curva antes de irrumpir contra la puerta, para destruirlos. Acercándose a la ventana de la casa, prorrumpió en una carcajada muda y espantosa, durante un segundo. Fue su último segundo. Un torbellino como de nieve descendió desde arriba, desde encima de la ventana, sobre el monstruo: una nube trémula y fluctuante de copos: era el espino que expandía todos sus pétalos en una larga y suave lluvia. El caballoesqueleto perdió fuerza, como una marioneta con los hilos cortados, y cayó en pedazos. Los huesos se desprendieron y cayeron al suelo de golpe, con un choque tan nítido como lo había sido anteriormente el silencio. Y ya no quedó nada, salvo una pila de huesos que relucían al sol, blanqueados, muertos tiempo atrás. Las cintas rojas deslucidas colgaban de la calavera burlona que yacía de través sobre el montón.

Bran emitió un largo suspiro en voz baja, cubriéndose los ojos con las manos, y volviéndose de lado, se dejó caer poco a poco en el suelo. Así, fue sólo Will, de pie ante la ventana, con los ojos desencajados por el asombro, quien observó cómo el remolino de pétalos blancos se elevaba de nuevo, tembloroso, vivo, como la gran multitud de falenas plumadas que había visto una vez, en algún lugar... elevarse en el cielo hasta desaparecer.

Will se volvió tambaleándose y miró la habitación débilmente iluminada. Pasó algún tiempo antes de que pudiese distinguir algo. Y mientras sus sentidos en ebullición se calmaban descubrió que estaba mirando la puerta: una vieja puerta de madera maltrecha y podrida, que no habría resistido el menor impacto. Sobre ella vio escritas algunas palabras, cubiertas por el tenue brillo del oro. No había suficiente luz para descifrarlas. Con paso tembloroso fue a abrir la puerta y la claridad irrumpió dentro.

—YO SOY EL ESCUDO PARA TODA CABEZA —leyó lentamente Bran, detrás de él.

—Y está escrito en el interior, donde no podíamos verlo —replicó Will, retrocediendo para observar mejor la inscripción—. Así, quizá jamás habríamos osado entrar, de no haber sido por la profecía de la Señora.

Bran permanecía sentado con la espalda erguida, los brazos sobre las rodillas y su cabeza blanca inclinada.

—Esa... cosa...

—No hables de ella —le reprochó Will. Un escalofrío lo atravesó como una brisa gélida, mientras lo asaltaba un recuerdo—. Bran, ¿cómo la has llamado? Cuando te había... hipnotizado... la has llamado con un nombre gales.

—Ah —suspiró Bran—. Es una auténtica pesadilla, todo eso. Al sur de Gales hay un antiguo ritual navideño, con la llamada *Mari Llwyd*, la Yegua Gris... una procesión recorre las calles, y un hombre envuelto en una sábana blanca lleva la calavera de un caballo clavada en un palo. Puede hacerle abrir y cerrar las

mandíbulas, fingiendo que muerde a la gente. Y una Navidad, cuando era muy pequeño, los Rowlands nos llevaron a mi padre y a mí. Yo vi la *Mari Llwyd* y me llevé un susto de muerte. Fue terrible: durante semanas tuve pesadillas espantosas — miró a Will con una débil sonrisa—. Si alguien hubiese querido enloquecerme, no habría podido escoger mejor forma.

Will regresó a la habitación, dejando la puerta abierta a los rayos de sol.

—¿Ha sido obra de la Tiniebla? Es difícil decirlo. De un modo u otro, creo que sí. Algún viejo fantasma de la Tierra Perdida, despertado por...

—Por el paso de los Caballeros, quizá —completó Bran pensativo, alargando la mano hacia la alforja que había dejado caer en el suelo, y miró en su interior—. ¡Eh, aquí hay comida! ¿Tienes hambre?

—Un poco —respondió Will.

Paseando por la casita, echó un vistazo a la única otra habitación, en la parte posterior, pero concluyó, por el olor y los restos de heno viejo, que siempre se había utilizado sólo para los animales. En la habitación principal los muros eran de bloques macizos de piedra y pizarra, superpuestos sin argamasa. No había muebles, salvo una estantería rudimentaria en una pared. Mientras pasaba perezosamente el dedo sobre la estantería, Will encontró un objeto inesperado: un pequeño espejo, encajado en un pesado marco de roble, tallado con un motivo de peces saltando. Quitó el polvo del cristal con la manga y puso el espejo en pie sobre la estantería.

Bran se situó a sus espaldas y lo vio mirar el espejo.

—¿No has tenido bastantes espejos? —preguntó con una mueca.

Will apenas lo oyó. Mirando el reflejo de Bran, descubrió otro rostro familiar detrás de él.

—¡Merriman! —gritó alegremente, volviéndose de golpe.

Pero a sus espaldas encontró sólo a Bran, con la boca semiabierta en una expresión de asombro. La habitación estaba vacía, salvo por ellos dos.

Will miró de nuevo el espejo: Merriman seguía allí. Los ojos hundidos en su rostro huesudo lo miraban, desde detrás del reflejo de las facciones perplejas de Bran.

—Estoy aquí —le dijo Merriman, desde el espejo. Tenía un aspecto ansioso y tenso—. Contigo, y no obstante lejos de ti, y debo decirte que Bran no puede ni verme ni oírme, ya que aún no ha asumido el poder... No me está permitido acudir a tu lado, Will, ni tampoco hablar al estilo de los Vetustos. Como te ha dicho Gwion, sólo tenía un momento para superar la Ley de la Tierra Perdida, y cuando ese momento llegaba el arte de la Tiniebla me ha retenido en otro tiempo. Pero tenemos esta fracción de segundo. Estáis actuando bien, estad tranquilos. No hay nada que no podáis alcanzar, ahora, si lo intentáis.

—Oh, Dios mío —respondió Will, con la voz débil y desorientada, tal como se sintió él de pronto.

—¿Qué ocurre? —indagó Bran, confuso.

Will ni siquiera lo oyó.

—Merriman, ¿todos los demás están bien?

—Sí —respondió Merriman, sombrío—. Se hallan en peligro... pero por el momento están bien.

—¿Qué debemos hacer? —preguntó Will.

Bran estaba en pie, inmóvil como una estatua. En el espejo, lo miraba sin una palabra.

—Recordar las palabras de la Señora, como ya habéis hecho —había confianza en el rostro reflejado de Merriman—. Ahora id y procurad recordar otras cosas que se os han dicho, aquí en la Tierra Perdida. No podéis hacer más. Y recuerda esta afirmación mía, Will: podéis confiar a Gwion vuestras vidas como yo, una vez, le confié la mía —un afecto caluroso le hizo más profunda la voz. Lanzó a Will una última e intensa mirada—. La Luz os guiará, cuando regreséis con la espada. Cuídate, Vetusto —concluyó.

Y desapareció.

Will se apartó del espejo, emitiendo un largo suspiro.

—¿Estaba aquí? ¿Se ha ido? —preguntó Bran, en un susurro.

—Sí.

—¿Por qué no he podido verlo? ¿Dónde estaba?

—En el espejo.

—¡En el espejo! —Bran lo miró con temor, y luego le lanzó la bolsa de avellanas—. Ten, come. ¿Qué ha dicho Merriman?

—Que seguramente no podrá venir a la Tierra Perdida —respondió Will con la boca llena—. Que debemos proseguir solos. Que recordemos qué se nos ha dicho... creo que se refiere a cosas como ésa —señaló la inscripción sobre la puerta de la casa—. Y... que podemos confiar en Gwion.

—Eso ya lo sabíamos —replicó Bran.

—Sí. —Will pensó en la figura delgada con el rostro curtido, de barba gris y sonrisa resplandeciente—. ¿Quién debe de ser Gwion? Y qué es...

—Es un creador —anunció Bran inesperadamente.

—¿Un qué? —preguntó Will dejando de masticar.

—Apostaría a que es un bardo: tiene los callos del tañedor de arpa en la punta de los dedos. Pero, sobre todo, has oído cómo hablaba de los creadores, de todo tipo, cuando nos contaba la historia del rey. Con amor...

—Y él y Merriman, una vez, deben de haber afrontado un grave peligro juntos... Bueno, supongo que tarde o temprano descubriremos de qué se trata. Ten... —Will le tendió a Bran la bolsa de las avellanas—. Acábatelas si quieres. Son realmente buenas. ¿Has dicho que había unas manzanas?

—Una por cabeza.

Bran le tendió una y comenzó a enrollar la alforja.

Will se dirigió a la puerta, mordiendo la manzana; era pequeña, amarilla y dura, pero sorprendentemente dulce y sabrosa.

Trató de no mirar el montón de huesos. Alzó los ojos hacia el Campo.

—¡Bran! ¡Ven a ver lo cerca que estamos!

El sol estaba alto en un cielo azul, surcado por nubes blancas y grandes. En el abrupto prado, quizás a un kilómetro y medio de distancia, una torre reluciente se erguía desde un bosquecillo de altos árboles, y el sol la alcanzaba con un reflejo tan vivido que los cegaba.

Bran salió. Juntos, miraron el Castillo durante un largo momento. Detrás de él, la Tierra Perdida acababa en el horizonte plano y reluciente del mar azul. Will volvió la cabeza para lanzar una última ojeada al bajo y amplio espino que crecía desde el tejado de la casita. Sus ojos se desencajaron. La planta que había estado cubierta de flores blancas como la leche, cuya mágica tormenta de nieve había destruido a la *Mari Llwyd*, ahora estaba repleta de bayas de color rojo vivo, apretadas en las ramas, brillantes como el fuego.

Bran sacudió la *cabeza*, por el asombro. Tanto él como Will tocaron el robusto muro de piedra de la casa, en un instintivo y agradecido adiós. Luego se pusieron en camino a través del prado, hacia la torre fulgurante.

Y cuando miraron hacia atrás una vez más, hacia el pequeño refugio con la planta que brotaba del tejado, ya no vieron ninguna casa, sino sólo un montón de matas de espino que crecían en campo abierto con sus bayas rojas.

Caer Wydyr

A pesar de sus esfuerzos, no volvieron a encontrar el camino. Y tampoco había ya rastro, por ningún lado, de los caballos: el pánico los había llevado muy lejos. Así, Will y Bran avanzaban tomando como punto de referencia la torre reluciente. Caminaron primero sobre tierra firme, y luego sobre una húmeda zona pantanosa, donde el agua estaba aún presente. Toda la Tierra Perdida era baja: una llanura costera, con la extensión de Cardigan Bay a su izquierda y las montañas a la derecha. Will comprendió que por algún punto delante de ellos debía correr el río Dyfi, hacia una desembocadura considerablemente más adelantada hacia el mar que la que había conocido. Era como si toda la costa de su tiempo hubiese ganado un kilómetro.

—O más bien —dijo en voz alta— recuperado la tierra que ha perdido.

Bran lo miró con una media sonrisa inteligente.

—Pero aún no la ha perdido, ¿no? —replicó—. Porque nosotros hemos vuelto atrás en el tiempo.

—¿De verdad? —preguntó Will pensativo.

—¡Pues claro! —respondió Bran mirándolo fijamente.

—Supongo que sí. Adelante, atrás, adelante, atrás. —Will vagaba con la mente. Miró una extensión de lirios amarillos entre las cañas de un área pantanosa que habían evitado con cuidado—. Bonitos, ¿eh? Parece que estemos en la granja, cerca del río.

—Apuesto a que realmente nos estamos acercando a un río —observó Bran, lanzándole una ojeada incierta—. Hay mucha humedad, y me muero de sed.

—¡Escucha! —exclamó Will—. ¿Oyes el rumor del agua corriente?

—Aunque sea cierto, no nos servirá de gran cosa... probablemente, será salobre —replicó Bran, pero se puso a escuchar con atención y asintió—. Sí. Más adelante, más allá de esos árboles.

Prosiguieron. Ahora, la torre brillante dominaba más alta, aunque casi oculta por los árboles. Vieron que en su parte superior había una cúpula con franjas de oro y cristal, igual a la del palacio del rey en la Ciudad. Había incluso una flecha de oro idéntica en la cima, dirigida hacia el mar.

Se hallaron en medio de un grupo de sauces enfermizos, mientras crecía el rumor del agua. De pronto alcanzaron un torrente bordeado de cañas, curiosamente rápido en un terreno tan llano. Al parecer corría desde la Ciudad hasta encontrar el río Dyfi de camino al mar. El agua parecía límpida y fresca. —¡Tengo sed! —repitió Bran. — Cruza los dedos. Introdujo una mano en el agua y la probó, y luego hizo una mueca horrible.

—¿Está salada? —preguntó Will tras emitir un gemido de disgusto.

—No —respondió Bran—. Está buenísima.

Se tendieron en la orilla herbosa y bebieron ávidamente, salpicándose la cara acalorada hasta tener el cabello mojado y chorreante. En un charco, al abrigo de una roca, Will descubrió el reflejo de Bran, y quedó hipnotizado. Sólo el brillo de los ojos dorados era propiamente suyo, porque su rostro estaba en sombra y el cabello mojado parecía estriado de claro y oscuro. Y, no obstante, Will reconoció en un extraño relámpago toda la imagen transformada.

—Te he visto ya con este aspecto, en algún lugar —dijo con brusquedad.

—Pues claro que me has visto ya —admitió perezosamente Bran.

Inclinó la cabeza y sopló burbujas, rompiendo el reflejo. El agua resplandeciente se encrespó en cien superficies distintas. De pronto apareció en ella una gran mancha clara. Una advertencia resonó en la mente de Will, que se volvió sobre su espalda y vio, nítido contra el cielo, dominándolos, al Caballero Blanco encapuchado sobre su caballo blanquísimo.

Bran levantó la cabeza del torrente y escupió para quitarse de la boca una brizna verde de hierba. Se frotó el agua de los ojos, alzó la vista... y de golpe quedó paralizado.

El Caballero Blanco bajó la mirada hacia Will con los ojos brillantes enmarcados en una faz pálida, desenfocada, sombreada por la capucha.

—¿Dónde está tu señor, Vetusto?

La voz era suave y silbante, y extrañamente familiar, aunque sabían que jamás la habían oído.

—No está aquí, como bien sabes —cortó Will.

—Y, sin duda, te ha dicho que algo le había impedido venir, y tú no has dudado de sus palabras. El señor Merriman es más astuto que tú, Vetusto. Conoce el peligro que se encuentra aquí, y procura no exponerse a él —dijo el Caballero Blanco con una sonrisa deslumbrante.

Will se apoyó en los codos.

—Y tú estás muy equivocado si crees que me turbarás con semejantes palabras. La Tiniebla debe de estar muy mal para recurrir a trucos tan idiotas.

El Caballero Blanco irguió la espalda: parecía más peligroso que antes.

—Volved atrás —dijo fríamente la voz suave y silbante—. Volved atrás, mientras aún estéis a tiempo.

—No podéis obligarnos —replicó Will.

—Es cierto —admitió el Caballero—, pero podemos lograr que deseéis no haber venido jamás... —los ojos brillantes se deslizaron en dirección a Bran— en especial el muchacho del cabello blanco.

—Tú sabes quién es, Caballero —le reprochó Will—. Tiene derecho a un nombre.

—Todavía no ha adquirido su poder —objetó el Caballero— y hasta entonces es una nulidad. Y será una nulidad para siempre, tan sólo un hijo de vuestro siglo,

porque sin tu señor no tenéis esperanza de obtener la espada. Volved atrás, Vetusto, volved atrás —la voz suave se alzó en una orden nasal, sonora, y el caballo blanco se movió inquieto—. Volved atrás —repitió el Caballero— y nosotros os haremos salir de la Tierra Perdida y regresar sanos y salvos a vuestro tiempo.

El caballo volvió a agitarse. Con una exclamación irritada, el Caballero Blanco aflojó las riendas y le hizo dar una amplia vuelta para calmar su agitación.

—¡Mira! —susurró Bran, mirando al suelo.

Will lo imitó. Bajo el sol alto y ardiente, su sombra y la de Bran yacían juntas, cortas y toscas, sobre el prado irregular. Pero mientras el Caballero Blanco y su caballo giraban hacia ellos la hierba que se encontraba entre los cuatro cascos permaneció clara y luminosa.

—Ah, sí —murmuró Will—. La Tiniebla no proyecta sombra.

—Volveréis atrás —decretó en tono nítido y seguro el Caballero Blanco.

Will se levantó.

—Nosotros no volveremos atrás, Caballero. Hemos venido a por la espada.

—La espada no es ni para nosotros ni para vosotros. Os dejaremos marchar, con toda seguridad, y la espada permanecerá con su creador.

—Su creador la hizo para la Luz —replicó Will—, y cuando vayamos a buscarla, nos la dará. Y entonces nos marcharemos realmente seguros, señor mío, lo quiera o no la Tiniebla.

El señor de la capa blanca lo miró de arriba abajo.

—Si es eso lo que esperáis de la Tierra —afirmó—, entonces sois tan estúpidos que no tenemos nada que temer de vosotros.

Y sin decir otra palabra, dio la vuelta al caballo y se alejó al trote más allá de la curva del río, desapareciendo detrás de los árboles.

Cayó el silencio. El agua murmuraba.

Bran se puso en pie y siguió al Caballero con mirada ansiosa.

—¿A qué se refería?

—No lo sé, pero no me gusta —de pronto Will se estremeció—. Estamos rodeados de la Tiniebla. ¿La sientes?

—Un poco —respondió Bran—. No completamente, no como tú. Sólo siento que... éste es un lugar triste.

—Morada de un rey triste. —Will miró a su alrededor—. ¿Debemos seguir el río?

—Eso parece.

La marea empezaba a subir, y mientras avanzaban, se intensificó. De improviso vieron una vela marrón, y sobre la espuma de la marea vino a su encuentro una barca. La barca giró hacia la orilla y llegó junto a ellos. Will miró estupefacto la figura a bordo.

—¡Es Gwion!

Gwion, esbelto y vestido de negro, pasó ágilmente a proa con una cuerda y saltó a tierra mientras la barca rozaba la orilla. Lanzó una ojeada a Will y a Bran, haciendo que irrumpiese la sonrisa familiar sobre la barba gris, bien cuidada, y luego lanzó una exclamación en gales a sus espaldas. Un hombre fornido, de cabello negro y rostro rojizo estaba a cargo del largo timón, detrás del único y tosco mástil de la embarcación. El hombre respondió a Gwion. Will lanzó una mirada interrogativa a Bran.

—Ha hablado de cómo amarrar —tradujo éste—. Y de cómo aprovechar la marea —dijo de pronto a Gwion, tendiendo una mano para aferrar una segunda cuerda lanzada desde la barca. Juntos la ataron a popa y a proa a un par de mástiles, mientras oscilaba en el río a la llegada de la marea.

—Muy bien: habéis llegado sanos y salvos hasta aquí —saludó Gwion, estrechándoles un hombro a ambos—. Ahora vamos.

Se puso a caminar de inmediato a lo largo de la orilla, a paso rápido.

—Explícanos, explícanos —le incitó Bran, alargando el paso para no quedarse atrás—. ¿Cómo has llegado hasta aquí? ¿Por qué la barca? ¿Cómo sabías dónde encontrarnos, y cuándo?

Gwion le sonrió.

—Cuando hayas alcanzado tu pleno poder, Bran Davies de Clwyd, estarás tan seguro como nuestro Will y no te preocuparás de hacer estas preguntas. Yo he venido simplemente porque me necesitaréis. Y, de esta forma, he infringido la Ley de la Tierra Perdida, que obliga a no tener relaciones ni con la Luz ni con la Tiniebla, cuando éstas están en lucha. Y seguiré infringiéndola, sin duda, hasta el final de los Tiempos. Despacio, ahora...

La voz se le quebró. Aminoró el paso, abriendo los brazos para mantenerlos atrás.

Habían llegado al final de un bosquecillo de encinas y pinos curvados por el viento, que bordeaban aquel lado del río. Ante ellos, se hallaba ahora el Castillo de la Tierra Perdida, una torre fulgurante que se erguía por encima de un círculo de espesos y altos árboles.

El semblante de Gwion se puso serio. Dejó caer los brazos y por un instante permaneció inmóvil, como si hubiese olvidado a Will, a Bran, a sí mismo y todo lo demás, a excepción de la torre brillante y solitaria que se alzaba ante él.

—Caer Wydyr —dijo en voz baja, casi en un susurro—. Tan bella como siempre ha sido. Y mi gran rey apenado, encerrado dentro, nunca ve su belleza. En realidad no hay nadie, en toda la Tierra Perdida, que pueda verla, salvo los señores de la Tiniebla.

—Y ellos están en todas partes, aunque ocultos —dijo Will mirando inquieto a su alrededor.

—En todas partes —confirmó Gwion—. Entre los árboles guardianes. Pero no pueden dañarlos, igual que no pueden tocar ni al rey ni a su castillo.

Los grandes árboles crecían en un círculo irregular en torno a la torre, rozándola con las ramas y las hojas, y ésta se elevaba desde ellos como una isla desde un mar verde.

—Siete árboles, ha dicho la Señora. —Bran se volvió hacia Will—. Siete árboles. Como los siete Durmientes que, un día, sobre Llyn Mwyngil, despertaron ante nuestros ojos, para cabalgar hasta el mañana.

Sus ojos dorados brillaban en la tez pálida. Miró a su alrededor, sin temor, con rostro desafiante, invadido por un instante por una seguridad febril que Will nunca le había visto.

—Pero los Durmientes eran seis —replicó Will lentamente.

—Serán siete —decretó Bran al final. Y ya no se llamarán Durmientes, sino Caballeros, como los señores de la Tiniebla.

—Éste es el primer árbol —anunció Gwion.

Su voz era neutra, pero Will advirtió que cambiaba deliberadamente de tema. Ante ellos, cerca del río, había un denso grupo de troncos esbeltos, de corteza verde y hojas anchas y redondas, danzantes.

—El aliso —dijo Bran—. Crece con los pies mojados, como en nuestro valle, donde John Rowlands lo maldice como si fuese una mala hierba.

Gwion partió tres ramitas de una rama principal, tomando cada una por el punto de unión, donde no se doblaban ni deshebraban.

—A veces, será invasora como una mala hierba, pero tiene una madera que no se rompe ni se pudre. El aliso es el árbol del fuego, y como el fuego posee el poder de liberar la tierra del agua. Y nosotros podríamos necesitarlo. Tomad.

Dio una ramita a cada uno y prosiguió hacia la amplia copa caída de un sauce, de ramas finas y largas hojas. De nuevo, partió tres ramitas y distribuyó dos de ellas.

—El sauce, el árbol del mago —observó Will, volviendo con la mente a cierto libro antiguo que le había mostrado Merriman cuando aprendía a utilizar sus dones de Vetusto—. «Fuerte como un joven león, dócil como una mujer enamorada y amargo al gusto, como todo hechizo es al final» —dirigió a Gwion una sonrisa alusiva—. Hace algún tiempo, me lo enseñaron todo sobre los árboles.

—Ya lo veo. Háblame del próximo —respondió Gwion tranquilamente.

—El abedul —anunció Will.

Un gran árbol blanco se erguía ante ellos, con duras espigas en flor que danzaban desde las ramas largas y delgadas. Bajo las hojas verdes y temblorosas había un tronco viejo, marcado por la extensa cicatriz de una vieja herida que le proporcionaba los primeros signos de decadencia.

—Nunca he visto un abedul por esta zona —exclamó Bran sorprendido, sin reflexionar. Luego miró a Will y sonrió con ironía—. Y tampoco una gran torre de vidrio, ni un espino que crecía de un tejado.

—No has dicho ninguna tontería —replicó suavemente Gwion, tendiéndoles las ramitas de abedul—. En mi tiempo, el clima de Gales es más cálido y más seco que en el vuestro, y tenemos bosques de alisos, abedules y pinos, mientras que vosotros sólo tenéis encinas y los árboles exóticos que serán traídos por hombres nuevos. Y tampoco éstos —se interrumpió por un instante— estarán exactamente en el mismo lugar en que se hallan estos árboles de mis días.

Will se sintió invadido por una especie de terror al comprender a qué se refería Gwion, pero el gales los llevó rápidamente hacia delante, más allá del gran abedul, y de pronto la torre de vidrio, Caer Wydyr, se recortó ante ellos en toda su altura por primera vez. Se apoyaba en una gran roca recortada. La piedra era desconocida: no era ni el gris brillante del granito, ni el gris azulado de la pizarra, sino un negro bruñido, amortiguado aquí y allá por vividas manchas de blanquísimo cuarzo. La torre, circular, estaba hecha de un cuarzo cristalino, similar a la piedra, blanco, translúcido, con una extraña y lechosa claridad. En el muro completamente liso se abrían las troneras de las ventanas.

—¿No hay puerta? —preguntó Bran.

Gwion no respondió, sino que los condujo a través de la hierba larga e hirsuta hacia otros dos árboles. El primero no era alto, sino ancho y frondoso, con las hojas redondeadas y los frutos aún en capullo, una típica planta de muchos setos de Inglaterra y Gales.

—El avellano sirve para sanar —anunció Gwion, tomando tres ramitas.

—Y para alimentar a los caminantes hambrientos —añadió Bran.

—Entonces ¿estaban buenas? —preguntó Gwion riendo.

—Exquisitas. Y también las manzanas.

—El manzano es otro de nuestros árboles —afirmó Will, recordando.

—Pero antes el acebo. —Gwion se volvió hacia un árbol de tronco gris y liso, con las hojas oscuras, verdes y brillantes, espinosas en las ramas inferiores y ovaladas en las más altas. Tomó sólo ramitas con hojas espinosas, y de nuevo tendió una a cada uno.

—Y del manzano podréis tomar también los frutos —dijo con una sonrisa—. Pero debo ser yo quien desprenda las ramitas de cada árbol.

—¿Por qué? —preguntó Bran.

—Porque de lo contrario —respondió Gwion con sencillez— el árbol protestaría y entraría en vigor la ley por la que ni la Luz ni la Tiniebla pueden efectuar un solo movimiento para sus fines en la Tierra Perdida —se interrumpió por un instante y los miró atentamente, acariciándose la barba canosa. Su voz era grave—. No os engañéis: la Tierra Perdida no es un lugar apacible. Aquí hay una dureza, una indiferencia a todas las emociones distintas de las pertenecientes a la Tierra, que es la otra cara de la belleza del jardín de las rosas y de la habilidad de los artesanos y los creadores. No la

subestiméis.

—Pero nuestro verdadero enemigo es sólo la Tiniebla —decretó Bran.

Gwion inclinó la barbilla en un extraño movimiento arrogante, pero algunas arrugas de dolor le marcaban la boca.

—¿Quién crees que ha llamado a la *Mari Llwyd* para hacerte casi enloquecer, Bran Davies? —replicó tranquilo—. ¿Quién crees que ha concebido el laberinto de espejos? ¿Qué te amenaza ahora en la tarea, casi imposible, de alcanzar al Rey Perdido y su espada de cristal? ¿Crees que la Tiniebla tiene mucho que ver con todo ello? Nada de eso. Aquí la Tiniebla se halla casi impotente, en comparación con los poderes propios de este lugar. Aquí te mides con la Tierra Perdida, y te lo juegas todo.

—Y ésta es la Magia Instintiva —observó Will lentamente—. O algo que se le parece mucho.

—Una forma suya —confirmó Gwion—. Pero no sólo eso. Bran estaba inmóvil y parpadeaba perplejo.

—¿Y tú formas parte de ella?

—Ah —suspiró Gwion, pensativo—. Yo soy un renegado que va por su camino. Aunque amo con pasión a mi país, no recibiré ningún bien —sonrió a Bran, indicando con la cabeza un punto situado delante—. Vamos, servios.

Un viejo y amplio manzano doblaba sus ramas hacia el suelo. Era el único árbol que crecía bajo y no dominaba sobre sus cabezas. Pequeñas manzanas amarillas, y otras aún más pequeñas, de color verde intenso, punteaban las ramas oscuras entre las hojas poco abundantes. Bran miró con gran asombro.

—¿Las manzanas del año pasado junto a las de este año? —preguntó, y tomó una amarilla, cuya pulpa dura y jugosa mordió.

—A veces permanecen aquí colgadas durante dos años —respondió Gwion, tras reír entre dientes—. Ésta es una manzana de un tiempo muy anterior al tuyo, tenlo presente. En tus días existen muchas cosas que ni siquiera eran soñadas, salvo por los Vetustos, en esta época en que la Tierra se perdió. Pero, igualmente, antaño existían otras cosas notables que desaparecieron para siempre, junto a la Tierra.

—¿Para siempre? —objetó Will suavemente. Tomó una manzana amarilla y la mantuvo alta, sonriendo a Gwion con los ojos.

Gwion lo miró con una expresión extraña, lejana.

—«Por los siglos de los siglos», decimos en las oraciones. «Los siglos de los siglos», repetimos, Vetusto, ¿no es cierto? Como si una cosa pudiese durar para siempre, como una vida, un amor o una búsqueda, y sin embargo volver a empezar y ser para siempre igual que antes. Y todo fin que puede, en apariencia, venir, no es verdaderamente tal, sino una ilusión. Porque el Tiempo no muere, el Tiempo no tiene ni principio ni fin, y así nada que se sitúe en el Tiempo puede terminar o morir.

Bran volvía la cara del uno al otro, masticando la manzana, callado.

—Y aquí estamos en un tiempo transcurrido hace mucho, que aún no ha llegado —afirmó Will.

—Yo ya he estado en este lugar —intervino inesperadamente Bran.

—Sí —confirmó Gwion—. Tú naciste aquí. Entre muchos árboles como éstos.

Will alzó rápidamente la mirada, pero el muchacho del cabello blanco no añadió nada más. Tampoco Gwion habló. Prosiguió, partiendo tres ramitas nudosas y negruzcas del viejo manzano.

Pero una voz llegó a sus espaldas: una voz suave, con un acento inequívoco.

—Y el muchacho que nació aquí tal vez pueda quedarse... por los siglos de los siglos —una burla maligna hacía el tono de voz áspero como un látigo—. Lo cual significa un tiempo larguísimo, por muchas vueltas metafísicas que podamos darle.

Will se volvió lenta y deliberadamente, para afrontar la figura alta, vestida de oscuro, sentada en el gran semental negro. El Caballero Negro había bajado la capucha: el sol resplandecía sobre sus cabellos castaños, de brillo rojizo como el pelo de un zorro, y sus ojos llameaban como brasas azules. Tras él, otras figuras a caballo esperaban en silencio: caballeros todos de negro o blanco, uno junto a cada árbol y otros diseminados más lejos de lo que Will podía ver claramente.

—Ya no habrá más advertencias, Vetusto. Ahora será cuestión de puro desafío y de amenaza. Y de promesas —anunció el Caballero Negro.

—Las promesas de la Tiniebla no poseen fuerza en nuestra tierra, Señor mío—objetó Gwion, con voz fuerte y profunda.

El Caballero Negro lo miró como habría podido mirar a un perro, o a un niño pequeño.

—Es más sensato temer la palabra de un Señor de la Tiniebla que prestar oídos a la del juglar de un rey perdido —replicó con desprecio.

Una premonición pellizcó a Will por todo el cuerpo, como un insecto reptante. Le resonó al oído: «Oh, oh, de estas palabras te arrepentirás...». Pero Gwion no parpadeó, se limitó a avanzar como si el Caballero Negro no existiese, y se dirigió a la enorme y robusta encina a cuya sombra estaba la figura sombría.

—Aquí no se recogen hojas, tañedor de tres al cuarto—se burló el Caballero. —Creo que la reina de los árboles está fuera de tu alcance.

El escalofrío de advertencia atravesó a Will con una intensidad aún mayor. Gwion permaneció impassible. Con cuidado y dignidad extendió del todo un brazo moreno y delgado, tomó una rama de hojas recortadas y la partió en tres fragmentos.

—Te prometo, juglar, que si entras en la torre no volverás a salir —anunció el Caballero con aspereza.

Mientras volvía la cabeza, vieron la terrible cicatriz a un lado del rostro.

—Tú no puedes hacer nada para detenernos, señor mío —le replicó Will.

Tirando de Bran, se dirigió hacia Gwion y la encina imponente.

El Caballero se relajó bruscamente; sonrió.

—Oh, no necesito hacerlo —concluyó, y poco a poco apartó a un lado a su magnífico semental, negro como la noche, dejando plenamente a la vista la torre de vidrio que se alzaba ante Will y Bran.

Will se detuvo, con un gemido de aprensión incontrolable. El Caballero Negro soltó una carcajada aguda, burlona. Ahora, estaba demasiado claro lo que había querido decir.

El gran portón de Caer Wydyr era por fin visible, alto sobre la base rocosa, en la cima de un abrupto tramo de peldaños apenas marcados. Pero era un portón obstruido por un hechizo que Will jamás habría imaginado: ante él había una rueda gigante, la cual giraba tan rápido que parecía un disco brillante. No tenía eje, ni ningún tipo de apoyo; estaba suspendida en el aire, mortífera, moviéndose en círculo tan velozmente que emitía un amenazador zumbido.

—¡No! —murmuró Bran.

De los Señores de la Tiniebla, que se agitaban entre los árboles sobre sus caballos blancos y negros, surgió un rumor insolente, lleno de maldad satisfecha. El Caballero Negro estalló en una nueva carcajada, insoportable y traicionera.

Volviéndose, presa de una desesperada confusión, Will halló los ojos brillantes de Gwion clavados en él. Decían: «Debo hablarte, pero no puedo hacerlo... piensa...».

Will pensó y lo comprendió de pronto.

—¡Vamos!

Agarrando a Bran por el brazo, comenzó a correr y subió a toda prisa por la escalera de la gran roca sobre la que se erguía la torre, hasta que se encontró en el último peldaño, tan cerca de la rueda giratoria que podía ser cortado por la mitad. Gwion estaba detrás de ellos, mostrando sus dientes blancos en una sonrisa de alegría febril. Will se inclinó hacia Bran.

—¿Qué es lo último que dijo la Señora? —le susurró al oído.

—«Sólo el cuerno puede detener la rueda.» —dijo con voz ahogada.

Will bajó la mano hasta el cinturón y tomó el pequeño cuerno de caza que estaba colgado de él. Se detuvo, respiró hondo, echó la cabeza hacia atrás y tocó una única nota, larga y límpida, que resonó como un trino armónico sobre el terrible zumbido de la rueda giratoria. Y ésta se detuvo de inmediato, como bloqueada por una fuerza inmensa, mientras un gran grito desgarrado de cólera se elevaba de los Caballeros de la Tiniebla. Will y Bran tuvieron un instante para ver que la rueda tenía cuatro radios, que la dividían en cuartos, antes de que Gwion los empujase a atravesar el más cercano y se introdujese detrás de ellos.

Gwion le puso en la mano a Will su haz de siete ramitas y esta vez, sin tan siquiera mirarlo a la cara, Will supo qué hacer. Agarrando también el haz de Bran, a

fin de tener los tres, tendió rápidamente el brazo a través de los radios de la rueda. Una oleada de obscuridad, furia y amenaza ascendía hacia ellos, por los peldaños que llevaban a la torre. Con toda la fuerza que pudo recoger, Will echó las ramitas en la Tiniebla. Una potencia enorme, como una muda explosión, irrumpió desde la torre, y la gran rueda empezó a girar de nuevo.

Giró cada vez con más fuerza. El zumbido creció, la entrada quedó obstruida por el hechizo, mientras la Tiniebla, abajo, gritaba de rabia. Will, Bran y Gwion se encontraron en la claridad suave y lechosa, dentro de la torre de vidrio del Rey Perdido.

El Rey de la Tierra Perdida

Permanecieron inmóviles, mirándose. Fuera de la torre, la furia de la Tiniebla arreciaba, como un estruendo que parecía llenar el mundo entero. Instintivamente, Will arqueó los hombros, sintiendo su fuerza como si fuese un golpe.

Y luego, de improviso, cesó. El tumulto se desvaneció por completo y ya no oyeron nada salvo el débil zumbido de la rueda que giraba, fuera. Aquel brusco cambio era más enervante que el ruido.

—¿Qué están haciendo? —preguntó Bran, tenso como un resorte.

—Nada —respondió Will con falsa seguridad—. Aquí no pueden hacer nada. Olvídalos —abarcó con los ojos la sala cuadrada en la que acababan de entrar, que ocupaba la torre en toda su amplitud—. ¡Mira!

El aire estaba invadido por la claridad: una luz suave y verdosa se filtraba por las paredes de cuarzo. «Parece que estemos en una caverna de hielo», pensó Will. El lugar estaba repleto. Pilas de manuscritos yacían sobre las mesas, las estanterías y la gruesa estera de juncos que cubría el pavimento. Contra el muro, una mesa enorme y pesada tenía diseminadas tiras de fúlgido metal y de trozos de vidrio y roca, rojos, blancos y azules verdosos. Luego le llamó la atención una cosa colgada en lo alto, en el muro: un escudo redondo y sobrio, hecho de oro brillante.

Saltando ágilmente sobre una mesa, Gwion lo separó del muro. Alargó los brazos.

—Sostenlo tú, Will. En los días de su grandeza, el Rey Gwyddno fabricó tres escudos para la Luz. Esta llevó dos de ellos a lugares donde podía llegar el peligro, y el tercero lo dejó aquí. Nunca he comprendido por qué... pero quizás el motivo es este momento nuestro, y siempre lo ha sido.

Will tomó el escudo e introdujo el brazo en las correas del lado interno.

—Es magnífico —observó—. Y... lo son también los otros dos que el rey hizo. Creo haberlos visto en... otros lugares. Nunca se han utilizado.

—Esperemos que ocurra lo mismo con éste —replicó Gwion.

—¿Dónde está el rey? —preguntó Bran impaciente.

Estaba mirando una escalera de hierro colado, con espléndidas volutas, que subía en espiral, hasta desaparecer en una abertura del alto techo vítreo.

—Sí —confirmó Gwion—. Allá arriba. Subiremos, pero debéis dejaros guiar por mí. Pasaremos por algunas salas en las que no veréis a nadie, y al final llegaremos junto al rey.

Apoyó una mano en la curva barandilla de la escalera y miró a Will intensamente.

—¿Dónde está el cinturón de los Signos?

—En la batalla de Mount Badon —respondió éste tristemente—. Donde Merriman la llevó al gran rey, para conseguir la victoria. Y estará también en el último enfrentamiento, cuando llegue la Señora y todo el poder de la Luz se reúna.

Pero no lo tendremos antes. E incluso entonces, sólo si...

—Eirias —dijo Bran, con voz tensa—. Eirias.

—¡No pronuncies el nombre todavía! —le reprochó Gwion—. Debes esperar. Dentro de esta torre, la espada sólo puede ser llamada por su nombre en su misma presencia. Vamos.

Subieron, y después de cruzar numerosas estancias, se hallaron en un gran hemisferio estriado de oro y vidrio translúcido que, tal como comprendió Will, debía de ser la cima en forma de cúpula de la torre, desde cuya cumbre una flecha dorada apuntaba hacia el mar.

La sala contenía sólo una mesa cuadrada, situada a un lado, un biombo de madera tallada y unas cuantas sillas de respaldo alto, tan pesadas y robustas que parecían cortadas de bloques de madera maciza.

—¿Gwion? —llamó una voz.

Un suave eco susurró por la cúpula. La voz era ronca, baja y sin fuerza. Provenía de una silla situada en la parte de la estancia opuesta a la de ellos, y de la que sólo veían el respaldo.

—Estoy aquí, mi señor —respondió Gwion, con afecto y paciencia en la voz, como si hablase a un niño turbado—. Y... conmigo hay dos de la Luz.

Se produjo una larga pausa, cuyo silencio fue roto sólo por el débil grito de una gaviota lejana.

—Tú me traicionas. Échalos —ordenó por último la voz, fría y brusca.

Gwion atravesó la estancia y se arrodilló ante la silla tallada.

—¿Yo, traicionarte, mi señor?

—No, no —respondió cansadamente la voz—. Sé que no es cierto. Pero debes echarlos, juglar. Eso deberías saberlo tú solo.

—Pero, maestro, el peligro es demasiado grande —exclamó Will impulsivamente, adelantándose.

Se detuvo justo detrás de la silla. Vio yacer inerte en el reposabrazos una mano delgada, que llevaba en un dedo un gran anillo con una piedra oscura, parecido al de Gwion.

—Mi señor, la Tiniebla está levantando la cabeza, en su último y gran intento de arrancar a los hombres el control de la Tierra —prosiguió, en el tono más sereno que pudo—. Nosotros los de la Luz no podremos impedir ese intento, si no estamos armados con los Objetos del Poder creados para ese fin. Los tenemos todos, salvo el último, la espada de cristal, que tú, rey y señor mío, hiciste para nosotros hace tanto tiempo y ahora custodias.

—Yo no custodio nada —replicó la voz indolente—. Yo me limito a existir.

—Pero la espada está aquí desde el día en que fue creada —mientras hablaba, registraba la estancia con los ojos—. No podemos tomarla si no eres tú quien nos la

da. Dánosla ahora, majestad, te lo suplico.

—Dejadme en paz —repitió la voz.

—La espada fue construida para la Luz —insistió Will—, y a la Luz debe ir.

Miraba el biombo de madera maravillosamente tallado, apoyado en la pared curva de la cúpula, cerca de donde estaba sentado el rey. ¿Era sólo un bello ornamento o escondía algo a la vista?

—No me digas «debe» a mí, Vetusto —observó la voz con débil petulancia.

—¡Pero nosotros debemos tener a Eirias! —exclamó bruscamente Bran, detrás de él.

La mano delgada apoyada sobre la silla se reanimó por un instante, sus dedos se doblaron y luego volvieron a caer blandamente.

—Gwion —reiteró la voz vacía—, nada puedo hacer por ellos. Échalos.

Aún de rodillas, Gwion miraba hacia arriba, con el rostro arrugado por la preocupación.

—Estás cansado —observó en tono desdichado, abandonando toda ceremonia—. Quisiera que no estuvieses siempre solo.

—Cansado de la vida, juglar. Cansado del mundo —su voz parecía una hoja seca y marchita, agitada por el viento invernal—. Ya no tengo gustos, ni objetivos. El tiempo arrastra a mi mente donde quiere. Mi vida inútil es como el vacío graznido de un cuervo, y todo talento que pueda haber poseído está ya muerto. Que mueran también los juguetes por él creados.

Las lentas palabras provenían de una desesperación tan profunda que Will notó que se le erizaba el vello en la nuca. Era como oír hablar a un muerto.

—Hablas como la *Mary Llwyd*, no como un rey —pronunció Bran claramente.

Los dedos de la mano volvieron a doblarse brevemente, y luego cayeron de nuevo inertes. En la voz se insinuó el cansado desprecio de una larguísima experiencia desafiada por el vigor ciego e ignorante de la esperanza.

—Niño imberbe, no me hables de la vida que no has vivido. ¿Qué sabes del peso que arrastra un rey que ha traicionado a su pueblo, un artista que ha traicionado su don? Esta vida es un largo engaño, lleno de promesas que no se pueden mantener, errores que no se pueden corregir, faltas que no es posible subsanar. De mi vida he olvidado todo lo que podía. Marchaos y dejadme olvidar lo demás.

Mientras Will permanecía mudo, hipnotizado por el profundo y horrible desprecio de sí mismo contenido en la voz ronca, Bran acudió a su lado. Y, de pronto, todos sus sentidos le gritaron que se había iniciado un cambio: en adelante, Bran ya no volvería a ser sólo el extraño muchacho albino de ojos dorados, oculto en un valle del norte de Gales, donde los lugareños lo miraban de reojo y los niños se burlaban de él por su tez pálida y su pelo blanco.

—Gwyddno Garanhir —comenzó Bran, en una llamada tranquila, pero fría y dura

como el hielo, con marcado acento gales—, yo soy el Pendragón, y el destino futuro de la Luz reside en mis manos. No puedo tolerar la desesperación. Eirias, creada por ti por orden de mi padre, es mi legítima herencia. ¿Dónde está la espada de cristal?

Con lentitud extrema, la figura de la silla se inclinó ligeramente hacia delante, volviéndose hacia ellos; así vieron el rostro del rey, idéntico al que habían divisado en el arco iris de la fuente del jardín de las rosas, en un tiempo próximo y lejano al mismo tiempo. Un rostro inconfundible: delgado, con los pómulos altos, la piel surcada por profundas arrugas de tristeza y los ojos rodeados de sombras oscuras. El rey lanzó una ojeada a Will, y luego vio a Bran. Su expresión se alteró. Quedó inmóvil, abriendo sus oscuros ojos.

—Sin embargo, era un sueño —dijo en un susurro, tras un largo silencio.

—¿Qué era un sueño, majestad? —preguntó Gwion dulcemente.

El rey lo miró. De repente, había en él una sencillez conmovedora, como la de un niño que confía un secreto a un amigo.

—Sueño sin cesar, juglar. Vivo en mis sueños: son lo único que no ha tocado el vacío. A veces son negros y horribles, pesadillas del infierno... Pero la mayoría son maravillosos, llenos de la felicidad perdida y de la alegría de hacer y existir. Sin mis sueños, habría enloquecido hace ya tiempo.

—Ah —suspiró Gwion—, lo mismo les ocurre a muchos, en este mundo.

—Y he soñado —continuó el rey, mirando a Bran con asombro— con un muchacho de pelo blanco que venía a traer tanto un final como un principio. El hijo de un gran padre, dotado de toda su fuerza, y de más todavía. Y me parecía haber conocido al padre, una vez, hace mucho tiempo... aunque no puedo decir dónde o cuándo, con la niebla que el vacío ha puesto en mi mente. El muchacho de pelo blanco... en mi sueño, no tenía ningún color. Tenía la cabeza blanca, las pestañas y las cejas blancas y llevaba círculos de vidrio oscuro para protegerse los ojos del sol, pero cuando se los quitaba se veía que eran ojos mágicos, dorados como los de un búho.

Se levantó, apoyando una mano en la silla para sostener su cuerpo delgado y tembloroso. Gwion saltó hacia delante para ayudarlo, pero el rey alzó la otra mano.

—Ha venido a mi encuentro —contó— atravesando la estancia a la carrera. El sol brillaba sobre su pelo blanco, y él se ha reído, y era la primera música de ese tipo que este castillo oía desde hace mucho, mucho tiempo —los rasgos duros se suavizaron, como un débil rayo de sol suaviza un cielo gris lleno de nubes—. Traía un final, pero también un principio. Eliminaba la maldición de este lugar. En mi sueño, se arrodillaba ante mí, y decía...

Bran rió suavemente y Will sintió que lo abandonaba toda la tensión rabiosa. El muchacho de pelo blanco avanzó rápidamente y se arrodilló ante el rey.

—Y decía: «Hay cinco barreras que romper para llegar a la espada de cristal, y se

describen en cinco versos grabados con letras de fuego dorado sobre la propia espada —prosiguió con una sonrisa—. ¿Debo decirte de cuáles se trata?»

El rey lo miraba. En sus ojos despertaba una vida antes ausente.

—Yo he respondido: «Sí, dímelo».

—Y cuando te lo haya dicho. —Bran había dejado de citar— caerá la quinta barrera, ¿no es cierto, majestad? Porque ya hemos superado cuatro: las palabras son nuestros testigos. Y si logro romper tu desesperación, que es la tumba de todas tus esperanzas, ¿me dejarás tomar la espada?

—Entonces será tuya —concedió el rey, con los ojos clavados en él.

Bran se levantó lentamente, respiró hondo y las palabras salieron como un canto rítmico:

Yo soy la matriz de todo amparo.

Yo soy la llama sobre toda montaña.

Yo soy la reina de toda colmena.

Yo soy el escudo para toda cabeza.

Yo soy la tumba de toda esperanza...

¡Yo soy Eirias!

El rey Gwyddno emitió un suspiro prolongado, y con un estruendo súbito el biombo de madera tallada situado contra la pared de la cúpula se partió en dos y cayó al suelo. En el muro vieron los versos apenas recitados por Bran llamear nítidos con letras de oro. Debajo de ellos, sobre una placa de pizarra, como un carámbano brillante, una espada de cristal.

El rey avanzó lenta y rígidamente por el blando pavimento cubierto de esteras. En la parte posterior de la capa de color verde oscuro que llevaba sobre la túnica blanca, estaba bordado en oro el escudo real, con las rosas y el pez saltando. El rey Gwyddno tomó la espada entre las manos y se volvió de nuevo hacia ellos. Pasó un dedo sobre el lado plano y cincelado de la hoja con gesto asombrado, como incrédulo de haber podido crear un objeto de tal belleza. Luego, aferrando la espada por la cruz del puño, a fin de apuntarla hacia abajo, se la tendió a Bran.

—Que la luz vaya a la Luz —decretó—, y Eirias a su legítimo heredero.

Bran tomó la espada, dirigiéndola con cuidado hacia arriba, y a Will le pareció que súbitamente se había vuelto más erguido, más imperioso. Desde un punto lejano, fuera de la torre, vino un estruendo prolongado y denso, similar a un trueno.

—Y ahora, que suceda lo que deba suceder —dijo el rey en tono neutro. Se llevó bruscamente la mano a la *cabeza*, frotándose la frente—. ¿Había... había una vaina, Gwion? ¿Hice una vaina para la espada?

—Sí, majestad, una vaina de piel y oro —respondió Gwion sonriendo—. Y el

vacío de tu mente, como lo llamas, comienza a romperse, o no te acordarías.

—Estaba... —el rey arrugó la frente y cerró los ojos, como por el dolor.

Luego, de golpe, volvió a abrirlos, señalando un sobrio baúl de madera clara situado al otro lado de la cúpula, con la figura de un hombre a lomos de un pez pintada en azul en el costado. Gwion fue hasta allí y levantó la tapa.

—Hay tres objetos —reveló tras un instante, con una extraña nota, una emoción en su voz que Will no lograba entender.

—¿Tres? —repitió el rey, confuso.

Gwion sacó del baúl una vaina colgada de un cinturón de piel blanca, ambos adornados con tiras de oro.

—Para disimular el resplandor —dijo sonriendo y tendiéndoselos a Bran.

—Bran —intervino lentamente Will, escuchando un débil pero profundo eco en su mente—, creo... que no deberías meter la espada en la vaina, al menos por el momento.

Bran, con la espada en una mano y la vaina en la otra, lo miró con las cejas levantadas y un nuevo y arrogante gesto de su cabeza blanca.

—Está bien, de acuerdo —respondió simplemente cuando, por último, con un rápido estremecimiento, volvió a ser el muchacho de siempre.

—Y luego, está... ésta —continuó Gwion, siempre delante del baúl. Le temblaba la voz, y también la mano, mientras sacaba una pequeña arpa brillante. Miró a su rey—. Hace sólo unos instantes, mi señor, deseaba tener el arpa que he dejado en la Ciudad, a fin de poder tocar para ti, como en los viejos tiempos.

El rey sonrió con afecto.

—También esa arpa es tuya, juglar. La construí para ti en los primeros días que pasé en la torre, cuando luchaba contra la desesperación, luchaba aún por trabajar... —sacudió la cabeza, sorprendido—. Lo había olvidado, ha pasado tanto tiempo... Había decidido estar solo, y la rueda impedía el acceso a todos los demás, pero sentía tanta nostalgia de ti y de tu música que creé el arpa. Para mi Gwion, mi Taliesin, mi tañedor.

—Y pronto tocaré para ti —replicó Gwion.

—La hallarás afinada —explicó el rey, y en su sonrisa estaba el eco del orgullo del creador por su obra.

Gwion dejó el arpa en el suelo y volvió a introducir la mano en el baúl. Extrajo una bolsita de piel, cerrada por un cordoncillo.

—Éste es el tercer objeto —dijo—, pero no sé de qué se trata.

Abrió la bolsita, y se vertió en su mano un reguero de piedrecillas de color verde azulado: brillantes, redondas, como pulidas por el mar. Una cayó en el suelo. Will la recogió y se la pasó por la palma, observando el motivo dibujado por los colores en la forma lisa e irregular.

El rey les echó un vistazo.

—Son bonitas, pero sin valor —declaró—. No las recuerdo.

—Quizás alguna vez quisiste usarlas para trabajar —sugirió Gwion volviendo a meterlas en la bolsita.

Will le tendió la que había caído. Gwion le sonrió.

—Quédatela —ofreció con desenvoltura. Cogió otra y se la ofreció a Bran—. Y quédate una también tú, Bran. Deberíais tener un talismán. Un pedazo de sueño que llevaros, en recuerdo de la Tierra Perdida.

—Perdida... perdida —repitió el rey en tono vacuo, suave.

Fuera, volvió el estruendo sordo y lejano, más intenso que antes. De pronto, la luz que entraba por el techo se debilitó y la cúpula pareció obscurecerse.

—¿Qué ocurre? —preguntó Bran mirando a su alrededor.

—Es el comienzo —explicó el rey.

La voz fina se había hecho más fuerte, más viva, como su rostro. Y aunque la aceptación resignada se traslucía con mucha claridad, ya no llevaba el rastro del vacío terrible y negro de la desesperación.

—No debemos permanecer bajo este techo —exclamó Will instintivamente.

—Venid —los exhortó Gwion.

Con el arpa bajo un brazo, se dirigió a una parte de la pared curva que parecía igual a todo el resto. Alzó la mano, y con un fuerte tirón desplazó de lado toda una sección en forma de cuña. Se abrió una especie de puerta triangular y apareció el cielo, de un gris plomizo.

Salieron todos a un balcón, incluso el rey, que respiraba más deprisa que antes, por no estar ya habituado desde hacía mucho al fresco aire exterior.

Al oeste, sobre el mar, se formaba un cúmulo gigantesco de nubes oscuras: redondo, pesado, de color amarillo grisáceo. Al crecer, se hinchaba y se agitaba como algo vivo. Will apretó los dedos en torno a la correa del escudo dorado, que aún tenía sobre un brazo.

El estruendo lejano llenaba aún el aire, venía como una niebla del horizonte occidental, donde flotaban las grandes nubes. Y, no obstante, no era el estruendo de un trueno: el sonido era más sordo, más persistente, distinto de cualquier otro que jamás hubiese oído Will.

—Prepárate —susurró Gwion, a su lado.

—¿Qué es eso? —murmuró Will.

—Es el fin de la Tierra Perdida, Vetusto. Debe llegar, cuando sea el momento.

Tomó el arpa y sus dedos comenzaron a componer las notas en una delicada melodía. El rey, apoyado en la pared brillante de la cúpula, emitió un murmullo de placer.

El estruendo aumentó. El viento, un extraño viento cálido, les azotaba las

mejillas, despeinándolos. Will levantó la cabeza, husmeando el aire: de pronto, la atmósfera estival parecía llena del olor del mar, de la sal, de la arena mojada, de las algas. La luz moría, las nubes se ensanchaban grises en el cielo. Oyó un débil rumor, como un chirrido, sobre su cabeza, y alzó bruscamente la mirada. Sobre la cúpula, la flecha dorada, que brillaba aún en la penumbra, giraba suavemente: giró y giró, hasta apuntar hacia tierra, al lado opuesto al mar. Un resplandor en el cielo detrás de ella llamó la atención de Will. También Bran lo miraba.

En el margen más lejano de la Tierra Perdida, sobre los tejados de la Ciudad, aún vagamente visibles, los repentinos haces de luz de los fuegos artificiales irrumpían como fuentes, estallaban en una fantasmagoría de colores y luego desaparecían. En aquel fulgor súbito, Will oyó, sumamente débil en el sordo bramido procedente del oeste que llenaba el mundo, el agudo y festivo tintineo de muchas campanas elevarse en algunos puntos de la Ciudad. Delicadamente, Gwion modificó el timbre y el ritmo de su melodía, a fin de adaptarla a las campanas.

El mar se volvió tan oscuro como el cielo y las olas crecían, con las crestas iracundas cubiertas de espuma. El viento soplaba más fuerte. Y luego, con un rayo enorme, desgarrador, el cielo rugió, el mar pareció aullar y una enorme pared de agua se acercó zumbando hacia ellos, sobre la arena, el pantano, los cañizares, devorando árboles, tierra y río, ensanchándose en un torbellino convulso.

En el cielo oscuro sobre la Ciudad, los fuegos artificiales cesaron de golpe y el sonido de las campanas se convirtió en un largo y estridente tintineo, confundido con el ritmo del arpa. Luego, también murió. Pero la música de Gwion continuó. El mar alcanzó la parte baja de la torre: la sintieron temblar bajo sus pies. Las oleadas llegaron fragorosas, una tras otra, el mar se elevó cada vez más.

—¡Perdida! ¡Perdida! —gritó la voz aguda del rey.

Y desde el mar en tempestad, vino a su encuentro, como por arte de magia, oblicua sobre las olas, la barca tosca con su capitán de cabello oscuro y la única vela marrón inflada. Desde su puesto en el timón, el capitán tendió un brazo hacia Will y Bran y los llamó con un gesto. Durante unos instantes, la barca estuvo casi al mismo nivel que el balcón de la torre.

—¡Marchaos! —aulló Gwion mientras, inclinado hacia un lado, sostenía con el hombro al rey tambaleante.

—¡No sin ti!

—¡Mi hogar es éste! —sólo vieron el último resplandor de una sonrisa, sobre el rostro barbudo, en sombra—. ¡Marchaos! ¡Bran, salva a Eirias!

Las palabras hirieron a Bran como un agujón; agarró a Will y saltó con él a la barca, que flotaba a la distancia de un brazo. La barca bajó por una ola. Durante unos instantes oyeron el arpa de Gwion, tenue y dulce en el zumbido del mar, hasta que una línea vivida y cegadora desgarró el cielo y alcanzó la torre, partiendo la cúpula en

dos. La flecha dorada se desprendió del tejado y cayó en dirección a las olas, hacia ellos. Will alzó el escudo con ambas manos. La punta brillante lo golpeó, y en una gran llamarada de luz amarilla, ambos se desvanecieron.

Will acabó tumbado en el fondo de la barca, sobresaltado. Tenía los ojos empañados, la mente invadida por un trueno. Vio a Bran sobre él con la espada ardiente de azul, oyó rugir las olas, notó que el barquero tenía el rostro contorsionado por el esfuerzo en el intento de poner la barca a salvo. El mundo oscilaba y zumbaba en un tumulto obscuro e infinito, y ya no existía el paso del tiempo.

Entonces, hubo un balanceo tan violento que Will perdió el conocimiento. Cuando volvió a abrir los ojos, se hallaba en un mundo de luz cenicienta y sonidos tenues, donde las olas rompían suavemente en una playa. El y Bran yacían en una larga banda de arena, en una mañana límpida, con un cielo de color blanco azulado sobre sus cabezas. La espada de cristal despedía un fulgor blanquísimo en la mano de Bran, y la vaina estaba a su lado. La gran playa se extendía a lo lejos, hasta el estuario del río Dyfi. Las verdes dunas brillaban sobre la orilla más lejana, y aún más allá, sobre las montañas y los tejados grises de Aberdyfi, subía el primer rayo dorado del sol naciente.

CUARTA PARTE

EL ÁRBOL DE PLENO ESTÍO

El amanecer

Jane salió del hotel, aún inmerso en el sueño, antes de las cinco. No despertó a sus hermanos. Tenía la sensación, irracional pero intensa, de que cuando Merriman había dicho «Encontraos al amanecer en la playa» se refería sobre todo a ella. Los chicos, pensó, podían alcanzarla sin problemas.

Se deslizó sola en la mañana gris, cruzó la calle silenciosa y las vías del ferrocarril. El aire era frío y sin color. Jane se estremeció, a pesar del grueso jersey. Para calentarse, cruzó corriendo el campo de golf y prosiguió hacia las dunas. Llegó jadeando a la cima de la duna más alta, y el mundo se abrió ante ella en una gran extensión de arena parda y mar gris. El horizonte plano se difuminaba en la neblina, donde los brazos de Cardigan Bay encerraban el mar y el cielo.

Resbaló duna abajo, a pasos largos pero lentos, y prosiguió hacia la vasta extensión de arena que llena el estuario del río Dyfi durante la marea baja. Ante ella sólo estaban el mar y el cielo, grises, y la larga línea de la resaca, que crecía suavemente. Bajo las sandalias, sentía las duras ondas dejadas por las olas.

Giró a la izquierda, dirigiéndose al gran promontorio arenoso donde el río Dyfi se unía con el mar. Miró hacia tierra, hacia el pueblo de Aberdyfi asomado al río, flanqueado por las montañas, y vio que el cielo sobre el montón de tejados de pizarra gris era rosa y azul, ceñido por cúmulos de nubes rojizas. Y luego, detrás de Aberdyfi, surgió el sol.

Con un vivo resplandor amarillo blanquecino el globo ardiente se elevó de la tierra. Jane se volvió de nuevo hacia el mar. Todo lo gris había desaparecido. El mar se había vuelto azul, las crestas rizadas de las olas resplandecían blanquísimas, las gaviotas brillaban blancas en el aire. Sólo las montañas del otro lado del estuario eran oscuras y sombrías, difuminadas por nubes. En el cielo azul, altas bandas de nubes se deslizaban rápidamente hacia el interior, pero el viento frío que Jane sentía crecer y azotarle el rostro soplaba de la tierra hasta el mar.

Un silbido agudo llegó de la orilla del mar. La marea subía y el agua llegaba cada vez más deprisa a la arena lisa. Jane echó a correr lejos de la orilla. El viento levantaba la arena en largos penachos y le lanzaba a los ojos una neblina fina y picante.

Unas voces la llamaron por su nombre, y luego vio a Simon y Barney correr hacia ella desde las dunas. «Han venido antes de lo previsto...», pensó. Pero algo la llevó a ignorarlos, a proseguir, e incluso cuando la alcanzaron continuó caminando hacia el este, con los chicos a su lado.

Y luego todos vacilaron cuando dos figuras tomaron forma en la arena arremolinada, contra el resplandor, como apariciones en una niebla dorada. Las nubes cubrieron el sol y la luz ardiente murió, apagando todo color. Ante ellos estaban Will

y Bran, y este último llevaba una espada que resplandecía en contraste con el jersey y los téjanos blancos.

—¡La tienes! —gritó exultante Barney, con un grito de puro triunfo.

—¡Hola! —le hizo eco Simon, con una gran sonrisa.

—¡Santo cielo! ¿Estáis bien? —preguntó Jane, y luego vio la espada—. ¡Oh, Bran!

Bran tendió la espada hacia ellos, girando la hoja de doble filo de forma que incluso bajo el cielo nublado la superficie cincelada brillase y danzase con mil reflejos. Vieron que un fino núcleo dorado corría en medio del cristal de la empuñadura, una empuñadura dorada detrás de un elaborado puño en forma de cruz, con incrustaciones de nácar.

—Eirias —anunció Bran, mirando la espada con los ojos entornados—. Sí, es preciosa.

Sus lentes oscuras habían desaparecido y sin ellas su rostro parecía muy pálido y extrañamente desnudo. Se volvió despacio hacia el interior y lo mismo hizo la espada, como si lo guiase.

—Eirias, la resplandeciente. La espada del amanecer.

—Y que apunta hacia el amanecer —observó Will.

—¡Así es! —Bran le lanzó un vistazo, con una especie de grato alivio—. Es cierto, apunta hacia el este, Will. Es como si... tirase.

Levantó la espada hacia la claridad en el manto de nubes detrás del cual ardía el sol recién nacido.

—La espada sabe por qué ha sido creada —declaró Will.

Parecía profundamente cansado, pensó Jane: vacío, como abandonado por toda fuerza, mientras que Bran estaba lleno de nueva vida, vibrante como un hilo tenso.

El mundo se animó, llenándose de repentinos colores, cuando el sol brilló por un instante a través de un hueco entre las nubes. La espada relució.

—¡Métela en la vaina, Bran! —exclamó Will.

Bran asintió, como si la misma fugaz advertencia lo hubiese alcanzado también a él, y todos lo miraron estupefactos imitar el gesto de levantar la espada e introducirla en la vaina imaginaria de un cinturón imaginario en su costado. Pero mientras la bajaba, Eirias desapareció. Jane, que lo miraba boquiabierta, sorprendió su mirada sobre ella.

—Ah, Jane —murmuró él—. ¿Ya no la ves?

Ella sacudió la cabeza.

—Debe ocurrirles a todas las personas... normales —intervino Simon.

—¿Y a la Tiniebla? —indagó Barney.

Jane vio que Bran y Will alzaban instintivamente la mirada y la dirigían preocupados hacia el mar. «¿Qué han debido pasar?», pensó.

—Hay demasiado que contar. Pero se trata de una especie de carrera. Una carrera contra el resurgir de la Tiniebla —dijo Will, como en respuesta a sus pensamientos.

—¿Hacia el este? —preguntó Bran.

—Hacia el este, donde nos lleva la espada.

—¿Qué quieres que hagamos? —preguntó Simon con sencillez.

—Volved atrás —ordenó— y encontraréis las cosas... colocadas de forma que otros no sean un estorbo. Y debéis actuar tal como ha sido establecido.

—¿Por el tío Merry? —preguntó Barney, esperanzado.

—Sí —replicó Will.

La luz del sol murió de nuevo, el viento murmuró. Lejos, en el mar, las nubes se acumulaban, cada vez más oscuras.

—Se prepara una tormenta —observó Simon.

—No, ya está lista —replicó Bran—. Y está a punto de llegar.

—Una última cosa —concluyó Will mirando con ansiedad a sus tres amigos—. Este es el momento más difícil de todos, porque puede suceder cualquier cosa. Vosotros habéis visto actuar a la Tiniebla. Sabéis que, aunque no pueda destruirnos, puede llevaros a la autodestrucción. Por eso... vuestro juicio es el único medio para permanecer en el buen camino.

—Lo sabemos —confirmó Simon.

El viento arreciaba. Las nubes cubrían el punto en que había desaparecido el sol, y la luz era fría y gris como cuando Jane había bajado a la playa.

La arena se elevaba desde las dunas en extrañas volutas, a modo de remolinos, y de improviso de la neblina de color pardo dorado salió un sonido, una zambullida amortiguada, similar al latido de un corazón, pero dispersa a su alrededor, por lo que no lograron distinguir su origen. Jane vio a Will levantar bruscamente la cabeza, alerta, y a Bran volverse como un sabueso. Los dos se situaron espalda contra espalda, vigilantes, protectores, atentos a cubrir todas las direcciones. El rumor aumentó, aproximándose. Bran alzó el brazo con la espada Eirias, fulgurante de luz propia. Pero, en el mismo momento, el sonido amortiguado se transformó en un trueno muy cercano, y del remolino de arena surgió una figura vestida de blanco, al galope sobre un caballo alto y blanquísimo. El Caballero Blanco los alcanzó con paso rápido, con el rostro oculto por la capucha y la capa volando al viento, y en el último instante, mientras se apartaban, se inclinó lateralmente desde la silla, lanzó a Simon patas arriba sobre la arena de un golpe violento, aferró a Barney con fuerza y desapareció.

El viento soplaba, la arena danzaba, y no quedaba nadie en la escena.

—¡Barney! —gritó Jane, con voz rota—. Will... ¿dónde ha ido a parar?

Will tenía el rostro contorsionado por la preocupación y le lanzó una ojeada ciega, como si no la reconociese del todo.

—Volved atrás... lo encontraremos—respondió, ronco, abarcando las dunas con un gesto.

Se quedó con Bran. Ambos tenían una mano en el puño de la espada de cristal. Bran lo miró de reojo, como a la espera de instrucciones.

—Date la vuelta —murmuró Will.

Sin dejar la espada, desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos, como si jamás hubiesen estado allí. A Jane y Simon les quedó sólo el reflejo oscuro dejado en sus ojos por una luz brillante que se desvanece, porque en el último instante habían visto arder una llama de color blanco azulado a lo largo de toda la espada.

—Lo traerán —dijo Simon, con voz temblorosa.

—¡Oh, Simon! ¿Qué podemos hacer?

—Nada. Sólo esperar. Obedecer a Will. ¡Ahhh! —Simon bajó la cabeza, parpadeando—. ¡Esta maldita arena!

Como en respuesta, el viento cesó de repente, y la arena, que formaba remolinos, volvió a caer al suelo, completamente inerte.

En silencio, los chicos se dirigieron hacia las dunas.

La mente de Barney estaba vacía de todo, salvo del torbellino de la velocidad, seguido de una vaga pero creciente sensación de limitación, de tener las manos atadas delante y una venda en los ojos. Luego un tacto rudo lo desplazó, haciéndole vacilar sobre un terreno pedregoso. Una vez cayó y gritó, golpeando una roca con la rodilla; un coro de voces reaccionó con impaciencia, en una extraña lengua gutural, pero una mano se le introdujo bajo el brazo para guiarlo.

Oyó órdenes de tono militar, y el camino se hizo más practicable; varias puertas se abrieron y se cerraron. Por último lo detuvieron y le quitaron la venda de los ojos. Parpadeando, se encontró que era estudiado por un rostro marcado por la intemperie, con la barba oscura y los ojos brillantes: ojos sabios, hundidos, que le recordaban a Merriman. El hombre que lo escrutaba estaba apoyado en una pesada mesa de madera, llevaba pantalones y chaqueta corta de piel y una gruesa camisa de lana. Desplazando la mirada de la cara a las ropas de Barney y viceversa, pronunció una breve frase en la lengua gutural.

—No comprendo —objetó Barney.

El rostro se endureció ligeramente.

—¿Tan mal están que ahora utilizan a los niños como espías?

Barney no respondió, porque realmente se sentía como un espía: con el rabillo del ojo, trataba de descubrir dónde se hallaba. Estaba en una sala baja y oscura, con las paredes y el suelo de madera, y el techo con vigas. A través de una ventana, divisó muros externos de piedra gris. Unos hombres que parecían soldados estaban reunidos en corrillos y llevaban sólo una especie de armadura de cuero sobre prendas toscas, pero cada uno tenía un cuchillo en el cinto, y unos cuantos sostenían arcos de su

misma altura. Lo miraban con hostilidad, y algunos con odio manifiesto. Barney se estremeció de improviso, al ver una mano que jugaba inquieta con un cuchillo. Alzó los ojos hacia el hombre de cabello oscuro, en una llamada desesperada.

—No soy un espía, de verdad. Ni siquiera sé dónde estoy. Me han secuestrado.

—¿Secuestrado? —el hombre frunció el ceño, sin comprender.

—Robado. Llevado.

—¿Robado, para ser traído a mi fortaleza, en esa parte de Gales donde ningún inglés, aunque sea mi aliado, osa poner el pie? Los Señores de las Marcas, en sus rivalidades, cometen muchas estupideces, pero ninguno de ellos es tan tonto. Vuelve a comenzar, muchacho, si quieres salvar la vida. No veo por qué no debería escuchar a mis hombres, que están impacientes por colgarte por el cuello al otro lado de aquella puerta, en los próximos cinco minutos.

Barney tenía la garganta seca, apenas podía tragar saliva.

—No soy un espía —repitió, en un susurro.

Desde la sombra detrás del jefe, el hombre del cuchillo prorrumpió en una observación ruda, despreciativa, pero otro le puso una mano sobre el brazo y avanzó pronunciando algunas palabras en voz baja. Era un anciano, de rostro moreno y muy arrugado, y barba y cabellos blancos y escasos. Estudiaba a Barney atentamente.

Luego un nuevo soldado irrumpió en la estancia y habló rápidamente en la lengua gutural. El jefe barbudo lanzó una exclamación airada. Habló brevemente al anciano, indicando a Barney con la cabeza, y luego salió preocupado, rodeado de un grupo de hombres. Permanecieron sólo dos soldados para guardar la puerta.

—¿Y de dónde has sido robado, muchacho? —preguntó el viejo.

—De... de muy lejos —respondió Barney, infeliz.

Sus ojos brillantes lo miraron con escepticismo a través de las arrugas.

—Yo soy Iolo Goch, bardo del Príncipe, y lo conozco bien, muchacho. Ha recibido malas noticias, y eso no lo pondrá de buen humor. Cuando vuelva, te aconsejo que le digas la verdad.

—¿El Príncipe? —repitió Barney.

El anciano lo miró fríamente, como si hubiese querido poner el título en tela de juicio.

—Príncipe Glyndwr —explicó, con gélido orgullo—. Príncipe, exacto, con ocasión de esta gran rebelión proclamado Príncipe de Gales. Toda Gales está con él contra los ingleses. Gales entera se está levantando —la voz se hizo rítmica, como si estuviese cantando—. Y los campesinos han vendido el ganado para comprar las armas, y las madres han enviado a sus hijos a las montañas para que se uniesen al Príncipe. Los galeses que trabajan en Inglaterra han regresado a casa, trayendo consigo armas inglesas, y los estudiosos galeses de Oxford y Cambridge han dejado sus libros para unirse al Príncipe. Y estamos venciendo. Gales tiene de nuevo un jefe

y los ingleses no volverán a poseer tierras galesas, despreciándonos y gobernándonos desde Londres, ¡porque Glyndwr nos conducirá a la libertad!

Barney escuchó impotente la pasión en la voz frágil, con inquietud creciente.

La puerta se abrió de golpe y Glyndwr reapareció entre sus hombres, mudo, ceñudo. Desplazó la mirada de Barney a Iolo Goch. El anciano se encogió de hombros.

—Escúchame, muchacho —empezó Glyndwr, con rostro sombrío—. En estas noches, una cometa pasará por el cielo mostrando mi triunfo inminente, y sobre ese signo cabalgaré. Nada podrá detenerme. Nada... y aún menos el pensamiento de despedazar a un espía del rey Enrique que se niega a confesar quién lo envía —la voz se elevó ligeramente—. Acabo de saber que un nuevo ejército inglés ha acampado más allá de Welshpool. Te queda un minuto para decirme quién te ha enviado a Gales, y si ese ejército sabe que yo estoy aquí.

Ahora, un solo pensamiento resonaba en la mente de Barney, invadida por el miedo: «Podría pertenecer a la Tiniebla. No hables, no le digas quién eres...».

—No —respondió en tono ahogado.

El hombre se encogió de hombros.

—Muy bien. He mandado llamar otra vez a quien te ha traído, ése de Tywyn, con la voz fina y el caballo blanco. Y después...

Se interrumpió, mirando la puerta, y mientras Barney volvía la cabeza el veloz torbellino pareció regresar. Todo giraba, giraba...

... y, después de girar, Will y Bran, cada uno con una mano sobre la espada de cristal, se encontraron inmóviles de improviso. Una pesada puerta de madera se abrió de pronto hacia una sala oscura, de techo bajo, dentro de la cual vieron un grupo de hombres armados. Uno, con la barba oscura y aspecto de autoridad, permanecía separado; de frente, tenía a Barney, pequeño y con el rostro contraído. Varios hombres saltaron hacia delante, en un caos fragoroso. El barbudo gritó una única y áspera palabra, y de inmediato se echaron atrás como perros asustados, rápidos pero reacios, mirando a su jefe con una especie de asombro que se parecía a la sospecha. Will sintió que sus sentidos de Vetusto vibraban como la cuerda de un arpa. Su mirada se cruzó con la del hombre de la barba, y las sombrías arrugas de su rostro se fueron relajando poco a poco en una sonrisa. Un tácito saludo en la Vieja Lengua resonó en la mente de Will.

—Has venido en un extraño momento, Buscador de los Signos. Pero eres bienvenido, si mis hombres no te toman por otro informador inglés, como el que tenemos aquí —dijo el otro en voz alta, en un inglés vacilante.

—Will, no deja de decirme que soy un espía y que quieren matarme. ¿Tú lo conoces? —intervino Barney con voz ronca y titubeante.

—Yo te saludo, Príncipe Glyndwr —replicó Will.

—El gales más grande de todos —añadió Bran, mirando al hombre barbudo con temor reverente—. El único que jamás logró reunir Gales contra los ingleses, entre luchas y antagonismos.

Glyndwr lo miraba con los ojos entornados.

—Pero tú... tú... —lanzó una ojeada al rostro neutro e impassible de Will y sacudió la cabeza, irritado—. Ah, no, tonterías. En mi cabeza no hay lugar para los sueños, ahora que nos espera la última batalla, la más dura de todas. Esos condenados ingleses surgen por todas partes como hormigas en primavera —señaló a Barney—. ¿El muchacho está contigo, Vetusto?

—Sí —respondió Will.

—Eso explica muchas cosas —prosiguió Glyndwr—, pero no su estupidez al negarse a decírmelo.

—¿Cómo podía saber que no formabas parte de la Tiniebla? —objetó Barney, a la defensiva.

Con una breve e incrédula carcajada, el gales echó la cabeza hacia atrás, pero luego se irguió, con una especie de respeto en el rostro.

—Está bien. Tienes razón. No está mal, muchacho. Pero ahora llévatelo, Buscador de los Signos —estiró un brazo robusto y empujó hacia atrás a Barney, como si fuese un juguete—. Perseguid vuestros fines en mi tierra en paz, y os daré todo el apoyo que necesitéis.

—Necesitaremos mucho —confirmó Will, sombrío—, si no es ya demasiado tarde.

Indicó la espada que Bran blandía ya, con estupor y alarma. La hoja brillaba de nuevo con luz azul, como había hecho ya durante la destrucción de la Tierra Perdida y la fulminante incursión de la Tiniebla que se había llevado a Barney.

—La Tiniebla —dijo bruscamente Glyndwr—. Pero ésta es mi fortaleza, y aquí no puede haber ninguno de sus adeptos.

—Pues hay muchos —replicó una voz suave, desde la puerta—. Y con derecho, ya que has dejado entrar al primero.

—¡Cáspita! —exclamó Glyndwr, poniéndose en pie de un salto y sacando instintivamente un puñal del cinto.

En la entrada, entre dos hombres armados paralizados, estaba el Caballero Blanco; sus ojos y sus dientes brillaban desde las sombras de la capucha, del color de la nieve.

—Tú me has hecho llamar, Príncipe —dijo el Caballero—. ¿Llamarte a ti?

—«Ése de Tywyn, con la voz fina y el caballo blanco» —citó el Caballero, en tono burlón—. A quien tus hombres han acogido calurosamente, tras el regalo de un pequeño espía inglés —la voz se endureció—. Y que ahora, a cambio, exige que le entreguéis a otro muchacho más importante, junto a la espada que lleva.

—No tienes ningún derecho sobre mí —replicó Bran con desprecio—. Esta espada me conduce a mi pleno poder y fuera de tu alcance, en este tiempo o en cualquier otro.

Glyndwr miró a Bran, luego a Will, luego de nuevo a Bran y la espada llameante de azul.

—La hoja es de doble filo —observó el Caballero Blanco—. La espada pertenece a la Luz.

—La espada no pertenece a nadie. Sólo se encuentra en posesión de la Luz. Su poder es el poder de la Antigua Magia que la creó.

—La creó por orden de la Luz —objetó Will—. Y, sin embargo, es también la tumba de toda esperanza —murmuró el Caballero, aún oculto por la capucha blanca—. ¿No te acuerdas, Vetusto? Estaba escrito. Y no se decía quién debía enterrar sus esperanzas.

—¡Pues vosotros, naturalmente! —exclamó Glyndwr. Dirigió unas palabras en gales a sus hombres y saltó al fondo de la sala, tendiendo el brazo hacia algo. Los soldados se arrojaron contra el Caballero. Nadie logró tocarlo. Por el contrario, cayeron hacia un lado, chocando con un muro invisible, y el Caballero se lanzó contra Bran, pero Bran agitó a Eirias ante él, como si escribiese en el aire, y la espada dejó en el aire una cortina de llamas azules. El Caballero se derrumbó hacia atrás, con un grito, y al moverse pareció cambiar, multiplicarse como en una multitud. El Príncipe llamaba con urgencia, por lo que Will no se atrevió a detenerse a mirar y siguió a los demás a través de una puerta que antes no habían visto.

Los soldados galeses los empujaron hacia ponis de montaña grises y robustos, y siguieron rápidos y en silencio al Príncipe. El estruendo y la confusión de la Tiniebla se elevaron a sus espaldas, y al mismo tiempo el sonido metálico de las espadas, el silbido de las flechas lanzadas por los arcos, gritos ingleses y galeses. Will no dijo nada, pero sabía que, además de la suya, allí comenzaba otra batalla, el motivo por el que la Tiniebla había escogido aquella época para tomarlos de nuevo como rehenes, y que el Príncipe no estaba en el lugar en el que, probablemente, se moría de ganas de estar. Cuando alcanzaron un abrupto sendero de montaña y el Príncipe les hizo señas de desmontar y seguirlo a pie, Will miró abiertamente hacia atrás... y vio que se elevaba humo de los tejados grises que habían dejado, junto a lenguas de fuego.

—Los normandos cabalgan siempre sobre la Tiniebla, tal como hacían los sajones y los daneses —dijo el Príncipe amargamente.

—Y supongo que yo soy una mezcla de todo eso —replicó Barney, afligido—. Normando, anglosajón y danés.

—¿En qué siglo? —quiso saber Glyndwr, mientras se detenía para escrutar la ladera de la montaña.

—El siglo XX —respondió Barney.

Por un instante, el gales quedó petrificado. Miró a Will, que asintió.

—¡Dios mío! —exclamó Glyndwr, y luego sonrió—. Si el Círculo se extiende tan hacia delante, no es una gran tragedia fracasar aquí, por el momento. Hasta la última convocatoria del Círculo, fuera de cualquier Tiempo. No te preocupes por tu raza, muchacho. Al final, el tiempo cambia la naturaleza de todas —añadió, dirigiéndose a Barney.

—¡La Tiniebla está llegando! —gritó Bran por encima de ellos, lleno de inquietud.

En su mano, Eirias relucía con un azul cada vez más intenso. El Príncipe miró montaña abajo, en la dirección de la que habían venido, y apretó los labios. También Will se volvió: una cortina de llamas blancas avanzaba constantemente hacia ellos, a través de los helechos, sin ruido ni calor, despiadada en su persecución de aquellos a quienes quería destruir. Una parte de la tropa de Glyndwr se hallaba directamente en su camino.

—La situación no es tan mala como parece —observó el jefe gales, mirando fijamente a Will—. Glyndwr conoce los trucos de los Vetustos, puedes estar seguro —sus dientes blancos brillaron en el rostro moreno. Le dio un golpecito en el hombro a Will, empujándolo—. Sube por ese sendero —ordenó— y pronto te hallarás donde debes estar. Deja que haga bailar a la Tiniebla en estas montañas. Y si parece que mis hombres y yo estamos retenidos aquí para siempre no será tan grave, porque demostrará a mi gente que el Señor de la Tiniebla estaba equivocado y que la esperanza no yace muerta en una tumba, sino que permanece siempre viva para el corazón de los hombres.

Lanzando una ojeada a Bran, alzó su puñal en un saludo formal.

—Hermano mío —concluyó gravemente.

Luego él y sus hombres bajaron a toda prisa por la montaña, y Will abrió la marcha, ascendiendo por el sendero al que había sido encaminado. Serpenteaba entre sombríos punzones de roca gris, cada vez más estrecho, hasta que llegaron a una curva repentina, donde la piedra sobresalía sobre ellos, y tuvieron que inclinar la cabeza para pasar bajo un arco natural. Y en el momento en que los tres se hallaron en fila india, en el tramo de sendero cubierto por la roca, el aire formó remolinos a su alrededor y un extraño, largo y áspero chirrido llenó sus oídos. Cuando se recuperaron del vértigo se encontraron en un lugar y un tiempo distintos.

El tren

Simon y Jane habían dejado las dunas y cruzado el campo de golf, dirigiéndose hacia las vías, cuando oyeron el extraño ruido. Resonó sobre sus cabezas traído por el viento: un nítido y brusco sonido metálico, como un único martillazo sobre un yunque.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Jane, aún muy nerviosa.

—La señal ferroviaria. Mira. —Simon señaló el poste solitario que había más adelante, junto a las vías—. Nunca lo había visto.

—Estará llegando un tren.

—Pero la señal se ha desplazado al «Stop» —dijo Simon lentamente.

—Querrá decir que el tren ya ha pasado —replicó Jane sin interés—. ¡Oh, Simon, me encantaría saber qué le ocurre a Barney!

Se interrumpió, escuchando, mientras un silbido largo y estridente llegaba con el viento desde muy lejos, por el lado de Tywyn. Ahora estaban cerca de la valla del ferrocarril. El silbido se repitió, más fuerte. Un zumbido recorrió las vías.

—El tren llega ahora.

—Pero hace un ruido tan raro...

En la lejanía, vieron un largo penacho de humo blanco y oyeron el estruendo creciente de un tren rápido, que por último se hizo visible, más allá de la curva, corriendo hacia ellos cada vez más nítido. Era distinto de cualquier otro tren que hubiesen visto jamás.

—¡Vapor! —gritó Simon, con una mezcla de alegría y terror.

Casi de inmediato hubo un silbido y un chirrido repentinos, mientras el tren se aproximaba a la señal y el maquinista accionaba los frenos. Un humo negro brotó de la chimenea de la enorme locomotora verde enganchada al largo tren, más largo que los que transitaban normalmente por la línea: una docena de vagones, todos relucientes, como nuevos. El tren aminoró la marcha. La locomotora pasó lentamente por delante de Simon y Jane, inmóviles al otro lado de la red de protección, y el maquinista y el fogonero, con mono azul y la cara negra de carbón, sonrieron y levantaron las manos en señal de saludo. Con un último y largo bufido de vapor, el tren se detuvo, silbando suavemente.

En el primer vagón se abrió de par en par una portezuela: en el umbral había una figura alta, que les hacía señales para que se acercasen con la mano estirada.

—¡Adelante! ¡Saltad la red, rápido!

—¡El tío Merry!

Treparon por la red y Merriman los izó uno a uno al tren, y luego cerró la portezuela con un golpe sonoro. Oyeron de nuevo el sonido de la señal que bajaba el brazo, y la locomotora comenzó a moverse: su lento y profundo *chufchuf* aumentó en

intensidad y ritmo, y las dunas se deslizaron lejos, cada vez más deprisa. Las ruedas cantaban con un rápido sonido metálico.

Jane se aferró a Merriman, con un suspiro ahogado.

—Barney... han cogido a Barney, tío Merry...

Él la estrechó por un instante.

—Basta, cálmate ya. Barney está en el lugar hacia el que vamos.

—¿De verdad?

—De verdad.

Merriman los condujo al primer compartimento, totalmente vacío. Después de cerrar la puerta corredera acristalada, se dejaron caer en los asientos acolchados.

—¡Esa locomotora, tío! —Simon, un experto aficionado a los trenes, se sentía invadido por una asombrada admiración—. Clase de lujo, de los antiguos Great Western, y este vagón del viejo estilo... ni siquiera creía que existiesen ya, fuera de los museos.

—Ya —respondió Merriman en tono vago.

Allí sentado, era la misma figura ajada que, desde que recordaban, había entrado de vez en cuando en sus vidas. La larga silueta huesuda llevaba jersey grueso y pantalones oscuros, de forma indefinible, y su cabello blanco y espeso estaba alborotado. Miraba fijamente por la ventanilla. De pronto, el compartimento se precipitó en la obscuridad, iluminado sólo por una débil bombilla amarilla en el techo, mientras el tren se sumergía en una serie de cortos túneles. Emergió más allá de Aberdyfi, corriendo de nuevo junto al río. El tren superó una pequeña estación.

—¿Es un tren especial? —indagó Simon—. ¿De esos que no paran en las estaciones?

—¿Dónde vamos? —preguntó Jane.

—No demasiado lejos —replicó Merriman—. No demasiado lejos.

—Will y Bran tienen la espada —intervino Simon bruscamente.

—Lo sé —confirmó Merriman con una sonrisa orgullosa—. Lo sé. Ahora descansad un poco y esperad. Y... no os mostréis sorprendidos por quienes encontréis en este tren. Sean quienes sean.

Antes de que pudiesen preguntarse a qué se refería, una figura se detuvo en el pasillo, junto a su compartimento. La puerta se abrió y apareció John Rowlands. Envuelto en un traje oscuro y suave, parecía endomingado, incómodo, y los miraba aterrado.

—Buenos días, John Rowlands —saludó Merriman.

—Mira quién está aquí —respondió él en tono vacuo. Sonrió lentamente a Simon y Jane, asintiendo, y luego dirigió a Merriman una extraña mirada, larga y perpleja—. Nos encontramos en extraños lugares, nosotros dos.

Merriman respondió encogiéndose amablemente de hombros.

—¿Dónde va, señor Rowlands? —preguntó Jane.

—A Shrewsbury, al dentista —respondió éste con una mueca—. Y mientras tanto Blod irá de compras.

En el pasillo, alguien se acercó a John Rowlands.

—Hola, señora Rowlands —saludó Simon con educación.

—¡Pero qué agradable sorpresa! Me preguntaba precisamente con quién hablaba John, porque no hemos visto a ningún conocido nuestro subir al tren en Tywyn —en sus palabras había una débil pregunta, pero Simon la dejó pasar—. ¿No es fantástico este tren? ¡Una locomotora de vapor!

—Igual que en los viejos tiempos —convino John Rowlands—. Debe de ser una especie de aniversario, o algo parecido. Cuando ha entrado en la estación, me parecía haber vuelto atrás treinta años.

—¿Por qué no se sienta aquí con nosotros, señora Rowlands? —propuso Jane.

—Excelente idea, gracias.

Sonriendo, Blodwen Rowlands se deslizó por el umbral, a fin de ver a Jane. Sus ojos saltaron hacia Merriman.

—Oh —exclamó Jane—, la señora Rowlands... éste es nuestro tío, el profesor Lyon.

—Mucho gusto —dijo Merriman en tono neutro—. Encantada —respondió Blodwen sin dejar de sonreír—. Voy a coger mi bolso —añadió, mirando a Jane, y desapareció por el pasillo.

John Rowlands entró en el compartimento y se sentó junto a Simon. Dos siluetas pasaron por el pasillo, y luego otra, sin mirar dentro.

La señora Rowlands regresó con su bolso. Vaciló en la puerta. —¿Quiere sentarse en el rincón?— ofreció Jane impulsivamente, desplazándose hacia Merriman.

—Gracias, querida —la mujer le lanzó su asombrosa sonrisa, que le hizo arder las mejillas, y se sentó a su lado—. ¿Dónde vais vosotros? —indagó.

Jane la miró a los ojos, tan cercanos y amistosos, y se sintió desfallecer. La invadió una gran sensación de extrañeza: los ojos de Blodwen Rowlands no tenían luz, como si no fuesen redondos, sino planos. «No seas tonta», pensó.

—El tío Merry nos lleva de excursión durante todo el día —respondió parpadeando y apartando la mirada.

—A las Marcas —confirmó Merriman, con la voz ronca e incolora que utilizaba con los desconocidos—. Las tierras de la frontera, donde han comenzado tantas batallas.

—Bonito programa —comentó Blodwen Rowlands sacando del bolso un ovillo de color rojo vivo para hacer punto.

Un hombre robusto pasó lentamente por el pasillo, se detuvo, miró dentro del compartimento y se inclinó ligera y cortésmente hacia Merriman. Todos lo miraron.

Y, en efecto, tenía un aspecto que llamaba la atención: piel muy negra y cabello espeso, blanco como la nieve. Merriman inclinó gravemente la cabeza en respuesta, y el hombre se alejó. Jane percibió un rápido sonido metálico: la señora Rowlands se había puesto a hacer punto muy deprisa.

—¿Quién era ése? —preguntó Simon, con un silbido fascinado.

—Un conocido —replicó Merriman.

Por el pasillo, procedente del mismo lado, cojeando y apoyándose en un bastón, se acercó una anciana que llevaba un abrigo elegante pero anticuado, un sombrero sin alas muy usado y algunos mechones sueltos en su cabello gris recogido.

—Buenos días, Lyon —saludó mirando a Merriman, con voz sonora e imperiosa.

—Buenos días, señora —correspondió Merriman. La mujer abarcó a sus acompañantes con la mirada, y luego desapareció.

Cuatro niños pasaron corriendo. Reían y gritaban.

—¡Qué ropas tan extrañas! —exclamó Jane con interés, inclinándose para atisbar—. Parecen túnicas.

—Tal vez sean una especie de uniformes —observó Simon pensativo.

La señora Rowlands sacó del bolso otro ovillo, amarillo, y empezó a trabajar con él junto al rojo.

—Es un tren muy concurrido —comentó John Rowlands—. Si hubiese más así, quizá no hablarían de cerrar la línea.

—Disculpadme un instante —dijo Simon aferrándose a la puerta.

—Por supuesto —dijo Merriman.

Inició una amable conversación con John Rowlands acerca de la necesidad de los servicios ferroviarios, mientras la señora Rowlands escuchaba, haciendo punto, y Jane miraba las montañas de color pardo y púrpura. Simon permaneció fuera mucho tiempo; por último, metió la cabeza por la puerta.

—Ven a ver una cosa —le dijo a Jane con desinterés. Jane salió. Él la guió al fondo del pasillo, donde una puerta cerrada ponía fin al vagón.

—Ésta es la parte anterior del tren —explicó, con voz extraña—. Más allá ya no hay nada.

—¿Y qué? —replicó Jane.

—Pues que si piensas en todos los que han pasado... Jane jadeó, con una especie de sollozo.

—¡Han venido de este lado! ¡Todos! ¡Pero no es posible!

—Pero así es —suspiró Simon. Se miraron a los ojos.

—Supongo que será mejor volver atrás —concluyó Jane.

—Trata de parecer normal —le recomendó Simon—. Y concéntrate.

Jane obedeció hasta el punto de superar la puerta de su compartimento y detenerse delante del siguiente. Un hombre sentado en un rincón levantó la mirada y

le dirigió una cálida sonrisa de saludo a través del vidrio de la puerta.

—¡Capitán Toms! —exclamó alegremente Jane. Luego parpadeó, o bien el aire dio un salto, y el hombre desapareció.

—¿Cómo? —preguntó Simon.

—Creía... haber visto a alguien que conocíamos. —Jane miró el asiento vacío: en el compartimento no había absolutamente nadie—. Pero... me equivocaba.

—Recuerda que debes parecer normal —repitió Simon. Abrió la puerta del compartimento y entraron juntos. Se sentaron en silencio, mientras las voces sonaban a su alrededor y las agujas de la señora Rowlands tintineaban a un ritmo vertiginoso. Jane echó la cabeza hacia atrás y miró por la ventanilla, dejando que transportase su mente el ritmo de las ruedas. Chirriaban y chasqueaban, mezclándose con el ruido de las agujas de hacer punto. Con una punzada de pesadilla, Jane tuvo la impresión de que decían «Dentro de la obscuridad, dentro de la obscuridad, dentro de la obscuridad...».

Luego, de pronto, se encontró con la garganta seca y los dedos apretados al asiento. Como si fuese niebla, vio a un grupo de jinetes al galope, unos de negro, otros de blanco, que saltaban setos, veloces como el tren, que sin embargo corría a toda velocidad... Y mientras las nubes grises se acumulaban al oeste en el cielo, las atravesaron como si fuesen montañas.

Jane, con los ojos muy abiertos, apenas osaba moverse. Fue desplazando poco a poco una mano sobre el asiento hacia Merriman, y la fuerte mano de él fue a su encuentro y la estrechó por un instante.

—No tengas miedo, Jane —le susurró al oído—. Éste es el Despertar, sí, la última cacería. Y ahora el peligro aumentará. Pero no tocarán este tren temporal nuestro, porque en él transportamos algo de ellos.

El tren, con un gran estruendo, oscilaba convulsamente sobre las vías. El compartimento se obscureció, mientras el cielo fuera se cubría de nubes y figuras que saltaban. El ritmo de las agujas de la señora Rowlands disminuyó, el tren aminoró la velocidad y se oyó, un poco por delante de ellos, un estallido amortiguado, luego otro, y el convoy frenó gradualmente.

—¡Los petardos! —exclamó John Rowlands, estupefacto—. Estallan los petardos que colocaban hace años en las vías como alarmas antiniebla —miró hacia el exterior—. A decir verdad, el cielo está tan gris que podría haber perfectamente niebla.

Silbando, chirriando, el tren se puso a avanzar a paso humano, y de improviso una pequeña estación apareció al otro lado de la ventanilla. Simon se puso en pie de un salto, arrastrando a Jane al pasillo, y ambos atisbaron el exterior. Al parecer, la estación no tenía nombre y consistía en un solo andén perdido en la nada, con una estructura en forma de arco desenfocada en la niebla. Más allá, vagamente visible a través de un agujero que había en la nube, una alta montaña se erguía en el horizonte.

Luego, lenta y gradualmente, tres formas indistintas emergieron del arco.

Simon las miró.

—¡Jane, abre la portezuela! ¡Rápido!

Pero Jane parecía paralizada. Saltó delante de ella, bajó la larga palanca y empujó la portezuela, alargando la mano. Y Bran, Will y Barney subieron al tren.

—¡Oh! —gritó Jane, incapaz de decir nada más.

Estrechó a Barney en un breve e intenso abrazo al que, para su sorpresa, él correspondió. El tren empezó a moverse y todo se disolvió en la nada.

—¡Bran, tesoro, qué bien! Entonces ¿los concursos se celebran en Shrewsbury? John no me había dicho... —exclamó complacida Blodwen Rowlands desde el compartimento.

—Le decía a Blodwen ayer —intervino la voz profunda y cauta de John Rowlands, antes de que Bran pudiese hablar— que vosotros, muchachos, ayudaríais a Idris Jones ty-Bont a llevar las ovejas a los concursos de los perros pastores. Este año le toca a él proporcionarlas para las eliminatorias, dado que no participan perros suyos. Creo que es el presidente, ¿no, Bran?

—Sí —confirmó Bran, con desenvoltura, mientras se agolpaban en el compartimento—. Y hemos tenido que recoger más ovejas aquí: en el camión no quedaba espacio para nosotros, así que el señor Jones nos ha puesto en el tren. Es una sorpresa encontrarlos aquí.

—¡Y también viene el pequeño! ¡Cuánto se divertirá! —comentó la señora Rowlands, sonriendo a Barney como si fuese lo más natural del mundo que él ayudase a reunir las ovejas.

Barney correspondió debidamente a la sonrisa, y sin responder se deslizó junto a Simon. El tren corría de nuevo a toda velocidad. La masa de la montaña ahora se erguía ante ellos como una pared, sobre la que pasaban deprisa las nubes grises. Con un nudo en la garganta, Jane volvió a ver a los jinetes, que volaban por el cielo en filas y grupos. El pánico la asaltó. Dónde iban, hacia dónde corría el tren, dónde...

Will oscilaba en el umbral, agarrado con la mano al marco de la puerta.

—¿Hay mucha gente en el tren? —indagó, mirando a Merriman como si fuese un desconocido.

—Está prácticamente lleno —respondió Merriman con la misma rígida cortesía.

De pronto, la locomotora emitió un fuerte chirrido y el tren se sumergió bajo la montaña. Un túnel se los tragó y la oscuridad los rodeó. Un zumbido suave invadió sus oídos, y el olor sulfúreo del tren llenó el aire que respiraban. Jane vio una chispa de inquietud en el rostro de la señora Rowlands, pero lo olvidó con la sensación vivida y aplastante de penetrar en la montaña, bajo toneladas de roca, mientras el tren los llevaba inexorablemente hacia delante.

Poco a poco, empezó a sentir que ya no se hallaban en un tren, que los confines

de su compartimento se iban difuminando. Seguían todos allí: las figuras sentadas y Will vigilándolas desde lo que había sido la puerta. Pero ahora una extraña claridad los rodeaba, como la imagen de su velocidad, como si fuese ella la que los arrastrase. Sintió que corrían a toda marcha por la tierra, empujados por algún poder suyo, y una gran multitud de gente los acompañaba enloquecidamente hacia el este. La claridad creció cada vez más, se hizo brillante y los rodeó, como si viajasen por un río de luz.

Jane vio asombro e incompreensión en el rostro de John Rowlands, marcado por las inclemencias del tiempo. Con un súbito gemido de miedo, Blodwen Rowlands se puso bruscamente en pie, dejando caer al suelo la labor de punto, y corrió a sentarse a su lado. Rowlands la ciñó con un brazo tranquilizador.

—Cálmate, tesoro. No tengas miedo. Tranquilízate y confía en ellos. El señor Merriman, el amigo de Will, nos mantendrá lejos del peligro —dijo.

Pero ahora, Jane vio aterrada que tanto Will como Merriman estaban de pie ante Blodwen Rowlands. Ambos permanecían inmóviles, y sin embargo expresaban una inmensa y tácita amenaza, la amenaza de la acusación. Detrás de ellos, Bran se levantó lentamente y sacó la espada invisible de la vaina invisible. Y de pronto apareció la espada, desnuda, terrible, resplandeciente. La hoja de cristal ardía de azul en toda su longitud.

Blodwen Rowlands se echó hacia atrás, aplastándose contra su marido.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó John Rowlands con una angustia rabiosa, mirando la silueta muda e impresionante de Merriman.

—¡No dejes que se me acerquen! —gritó la señora Rowlands—. ¡John!

Rowlands no podía levantarse, retenido por su peso, pero pareció erguirse mientras los observaba, con un profundo reproche en la mirada.

—Dejadla en paz, sea lo que sea lo que estéis haciendo. ¿Qué tiene que ver ella con vuestras cosas? Es mi mujer, y no quiero que la asustéis. ¡Dejadla en paz!

Bran tendió la espada Eirias, con las llamas azules danzando en la hoja, y sostuvo la punta entre Will y Merriman, dirigida contra el rostro contorsionado de Blodwen Rowlands.

—Es de cobardes —declaró, con voz fría y adulta— protegerse detrás de quienes te aman, sin dar amor a cambio. Muy astuto por su parte, naturalmente. Casi tanto como estar en el lugar adecuado para ayudar a criar a un extraño muchacho pálido que viene del pasado... y asegurarse de que no haga, diga o piense nunca nada sin que ella esté perfectamente al corriente.

—¿Qué te ocurre, Bran? —preguntó John Rowlands, en una llamada atormentada.

—Ella pertenece a la Tiniebla —explicó Merriman con su voz ronca y neutra.

—¡Está loco! —exclamó John Rowlands apretando el brazo de su mujer.

—Es nuestro rehén —añadió Will—. Igual que el Caballero Blanco de la Tiniebla

ha tomado como rehén a Barney, esperando obtener a cambio a Bran y la espada. Un rehén que nos permite una carrera segura.

—¡Una carrera segura! —exclamó Blodwen Rowlands con una voz nueva, suave, y soltó una carcajada.

John Rowlands quedó petrificado, y Jane se estremeció ante la incredulidad horrorizada que le nacía en los ojos.

La risa de la señora Rowlands era fría, y su voz, de pronto, se había vuelto extrañamente distinta: suave y silbante, pero empapada de una seguridad nueva. Jane no podía creer que viniese del rostro familiar, cálido y amistoso que aún tenía delante.

—¡Una carrera segura! —repitió la voz, riendo—. Corréis hacia vuestra ruina, todos vosotros, y la espada no servirá para salvaros. La Tiniebla está reunida y os espera, con vuestro rehén como guía. Ha subido y os espera, Lyon, Stanton y Pendragón. Y todos vuestros Objetos del Poder no os ayudarán a llegar al árbol, cuando dentro de un momento salgáis de la tierra y la fuerza de la Tiniebla os caiga encima.

Se levantó. La mano de John Rowlands cayó inerte de su mano y yació sobre el asiento como un guante abandonado. Él permaneció allí, turbado y con la mirada fija. La mujer, de pronto más alta, parecía brillar en el resplandor nebuloso. Deliberadamente, se movió hacia la punta de Eirias. Bran alzó despacio la espada, para que no la tocara. Will y Merriman se apartaron.

—Eirias no puede destruir a los Señores de la Tiniebla —comentó Blodwen Rowlands, triunfante.

—Sólo la Tiniebla destruye a la Tiniebla —replicó Will—. Esta es una parte de la Ley que no hemos olvidado.

Merriman dio un paso adelante, alzó una mano y la dirigió contra Blodwen Rowlands.

—La luz te expulsa de este flujo de Tiempo —decretó, y su voz retumbó, como el canto del tren en la tierra hueca—. Te enviamos lejos de nosotros. ¡Fuera! ¡Fuera! Y sálvate como mejor puedas, cuando vuelas por este gran impulso y la fuerza terrible de tu Tiniebla te caiga encima, creyendo tender una emboscada a la Luz.

Blodwen Rowlands dio un gritito de rabia, ante cuyo sonido Jane se sintió la garganta encogida por el horror. Luego pareció girar, cambiar y alejarse como un remolino en el espacio oscuro en torno a ellos, como una silueta vestida de blanco sobre un caballo galopante del mismo color. Encabritándose, invadido por la ira y el miedo, el Caballero Blanco se elevó del fulgor en el que viajaban y desapareció, ante ellos, en una obscuridad velada que ocultaba todos los contornos.

El río

El gran e informe vehículo de la Luz corría a través de la montaña como si fuese un barco transportado por un río subterráneo. John Rowlands permanecía sentado, inmóvil y mudo, con el rostro petrificado, y no se atrevían a mirarlo durante más de un instante: el espectáculo resultaba insoportable.

—El árbol. ¿A qué se refería, tío Merry? Ha dicho: «Todos vuestros Objetos del Poder no os ayudarán a llegar al árbol» —preguntó Jane, por último.

—El árbol de pleno estío, en las Chiltern Hills de Inglaterra —explicó Merriman—. El árbol de la vida, el pilar del mundo. Una vez cada setecientos años aparece en esta tierra, y sobre él el muérdago, que ese día lleva su flor de plata. Y cualquiera que corte la flor, en el momento en que se abre completamente del capullo, dirigirá los acontecimientos y tendrá el poder de controlar la Antigua Magia y la Magia Instintiva para expulsar a toda potencia rival del mundo y fuera del Tiempo.

—¿Y nosotros nos dirigimos hacia el árbol? —preguntó Barney, casi en un susurro.

—Así es —respondió Merriman—. Y lo mismo hace la Tiniebla, siguiendo el sendero programado desde siempre, para hacer coincidir el momento final de su último y más grande despertar con el momento en que la plata se halle en el árbol.

—Pero ¿cómo puedes estar seguro de que seremos nosotros quienes cortemos la flor, y no la Tiniebla? —preguntó Jane, al no ver más que el rápido fulgor que los rodeaba, aunque por un instante tuvo una vivida imagen del cielo gris lleno de los Señores de la Tiniebla, a caballo, con Blodwen Rowlands, el Caballero Blanco, lanzando contra ellos su larga y fría carcajada.

—Nosotros tenemos la espada Eirias —explicó Merriman— y la Tiniebla no. Y aunque sea de doble filo, y pueda ser poseída tanto por la Luz como por la Tiniebla, fue creada efectivamente por orden de la Luz. Si Bran la protege y los Seis y el Círculo protegen a Bran, todo irá bien. «Y donde el árbol de pleno estío crezca alto —su voz se hizo ronca con la cadencia del verso— por la espada del Pendragón caerá la Tiniebla».

Will lanzó una mirada mecánica a la espada de cristal, que brillaba en manos de Bran. Ahora la hoja aparecía límpida: las llamas habían desaparecido. Pero, mientras miraba, tuvo la impresión de que el fuego azul volvía a danzar en la punta: débil y escaso primero, crecía, remontando la hoja centímetro a centímetro en dirección al puño dorado. El movimiento de la luz empezó a cambiar: se hizo más pronunciado, como si realmente se balanceasen sobre un río impetuoso. Parecía que estuviesen en una embarcación, ellos seis y John Rowlands. Will lo sabía, aunque no viese nada tangible a su alrededor.

Miró a Barney y sonrió. El niño permanecía sentado, inconsciente de cualquier

presencia, con una íntima sonrisa de puro placer por las sensaciones que se sucedían en su mente. El miedo que le habían inspirado los hombres de Glyndwr se había disuelto, y en él ya no quedaba sombra de ansiedad, sino sólo estupor, asombro y alegría.

Barney alzó la vista de improviso, como si supiese que Will lo estaba mirando.

—Es el mejor sueño posible —dijo, ensanchando la sonrisa.

—Sí —convino Will—. Pero no... te dejes llevar por él. No se sabe qué puede ocurrir.

—Lo sé —respondió él con placidez—. De verdad. Pero...

Con la cabeza hacia atrás, lanzó un grito instintivo, desenfrenado, lleno de alegre excitación, tan sorprendente que todos se volvieron. Su inquietud disminuyó por un momento, e incluso Merriman, después del primer instante de severidad, se echó a reír.

—¡Sí! —exclamó—. Eso nos es tan útil como la espada, Barney.

Y, de improviso, emergieron a la luz del día, en medio de cielos grises con un sol pálido que en vano trataba de perforar las nubes cada vez más densas, y vieron que su embarcación era un largo navío sin puente, de alta proa, con asientos para los remeros, y que delante y detrás de ellos había otras embarcaciones de la misma forma, llenas de figuras que no se veían bien. La neblina seguía flotando sobre ellos, temblorosa. Will oyó una música familiar, delicada y fugaz. Mirando el agua, vio unas olas relucientes y una orilla difuminada, con campos verdes y las siluetas vagas de hombres y caballos detrás. Por un instante, la niebla se dividió en jirones, y más allá vio montañas, y el humo de las hogueras, y hombres reunidos en espera, columnas y columnas, muchos montados en animales pequeños, robustos y vigorosos que parecían oscuros, fuertes y determinados como los jinetes a los que llevaban. Era una caballería armada con espadas brillantes, que esperaba nerviosamente. Luego la niebla volvió a cerrarse y sólo quedó el espacio blanco y gris.

—¿Quiénes son? —indagó Simon con voz ronca—. ¿Los has visto, entonces? —preguntó a su vez Will, mirando a su alrededor.

Los tres hermanos estaban reunidos a su lado, mientras Bran y Merriman permanecían lejos en proa y John Rowlands, sombrío, acurrucado en popa.

—¿Quiénes son? —repitió Jane.

Los hermanos Drew parecían profundamente absortos, observando en vano la bruma.

De pronto, surgieron unos sonidos de la atmósfera gris: vagos, confusos, de todas las direcciones al mismo tiempo: el choque de las armas, el relincho de los caballos, los gritos y los aullidos de triunfo de los hombres que combatían.

Simon se volvió de repente, con el rostro contorsionado por la frustración.

—¿Dónde están, qué ocurre? ¡Will! —exclamó, con un grito de auxilio, de

súplica.

—Tu desconfianza está más que justificada —explicó Merriman con voz profunda desde proa, con un eco de la misma desesperación—. Se trata de los albores, del primer parto de tu tierra, trabajada en el yunque durante tantos siglos. Es *Mons Badonicus*, la batalla de Badon, en la que la Tiniebla lleva a cabo su ascenso y... ¿Cómo va la jornada?

La voz se elevó en un grito indagador, una pregunta formulada a seres invisibles, lanzada al azar en la neblina gris.

Y desde la neblina, como en respuesta, se perfiló una silueta: una embarcación más larga y ancha que la suya, que tomaba forma junto a la orilla, a la que se aproximaban navegando por el río. Estaba cargada de armas y hombres armados, con banderas verdes que ondeaban a proa y popa. Parecía la embarcación de un general, más que de un rey. Pero la figura de proa tenía el porte de un rey: era un hombre de hombros cuadrados, rostro bronceado, ojos azules y límpidos, cabello castaño estriado de gris y una pequeña barba gris. Llevaba una corta capa de color verde azulado y, debajo, una armadura de forma romana. Y al cuello, semioculto pero brillante, con una luz similar al fuego, llevaba el círculo de los Signos de Will. Miró a Merriman, alzando la mano en un saludo triunfante.

—Vamos bien, mi león. Los hemos detenido, por fin. Regresarán a sus cubiles y allí permanecerán, para dejarnos vivir en paz. Al menos durante algún tiempo...

Suspiró. Sus ojos vividos miraron a Bran y se suavizaron.

—Muéstrame la espada, hijo mío —lo invitó.

Bran lo miraba, resuelto, desde el primer momento en que había aparecido la embarcación. Ahora, sin sombra de cambio en la mirada atenta, irguió la espalda, mostrando su figura delgada y pálida de tez incolora y cabello como la nieve, y alzó la hoja de Eirias, llameante de azul, en un saludo formal.

—¡De nuevo la advertencia! Vuelve a arder como ante la Tiniebla —las palabras salieron en otro suspiro.

—Pero también en nuestro tiempo expulsaremos a las potencias de la Tiniebla, mi señor —replicó Bran con ardor—. Llegaremos al árbol antes que ellas, y entonces las rechazaremos, fuera del Tiempo.

—Desde luego. Debo restituir algo que ha servido a mi objetivo y ahora debe servir al vuestro —se echó hacia atrás la capa y se alzó del cuello el círculo de los Signos—. Tómalos, Buscador de los Signos. Con mi bendición.

Will se acercó al barco y tomó la brillante cadena de sus manos morenas y fuertes. Al ponérsela al cuello, sintió que el peso le tiraba de los hombros.

—Gracias, mi señor.

La niebla formó remolinos en torno a las dos embarcaciones en el río gris. Se alzó un instante para ofrecer una rápida visión del denso ejército de sombras que estaba

tras ella, y luego volvió a caer dejándolo todo vago e indefinido.

—El Círculo está completo, excepto por un representante —observó Merriman—. Y los Seis son fuertes juntos.

—Lo son de verdad, y todo está bien hecho —sus ojos azules y penetrantes se posaron rápidamente en Jane, Simon y Barney, en reverente silencio. Pero luego, como obligado a ello, Arturo se volvió de nuevo hacia Bran, que sujetaba con fuerza la espada Eirias—. Y cuando todo se haya cumplido, hijo mío —añadió con voz suave—, ¿vendrás conmigo en el *Pridwen*, mi barco? ¿Vendrás conmigo al castillo ceñido de plata más allá del Viento del Norte, donde hay paz bajo las estrellas y crecen los manzanos?

—Sí —respondió Bran—. ¡Oh, sí!

Su tez pálida estaba animada por la alegría y por una especie de veneración. Al mirarlo, Will pensó que nunca hasta entonces lo había visto vivo de verdad.

—Y será un reposo más fácil que el último y sin fin, a diferencia de aquel otro. —Arturo volvió la vista hacia la niebla, hacia el tiempo pasado del que les hablaba—. Porque nuestra gran victoria contra la Tiniebla, en Badon, no dura mucho. Nosotros los británicos permanecemos tranquilos en nuestra parte de esta isla, y los ingleses en paz en la suya, y la Paz de Arturo florece durante veinte años. Pero luego regresan los sajones, esos piratas sanguinarios, primero un arroyuelo, luego un diluvio, y devastan nuestra tierra hacia el oeste, de Kent a Oxford, de Oxford a Severn. Y lo que queda del viejo mundo se destruye: nuestras ciudades, nuestros puentes, nuestra lengua. Todo —ahora la voz estaba cargada de angustia, era un largo y doloroso lamento—. Perdido, todo perdido... Los salvajes traen la Tiniebla, y los siervos de la Tiniebla prosperan. Nuestros artesanos y nuestros constructores se marchan, y nadie los sustituye, salvo para enriquecer a reyes bárbaros.

Y en nuestras calles, sobre las viejas costumbres, crece la hierba verde.

—Los hombres huyen al oeste —prosiguió Merriman suavemente, desde la proa de su navío— hasta los últimos rincones de la Tierra donde la antigua lengua sobrevive, durante algún tiempo. En esos lugares donde la Luz siempre espera que la fuerza de la Tiniebla mengüe, de forma que los nietos de los invasores puedan ser domados y suavizados por la tierra saqueada por sus antepasados. Y uno de esos fugitivos lleva consigo un cáliz de oro llamado grial, que tiene grabado el mensaje gracias al cual una época más tardía podrá afrontar mejor el último y más peligroso despertar de la Tiniebla... aquel que no se producirá con el derramamiento de sangre, sino con la frialdad en el corazón de los hombres.

Arturo inclinó la cabeza en una especie de disculpa. La niebla soplaba a su alrededor y sus contornos parecían más débiles, su capa de un azul marino menos vivo.

—Cierto, cierto. Y el grial es hallado, junto a todos los demás Objetos del Poder,

por vosotros Seis, y la Luz es reforzada de forma que todos nosotros, los del Círculo, podamos acudir en su ayuda, al final. Lo sé, mi león. No olvido la esperanza prometida por el futuro, aunque lloro por el dolor sufrido por mi tierra, aquí en el pasado.

El río comenzó a separar las embarcaciones, el fragor de la batalla y los gritos triunfantes surgieron de nuevo de la neblina que los rodeaba. La voz de Arturo se alejó, elevándose en una última llamada.

—Recorred el río. Marchad. Estaré con vosotros dentro de muy poco.

Y el barco, con sus banderas y sus hombres armados, desapareció en la niebla brillante, y en su lugar los rodeó, por ambos lados del radiante torrente, una oscuridad borrascosa, profunda y vasta como el mar, que crecía, envolviendo y atacando su mente.

John Rowlands se alzó lentamente desde la proa del barco, donde había permanecido sentado en silencio. Will lo distinguía como una forma vaga, no era capaz de decir cuánto veía de lo que sucedía.

Rowlands alargó una mano en la oscuridad, aplastando el cuerpo contra la baranda. Lanzó una exclamación en gales, cargada de miedo y deseo.

—¡Blodwen! ¡Blodwen! —gritó luego.

Guiado por la hoja llameante de azul de la espada que sostenía Bran, John Rowlands se aproximó a ellos, y cuando los alcanzó, aferró a Merriman por el hombro.

—¿Siempre ha sido así? ¿Siempre, fuera del mundo, como tú? —preguntó con la voz tensa de angustia. Miraba a Merriman como un hombre que suplica para salvar su vida—. ¿Nada ha sido nunca real?

—¿Real? —replicó Merriman, afligido. Por primera vez desde que Will lo conocía, su voz sonaba carente de autoridad, incierta, perdida—. ¿Real? Cuando vivimos en vuestro mundo como vosotros, John, tanto si pertenecemos a la Luz como a la Tiniebla, sentimos, vemos y oímos como vosotros. Si nos pincháis, sangramos, si nos hacéis cosquillas, reímos... sólo que si nos envenenáis no morimos, y tenemos ciertos sentimientos y percepciones ajenos a vosotros. Tu vida con Blodwen era real, existía, ella la sentía igual que tú. Pero... en su naturaleza había otro lado, más potente, que nunca has podido ver.

John Rowlands alargó un brazo y asestó en el borde de la embarcación un golpe que su mano ni siquiera pareció sentir.

—¡Mentiras! —la palabra salió en un grito—. Eso ha sido todo: un engaño, una ficción. ¿Acaso puedes negarlo? ¡Mi vida se ha basado en una mentira!

—Bueno —los anchos hombros de Merriman se aflojaron por un instante, y luego se irguieron lentamente. Su voz le pareció a Will cargada de un gran cansancio—. Lo siento, John. ¿Le echas la culpa a la Luz? ¿La mentira sería menor si jamás hubieses

sabido de la Tiniebla?

—¡Al diablo las dos! —exclamó amargamente John Rowlands. Miró con frialdad a Merriman, Bran y Will, alzando la voz por la ira y la desesperación—. ¡Al diablo todos vosotros! Éramos felices antes de esta historia. ¿No podíais dejarnos en paz?

Y mientras sus palabras resonaban en el aire, ante todos los ocupantes del barco apareció una silueta desde el remolino de niebla oscura, como flotando sobre el eco de la frase rabiosa: una silueta sombría, a caballo. Cada uno de ellos vio de forma distinta aquella figura imponente, envuelta en una capa, con la capucha retirada del rostro arrogante.

Bran vio al Señor de la Tiniebla que los había perseguido a Will y a él en la Tierra Perdida, con la persecución desenfadada en la Ciudad, el acecho junto al Castillo y la furia fragorosa en el momento en que habían obtenido la espada.

Jane, Simon y Barney vieron una figura que habían confiado en olvidar, vinculada a un momento pasado de su vida, en el que habían participado en una búsqueda del grial de la Luz: un hombre de cabello y ojos oscuros, llamado Hastings, potente y feroz, animado al final por un rabioso impulso de venganza.

Will vio al Caballero Negro, que montaba su negro semental sobre una torre de la Tiniebla, hecha de nubes vertiginosas, con un lado del rostro vuelto para ocultarlo a la vista. Vislumbró un ojo azul bajo sus brillantes cabellos castaños, y el revoloteo de un brazo que apuntaba hacia Bran, mientras el Caballero se volvía sobre la silla. El alto caballo se encabritó sobre ellos, con los cascos relucientes y los ojos blancos y muy abiertos. Will vio a Jane apartarse instintivamente.

—¡Escucha nuestra impugnación, Merlion! —llamó el Caballero Negro, con voz clara pero débil, como amortiguada por la obscuridad—. Sostenemos que no hay lugar para el Pendragón, el muchacho, en esta carrera y en esta búsqueda. Pedimos esto: ¡él debe marcharse!

Merriman le volvió la espalda bruscamente, en un despreciativo rechazo, pero el Caballero no se movió. A través de la niebla, llegaron volando dos cisnes. Flotaron lentamente sobre sus cabezas, unas veces visibles y otras no, a través de los jirones de bruma, hasta que bajaron en picado, torpemente, por ambos lados del barco y se deslizaron hasta el río. Y en el preciso momento en que alzó la vista de las dos aves, Will vio, como erguida sobre la proa de su embarcación, la figura de la Señora.

No era ni joven ni vieja: su belleza carecía de edad. Permanecía erguida, mientras el viento agitaba los pliegues de una túnica azul como el cielo del amanecer. Sumamente feliz, Will saltó hacia delante y tendió una mano en señal de bienvenida. Pero el rostro delicado de la Señora era grave. Ella miró a Will como si no lo viese realmente, y luego a Merriman y Bran. Sus ojos se posaron rápidamente sobre los demás, deteniéndose por un momento en Jane, y por último volvieron a Merriman.

—La impugnación es válida —declaró.

Will no daba crédito a sus oídos. La voz musical carecía de emoción: se limitaba a afirmar, sin expresión, pero con total decisión. Impulsivamente, Merriman dio un paso adelante, y luego se detuvo. Sin atreverse a alzar la mirada, Will vio los largos dedos de una mano huesuda y nudosa apretarse en un puño, con las uñas clavadas en la palma.

—La impugnación es válida —repitió la Señora, con un débil temblor en la voz—. Porque la Tiniebla ha invocado la Gran Magia contra la Luz, sosteniendo que Bran, hijo de Arturo, no tiene un lugar legítimo en esta porción del Tiempo, por lo que no puede efectuar el viaje hacia el árbol. La notificación es un derecho suyo y debe escucharse: de lo contrario la Gran Magia ya no dejará que avance nada en este asunto.

Alargó un brazo, armonioso como el ala de un pájaro en los pliegues sueltos de la túnica azul, y dirigió los cinco dedos hacia Bran. Por un instante, una brisa sopló sobre el río inmóvil, y por el aire pasó la huella de una música tenue. Luego la luz azul murió sobre la hoja de Eirias, que con un extraño y lento movimiento cayó sobre el puente del barco, sin un ruido. Bran se puso rígido y permaneció inmóvil, erguido, con los brazos a lo largo del cuerpo, como una figura delgada, vestida de oscuro. Su rostro, casi tan blanco como el cabello, estaba inerte, como muerto. Un resplandor velado tomó forma y flotó a su alrededor, semejante a una jaula de luz, de forma que aún estaba con ellos, y sin embargo separado.

La Señora miró en el espacio, hacia la silueta del Caballero Negro suspendida en la oscuridad nebulosa.

—Expresad vuestra impugnación —indicó.

El Despertar

—Impugnamos al joven Bran, de Clwyd, en el Valle de Dysynny, del reino de Gwynedd, llamado Bran Davies por su padre en el mundo en que creció, llamado el Pendragón en virtud de su padre el Pendragón en el mundo del que proviene —anunció el Caballero Negro—. Rechazamos su papel en esta materia, pues no tiene derecho a participar en ella.

—Tiene el derecho que le otorga su nacimiento —replicó Will con brusquedad.

—Ahí radica precisamente nuestra impugnación, Vetusto. Ahora oirás nuestros argumentos.

El Caballero Negro había desaparecido: su voz resonaba en el remolino sombrío más allá de la niebla. Will tuvo la súbita sensación de un infinito ejército de formas invisibles a sus espaldas, sepultadas en las tinieblas. Apartó rápidamente la mirada.

—¿A quién eliges como juez, Señor de la Tiniebla? —replicó la voz límpida de la Señora, desde lo alto—. Porque tienes derecho a elegir, como la Luz tiene derecho a aprobar o rechazar tu elección.

Hubo una pausa. De pronto, el Caballero reapareció, nítidamente, y se volvió hacia Merriman.

—Elegimos al hombre llamado John Rowlands —respondió.

Merriman miró a Will. No habló, ni en voz alta, ni en la muda lengua de los Vetustos, pero Will advirtió su indecisión. Él experimentaba la misma vaga sospecha. —«¿Qué clase de intenciones tienen?»—, pero le rebotó fuera de la mente, como una ola que rompe contra un escollo, cuando pensó en John Rowlands y en las muchas razones que tenían para confiar en su juicio.

—De acuerdo —asintió Merriman, alzando la cabeza blanca y despeinada.

John Rowlands no les prestaba la menor atención. Permanecía en el centro del barco, con Jane, Barney y Simon apretados a su espalda en un asiento, como para consolarle a él o a sí mismos. Rowlands miraba a Bran, con el rostro moreno y delgado tenso por arrugas que reflejaban su ansiedad. Sus ojos oscuros se posaron en la figura plácida y fúlgida de la Señora, y luego volvieron a la niebla brillante que encerraba al muchacho.

—Bran —dijo tristemente—, ¿te encuentras bien?

Pero no obtuvo respuesta. En cambio, la Señora volvió el rostro grave hacia Rowlands, que de golpe quedó petrificado, mirándola. Era una figura muda, torpe, con el traje oscuro y formal apoyado en el cuerpo esbelto como si perteneciese a otra persona.

—John Rowlands —prosiguió la voz serena y musical—, ahora te serán dichas algunas cosas por los Señores de la Luz y la Tiniebla. Deberás escucharlas con gran atención y sopesar en la mente el mérito de ambas partes. Y luego deberás afirmar

quién tiene razón en tu opinión, sin miedo ni parcialidad. Y el poder de la Gran Magia, que está presente en este lugar como en todo el universo, sellará tu decisión.

John Rowlands la miraba, inmóvil. Parecía invadido por un temor reverente, pero tenía ciertos puntos de color en los altos pómulos y su boca finamente modelada estaba tensada en una línea recta.

—¿Tendré que hacerlo? —repitió.

La voz de la Señora se hizo aún más plácida, más dulce.

—No, amigo mío. No hay obligaciones en esta cuestión. Te estamos pidiendo el favor de que expreses dicho juicio. Porque, en este mundo de hombres, es el destino de los hombres lo que está en juego, a la larga, y sólo un hombre debería decidirlo. ¿Acaso no les has dicho eso a los Vetustos, aquí y en otros lugares?

John Rowlands se volvió a mirar a Will, con expresión neutra.

—Está bien —respondió por último lentamente.

De pronto, Will advirtió a una multitud de Vetustos, una inmensa tropa de vagas presencias, alrededor y detrás de él, sobre el río inmóvil y nebuloso; flotaban sobre los navíos invisibles similares al suyo entrevistados por él, tal como ellos habían atravesado el espacio y el tiempo de la isla británica en el vehículo en forma de tren. Le parecía oír el murmullo de una gran muchedumbre, como ya dos veces, en su vida, había oído a todo el Círculo de los Vetustos reunido. Y sin embargo no había ruidos, lo sabía, al margen del rumor del viento entre los árboles que bordeaban el río. Con la sensación de su presencia en la mente, y la conciencia de la forma de Merriman, vestida de azul, a su lado, miró abiertamente la neblina negra y borrascosa de la Tiniebla, como antes no había osado hacer. De ella salió fuerte y segura la voz del Caballero.

—Juzga, pues. Sabes que el joven Bran nació en un tiempo muy lejano y fue llevado al futuro, para que allí creciese. Lo llevó su madre, que en su época había engañado gravemente una vez a su señor y marido Arturo y temía por lo tanto que éste no lo reconociese como hijo suyo, que en efecto era.

—Es fácil para los hombres ser engañados —replicó John Rowlands en tono vacuo.

—Pero los hombres perdonan —lo halagó el Caballero—, y el padre del chico habría perdonado y creído a Ginebra si hubiese tenido la posibilidad de hacerlo. Mas un Señor de la Luz hizo viajar a Ginebra en el tiempo a petición suya, de forma que el muchacho fue llevado lejos.

—A petición suya —repitió Merriman, con voz suave y profunda.

—Pero —replicó el Caballero—, y ahora escucha bien, John Rowlands, no a una época solicitada por ella.

Will sintió que el frío se le introducía en la mente: una terrible duda, como una pequeña fisura que crece en un dique grande y seguro encargado de retener el mar. A

su lado, la túnica de Merriman crujió.

—Vino a las montañas de Gwynedd con su hijo, sin preocuparse por la época a la que llegaba —prosiguió el Caballero con voz tranquila y confiada—. Y un hombre del siglo XX, llamado Owen Davies, se enamoró de ella, la acogió y crió al hijo como suyo, cuando ella desapareció de nuevo. Pero aquel siglo no fue escogido por ella. Fue donde la llevó el Señor de la Luz, casualmente. La Luz, en cambio, hizo bien sus cálculos —el tono aumentó en intensidad, se hizo brusco y acusador—. La Luz escogió y actuó de forma que Bran, hijo de Arturo, Bran el Pendragón, viniese a esta época para crecer en el lugar adecuado y el momento adecuado para hacer realidad sus objetivos. Por ello, todas las viejas profecías se han cumplido sólo gracias a sus manipulaciones del Tiempo. Ello distorsiona los términos de la Gran Magia: en nuestra opinión, el joven Bran, que está aquí sólo por las artes de la Luz, debería regresar a la época a la que pertenece.

—¿Regresar más de mil años atrás? ¿Qué lengua hablaban los hombres en aquella época? —preguntó John Rowlands, pensativo.

—Latín —respondió Will.

—Sabe muy poco latín —observó John Rowlands, mirando la niebla oscura más allá del río.

—Eso son tonterías —cortó, áspera, la voz que salía de las tinieblas—. Se le puede poner simplemente fuera del Tiempo, como ahora, siempre que no tenga ningún papel en esta cuestión.

—No son tonterías —replicó John Rowlands—. Sólo me pregunto cómo puede decirse que un muchacho pertenece a una época de la que ni siquiera habla la lengua. Es una simple curiosidad, señor, para poder juzgar mejor.

—La pertenencia —dijo Merriman desde la popa—. Ésta es la respuesta a vuestra protesta. Ya fuese su madre o la Luz quien escogió la época en la que creció el muchacho, ya fuese casual la elección, él ha establecido unos vínculos con ella. Vínculos afectivos con respecto a las personas con las que ha vivido, y en particular Owen Davies, su padre adoptivo, y el amigo de Davies, John Rowlands.

—Sí —confirmó Rowlands, alzando la vista, con la misma rápida ansiedad de antes, hacia la extraña jaula de neblina luminosa en la que, vagamente, veían a Bran forzado a la inmovilidad.

—Tales vínculos afectivos —continuó Merriman— están más allá del control incluso de la Gran Magia, porque son lo más fuerte que existe en esta tierra.

—¡John! ¡John! —llamó de pronto desde la oscuridad, desde una dirección imprecisa, una voz espantada, con ardor.

John Rowlands levantó la cabeza, de repente, con una mezcla de desconfianza y deseo.

—¡Es la señora Rowlands! —susurró Jane.

—¿Dónde está? —Bran dio una pirueta sobre sí mismo: el grito parecía venir del aire.

—¡Allí! —señaló Simon, y la voz murió en su garganta—. Allí...

Veían sólo su rostro, débilmente iluminado en la oscuridad junto al barco, y sus manos tendidas. Miraba a John Rowlands con gesto suplicante. Su voz era la voz suave y cálida que habían conocido al principio, y estaba llena de miedo.

—John, ayúdame, ayúdame... nada tengo que ver con todo esto, estoy poseída. Hay una mente de la Tiniebla que invade la mía, y entonces... digo y hago cosas, y ni siquiera sé cuáles son... John, también nosotros tenemos unos vínculos afectivos. Debes intervenir. ¡Dicen que me dejarán libre si los ayudas!

—¿Ayudarles... a ellos? —John Rowlands parecía hablar con dificultad. Su voz sonaba lenta y envejecida.

—Restablece el equilibrio. Otórganos la decisión justa, es decir, que la Luz no tiene derecho a la ayuda del joven Bran, y nosotros dejaremos la mente de tu esposa Blodwen Rowlands, restituyéndotela a ti —explicó el Caballero Negro bruscamente.

—¡Oh, John, te lo ruego!

La señora Rowlands tendió los brazos hacia él, y su llamada era tan conmovedora que Jane, al escucharla, tuvo dificultades para permanecer quieta. Lo que había averiguado de Blodwen Rowlands se desvaneció por completo de su mente. Sólo percibía la infelicidad y el deseo de un ser humano separado de otro.

—Una posesión —seguía habiendo una especie de estridencia en la voz de John Rowlands, como si las palabras saliesen por la fuerza—. ¿Quieres decir que es como la posesión diabólica de la que hablaban antiguamente?

El Caballero Negro lanzó una carcajada suave, efervescente pero fría.

—Sí, sí, exacto —respondió Blodwen Rowlands, impaciente—. La Tiniebla se apodera de mi mente y me transforma en otra persona. Oh, John, tesoro, di lo que ellos quieren, así podremos volver a nuestra casa y ser de nuevo felices como lo hemos sido durante todos estos años. Esto es sólo una terrible pesadilla... quiero ir a casa.

John Rowlands miró el rostro de su esposa larga y atentamente. Luego, volviéndose, inseguro, miró a Merriman y a Will, y por último la figura alta y remota de la Señora, pero todos le respondieron con gesto neutro, sin sombra de amenazas, llamadas o consejos. Rowlands volvió a mirar a Blodwen, y de pronto, Jane advirtió un hueco en el fondo del estómago por el asombro, porque la expresión de su rostro era la de un triste adiós a algo que se desvanece para siempre.

Su voz era baja y dulce: apenas la oían entre el susurro de la brisa en la orilla del río.

—No creo que ningún poder pueda poseer la mente de un hombre o una mujer, Blod, o cualquiera que sea tu nombre verdadero. Por el contrario, creo en el libre

albedrío concedido por Dios. Opino que nada nos puede ser impuesto, salvo por otras personas como nosotros. Opino que nuestras decisiones son sólo nuestras. Y tú no estás poseída, sino que eres aliada de la Tiniebla, porque has decidido serlo... por muy terrible que sea para mí creerlo, después de todos estos años. O bien ni siquiera eres humana, sino una criatura venida totalmente de la Tiniebla, una criatura distinta a la que nunca he conocido de verdad.

La voz sombría y suave flotó sobre el río nebuloso, y por un instante no vieron ni sonidos ni movimientos, ni desde la flotilla de la Luz ni desde la oscuridad vacía y repleta al mismo tiempo de la Tiniebla. El rostro resplandeciente de Blodwen Rowlands seguía allí, con la silueta imponente del Caballero.

—Y en lo que respecta a Bran —prosiguió John Rowlands en su susurro grave, como si expresase sus pensamientos para sí—, se trata de un muchacho que desde el principio no ha escogido, pero luego ha vivido su vida. Realmente ha establecido vínculos afectivos con su padre, su padre adoptivo, si se quiere. Así como conmigo y con los demás que lo han visto crecer en Clwyd Farm. Pero no con mi mujer, como había creído.

La voz murió en un suspiro ronco. Tragó saliva y permaneció mudo por unos instantes.

Jane observaba el rostro de Blodwen Rowlands, que poco a poco comenzaba a endurecerse: el deseo cayó como una máscara, dando paso a la indiferencia y a una fría rabia.

—Si debo juzgar —concluyó John Rowlands—, entonces juzgo que Bran Davies pertenece a la época en la que tanto él como yo vivimos nuestra vida, que dado que él no es independiente, como yo, sino que ha puesto su destino al servicio de la Luz y por ella ha corrido graves riesgos, no hay razón por la que no deba ser libre de ayudar a su causa. Como... otros... son libres de ayudar a la Tiniebla, si así lo escogen. Éste es mi juicio —dijo con voz deliberadamente dura, mirando a la Señora, como si estuviese tratando de aislarse.

—La Gran Magia lo confirma y te da las gracias, John Rowlands. Y la Luz acepta que ésta es la ley —respondió claramente la Señora. Se volvió ligeramente hacia la orilla del río, hacia la oscuridad borrascosa detrás de la bruma. En torno a ella, el esplendor pareció aumentar y la voz se elevó—. ¿Y la Tiniebla, Caballero?

El viento se intensificó. En la lejanía vibró un trueno lejano.

—La ley es la ley —respondió el Caballero Negro con cólera contenida. Emergió un poco de su sombrío refugio, empujando hacia atrás la capucha, y sus ojos azules destellaron en el rostro acuchillado—. ¡Eres un tonto, John Rowlands! Optar por destruir tu casa, por el bien de una causa imprecisa...

—Por el bien de un muchacho y su vida —replicó John Rowlands.

—¡Siempre ha sido un tonto! —exclamó la voz de Blodwen Rowlands saliendo

de las tinieblas, estridente, más fuerte que antes: era de nuevo la voz del Caballero Blanco.

Will comprendió ahora que siempre había advertido la semejanza entre las dos voces, aunque nunca se le había ocurrido identificarlas. Y vio, por la expresión de Jane, que también ella había establecido la misma terrible conexión.

El trueno resonó de nuevo, más cerca.

—¡Un idiota! —gritó Blodwen Rowlands—, ¡un pastor! ¡Tonto! —su voz se elevó hacia lo alto, en el gemido del viento que crecía, y desapareció en el aire cada vez más oscuro.

En torno a ellos, la niebla se espesaba y el cielo era invadido por nubes de un gris tan intenso que parecía casi negro.

Pero la Señora levantó el brazo, dirigiendo los cinco dedos hacia Bran, que permanecía inmóvil en su jaula de bruma brillante.

Will tenía en los oídos el eco de una música, aunque no sabía si era el único en oírla. Y de pronto Bran quedó libre, con la espada Eirias en la mano, cuya hoja llameaba con una fría luz azul.

Bran levantó a Eirias en el aire, como un estandarte. Por detrás y a su alrededor, Will advirtió la brigada de la Luz, que se espesaba, avanzaba, empujaba, y vio que su barco había reanudado la navegación.

El viento sopló en ráfagas, y por un instante todas las luces quedaron cubiertas, mientras el tornado vertiginoso de la Tiniebla se libraba en el cielo con un rugido, viajando por encima y delante de ellos, rodeando el horizonte para recoger las últimas fuerzas.

Sólo una franja de luz seguía brillando. De pie en la proa de su embarcación, Bran agitaba la espada de cristal ante sí, hendiendo el aire con una línea azul, y la niebla oscura se abría en una fisura recortada, cada vez más ancha. Vieron campos verdes elevarse ante ellos, y de improviso se encontraron todos en una suave pendiente, con el río reducido a un lejano murmullo en los oídos.

—Permaneced juntos, vosotros Seis —ordenó Merriman.

Los condujo hacia arriba por la pendiente herbosa. La cadena de los Signos resonaba armoniosamente en el cuello de Will, que sentía que las mil vagas formas del Círculo les rodeaban, les protegían y les incitaban. John Rowlands avanzó junto a la Señora, con la mirada perdida, como en trance. El trueno resonó, sobre sus cabezas.

Luego, los últimos restos de niebla se disolvieron y en la luz débil, bajo el cielo amenazador, vieron un bosque de hayas que dominaba una montaña. Poco a poco, en la pendiente que había delante del bosque, apareció un solo árbol enorme. Su perfil indistinto se hizo gradualmente más nítido y real. Creció, tomó forma y sus hojas amplias se agitaron y crujieron en el viento. El tronco era tan grueso como diez

hombres, sus ramas se extendían anchas como una casa. Se trataba de una encina, más grande y antigua que cualquier otra que hubiesen visto jamás.

Sobre sus cabezas, el rayo desgarró una de las nubes oscuras y el trueno los golpeó como un puño enorme.

—¿La plata en el árbol?... —preguntó Barney, casi en un susurro.

Bran dirigió a Eirias hacia la planta, con un revoloteo triunfante.

—Mira, donde la primera rama se divide... ¡allí!

Y entre las ramas oscilantes vieron el muérdago, de un verde distinto al de la encina. Will lo miró con atención para distinguir algo entre la maraña. La capa oscura de Merriman oscilaba a su alrededor, en el viento cada vez más intenso.

—Habrà una sola ramita de flores —anunció él, con la voz cargada de tensión—. Veremos romperse todos los capullos, y cuando todas las floréenas radiantes estén abiertas, sólo entonces cortaremos esa ramita. Ni antes ni después; sólo en ese momento funciona el gran hechizo. Y en ese momento, además, quien corte el muérdago debe estar protegido de los ataques por obra de los Seis, cada uno con uno de los Signos.

Volvió los ojos, rodeados de profundas sombras, hacia Will, que se llevó la mano al cuello para tomar el círculo de los Signos unidos por el oro. Pero antes de poderlos tocar, mientras el rayo relampagueaba de improviso mucho más cerca que antes, Will vio que la silueta alta de Merriman se ponía rígida, dirigida hacia el gran árbol. También él se volvió, buscando el muérdago, y vio de inmediato que un destello vivido como el fuego provenía del centro de la extraña maraña verde. El momento estaba a punto de llegar: el primer capullo de la ramita de muérdago se había abierto en flor.

Así comenzó el Despertar de la Tiniebla.

Will nunca había sabido, con ninguna magia, cómo sería. Mucho más tarde, pensó que debía parecerse a lo que le ocurre a una mente que enloquece por completo en un instante. Si no peor, porque aquí era el mundo el que enloquecía. Como una muda explosión, la fuerza inmensa de la Tiniebla sacudió todo lo que lo rodeaba, sacudió sus sentidos. Will se tambaleó, gesticulando ciegamente en busca de un apoyo que no existía. El aspecto de las cosas se desordenó: el negro parecía blanco, el verde parecía rojo, y todo latía y temblaba como si el sol se hubiese tragado la tierra. Un gran árbol escarlata se recortaba contra un cielo de una blancura lívida, mientras los otros Seis, que aparecían y desaparecían, se asemejaban a negativos fotográficos, formas desenfocadas con los ojos negros, blancos y vacíos. El infinito estallido del trueno le llenaba los oídos y la mente. Sentía debilidad y náuseas, frío y calor al mismo tiempo. Tenía los ojos reducidos a una fisura, la garganta apretada por un nudo.

Incapaz de mover un músculo, vio a través de sus párpados de plomo que Simon, Barney y Jane se habían derrumbado en el suelo, y desplazándose con un esfuerzo

inmenso, como aplastados por pesos, se esforzaban en vano por levantarse. La oscuridad se cernía sobre ellos. Volviendo lentamente la *cabeza*, con angustioso terror, Will observó que la mitad del cielo y la mitad del mundo a sus espaldas estaban llenos del tornado negro de la Tiniebla, que giraba entre nubes y tierra, más vasto de lo que sus sentidos podían percibir. Vio a Bran tambaleándose y alzando una franja de fuego azul, como para aferrarse a ella. «Qué azul tan brillante —pensó—. Nunca he visto un azul más brillante, salvo en los ojos de la Señora. La Señora, ¿dónde está la Señora?». Y no logró moverse para buscarla, sino que cayó de rodillas mientras el mundo se agitaba hacia delante y hacia atrás en su mirada inquieta. Sólo por pura casualidad su mano débil tocó el círculo de los Signos que llevaba colgado del cuello.

Entonces, de repente, vio claramente, y se sintió invadido por el asombro. Del fondo del cielo tempestuoso, hendiendo las colosales nubes de color gris y negro, venían seis jinetes. Eran tres por cada lado, unas figuras brillantes de color gris plata sobre caballos del mismo color: galopaban con las capas flotando y la espada desenvainada en la mano. Uno de ellos llevaba sobre la cabeza un pequeño círculo reluciente, pero Will no logró verle bien la cara.

—¡La cabalgata de los Durmientes! —le gritó Bran, que, inclinado hacia atrás, miraba atento al cielo, con la espada tendida, llameante de azul—. ¡Los siete Durmientes, convertidos en Caballeros, tal como había predicho!

—Pero yo recuerdo que había seis Durmientes —murmuró Will a Merriman, en voz baja para que Bran no lo oyese—. Seis Durmientes, que pertenecen a la noche de los tiempos y a los que una vez despertamos de su largo sueño junto al lago, con el arpa dorada.

Merriman no se movió ni habló, sino que se quedó observando aquel cielo tremendo. Y mientras Will alzaba la vista hacia los caracoleantes Caballeros de la Luz, un largo resplandor empezó a chispear al este. Como un sol blanco que surge, otra silueta saltó por el aire: un caballero distinto, con una forma distinta, que no se parecía a ninguna criatura terrestre.

Era un hombre alto, montado sobre un brillante caballo blanco dorado, y tenía la cabeza astada como un ciervo, con cornamenta reluciente, ramificada en siete puñales. Ante la mirada de Will, alzó la gran cabeza, con los ojos redondos y dorados, parecidos a los de un búho, y lanzó un grito que era como la nota que el cazador toca con el cuerno para llamar a los perros. Y por el cielo, detrás de él, ladrando y gañendo, vino una jauría interminable de perros enormes, espectrales, blancos, con las orejas y los ojos rojos, criaturas espantosas que seguían inexorables un recorrido que ningún poder viviente era capaz de desviar. Giraron en torno a las patas del caballo del Cazador, allá arriba en el cielo, mientras él estallaba en una carcajada horrible, por el placer de la persecución. Se agolparon en torno a los

caballos de los Caballeros, que esperaban impacientes poder unirse a la cacería.

Y luego el Cazador, con un grito desenfrenado, lanzó la orden de iniciar la persecución, y él y los guerreros del color de la ceniza, siete jinetes en total, saltaron entre las nubes con los Perros del Juicio siguiéndolos en masa, con los ojos rojos ardientes, un millar de gargantas cuyo ladrido era tan frenético como el aleteo de las ocas migratorias. Era la Jauría Salvaje, lanzada contra la Tiniebla por última vez.

El macizo y tempestuoso cono de la Tiniebla se agitaba con furia en el cielo, azotándolo agónicamente, y la punta estaba a punto de romperse. Horribles zurriagazos llenaron el aire, hasta que con una última y convulsa sacudida que pareció hacer precipitar al suelo la mitad de las nubes, el enorme pilar negro, similar a un tornado, desapareció hacia arriba y la nada, mientras los Durmientes y la Jauría Salvaje lo seguían despiadados, entre feroces aullidos.

Pero el gran Herne, el Cazador, tiró de las riendas de su caballo, saltando alto en los cielos con la fuerza de la inercia de su carrera, y se volvió a escrutar entre las nubes desgarradas e inquietas con sus locos ojos dorados. De improviso, con nuevo terror, Will vio lo que buscaba: la cima del poder de la Tiniebla, que nunca huiría, las dos figuras enormes, ahora indestructibles en su pleno poder, del Caballero Negro y el Caballero Blanco, que describían una amplia curva en el cielo, dirigiéndose hacia abajo rápidamente, hacia la herbosa montaña de Chiltern y el árbol encantado.

Will oyó a Simon gritar en las proximidades del árbol, el primer sonido que emitía alguno de los Seis durante toda su atónita observación. Al volverse, vio brillar sobre la planta nuevos y pequeños puntos de luz, mientras otros capullos en la verde mancha de muérdago se abrían en las flores mágicas. Se llevó las manos al cuello, en el preciso instante en que oyó resonar en su mente el mudo grito de mando de Merriman, y desprendió de él el círculo de los Signos. Altos en el cielo, los Caballeros, ahora enormes, se aproximaron rápidamente a la tierra.

—¡Los seis Signos arderán! ¡Tomad uno y rodead el árbol! —aulló Will a Simon, Barney y Jane.

Se acercaron a él, sin perder un instante, tendiendo las manos, y los Signos de la cadena se separaron fácilmente unos de otros cuando el oro que los unía pareció fundirse como cera. Simon tomó el Signo liso y negro del Hierro y corrió con él hacia el árbol: manteniéndolo alto, a modo de desafío, se apoyó contra el tronco colosal y nudoso. Jane siguió con el fulgurante Signo del Bronce y Barney con el Signo de la Madera, obtenido del serbal. Permanecieron allí, valientes pero temblorosos, mirando aterrorizados a los monstruosos Caballeros que galopaban lanzándose en picado desde las altas nubes, con fines de destrucción. Rápido, Merriman los alcanzó con el Signo del Fuego, de oro deslumbrante, y Bran con el Signo de la Luz, hecho de cristal, junto a la espada. El último en colocarse con la espalda contra el tronco fue Will, con el Signo de la Piedra, de sílex negro brillante, alzado provocativamente. Y

los Caballeros se les echaron encima, acompañados de relámpagos vividos y truenos sombríos, que no procedían de nubes, sino del aire obscuro. Los caballos enormes se encabritaron, gritando, coceando a lo loco con los mortales cascos. La gran figura encapuchada de Herne atacó a los Señores de la Tiniebla desde lo alto, y la fuerza de todas las sombras invisibles del Círculo resistía, luchaba, se oponía a ellos desde abajo, con la Señora como fúlgido punto de apoyo, pero la tensión casi había alcanzado el punto de ruptura. Y en una explosión de resplandor, el último capullo del muérdago se abrió en flor.

Bran, con el cabello blanco flotando al viento, hizo girar la espada Eirias sobre su cabeza para cortar la ramita, pero con el Signo de la Luz en la mano izquierda le quedaba un solo brazo libre para sostener la larga hoja de cristal y no lograba mantener el equilibrio. De sus labios brotó un grito desesperado. Los azules ojos del Caballero Negro llamearon como zafiros; saltó hacia delante triunfante, tratando de quebrantar la fuerza del Círculo y alcanzar la resplandeciente flor con su espada. Pero, de pronto, John Rowlands se colocó junto a Bran. Aferró el Signo de la Luz y lo dirigió contra el ataque incipiente. En su mano grande y morena, el círculo de cristal brillante parecía sumamente frágil.

Bran, libre ahora de utilizar ambas manos, bajó la hoja fulgurante de la espada Eirias sobre el muérdago verde y cortó la ramita florida, que Merriman aferró antes de que cayese y luego, con un gesto rápido, capaz de cortar el aliento, la lanzó alta en el aire. En aquel instante, la flor de muérdago se transformó en un pájaro blanco, que desapareció volando por el cielo, lejos, hacia el mundo, a través de las nubes recortadas y el color de la nieve que flotaban en el azul.

Todos y cada uno de los Signos sujetos en las seis manos relampaguearon de improviso con una luz fría similar al fuego, demasiado violenta para que los ojos pudiesen resistir su visión. Lanzando dos aullidos simultáneos de miedo y desesperación, las grandes y amenazadoras figuras del Caballero Blanco y el Caballero Negro cayeron hacia atrás, lejos de aquel tiempo, y desaparecieron. De pronto, cada una de las seis manos se encontró vacía, porque cada uno de los Signos ardió con su gélida llama, consumiéndose en la nada.

Uno solo marchará

Permanecieron en torno al árbol en silencio, incapaces de hablar. En lo alto, donde los últimos jirones de nubes de tormenta flotaban oscuros delante del sol, Herne el Cazador de la cornamenta de ciervo echó hacia atrás la cabeza salvaje y emitió un largo grito triunfante. El caballo de color blanco dorado partió al galope con un relincho agudo y límpido, y se dirigió hacia un punto situado más abajo, en el que una franja de nubes empujadas por el viento surcaban el cielo como un río.

El Caballero descendía saltando, y en el preciso instante en que pareció zambullirse en el río celeste y desaparecer, vieron emerger del mismo lugar la gran nave *Pridwen*, elegante, de alta proa, con los estandartes verdes del Señor Arturo flotando a proa y popa. Se aproximó cada vez más, en alas del viento, y de entre los Seis situados junto al árbol Will vio a Bran alzar lentamente la espada Eirias e introducirla en la vaina, ahora visible en su cintura, con un gesto curioso, reluciente, que no fue capaz de interpretar. Miró a su amigo, su tez pálida y los ojos dorados bajo el cabello blanco, pero no descubrió en él ninguna expresión, mientras Bran miraba flotar la larga nave que viajaba hacia ellos, por el cielo. Se encontró pensando, y no por primera vez, que los ojos dorados de Bran se parecían extrañamente a los de Herne, el Cazador Loco.

Y luego la nave *Pridwen* los alcanzó, y Will se encontró mirando los ojos grises azulados y el rostro de barba estriada, marcado por la intemperie, del caudillo y rey Arturo.

Arturo miraba, a sus espaldas, la figura esbelta y frágil, vestida de azul, de la Señora, que permanecía ligeramente separada del grupo. Desde la proa de la embarcación bajó a tierra, se arrodilló ante la Señora e inclinó la cabeza.

—Señora —anunció—, tu barquero espera.

La Señora avanzó hacia la embarcación, llamando a Arturo con un golpecito en el brazo, en la intimidad desenvuelta de quien pertenece a la misma familia.

—Todo ha terminado —anunció. De pronto, en su voz musical resonó un profundo cansancio, que revelaba su vejez, a pesar de la gracia tranquila, sin edad, del rostro de rasgos delicados—. Nuestra labor está realizada y podemos dejar la última, y la más larga, a quienes heredarán este mundo y toda su peligrosa belleza.

Los miró a todos, y como en una despedida, sonrió a Barney, a Simon y, de forma más prolongada, a Jane. Luego miró a John Rowlands, que permanecía rígido, con los ojos vacuos, junto a la enorme encina. Se dirigió hacia él rápidamente y le tomó ambas manos.

John Rowlands la miró con el rostro ensombrecido, marcado por arrugas alrededor de la boca que nunca habían parecido tan visibles.

—John —comenzó la Señora, dulcemente—, en toda esta gran cuestión, tú has

hecho más por tu mundo que todos nosotros, incluso antes de tu muestra de coraje al final... porque habrías podido retirarte a una ciega felicidad tuya, y sin embargo has renunciado a hacerlo. Eres un hombre bueno y honrado, y ahora, durante algún tiempo, serás infeliz. Pero durará sólo un poco.

Le soltó las manos, pero siguió mirándolo imperiosamente a los ojos.

John Rowlands correspondió a la mirada sin temor ni sumisión. Se encogió de hombros, sin responder.

—Has tomado una decisión difícil —prosiguió la Señora— que te ha hecho perder el marco de tu vida. Yo no puedo devolverte a tu Blodwen, aquella figura inmoral, ávida de poder. Pero te puedo dar otra posibilidad, más benigna que tu situación actual. Dentro de un momento, regresarás a tu mundo y a tu época y allí descubrirás que... el cuerpo de tu esposa ha sufrido un terrible accidente, y ha perdido la vida. Te corresponde a ti decidir si, en ese momento, querrás seguir recordando todo lo que te ha sucedido. Puedes recordar la dura verdad sobre la Luz y la Tiniebla, y la verdadera naturaleza de tu esposa, si así lo deseas.

—Es muy extraño... hay una cosa que siempre se negó a decirme. Se había convertido en una especie de broma privada... no quería revelarme dónde o cuándo había nacido —murmuró John Rowlands con voz incolora, casi para sí.

La Señora tendió una mano piadosa, y luego la dejó caer.

—O bien —prosiguió—, por el contrario, puedes olvidar. Puedes, si lo deseas, olvidar todo lo que has visto de los Señores de la Luz y de la Tiniebla, y aunque entonces, quizá, sientas un dolor más profundo por la pérdida de tu esposa, la llorarás y la recordarás como la mujer que conociste y amaste.

—Pero eso significaría vivir una mentira —replicó rápidamente John Rowlands.

—No —intervino Merriman a sus espaldas—. No, John, porque tú la has amado de verdad, y todo amor tiene gran valor. Todo ser humano que ama a otro ama la imperfección, porque la perfección no es de esta tierra... no hay que ser simplista.

—A ti te corresponde elegir —declaró la Señora. Se aproximó a la embarcación, se detuvo y miró hacia atrás. John Rowlands estaba ante ellos, siempre sin emociones aparentes, y luego volvió los ojos oscuros hacia la Señora.

—No puedo elegir, esta vez —respondió, con una sonrisa amarga—. No sobre algo así. ¿Tendría la amabilidad de hacerlo en mi lugar?

—Perfectamente —concedió la Señora—. Aléjate de mí, John Rowlands, y cuando te vuelvas verás un sendero a tus pies. Síguelo. En el momento en que pases por delante del árbol, dejarás este lugar y te hallarás en otro sendero, en tu valle, que conoces mucho mejor que éste. Lo que encuentres entonces en tu mente será la elección que habré realizado por ti. Te deseamos todo lo mejor.

John Rowlands inclinó la cabeza por un instante, y luego los miró a todos, uno tras otro, con una media sonrisa que no contenía felicidad alguna, aunque sí un gran

cariño. Por último, miró a Bran.

—Nos vemos más tarde, muchacho —dijo.

A continuación se volvió y se encaminó hacia la encina inmensa, frondosa, por un sendero que nadie más podía ver. Cuando alcanzó el árbol, desapareció. La Señora suspiró.

—Olvidará —sentenció—. Es mejor así.

Arturo le tendió una mano, y ella subió a la embarcación. Soplaban un viento creciente, que hacía oscilar el *Pridwen* sobre el río celeste. De pronto, Will percibió de nuevo a una multitud enorme y supo que todos los Vetustos del Círculo estaban subiendo a bordo, para navegar junto a la Señora y el rey. En el palo mayor ondeaba ahora la gran vela, cuadrada, plena, con la cruz inscrita en el círculo, el Signo de la Luz. Oyó los gritos de los marineros, las tablas de madera crujieron y las drizas chocaron contra las vergas.

Will lanzó una ojeada a los tres Drew, a su lado, y vio en sus rostros la incipiente angustia de la pérdida y un vacío duradero. Pero no pudo mantener la mirada alejada de la gran embarcación durante más de un instante. Volvió la cabeza, y entre la espectral multitud de seres que se agolpaba en los puentes reconoció, en una serie de rápidos destellos, los rostros de todos los que había conocido, en aquel viaje y en otros, en aquel tiempo y en otros. Una figura alta y robusta, con un delantal de herrero, levantó un largo martillo para saludarlo. Distinguió a un hombrecillo de ojos vivaces con una chaqueta verde que agitaba el brazo hacia él, y a una arrogante señora de cabello gris, apoyada en un bastón, que le hacía una pequeña reverencia formal. Recibió una fugaz sonrisa de un tipo grueso, de rostro moreno, con un halo de cabello blanco. Vio a Glyndwr y la frágil silueta del Rey de la Tierra Perdida, y luego, con un sobresalto, divisó a Gwion, que lo miraba con su sonrisa resplandeciente. El viento comenzó a soplar más fuerte desde las nubes, la vela se hinchó y agitó como si estuviese impaciente, y las caras se confundieron en la multitud nebulosa.

Arturo permanecía en proa, con la cabeza barbuda nítida contra el cielo. Tendió la mano a Bran.

—¡Ven, hijo mío! —su voz resonó en un tono de calurosa bienvenida.

Bran avanzó rápidamente hacia él, y luego se detuvo. Will asistía triste a la escena, sabiendo que era la última vez que lo veía. Descubrió en el rostro de Bran una mezcla de deseo, determinación y pesar.

—Ven, hijo mío —repitió la voz cálida—. La larga labor de la Luz ha terminado y el mundo está libre del peligro del dominio por parte de la Tiniebla. Ahora, está todo en manos de los hombres. Los Seis han realizado su gran misión, y tú y yo hemos cumplido nuestra herencia. Ahora podemos descansar, en el tranquilo castillo rodeado de plata más allá del Viento del Norte, entre los manzanos. Y aquellos que dejamos

atrás podrán saludarnos todas las noches, cuando la corona del Viento del Norte, la Corona Boreal, se eleva sobre el horizonte con su anillo de estrellas —alargó de nuevo un brazo—. Ven.

—No puedo venir, mi señor —respondió claramente Bran, mirándolo con amor intenso.

Se produjo un silencio, roto sólo por el canto suave del viento. Arturo dejó caer lentamente el brazo.

—Gwion ha dicho esto cuando la Tierra Perdida estaba a punto de sumergirse, y él no pensaba abandonarla: éste es mi hogar —declaró Bran, agitado—. Si, como afirmas, ahora todo está en manos de los hombres, entonces los hombres se enfrentarán con dificultades, y quizás haya cosas, en el futuro, que pueda hacer para ayudarlos. Y aunque no sea así, éste será siempre... mi hogar. Aquí tengo vínculos afectivos, tal como ha dicho Merriman. Y ha explicado —miraba a Merriman, a su lado— que esos vínculos escapan incluso al control de la Gran Magia, porque son lo más fuerte que existe en esta tierra.

—Es la pura verdad —aprobó Merriman—. Pero piénsalo bien, Bran. Si abandonas tu lugar en la Gran Magia, tu identidad en el Tiempo que está fuera del Tiempo, entonces serás sólo un mortal, como nuestros Jane, Simon y Barney. Ya no serás el Pendragón, nunca más. No recordarás nada de lo que ha sucedido, morirás y vivirás como hacen todos los hombres. Abandonarás toda posibilidad de salir del Tiempo con los de la Luz... como yo haré pronto y como, algún día, hará también Will. Y... no volverás a ver a tu noble padre.

Bran se volvió bruscamente hacia Arturo, y mientras miraba a ambos Will volvió a ver los ojos dorados de Herne el Cazador en el rostro de Bran, y al mismo tiempo, no obstante, también una sombra de Arturo, como si los tres fuesen la misma persona. Parpadeó, perplejo.

—Ve donde sientas que debes ir, hijo querido, Bran Davies de Clwyd, y que mi bendición te acompañe —dijo suavemente Arturo, sonriendo lleno de afecto y orgullo.

Bajó de nuevo de la embarcación a la orilla herbosa, abriendo los brazos. Bran corrió hacia él, y por un instante permanecieron juntos.

Luego Arturo dio un paso atrás, sonriendo, y Bran, sin dejar de mirarlo, extrajo a Eirias, blanquísima y brillante, de la vaina de su cintura, se deslizó el cinturón por encima de la cabeza y tendió a su padre tanto vaina como espada. Will oyó a Merriman suspirar despacio, como aliviado, y descubrió que inadvertidamente había apretado los puños. Arturo tomó a Eirias en una mano y la vaina en la otra, y envainó la espada. Por un instante, desplazó la mirada de Bran a Merriman y sonrió con los ojos, aunque no con la boca.

—Volveré a verte pronto, mi león —saludó, y Merriman asintió con la cabeza.

Luego el rey regresó al *Pridwen* y la amplia vela se infló. La nave zarpó en el cielo azul, punteado de pequeñas nubes iluminadas de sol, similar a un mar diseminado de islotes. Y cuando desapareció, en realidad era imposible decir si se hallaba en el cielo o en el mar.

Bran permaneció mirando hasta que no quedó nada que ver, pero Will no observaba ningún rastro de pesar o tristeza en su rostro.

—A esto debía referirse John Rowlands —murmuró Bran.

—¿John Rowlands? —preguntó Will.

—Al marcharse, me ha dicho: «Nos vemos más tarde, muchacho».

—Pero... él no sabía que regresarías —replicó Jane lentamente.

—No —reconoció Bran.

—Pero lo conoce —concluyó Merriman.

Bran levantó la vista y de golpe pareció muy joven y vulnerable, con los ojos claros sin protección y sin el peso de la espada Eirias en su cintura.

—¿He hecho lo correcto?

—Sí, Bran. Has hecho lo correcto, para ti mismo y para el mundo.

Por último, Barney se movió del punto de la pendiente herbosa en el que él, Simon y Jane habían permanecido juntos largo rato, en un silencio perplejo.

—Tío Merry, ¿te estás marchando o te quedarás también tú? —preguntó con ansiedad.

—Oh, Barney —exclamó Merriman, y Jane se volvió hacia él con preocupación maternal, dado el cansancio de su voz—. Barney, Barney, el tiempo pasa, tanto para los Vetustos como para ti, y aunque las estaciones se repiten similares de año en año el diseño del mundo es distinto en cada una de ellas. Aquí, mi tiempo ha terminado, así como el de la Luz. Habrá otra labor que hacer para nosotros, en otro lugar.

Se interrumpió y les sonrió. El cansancio desapareció ligeramente de su rostro huesudo y arrugado, con la nariz intensa y aguileña, y los ojos hundidos.

—Aquí están los Seis —prosiguió—, juntos por primera y última vez en el lugar que nos está destinado, en una montaña de las Chiltern Hundred de Buckinghamshire, donde hace siglos los hombres que huían de la Tiniebla intentaron en vano esconder sus tesoros y elevaron oraciones al cielo para que los protegiese. Miradlo. Miradlo bien: mantendréis vivo un pedacito de él.

Así, preguntándose a qué se refería, observaron largo rato la pendiente de hierba verde y suave punteada de pequeñas linarias y mariposas azules que revoloteaban. Miraron el bosquecillo de hayas que dominaba la montaña, la amplia y misteriosa encina que se erguía justo debajo de él, el cielo azul y límpido diseminado de blancas nubes algodonosas.

Y luego, aunque Merriman no se movía, todos ellos parpadearon de improviso, porque su vista pareció ofuscarse. Se tambalearon ligeramente, con un zumbido en

los oídos y una sensación de vértigo que les quitaba el equilibrio. Todo a su alrededor bailaba extrañamente, como si el aire danzase en el calor de una hoguera. El perfil de la encina gigante tembló, se atenuó y desapareció, y el verde de la montaña se ensombreció. Aunque el sol seguía brillando, en la montaña había ahora manchas oscuras y verdes jaspeadas de amarillo, marrón y púrpura, donde crecían helechos, aliagas y brezos. Otras formas se elevaron en la lejanía, montañas remotas veladas en el horizonte por una neblina gris azulada. Y cuando se volvieron a mirar atrás, vieron extenderse a sus pies un amplio valle de arena dorada y el hilo tortuoso y plateado de un río que se encaminaba hacia el mar azul e inmenso. Oyeron los esporádicos balidos de las ovejas romper el silencio de vez en cuando, bajos profundos con tenores por contrapunto, y en un punto debajo de ellos ladró un perro. Sobre sus cabezas, volando hacia el río y el mar, vino una única gaviota, repitiendo su grito melancólico y espectral.

—Mirad bien —repitió Merriman en voz baja, tras emitir un prolongado suspiro.

—¿No te veremos nunca más? —preguntó Jane muy despacio, con la vista puesta en la franja de arena dorada levantada por el río como protección contra el mar.

—No —respondió Merriman—. Ninguno de vosotros, salvo mi guardián Will. Y así debe ser.

En su voz había una perentoriedad y una fuerza tranquila que los paralizaron a todos. Permanecieron mirándolo, hipnotizados por los ojos oscuros y vividos y por su rostro triste.

—Porque, recordad —continuó—, ahora el mundo es enteramente vuestro. Os hemos liberado del mal, pero el mal que hay dentro de los hombres les corresponde a los hombres controlarlo. La responsabilidad, la esperanza y la promesa están en vuestras manos; en las vuestras y en las de los hijos de todos los hombres de esta tierra. El futuro no puede censurar al presente, como el presente no puede censurar al pasado. La esperanza está siempre aquí, siempre viva, pero sólo con sumo cuidado podréis encenderla en un fuego que caliente el mundo.

Su voz resonaba en la montaña, más apasionada que cualquier otra que jamás hubiesen oído. Escuchaban con suma atención.

—Hijos míos, la Tiniebla ya no está en su hamaca, ni Arturo duerme en ninguna parte. Ahora no podéis esperar perezosamente la segunda llegada de nadie, porque el mundo es vuestro y os corresponde a vosotros administrarlo. Ahora, precisamente porque el hombre tiene fuerza para destruir este mundo, es su responsabilidad mantenerlo con vida, con toda su belleza y alegría maravillosa —la voz se le suavizó—. Y el mundo seguirá siendo imperfecto, porque los seres humanos son imperfectos. Los buenos seguirán siendo asesinados por los malos, y a veces por otros buenos, y continuará habiendo dolor, enfermedades, carestías, rabia y odio. Pero si trabajáis y permanecéis atentos, como nosotros hemos tratado de hacer por

vosotros, entonces, a la larga, el peor nunca triunfará sobre el mejor. Y los dones atribuidos a ciertos hombres, que resplandecen fúlgidos como la espada Eirias, iluminarán los rincones oscuros de la vida para todos los demás, en un mundo tan valeroso.

Se produjo un silencio, en el que se deslizaron los pequeños sonidos de la montaña: las débiles llamadas de las ovejas, el zumbido de un coche lejano, y mucho más arriba, el alegre trino de una alondra.

—Lo intentaremos —respondió Simon—. Haremos todo lo que podamos.

Merriman le regaló una rápida y sorprendente sonrisa.

—Es lo máximo que se puede prometer —concluyó. Lo miraron tristes, incapaces de corresponder a la sonrisa, aplastados por la melancolía de la despedida. Merriman se envolvió en la capa azul oscura, pasándosela sobre el hombro.

—Venid, ahora —los exhortó—. Las fórmulas más antiguas son siempre las mejores: «Estad alegres». Yo voy a reunirme con nuestros amigos, porque estoy muy cansado. Y ninguno de vosotros volverá a recordar lo que he dicho ahora, porque sois mortales y debéis vivir en el tiempo presente, y aquí no es posible razonar de la forma antigua. La última magia será precisamente ésta: que ahora que me veis por última vez en este lugar, todo lo que sabéis de los Vetustos y de la gran labor que se ha realizado se retirará a los rincones ocultos de vuestra mente y no recordaréis nada de todo ello, salvo en los sueños. Sólo Will, que tiene mi misma vocación, deberá recordar... pero vosotros olvidaréis incluso esto. Y ahora adiós, mis queridos compañeros. Estad orgullosos de vosotros mismos, como yo lo estoy de vosotros.

Los abrazó uno a uno, brevemente, para despedirse de ellos. Tenían el semblante triste y los ojos húmedos. A continuación Merriman subió a la montaña, por la hierba blanda y los punzones de pizarra, a través de los helechos marrones y las aliagas punteadas de amarillo, y no se detuvo hasta que estuvo exactamente en la cima, nítido contra el cielo azul. Vieron su figura alta, familiar, permanecer perfectamente erguida, con el perfil de nariz aguileña y el mechón alborotado de cabello blanco que ondeaba ligeramente al viento surgido de la nada. Era una imagen que saltaría dentro y fuera de sus sueños durante el resto de sus vidas, incluso después de olvidar todo lo demás. Merriman alzó el brazo, en un saludo al que nadie tuvo fuerzas para responder, y luego los cinco dedos se abrieron, apuntando hacia ellos...

Y el viento formó remolinos sobre la montaña, la cuesta se recortó vacía contra el cielo y cinco muchachos se encontraron en la montaña más alta de Gales observando un valle dorado y el mar azul.

—Hay una vista fantástica —comentó Jane—. Valía la pena subir hasta aquí. Pero el viento me ha hecho llorar.

—Aquí debe de ser muy violento —añadió Simon—. Mirad esos árboles, todos inclinados hacia el suelo.

Bran miraba, perplejo, una piedrecilla verde azulada que tenía en la palma de la mano.

—La llevaba en el bolsillo —le dijo a Jane—. ¿La quieres, Jane?

—¡He oído música! —exclamó Barney, recorriendo la montaña con la mirada—. Escuchad... no, se ha interrumpido. Debía de ser el rumor del viento entre los árboles.

—Creo que es hora de regresar —concluyó Will—. Nos queda mucho camino por recorrer.

Notas

[1] Bardo gales que vivió en el siglo vi d. C., considerado el autor del poema épico *El Libro de Taliesin*. (N. del T.) <<